



Universidad Autónoma del Estado de México

Facultad de Humanidades



TESIS

Caos, modernidad y tradición:
Antologías de poesía mexicana. Análisis y propuesta

Para obtener el título de

Licenciada en Letras Latinoamericanas

Presenta

Alma Lilia Oria Cerón

Directora

Dra. América Luna Martínez

Toluca, México 2019

Índice

Introducción	1
Sobre el marco teórico y la temporalidad	2
Capítulo 1: Del oficio antologador y su importancia	8
1.1 Sobre las antologías, entre la tradición y la ruptura	9
1.2 La problemática de las antologías	14
1.2.1 De la selección y su importancia	16
1.2.2 La presencia de las escritoras en las antologías poéticas mexicanas	18
1.2.3 Sobre la forma y sus complementos	20
Capítulo 2: Modernidad y tradición. Heurística del caos	22
2.1 Contexto histórico	25
2.1.1 Autores fundamentales para la conformación poética	29
2.2 Contexto teórico de las antologías	31
2.2.1 <i>Antología de la poesía mexicana moderna.</i> Jorge Cuesta	35
2.2.1.1 <i>Sobre la forma y sus complementos</i>	36
2.2.2 <i>Poesía en Movimiento. México 1915- 1966.</i> Octavio Paz, Alf Chumacero, Homero Aridjis y José Emilio Pacheco	37
2.2.2.1 <i>Sobre la forma y sus complementos</i>	39
2.2.3 <i>Ómnibus de la poesía mexicana.</i> Gabriel Zaid	40
2.2.3.1 <i>Sobre la forma y sus complementos</i>	40
2.2.4 <i>Poesía mexicana II. 1915-1979.</i> Carlos Monsiváis	42
2.2.4.1 <i>Sobre la forma y sus complementos</i>	44
2.2.5 <i>Antología general de la poesía mexicana. Desde la época prehispánica hasta nuestros días.</i> Juan Domingo Argüelles.	45
2.2.5.1 <i>Sobre la forma y sus complementos</i>	46

Capítulo 3: Propuesta antológica: El caos en las palabras y las vidas	49
3.1. Manuel Maples Arce	53
3.1.1 <i>Verbo</i>	54
3.1.2 <i>Prisma</i>	54
3.1.3 <i>Vrbe. Súper poema bolchevique en 5 cantos</i>	56
3.2. Carlos Pellicer	66
3.2.1 <i>El arte en el siglo XX</i>	67
3.2.2 <i>Jesús, te has olvidado de mi América</i>	68
3.2.3 <i>Poema</i>	68
3.3. José Gorostiza	70
3.3.1 <i>Muerte sin fin</i>	71
3.4. Xavier Villaurrutia	102
3.4.1 <i>Décima muerte</i>	103
3.4.2 <i>Nocturno de Los Ángeles</i>	107
3.4.3 <i>Amor condusse noi ad una norte</i>	110
3.5. Jorge Cuesta	112
3.5.1 <i>Canto a un dios mineral</i>	112
3.6. Gilberto Owen	122
3.6.1 <i>Madrigal por Medusa</i>	123
3.6.2 <i>Libro de Ruth</i>	124
3.7 Salvador Novo	131
3.7.1 <i>Frida Kahlo</i>	132
3.7.2 <i>Diluvio</i>	133
3.8. Concha Urquiza	136
3.8.1 <i>Ruth</i>	136
3.8.2 <i>La cita</i>	137
3.8.3 <i>Nox</i>	139

3.9. Octavio Paz	141
3.9.1 <i>Libertad bajo palabra</i>	142
3.9.2 <i>Piedra de sol</i>	143
3.10. Efraín Huerta	167
3.10.1 <i>Responso por un poeta descuartizado</i>	168
3.10.2 <i>Avenida Juárez</i>	172
3.10.3 <i>¡Mi país, oh mi país!</i>	176
3.11. Margarita Michelena	182
3.11.1 <i>Cuando yo digo amor</i>	182
3.11.2 <i>La tristeza terrestre</i>	184
3.11.3 <i>El velo centelleante</i>	186
3.12. Guadalupe Amor	190
3.12.1 <i>Otro libro de amor</i>	191
3.13. Rubén Bonifaz Nuño	212
3.13.1 <i>Canto llano a Simón Bolívar</i>	212
3.13.2 <i>Para salvarte</i>	215
3.13.3 <i>Algo se me ha quebrado esta mañana</i>	217
3.14. Rosario Castellanos	219
3.14.1 <i>Memorial de Tlatelolco</i>	220
3.14.2 <i>Autorretrato</i>	221
3.14.3 <i>Destino</i>	224
3.15. Jaime Sabines	226
3.15.1 <i>Algo sobre la muerte del mayor Sabines</i>	226
3.15.2 <i>Tlatelolco 68</i>	246

3.16. Enriqueta Ochoa	250
3.16.1 <i>Entre la soledad ruidosa de las gentes</i>	251
3.16.2 <i>Marianne</i>	252
3.16.3 <i>Despedida</i>	253
3.17. Thelma Nava	255
3.17.1 <i>Las señales</i>	255
3.17.2 <i>Irrealidad</i>	256
3.17.3 <i>Verano en la ciudad</i>	258
3.18. Fernando del Paso	261
3.18.1 <i>Amar a mamá-mar</i>	261
3.18.2 <i>Sonetos de la risa enamorada de sí misma</i>	263
3.18.3 <i>Sonetos para un cuerpo ajeno y propio</i>	267
3.19. José Carlos Becerra	269
3.19.1 <i>Oscura Palabra</i>	270
3.19.2 <i>La bella durmiente</i>	277
3.19.3 <i>Batman</i>	283
3.20. José Emilio Pacheco	289
3.20.1 <i>Memoria</i>	290
3.20.2 <i>Manuscrito de Tlatelolco</i>	290
3.20.3 <i>Contra Harold Bloom</i>	295
Conclusiones	296
Bibliografía	299
Anexos	304
Organización de las antologías	304

Introducción

*Las antologías muestran la dinámica que rige el proyecto cultural;
cómo está dividido y entre quiénes está repartido el poder*
Susana González Aktories

*Yo no quiero matar a López Velarde ni a Gorostiza ni a Paz ni a Sabines.
Por el contrario, no podría escribir ni sabría qué hacer
en el caso imposible de que no existieran
Zozobra, Muerte sin fin, Piedra de Sol, Recuento de poemas.*
José Emilio Pacheco

La literatura mexicana ha atravesado por diversas circunstancias que le permitieron su desarrollo; sucesos históricos, sociales y culturales que han sido un parteaguas en la configuración de la nación y sus expresiones; con ello, sus actores y representantes se han visto influidos por éstas, todas las luchas, movimientos armados, conformaciones y modificaciones a la vida nacional, esto generó en la poesía una presencia indispensable. Aunque no siempre ha funcionado de maneras tan lineales, el arte ha sido siempre una representación de la convulsión en la que vive el artista y las sociedades, casi de manera caótica; coexistiendo los miembros de la sociedad entre estos sucesos, quienes buscan cierta estabilidad. Sin embargo, cada generación se abre camino a través de alguna construcción artística, la cual termina siendo su emblema. En el caso de México, en particular, uno de los géneros más reverenciados es la poesía, no es gratuito que éste sea un país colmado de poetas; aunque si bien es cierto que no somos un país lector, podemos encontrar ingenio poético en diversos puntos, épocas y contextos.

Es por ello que, desde el caos —sobre este punto se ahondará más adelante— que se vive en cada momento histórico la poesía es guía imprescindible para la sociedad, con su afán de mostrar la importancia poética y de sus creadores. Ejemplifica de manera estética una tendencia de ruptura y con ello una negación a la tradición canónica; igualmente, manifiesta una expresión de la cotidianeidad hilada a la identidad nacional, como funcionamiento de la pluralidad de voces en las que la poesía converge —elementos esenciales para el entendimiento de la investigación—. Los involucrados no siempre estarán de acuerdo en que

el mundo es caótico, y entendamos por caótico todo aquello que representa un giro de tuerca, o como le llamaría Aralia López, en *La espiral parece un círculo*:

El tiempo parece estar aquí concebido como posibilidad de transformación y realización del ser, o de lo que *es* (realidad individual y social). La noción de posibilidad está manejada como el factor capaz de romper con la circularidad entre el pasado y el futuro, o el fatal estatismo de un eterno presente. Así, el desarrollo histórico se abre figurativamente en forma de espiral, aunque muy apretada (López González. 1991:20).

Es decir, estas expresiones poéticas podrían configurar múltiples y diversos modelos estéticos, si entendemos que el caos provoca un cuestionamiento, que puede derivar en un fluir creativo, y a su vez, ayudar al arraigo de una tradición, las cuales pueden verse reflejadas en una antología¹: una selección que logre manifestar la trascendencia de lo escrito en cierto tiempo, partiendo desde un tema, un autor, o un interés del antólogo por mostrar de manera concreta los postulados de ciertas generaciones. Sin embargo, esto no es concluyente, no porque se esté incluido en la antología podemos enunciar de manera tajante que *ése* es el único fundamento, o que *ésa* sea la única posibilidad de lectura ante un suceso. Lo que queda como antólogo y lector es la apertura ante el caos visto desde una postura más abierta, concibiéndolo no como un destructor, sino como una vuelta a la espiral, una posibilidad creativa e interpretativa para lograr una confluencia de sentidos y tener una nueva perspectiva.

Sobre el marco teórico y la temporalidad

Para asimilar de mejor manera los aspectos que comprende este trabajo se echa mano de elementos teóricos y temporales que es preciso justificar antes de avanzar en el análisis. Dichos conceptos son: modernidad, caos, tradición, como se enuncia desde el título; además de identidad, y tradición de la ruptura. Todos estos comprenden y estructuran de manera medular el *corpus* de esta investigación, la cual tiene como fin la de analizar los aspectos esenciales para la conformación de una antología, como se aborda en el primer capítulo. Se

¹ Es importante hacer la aclaración de que se considera *antología* a un cúmulo de diversos autores, más de cuatro, situados en un tiempo y espacio determinado. O, en su defecto, unidos por una línea temática (González Aktories).

observan y comparan los elementos mencionados dentro de las antologías con mayor realce y difusión editorial en el segundo capítulo. Como resultado de esta indagación, se propone una selección poética que comprende a veinte autores nacidos entre 1897 y 1940, con quienes se busca reflejar parte de lo previamente analizado. Como se menciona con anterioridad, el punto de partida para el análisis de este trabajo abarca autores nacidos a principios de siglo XX; quienes son herederos del papel protagónico de Porfirio Díaz en el poder, para dar como resultado una: “literatura porfiriana; literatura de una época de auge y expansión para una sola clase. Con todo lo que tuvo que sufrir de cortapisas ideológicas, la literatura creada dentro del periodo presidencial de Porfirio Díaz fue expansiva, dinámica. Y su máximo florecimiento ocurrió entre 1894 (fundación de la *Revista Azul*) y 1911 (salida de Díaz)” (Granados. 2010:22).

Gracias a la instauración de la República, la renovación de valores y la búsqueda de una identidad nacional a través de la disposición de criterios estéticos, le dieron a la nación mexicana y a sus autores la posibilidad de descubrir desde la poesía, –principalmente–, la fuerza de su historia y ahondar en ello; en la gran herencia cultural que la poesía mexicana posee, sin dejar de lado las influencias de la literatura francesa, española, alemana, primordialmente; pero también encausó su estilo propio, posibilitando establecer la idea de *tradición*², que será abordada a profundidad por Octavio Paz, en *Los hijos del Limo*; concepto con el que se introduce uno de los principales elementos de análisis de este trabajo, que es el de conocer con mayor fluidez parte de la historia poética de un Estado que vive en etapas el caos social, político, cultural –por ello es que se toma como tema central para la elaboración de una selección en el último capítulo–. Sin embargo, para Paz, esto tiene un mejor funcionamiento si es abordado como *tradición de la ruptura*³; la negación constante del presente inmediato, entendida igualmente como un parámetro de creación y problematización para la poesía hispanoamericana de su tiempo.

² Sobre la tradición Monsiváis apunta: “A las tradiciones literarias las construyen simultáneamente las herencias nacionales y las internacionales (¿qué sería en rigor *lo nacional* en la experiencia literaria además de un acervo de temas y lectores bien predispuestos?); los autores irrenunciables y los relegados por los vuelcos de la memoria; las leyes del Mercado, y su juego cada vez más artero de inclusiones y omisiones; los lectores asiduos y los intermitentes; los gustos genuinos y las predilecciones volátiles; los temperamentos intransferibles y las tendencias de época” (Monsiváis. 2008: 11)

³ *Cfr.* Capítulo 2: Modernidad y tradición. La heurística del caos.

Es esta tradición en ruptura la que genera un caos⁴, entendido como un movimiento creador; es importante asimilar que el caos no siempre resulta en algo negativo o permanente, por el contrario, el ser consciente de esta problemática nos abre el cuestionamiento de nuestro entorno, a debatirnos entre los valores dominantes de la sociedad y los conceptos que delimitan nuestras posibilidades de acción y creación. El mejor ejemplo en literatura para este argumento de aprobación de la tradición, pero en búsqueda de romper con ella, son las antologías: estos compendios temáticos y críticos que mantienen una relación intrínseca entre tres factores primordiales: autor-texto-lector; como se abordará en el capítulo 1 con la ayuda de un esquema en el que se ejemplifica esta relación intrínseca⁵. Cada uno de ellos se ayuda entre sí para desentrañar la serie de sucesos que dan a la lírica la trascendencia de su tiempo en el contexto de la antología. Por tal razón es válido preguntarse sobre la importancia de las antologías como parte de la *tendencia de ruptura*, manifestando que enaltece su creación; es decir, se podrán tener múltiples antologías, pero éstas deben perseguir un fin común: mostrar una lectura en *mise en abyme*, considerada así, para lograr descontextualizar al autor y su obra, conjuntándola con un tema eje, o una época, que le permitirá al lector ser parte del testimonio de la antología.

Se confronta también el estudio en elementos que le dan a la antología una característica especial, permitirle al autor-poeta y al autor-antólogo unificar sus criterios, esto le demandará al antólogo el ser editor, crítico e inquisitivo y abierto al diálogo entre los textos de los autores para crear un texto propio; sin dejar que ésta sea una razón para restringir la libertad del texto mismo. Siendo un problema, pero también un factor determinante de las antologías: las relaciones dinámicas que hay en el mundo cultural. Cada uno de estos puntos permiten ampliar y desdoblar las posibilidades que se tienen ante la poesía:

no se trata, pues, de reunir todo el material existente. Una antología puede contener más piezas separadas que una exhibición de arte, pero el trabajo de selección consiste justamente en delimitar, a la manera del pintor, el paisaje de la poesía. La función de la selección no consiste sólo en ahorrarle al lector

⁴ “Estado amorfo e indefinido que se supone anterior a la ordenación del cosmos. | Confusión, desorden. | Fís. y Mat. Comportamiento aparentemente errático e impredecible de algunos sistemas dinámicos deterministas con gran sensibilidad a las condiciones iniciales”. (Real Academia Española).

⁵ Cfr. Capítulo 1: Del oficio antologador y su importancia, apartado *Sobre las antologías, entre la tradición y la ruptura*

la molestia de entrar en contacto con obras mediocres sino en crear en sí misma un dinámico contrapunto de voces (G. Aktories. 1996:51).

Organizar una antología no implica sólo ordenar textos en un cúmulo de páginas. Una antología busca propagar su selección y premisas, plantearse ante lectores curiosos que quieran llegar a las fuentes, de otro modo la divulgación será limitada, ya que, en ocasiones, pretende ser un tanto lúdico y placentero, o en otras más, demostrativo de un sentir temporal. Por lo cual este análisis examina el trabajo de diversas antologías que juegan con estos elementos: el papel del antólogo, la importancia de la poesía y el resultado que se entrega al lector. Aunque no siempre se muestran estas posibilidades de maneras tan ordenadas, por ello es esencial conocer parte de los porqués están ligados a ellas.

Es importante destacar las particularidades entorno al canon, Douwe W. Fokkema aporta la siguiente definición: “Selección de textos bien conocidos y prestigiosos que se usan en la escuela y que sirven como marco de referencia en la crítica literaria”; a lo que Romero Tobar también cita a Pozuelo Yvancos en el texto *La literatura en su historia*, con una definición más atinada a cómo se concibe el canon dentro de esta investigación: “Nunca se va a encontrar un nivel de razón superior que elimine la controversia, a menos que dilucidemos en trabajos empíricos e históricos, en regiones socio-históricas concretas, el modo de constituirse el canon y la idea de literatura que genera”. (Pozuelo Yvancos citado por Romero Tobar. 2006:53) Es decir, se puede considerar un concepto general sobre el canon, y un operativo, el cual, se conformará ante las situaciones sociales y culturales cómo se ha mencionado.

Por esta razón, en este trabajo se propone una selección de poetas y poemas que nacen en los años entre 1897 y 1940; son quienes ayudan a la configuración de una parte esencial de la literatura moderna, que prospera al coincidir con los sucesos que acontecen en los primeros años del siglo XX: las revoluciones sociales, la modernidad⁶, y con ello, la tendencia de ruptura. Claro, no todos los textos aquí incluidos son el reflejo esencial de este

⁶ “Buscamos entender la modernidad y sus enunciadas consecuencias, la posmodernidad, estamos obligados a emplear modelos de entendimiento que derivan de los periodos y conceptos bajo consideración, obligados a repetir historias de conceptos que deseáramos tener más claros. Pero no hay forma de evitar esto, no hay forma de mitigar las consecuencias de tener que pensar en la relación entre experiencia y conocimiento, presente y pasado, en términos y estructuras que derivan de ellos mismos” (Connor. 1989:11)

caos, pero sí de un caos individual y personal, ilustrado como la cosmovisión que cada autor proyecta en su obra, desde el aspecto formal y temático. Es importante aclarar que, aunque los años de nacimiento sean en esta época, los textos que se verán con mayor frecuencia gran entorno de temáticas que acontecen en su vida adulta.

Este es un trabajo extenso y exhaustivo en cada uno de sus elementos, desde la estructuración de la idea sobre analizar la importancia de las antologías en México, su funcionamiento y la búsqueda misma de las antologías, la consulta de las obras citadas, la poca documentación que se ha realizado de manera teórica sobre estos materiales, e inclusive, la transcripción de los textos completos. Además de unificar un criterio temático al acercamiento de los poemas, partiendo desde la postura del caos, la modernidad y la tradición, alternando en las lecturas la pertinencia de cada texto y autor, ya que en el primer boceto de la selección poética se incluyeron los textos que a mí me acercaron a la poesía, sin tener una relación concreta entre sí, o siquiera una idea de lo que quería compartir con el lector.

Por esta razón, en el primer capítulo se analizan y plantean las complejidades que giran en torno a las antologías, mostrando en un primer momento la relación intrínseca entre la tradición y la ruptura, eje medular de la conformación antológica y poética. A continuación, se abordan los problemas en los que las antologías se debaten, es decir, la complejidad detrás de la colección y las implicaciones de éstas, todos los vericuetos y discursos que se plantean desde la selección. Aunado a este factor, un elemento que salta instantáneamente es la poca presencia de las escritoras en las antologías, razón por la que se analiza detenidamente este aspecto, examinando las selecciones notables sobre la labor lírica de las poetas. Dando paso al estudio sobre la forma y las complejidades que atañe a las antologías. Siendo el punto de unión para el segundo capítulo en el cual se analizan de manera más amplia las ideas entorno a la modernidad y tradición, ejemplificándolo desde la visión de la heurística.

Contextualizando el análisis desde elementos históricos, como lo son los autores fundamentales para la conformación poética mexicana; uniendo este punto en un fino tejido con la idea de la *tendencia de ruptura* abordando y desarrollando los planteamientos de Octavio Paz, para dar paso, finalmente, a una elaboración de guía sobre los funcionamientos

de cinco antologías poéticas; las cuales como se verá, reflejan parte de estos aspectos mencionados: modernidad, caos, tradición, ruptura. Cada una de ellas desde ejes, posturas y visiones que el antólogo presenta a su lector.

Por esto, se propone una selección personal en el capítulo tres: *Propuesta antológica: El caos en las palabras y las vidas*, a través de veinte autores: Manuel Maples Arce, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Xavier Villaurruria, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Salvador Novo, Concha Urquiza, Octavio Paz, Efraín Huerta, Margarita Michelena, Guadalupe Amor, Rubén Bonifaz Nuño, Rosario Castellanos, Enriqueta Ochoa, Thelma Nava, Fernando del Paso, José Carlos Becerra y José Emilio Pacheco. A partir de esta propuesta, se seleccionan de uno a tres poemas por autor, en los que, desde las complejidades de cada uno, se permite conocer una postura diversa, dentro de un mismo mundo. Con esta colección se presentan textos consagrados, pero en su gran mayoría se buscó congrega aquellos textos a los que no se tiene tanta cercanía o conocimiento; para lograr así, conocer otra faceta de los autores que son, generalmente, más incluidos en trabajos antológicos.

Para finalizar, se incluye a modo de anexo, una línea cronológica para permitirle al lector ubicarse en el tiempo y espacio en el que se comienza a estructurar estas posibilidades poéticas. Al igual que cinco tablas en las que se incluyen los poetas y poemas incluidos por cada una de las antologías que se analizan en el segundo capítulo, las cuales son: *Antología de la poesía mexicana moderna*, de Jorge Cuesta; *Poesía en movimiento. México 1915-1966* con selección, notas y prólogo de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis; *Ómnibus de la poesía mexicana*, presentación, compilación y notas de Gabriel Zaid; *Poesía mexicana II. 1915-1979*, selección, introducción y notas de Carlos Monsiváis; y la antología más reciente en publicación: *Antología general de la poesía mexicana. Desde la época prehispánica hasta nuestros días*, selección, notas y prólogo de Juan Domingo Argüelles. El resultado de esta investigación parte de la siguiente postura: conocer las limitantes y virtudes que la fugacidad del tiempo da a la poesía; y permitirle al lector, nuevo y especializado, descubrir nuevos aires.

Capítulo 1: Del oficio antologador y su importancia

Creo que el mundo es bello, que la poesía es como el pan, de todos
Roque Dalton

El poder del antólogo es el de “retratista” de un momento, de una etapa y su importancia radica en el impacto que produce como crítico y selector de lo que él considera lo más excelso o representativo de la poesía que se propone retratar
Susana González Aktories

Para adentrarse en las necesidades y particularidades que se pueden localizar al momento de pensar en las antologías, sería preciso, desde un primer momento analizar los funcionamientos que éstas tienen; es decir, ¿cuáles son los aspectos que le dan realce a las antologías?, ¿por qué y para qué nos importan cada uno de estos materiales? La respuesta rápida sería que, ayudan a la idea de una conformación canónica, o modelo histórico sobre lo poético en México; —en este último punto es que este segundo capítulo profundizará para delimitar y entrever los problemas y casos de antologías en México, en especial en la segunda mitad del siglo XX—.

Sin embargo, como lo menciona Alfonso Reyes: “Muy rara fortuna es definir los primeros valores de una época y de una generación literaria, a la hora en que el espíritu de un país parece reconcentrarse en la contemplación de su historia y querer afirmar su conciencia cívica procediendo a una síntesis de tanto recuerdo diseminado. Así la antología tiene un indiscutible mérito de posibilidad” (Reyes. 1976:277). Hablando en el caso específico de la *Antología del Centenario* elaborada por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel bajo el patrocinio del Ministro don Justo Sierra; en donde, y gracias a su postura crítica se logra reflejar las complejidades que arrastra una selección poética que realmente busca, desde el antólogo, la temática, la temporalidad y la selección confrontar su relación en el medio literario.

1.1 Sobre las antologías, entre la tradición y la ruptura

Ahora bien, hay que definir a profundidad lo que es una antología y cuál es su permanencia. Si una postura teórica, divulgativa, etc.; los problemas y virtudes que éstas pueden tener con su contexto, objeto de estudio y, primordialmente, con el lector, quien será el que legitimará la existencia (y larga vida, en el mejor de los casos), de las antologías que año con año ven la luz en el mundo editorial.

Es con Susana González Aktories⁷ con quien se parte para una definición global, mas no totalizadora, sobre las antologías; que son, o buscan ser, un proyecto cultural donde se muestra, de manera consciente, el origen de cierta generación, camino y estadio de la poesía. En su texto *Antologías poéticas en México*, enmarca de manera lineal y progresiva cuáles son los textos con mayor peso para la crítica literaria y, analiza el quehacer de cada una de ellas; sin perder de vista los aspectos fundamentales para la conformación de un trabajo antológico, los cuáles son: el lector, como fin para la fundación y transición de la antología desde una difusión y configuración de la poesía que se vive en cierta época, ya sea temporal y/o espacialmente; la poesía –y con ella, el poeta– quienes serán parte esencial del *corpus* en una antología de cualquier tipo. Aspecto que se considera igualmente importante es el antólogo, quien tendrá una postura visionaria para dar pauta a una asimilación del acontecer poético de la época, Aktories menciona: “por regla general el antólogo es un intelectual formado, no necesariamente en literatura, sino en alguna otra disciplina vinculada a ella, ya sea como creador o crítico” (1996:93).

Para ahondar en este aspecto se elabora un esquema que ejemplifica el conflicto de las antologías desde lo observado en el momento de su elaboración:

⁷ (México, D.F, 1967). Investigadora, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctora en Filología por la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado el libro *Poesía Joven de México*, Antología (Arandura, 1995).

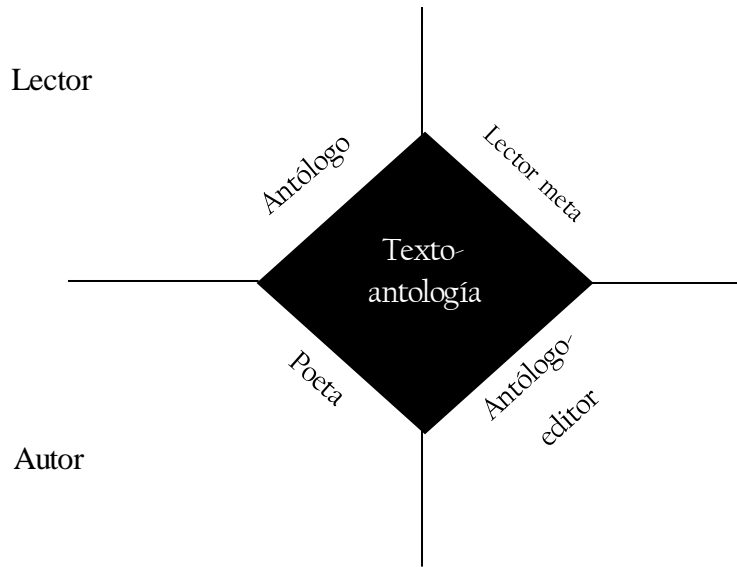


Figura 1: Fuente: elaboración personal.

Lo anterior muestra de manera gráfica la parte fundamental de la conformación de una antología; los elementos dispuestos en dicho orden postulan así el resultado de la investigación y la elaboración de la selección de ciertos textos; las razones de esta distribución toman como principal actante al antólogo, quien empleará como herramienta esencial al texto, para presentárselo a un lector meta, siendo él mismo, el antólogo, en un primer momento, un lector crítico, sensible y consiente del discurso que quiere proyectar en la antología, y en cierto sentido, asumiendo igualmente el papel de creador.

Con esto no se hace alusión a que el texto poético por sí sólo no pueda valerse, sin embargo, pierde su individualidad cuando se encuentra en una antología, creando nuevas posibilidades recreativas e interpretativas que le permitirán, tanto al antólogo, al poeta y al lector, configurar una *tendencia de canon*; facilita de igual manera la capacidad inquietante del lector meta y conmemora las voces poéticas de cierta época.

Juan Domingo Argüelles describe sobre la misma línea, en los diversos prólogos a las antologías que elaboró, la importancia del antólogo y el caso específico de México, donde se parte, en primera instancia para una conformación de un texto antológico con los nombres de amigos, conocidos, los que son del mismo lugar de origen y, al final, se incluirán las apuestas

que hace el antólogo, a los que creará lo suficientemente buenos para ser incluidos a la par de los primeros. Gabriel Zaid es uno de los teóricos más ocupados en el oficio antológico y ejemplifica lo anterior:

- 1) Hágase la lista de partida según el recetario de Max Aub: primero los amigos, luego los del terruño, etc.⁸
- 2) Calcúlese el índice global como se ha dicho. Si resulta inferior a 0.6, añádase más nombres con confianza. Si excede, empíese a elegir con qué exclusiones se queda menos mal.
- 3)[...]Cualquier década con más de seis poetas es sospechosa. [...]tampoco se hagan justicias y reparaciones póstumas. Lo sano en este caso parece egoísta: hay que excluir a los que necesitan nuestro recuerdo y dejar a los que necesitamos leer (Zaid, “Sobre antolometría”, 1967, pXI, citado por G. Aktories, 171).

Es decir, en una antología⁹, —partiendo desde la visión del lector, y en ocasiones por parte del antólogo—, se tiene la mala concepción que debe ser una sumatoria de textos, sin mayor dedicación que el de anexar los textos sin una lógica o una estructuración razonada, y asociar nombres de contemporáneos, lo competentemente buenos para mostrar un fragmento de lo que es la estética poética del momento; sin embargo, como lo plantea González Aktories, sería de gran importancia preguntarles a los poetas, cuál es su opinión sobre estar incluidos en este tipo de trabajos, y qué importancia representa para ellos, es decir, si creen que les ha ayudado a la difusión y dignificación de su trabajo.

Adentrándonos un poco más en esta nomenclatura, habría que detenerse para delimitar si la antología es capaz, por sí sola, de ganarse la mención de género literario. Gracias a ellas podemos conocer y profundizar sobre lo que se escribía en cierta época, o quienes fueron los mejores representantes de dichos movimientos o generaciones —este punto también es analizado como una posible dificultad de las antologías: volverse totalizadoras en

⁸ “Existen otras recetas, por ejemplo: Tomar los poemas más citados de la época determinada, y publicarlos. Mas entran las componendas, las amistades, los *quedirán* [*sic*], la duda: si fulano -catador- dice que zutano es poeta, por algo será. Juega la modestia del escogedor, entra la balanza de la justicia, y todo se echa a perder, al paso de los escrúpulos, se deslizan mil versificadores, aprovechando coyunturas”. (Aub. 1960)

⁹ Se hace esta mención ya que no en todas las antologías se parte desde autores, como es el caso de *Ómnibus de la poesía mexicana*, de Gabriel Zaid, quien les da mayor importancia a los textos para que el lector pueda tener una experiencia óptima en su acercamiento a la poesía. Esto se asimilará mejor en el siguiente capítulo donde se analizan, una a una las antologías fundamentales para la conformación de un canon poético.

cuanto a las corrientes en las que los poetas pueden catalogarse—, siempre con reservas, ya que no todos los antólogos toman en serio su trabajo crítico o teórico. En muchas otras ocasiones, los compendios antológicos se hacen bajo encargos de alguna institución gubernamental o editorial con un propósito claro: conmemorativo, comercial, etc.; para encajar en sus rúbricas se crea un criterio de lo que *debe* ser antologado como parte de la visión que estipula dicha institución, e igualmente por el antólogo, quien tendrá la última palabra.

Pero más allá de estas limitantes, del trabajo antologador y sus funciones en el entorno, habría que profundizar en sí mismos, como lectores, conscientes de la funcionabilidad de la antología, lo cual aún no es del todo claro para los teóricos de esta rama de la literatura; inclusive, ¿quiénes son los teóricos? es decir, no se pueden localizar casos únicos de antólogos, como se menciona con anterioridad en González Aktories, la gran mayoría de antólogos son, en la generalidad de los casos, cercanos a la literatura, pero no siempre son los especialistas quienes se dedican a hacer estos trabajos. A grandes rasgos, la antología es un texto capaz de justificar su entorno, su contexto y el fragmento temporal que está mostrando a lo largo de sus páginas.

La antología crea un perfil y sintetiza el gusto poético de la sociedad de determinado momento. Ese perfil se traza en función de las generalidades estéticas que caracterizan la comunicación entre los poetas y sus lectores; constituye, por así decirlo, el índice de las riquezas poéticas de una literatura en un momento dado, y es de inapreciable utilidad para las disciplinas histórico-bibliográficas (G. Aktories. 1996:53).

La antología es también un reflejo sociocultural de los poetas y las necesidades que la poesía, como arte, tiene con su audiencia. Indiscutiblemente, esto le da la estructura suficiente para trascender. Aunque es claro, que no todas las antologías que hay en el mundo académico y editorial lo han hecho, como se puede ver en los ejemplos mencionados en la primera parte de este trabajo¹⁰. Es así que el tiempo se convierte en nuestro mejor lector, y aliado, pero también en el más duro con las antologías; ya que, en algunos casos, a los años, se olvidan y pasan a la historia sin mayor trascendencia.

¹⁰ Ej.: *Los 100 mejores poemas de amor mexicana, El libro del declamador, poesía mexicana, Vuelo de palabras*

No sólo se trata de una selección poética propia al momento que se vive, sino también hacer énfasis en los temas que se seleccionan como parte del trabajo, si se parte de una visión parcial o totalizadora de la poesía, e igualmente el de saber quién la elabora y con qué fin. Más allá del problema que se planteó en páginas anteriores sobre el posible mecanismo de selección, Aktories aborda estos inconvenientes para poder encausar la antología como una posibilidad de creación “propia” del antólogo. “Se puede decir que las antologías manifiestan múltiples visiones de la literatura, y que en el diálogo que establecen unas con otras revelan cómo las diversas poéticas simultáneas se traslapan” (G. Aktories. 1996:13).

Se torna pertinente preguntarse de manera puntual sobre la importancia de tener una antología más, porque hasta este momento todas las observaciones hechas han sido explicativas, pero no reflexivas; en ello estriba la tan limitada recepción y análisis de los textos antológicos. Es decir, aunque contamos con un sinnúmero de textos, no hay una conceptualización precisa de dicho tema; la poca teorización podría deberse a diversos factores, principalmente, y como lo apunta Zaid, *la trivialización de las antologías*¹¹:

Hay que desmitificar las antologías, convertir ese deseo y terror del Juicio Final, en buen juicio dialogante, para no acabar sumidos a esa injusticia inherente, benévola o terrible de la Posteridad Absoluta. Pero no depende de uno solo. La sumisión está en el ambiente. Nuestros pequeños dedócratas literarios surgen de las expectativas colectivas. En cuanto se deja de creer en que hay auténticos lectores (y hay tan pocos), ¿en qué se va a creer sino en el Dedo Señalador? Desde esta perspectiva, hacer crítica pertenece a la peor especie de acto surrealista: sacar el Dedo y tirar contra la multitud. Lo pide el inconsciente colectivo, si no la porra. (¡A comprometerse, valientes! ¡Juicios! ¡Nombres!) Acaban por creerlo los críticos. (Citado por Argüelles. 2001: 12)

En todo caso, ¿cuál es la finalidad de una antología más? Aktories menciona que el antólogo debe ser contemporáneo de la generación de la que se elabora la antología, para poder asimilar su contexto en carne viva, e igualmente considera que no se debe estar tan lejano temporalmente, para evitar conflictos en cuanto a la complejidad de una selección; es decir, si se busca que la antología esté lo más apegada posible a la naturaleza de los poemas, el antólogo debe tener una cercanía con los valores y posturas con las que los poemas fueron

¹¹ Se menciona así, por los conflictos que se localizan constantemente ante las antologías; es decir, no siempre se plantea una estructura unívoca, ni se hace una teorización sobre éstas. Generalmente se emplea la idea de “reunir y acumular”, y no precisamente de “agrupar críticamente”.

escritos. Y no sólo eso, también debe compartir a lo largo de su construcción una relación intrínseca, desde el título, epílogo, etc.

Como se ha manejado a lo largo de estas páginas, para la elaboración de una antología es importante analizar el trabajo previo, desde la postura crítica e histórica; “Se puede afirmar que los criterios coincidentes en todas estas antologías son los de dibujar un perfil poético, aun cuando éste sea más o menos sesgado, del ambiente literario en México” (G. Aktories. 1996:93). No todos los casos parten de la búsqueda de un canon; por el contrario, en ocasiones su meta es allanar en los recovecos de una tendencia de ruptura, como lo menciona Paz con la *Tradición de la Ruptura*, aunque con ello también configure una tradición misma. Es decir, en la negación de un canon, inmediatamente, se configura un “nuevo” sentido imperante para el funcionamiento poético.

1.2 La problemática de las antologías

Como se puede ir dilucidando, la conformación de una antología conlleva más problemas, que virtudes hasta cierto momento, por esta razón se continuará haciendo mención del trabajo de Susana González Aktories, ya que es uno de los pilares teóricos de la investigación; de manera previa a la localización de este texto, la información recabada sobre las antologías era netamente un acercamiento, y casi todas las versiones partían desde la postura del antólogo o de figuras representantes de la escena cultural, quienes, por azares del destino, habían incursionado en el campo de las antologías.

Se cuenta con un desconocimiento general, o, mejor dicho, no hay una delimitación específica de lo que se debe o no hacer en una selección antológica; por ello, se debe retomar la cita de Zaid *sobre la Antolometría*, donde de manera satírica, menciona que, según Max Aub, –quien también elabora una antología de poesía mexicana que comprende la década de los años 50 a los 60–, mantiene un criterio muy básico y alejado de la verdadera necesidad de la antología. Sin embargo, Aub menciona en el prólogo lo siguiente:

Pónense primero los amigos, luego los del terruño, sin olvidar los afines en político o aficiones –sexo, espectáculo–; paséase la justicia con manga ancha. También se puede escoger el camino de los profesores –nacionales o extranjeros–, donde suele vencer los didácticos, apareciendo los vates más insospechados a rastras de la casualidad; el número de ejemplares vendidos o

las crónicas amistosas, que estos maestros suelen banderarse más por lo impreso “acerca de” que, por juicio propio, desconfiando del suyo, conociendo tantos. Multiplíquense los florilegios, basados en los anteriores, al conjuro de la facilidad y lo cremástico (Aub: 1960).

Las posibilidades son enormes y eternas en cuanto *las cartas se pongan en la mesa*. La fortuna de las antologías, y en ocasiones podría decirse que esta es también su desventaja, es la pluralidad. Es un hecho, al consultar algunos de estos materiales, que no hay una verdad única o una aproximación certera ante las antologías y sus temas. Hay casos en los que las antologías parten de la selección de un tema, por ejemplo: *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana*, de Jaime Labastida, quien recupera y analiza los textos trabajados por la generación de los Contemporáneos, desde los temas más abordados por ellos, como la muerte, el ocaso y la vida. Permitiéndole profundizar en un terreno crítico sobre la conformación teórica y lírica de dicho grupo, retomándolo después, –el eje temático–, como uno de los sellos característicos de esta generación.

Algunas otras antologías consideran como único valor válido la elaboración de una antología a partir de la cuestión cronológica. En este punto de la historia de las compilaciones poéticas, no se puede considerar que sea un aspecto positivo o negativo; sino un elemento sobre el que no se tiene autoridad, o que sea una verdad absoluta a la hora de la realización. Como se ha mencionado con anterioridad, será el lector quien decida su permanencia en el tiempo como material de difusión, acumulador de recuerdos, ordenador de cierto canon, etc.; sin embargo, el antólogo debe tener conocimiento de dicho aspecto.

Por la naturaleza de este trabajo, de corte académico, no se persigue la publicación de tal; y esa libertad editorial es un factor con el que no todos los antólogos cuentan; en decir, en ocasiones, estos trabajos son encargados bajo la orden de alguna editorial o institución gubernamental o educativa, para el festejo de algún centenario, conmemoración de alguna fecha importante, etc., y esto provocará que la selección corresponda o busque evocar los valores de la época a estudiar. Por otro lado, es también interesante contemplar el hecho de que no todas las antologías que se remitirán a la publicación cuenten con la autorización del poeta o, en su defecto, de los herederos de la obra, haciendo aún más compleja la labor del antólogo.

El antólogo no sólo se vuelve investigador, también termina adentrándose en los estrechos y tenebrosos mundos de los derechos de autor, los cuales no cuentan con una reglamentación específica sobre lo que se puede hacer; internándose en lagunas legales que pueden resultar benéficas para la antología. En caso de contar con el visto bueno de los guardianes de los derechos de autor, quienes, en ocasiones, ceden los derechos solicitando a cambio un porcentaje de las ventas de la edición, en otras permiten la publicación de manera gratuita. Sea por la razón que sea, el trabajo del antólogo y la antología misma se ve denostada en el entorno editorial, cultural y social dentro del que se erige.

1.2.1 De la selección y su importancia

Un factor más que se suma, con el propósito de estructurar un mejor material, es el aspecto temático abordado por los autores. Es evidente que cada individuo trata un punto de manera única, sin embargo, las antologías son el mejor ejemplo, para conocer textos para apreciar esto de manera particular; sea desde una selección temporal o una antología intencionada sobre el amor, la muerte; se le permite al lector, la posibilidad de conocer diversas opiniones de un tema específico. Aunque no es sólo para el lector, “El antólogo se convierte en un editor, en el sentido anglosajón del vocablo, que debe dar coherencia y orden a los textos. En su conjunto, la obra se encargará de persuadir y seducir al lector. La vitalidad de la antología, por así decirlo se obtiene no sólo a través de cada uno de los textos, sino por la relación que guardan entre sí” (G. Aktories. 1996:240). Esa vitalidad, la de las relaciones entre textos, le dará a la antología mayor permanencia en el colectivo; es decir, a través de conectar con el lector, desde el tema, se puede trascender en tiempo. Dicho de otra manera, si el lector logra conectar con el texto, porque en él hay reminiscencias de su historia, o de su entorno; permanece en el lector, la selección poética, por estas dos simples razones; ya que, esto, la identificación de sí en la obra artística, a través de una colección crítica y concienzuda inaugura un horizonte nuevo de las problemáticas actuales, o desde la necesidad de encontrar parte de sí en un texto.

La selección determinará la identificación y así, la presencia ineludible. Sin embargo, de manera paralela a la selección se encuentra también la clasificación del material considerado, que debe disponerse de manera práctica para enriquecer la antología:

generalmente, –las antologías mexicanas– no ofrecen un plan didáctico, o crítico, o histórico, sino que son formadas de prisa y sin más intención que la de obtener un éxito en la librería que se traduzca en rápida y abundante remuneración para los compiladores. En nuestro país, si exceptuamos la *Antología del Centenario*, que responde a un vasto programa, pero de la que hasta ahora sólo se ha publicado la primera parte y las *Cien mejores poesías líricas mexicanas*, que siguiendo el plan de las extranjeras de su clase, resulta útil y bien seleccionada, las demás colecciones están formadas, unas, sin orden ni concierto y, otras, con la simple agrupación de poemas determinados (...) ni favorecen ninguna enseñanza, ni aportan ninguna información, ni determinan ningún valor estético (Genaro Estrada, *Poetas nuevos de México*, 1916. Citado por G. Aktories. 1996:242).

Como podemos observar y asimilar, *todo* cobra importancia al momento de elaborar una antología; por esta razón, se contempla al caos como el eje rector de la selección de este material. Esto se debe a que los principales pilares líricos, previos a la época contemplada para la articulación de esta antología, son aquellos que se cuestionan desde lo que hace a la poesía mexicana tener una identidad propia o rechazar esa posible identidad, atribuida a la conformación de la nación después de la lucha de Independencia.

La importancia del caos, entendida desde la teoría del caos, es la que tiene mayor cercanía a los postulados de estos autores, nacidos entre 1900 a 1940; evidentemente no elaboraron sus textos teniendo en consideración, que en algún momento alguien decidiría unir sus poemas desde este tópico; por el contrario, sólo buscaban reflejar con su obra un fragmento de lo que acontecía en el día a día. Y esa cotidianeidad estaba buscando su estabilidad no sólo por la Independencia (1810-1821) o las leyes de Reforma (1855-1866), –eso había quedado atrás–. Lo más cercano al porqué de su inestabilidad fue la Revolución (1910-1917), el conflicto que dividió al país en un movimiento armado que buscaba la no reelección del presidente Porfirio Díaz, entre otras resoluciones para la mejora del país; que, a pesar de su idea de modernizar al país, se olvidó de los motores de la libertad del pueblo: su democracia e independencia.

Teniendo esto en mente, las generaciones venideras toman como parteaguas la búsqueda de valores que fuesen realmente válidos para la nación moderna, cosmopolita, pero también caótica en la que viven, y cada uno, desde sus orígenes, comparte su propio caos. O

los hay quienes no crean desde ello, pero su obra se encuentra permeada por los aconteceres de su entorno y encuentran una escritura de explorarlo de la forma más honesta posible.

1.2.2 La presencia de las escritoras en las antologías poéticas mexicanas

Dentro de este perfil poético que Aktories menciona, un caso curioso, y no por ello menos importante, es el de las mujeres contempladas en las antologías. Justo como ella analiza, con cifras y porcentajes, de entre todas las antologías de poesía en México, sólo cuatro están destinadas exclusivamente a la labor lírica de la mujer, al menos las más importantes y trascendentales, hasta el año de publicación del libro *Antologías poéticas de México* (1996); tales casos son: *Poetisas mexicanas; siglos, XVI-XVII, XVIII y XIX* antologada por José María Vigil en 1893, y contando con una edición facsimilar publicada con un estudio preliminar de Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1977; *Colección de varias composiciones poéticas de señoras zacatecanas, arregladas exprofesamente para la exposición de Chicago* en 1893, elaborada por la Junta de Señoras de México, comisionando para dicho efecto a la señora zacatecana Apolonia León de Aréchiga. La tercera antología contemplada únicamente con trabajo de mujeres es la de Griselda Álvarez: *Diez mujeres en la poesía mexicana del siglo XX*, publicada en 1974; o la de Héctor Valdés: *Poetisas mexicanas. Siglo XX*, preparada en 1976 con motivo del Año Internacional de la Mujer.

La Biblioteca Mexiquense del Bicentenario presentó un trabajo extenso que lleva por título *Cinco siglos de poesía femenina en México*, realizando la investigación, la captura y el prólogo a cargo de Maricruz Patiño y Leticia Luna; exhibido en tres tomos, el primero es a través de la temporalidad, es decir, desde el siglo XVI al XIX, mostrando un trabajo muy parecido al de Vigil en cuanto a las poetisas contempladas, pero con una selección diferente ante los temas. Los dos siguientes volúmenes se centran primordialmente en el siglo XX, haciendo una división de las mujeres poetisas por estados¹², permitiendo, así, conocer de manera rizomática la conformación poética de México desde sus voces líricas femeninas.

¹² El segundo tomo comprende los estados de la A-G, el tercero de la H-Z. La organización de los estados es en estricto orden alfabético. Para la organización de las poetisas se respeta el orden cronológico de nacimiento.

Sin embargo, es curioso observar que los poemas contemplados por las antólogas van en una línea muy paisajista, es decir, en su mayoría, los poemas son más un canto a las tierras, o temas que no reflejan una problemática consciente en cuanto a los cuestionamientos que las poetisas encuentran en la época; por ejemplo, el caso de Rosario Castellanos o Concha Urquiza: sí son anexadas en la antología de Maricruz Patiño y Leticia Luna, pero con textos sobre sus tierras de origen: Chiapas y Michoacán, respectivamente, revelando una línea muy costumbrista. En el caso de las poetisas más jóvenes, no se mantiene un criterio temático fijo, no hay una línea evidente en cuanto a la selección.

Es importante aclarar por qué analizar este punto, de la presencia de las mujeres en las antologías. La razón primordial concurre porque a lo largo de la presente investigación, el punto más débil es el perteneciente a las mujeres; justo como lo menciona Aktories: “Si bien la mujer no había sido tomada en cuenta sino hasta las décadas recientes, eso no quiere decir que no escribiera mal, sino que simplemente no se la escuchaba. O, si se le prestaba atención, era para oír versos que cuidaran las buenas maneras” (G. Aktories. 1996:214).

Tal es el caso de la antología de *Cinco siglos de poesía femenina en México*, se cuidan las buenas formas, los temas propios de la mujer. No hay más. Es también con esta antología que podemos encontrar un problema constante en las selecciones poéticas: el abarcador, por querer incluir a todas, se pierde el piso de la importancia que cada una de ellas merece, o se generaliza en que todas las poetisas incluidas tienen la misma calidad poética, sin ser este el caso, y cae en uno de los equívocos más comunes de las antologías: a mayor número de autores incluidos, mejor es la antología, sin tener en consideración la calidad poética.

Por esto es importante tener en mente quiénes son las mujeres a las que se les debe mayor inserción en las antologías: “Se deduce, que las poetisas nacidas entre 1899 y 1928 más reconocidas son: Concha Urquiza, Rosario Castellanos, Enriqueta Ochoa, Emma Godoy, Margarita Michelena, Guadalupe Amor, Margarita Paz Paredes y Dolores Castro. En general se puede decir que estas ocho mujeres son las que abrieron la brecha para la expresión femenina en este siglo” (G. Aktories. 1996: 228). Un factor más sobre este punto es, a quiénes se incluyen, por ejemplo, Aktories analiza más de treinta antologías, y la imagen más representada es la de Rosario Castellanos; y se cuestiona: ¿Acaso es Castellanos la mejor de su época? ¿Qué hay de autoras como Guadalupe Amor quien apenas logra figurar en cinco

antologías? ¿Es determinante que sean hombres quienes realicen estos trabajos y por ello hacen a un lado a las mujeres? A lo que responde: “La razón de su popularidad será similar a la de Sor Juana: una luchadora en un mundo de hombres, cuya calidad poética no es rebatible, pero quizá también ayuda el mito que se ha vuelto a este personaje debido a su muerte prematura” (1996:229).

La controversia —porque actualmente cualquier tema que haga referencia al feminismo es visto como controversia—, que hay ante estos tópicos en las antologías dejan muchas incógnitas y ausencias ante el acercamiento que se pueda tener a la obra de las autoras, que más allá de su género, lo verdaderamente importante para el crítico y antólogo, será su valor poético y su papel determinante para enriquecer el material que al lector se le está entregando.

1.2.3 Sobre la forma y sus complementos

De manera general, las antologías indagan en los autores, papeles y corrientes que pueden ser trascendentales para cierto momento, pero ¿qué hay de su estructura interna? Aktories menciona lo siguiente: “Su intención de instructivo de recepción y apreciación de la poesía se manifiesta no sólo en la selección sino también a través de los prólogos, los epílogos, la clasificación de los textos recopilados e, incluso, a través del título de las mismas compilaciones” (G. Aktories. 1996:13).

Por lo que, también resulta importante tener en cuenta estos elementos que le dan a una antología ventaja ante las demás. Constantemente se hará referencia a *Poesía en Movimiento* (Paz, Pacheco, Aridjis y Chumacero), o la *Antología general de la poesía mexicana. Desde la época prehispánica hasta nuestros días* (Argüelles), debido a que estos trabajos muestran desde el prólogo, la parte significativa del por qué se remiten a los autores considerados, otorgando a su antología una razón de ser. El ordenamiento que cada antólogo decide para la misma, tendrá que ver directamente con la estructuración del discurso detrás de la antología. Si le dará mayor relevancia al tema, al autor, o a la vinculación que el lector pueda tener ante los textos mismos.

Un elemento que también está colmado de valor es el título, sin el cual no podríamos sembrar en el lector la inquietud necesaria para que decida acercarse al texto en cuestión. También importante es el cómo se muestran las fichas biográficas de los autores, si es que se anexan; o en caso de no tenerlas, representa un afán discursivo de permitirle al lector generar de manera consciente una vinculación; un ejemplo irónico a esta añadidura se puede encontrar en las antologías elaboradas por Gabriel Zaid, quien suele acompañarlas con gráficas de cuántos autores nacidos en cierto año son incluidos en la compilación; o cuántos trabajos existen del mismo estilo, etc. Como se puede observar, cada antólogo mantendrá una serie de perfiles que desde su postura cree conveniente y necesaria para la estructuración y presentación de la antología. Habrá quienes decidan dejar atrás la mención de los autores y sus logros, o los que busquen de manera incesante hacer mención de cada publicación. Al final cada una de estas posturas tendrá una razón específica de ser: la del discurso que el antólogo quiera transmitir a su lector. Cada aspecto puede enriquecer el trabajo o aminorar su valor entre las demás.

Confrontar estos elementos ayudará a señalar y criticar la presentación de las antologías analizadas en el siguiente capítulo¹³; las cuales toman como punto medular la conformación de un canon; el acercamiento del lector ante la poesía de manera lúdica, para tener así una relación más fraterna entre la poesía y el espectador. Enriqueciendo así, la relación entre antólogo, poeta y lector.

¹³ Por esta razón se elaboró una tabla por cada antología analizada, en la que se enlistan autores y poemas incluidos en el siguiente capítulo. Cfr. anexos.

Capítulo 2: Modernidad y tradición. La heurística del caos

El arte se dirige a todos, con la esperanza de despertar una impresión que ante todo sea sentida, de desencadenar una conmoción emocional y que sea aceptada.
Andrei Tarkovsky

Preguntarse constantemente si es el arte una necesidad, si somos parte de una sociedad moderna, e inclusive, cuestionarnos también sobre el papel que la tradición juega ante cada suceso histórico; es acoger la posibilidad de que cada uno de éstos este acompañado de una imagen que puede ser tan explícita como una fotografía, una pintura, o alguna otra realidad que pueda enmascararse detrás de palabras y acciones, como es el caso de la poesía. Cada fragmento de nuestra alma, del contexto que nos rodea, está permeado de posibilidades y encuentros que toman vida de quienes se aventuran a hacer propia a la poesía. En ese limbo de la vida, de la aventura y de hacerlo parte de uno es que el arte tiene su razón de ser; de ayudar y curar al ser humano para, con ella, hablar de lo cotidiano, o de lo problemático que hay en nuestra época. Y también el arte, en todas sus formas posibles, nos permite conocer un fragmento del pasado que nos antecede, creando, así, un pasado inmediato y un futuro incierto.

Tener un registro histórico de las expresiones artísticas de una nación, una época o, inclusive, un sondeo particular sobre una ciudad, un año, etc., a manera que las expresiones que ayudan al receptor a tener una mejor asimilación de su acontecer en el mundo. En este caso particular, hacemos uso de las antologías de poesía mexicana de la primera mitad del siglo XX para conocer, entender y difundir las virtudes y bondades de la lírica mexicana; de manera paralela a la ordenación de una postura intelectual y crítica. Haciendo un recorrido por autores fundamentales para la conformación del ideario cultural y lírico, al igual que a las antologías que logran posicionar un perfil poético y social en su momento de publicación. Sin dejar a un lado, la posibilidad de proponer una nueva lectura como es el caso de cada material antológico, a una época poética ya conocida, exhibiéndola de manera específica y necesaria al acontecer actual.

Definir lo que es modernidad y tradición en el sistema operativo de este trabajo de investigación se torna fundamental para la asimilación de los aspectos que continuarán en la línea de exploración, es decir, conocer su funcionamiento permitirá al lector construir una idea propia y clara de la disposición de las antologías desde su configuración, estructura y mensaje. En este tenor, es que se retomarán los postulados de Alain Touraine, quien analiza y critica la modernidad como una construcción ideológica de la sociedad, que, excluida de su subjetividad, contrapone los valores entre sí y le permite edificar de manera conceptual lo que es la modernidad para la sociedad:

La modernidad no es sólo cambio puro, sucesión de acontecimientos; es difusión de los productos de la actividad racional, científica, tecnológica, administrativa. Por eso, la modernidad implica la creciente diferenciación de los diversos sectores de la vida política, economía, vida familiar, religión, arte en particular, pues la racionalidad instrumental se ejerce dentro de un tipo de actividad y excluye la posibilidad de que alguno de esos tipos esté organizado desde el exterior, es decir, en función de su integración de una visión general. La idea de modernidad reemplaza, en el centro de la sociedad, a Dios por la ciencia y, en el mejor de los casos, deja las creencias religiosas para el seno de la vida privada (Touraine. 2000:17).

Antes de continuar, es necesario tener en mente un concepto más: la heurística¹⁴, la cual funciona de manera rizomática e ilimitada ante la idea de un problema, que derivará en la búsqueda de una solución. Ahora bien, si es planteado desde la postura de la modernidad, asimilada por Paz en *La tradición de la ruptura*, como una negación constante del presente inmediato, entendida también como una estructura netamente occidental y cristiana, y confrontada, igualmente como un parámetro de creación y problematización para la poesía hispanoamericana actual, ¿qué posibilidad de orden es el que se le otorga a la sociedad? Estos conceptos no tienen una única capa o lectura; son diversos aspectos que se encuentran en choque constante porque no hay una única opción, una lectura unilateral de lo que es el caos, como se propone en este trabajo, pero que bien podría ser equiparado ante lo que Paz denomina *Tradicición*.

¹⁴ Técnica de la indagación y del descubrimiento. | Búsqueda o investigación de documentos o fuentes históricas. | En algunas ciencias, manera de buscar la solución de un problema mediante métodos no rigurosos, como por tanteo, reglas empíricas, etc.

Tradición, para Octavio Paz, es una noción que asimilada gracias a que, como *cultura moderna*, se tuvo noción del tiempo y su celeridad. Esta fugacidad y celeridad del tiempo real, nos permitieron tener la astucia de verlo transcurrir, o mínimamente, creer que somos conscientes de ello, dado que a ciencia cierta no hemos sido del todo reflexivos sobre el paso del tiempo, lo medimos, pero no es razón suficiente para decir que lo controlamos. Por esta razón, Paz hace hincapié en que vivimos limitados por nuestras acciones, ya que no conocemos totalmente lo que puede ser y hacer el tiempo en nosotros como sociedad. Todo esto, nos permite esclarecer, que ir en contra de un modelo establecido del orden o una continuación hacia una norma lírica o estética fija, que sería entendido como la tradición. Generamos, pues, como mecanismo de defensa, la respuesta de ruptura, anexándola a la misma tradición.

En el siguiente esquema se ejemplifica: *Caos entendido como (des)igual a ruptura y tradición*. Ambas posturas se centran en la vertiginosidad del tiempo atemporal que la vida y el arte viven; en esta última, llegamos a aceptar una nueva corriente o postura, cuando lo que impera pierde vigencia. Pero nuevamente, si retomamos la idea del tiempo y su celeridad, nos topamos de lleno con un lienzo en blanco, una hoja nueva que esperará ser escrita, deteniendo el tiempo y el espacio hasta que estos se conformen y logren crear la novedad.

$$C \neq r(t)^{15}$$

Figura 2 Fuente: Elaboración propia.

El arte, en principio, es caótico; entendamos que el caos es una variación en los factores dominantes del mundo y el entorno. La forma más sencilla de asimilar este aspecto es desde el esquema de un péndulo caótico; comenzará en un punto inicial; los poetas son todos nacidos en México entre los años de 1890 a 1940. Este punto inicial, aunque pareciera el mismo para todos, y de manera general lo es. Cada uno de los autores mantiene sus particularidades de origen, bagaje cultural, historias familiares, sumándolo al espectro de la nación mexicana, la cual, podría ser el segundo eje de movimiento en el péndulo, dando como

¹⁵ Entiéndase como (C) Caos: des/igual a (r) ruptura y (t) tradición.

resultado, a pesar de estar varados en un mismo punto, se podrán tener diversas posibilidades, nunca una igual a la otra.

Uno de los primeros errores que Paz hace notar, es la postura historiográfica por la linealidad, elemento limitante y netamente estructurado. Caer en cuenta de este funcionamiento no humano, permite asimilar que el movimiento está aunado al tiempo; es decir, configuramos nuestro pensamiento y ser desde un constante ir y venir de situaciones, historias y acontecimientos que dan pauta a una recurrencia de elementos. Estos planteamientos sobre la tradición, su ruptura y por ende, su caos –entendido desde la poesía–, no podrá cuantificar si cierto poema es de mejor o menor calidad, ni siquiera buscará encasillar si una generación poética tiene mayor importancia en su entorno; lo que sí se podrá lograr con la adición del caos a la antología es mostrar que a partir de éste, el desarrollo poético en México se propaga, e irradiará por distintas posibilidades, como un reflejo rizomático, permitiéndole explorar diversas posibilidades que le darán a la poesía la pluralidad necesaria para su perfeccionamiento.

2.1 Contexto histórico

*Hablas en el idioma de todo lo que arde.
Y en todo igual al fuego,
entre mis propios brazos te levantas
y luego consumido,
en silencio te apagas.
Margarita Michelena*

Es importante fundamentar por qué una antología de poesía mexicana de principios de siglo XX, y no una de cuento, ensayo, novela o teatro; otra pregunta que puede surgir es por qué no comenzar a mediados de siglo. A comienzos de la década de los años 50, con la modernidad llegando a la capital del país, líneas del trolebús, la inauguración de la Torre Latinoamericana, la importancia cultural de la época del cine de oro mexicano –y contemplarlo desde los modelos aquí plasmados como parte esencial de la construcción social-cultural y política del país–.

El por qué es sencillo, mas no simplista. En primer lugar, se trata de una selección poética por el aspecto mencionado por Juan Domingo Argüelles en el prólogo de *Antología General de la Poesía Mexicana*:

El más cultivado de los géneros literarios en México, la poesía, sigue siendo el punto de referencia para conocer la movilidad, el dinamismo de la cultura nacional y sus búsquedas y apetitos de modernidad universal. La poesía - escribió Paz- es conocimiento, salvación, poder, abandono. Operación capaz de cambiar el mundo. Dice también que el poema no es una forma literaria sino el encuentro entre el hombre y la poesía, por ello, los poetas representan la salud espiritual de los pueblos, porque un país sin poetas, no es nada (Argüelles.2014: 24).

Igualmente tiene importancia la temporalidad contemplada; en esta ocasión se considera a partir del nacimiento de los miembros que conformarían la generación *Contemporáneos*, hermanados en los años de 1928 al 1931 en la publicación de la revista que daría nombre a la generación, compartiendo ciertas posturas estilísticas y temáticas. Sin embargo, no por esta razón, el orden de los poetas contemplados resulta estrictamente a *Contemporáneos*, ya que el poeta con quien se inicia la antología es Manuel Maples Arce, quien toma la batuta en la conformación de la vanguardia mexicana con el Estridentismo que, aunque en su época fue visto como un detractor de todo aquello que era la norma estética, (el Romanticismo y el Modernismo como principales corrientes estilísticas), Maples Arce se convirtió en uno de los pilares para la configuración de una estética: “El estridentismo, inició en México la renovación más drástica y escandalosa que se observa a través de la historia de la literatura mexicana, hizo posible también, directa e indirectamente, la revisión de los valores estéticos generales” (Schneider. 1975: 159).

Históricamente la importancia de la primera mitad del siglo XX, a nivel mundial, radica en la estructuración y conformación de naciones, la modernidad tecnológica y social que acontece en estos años; dando como resultado un siglo vertiginoso y confrontativo. También se debe contemplar el hartazgo occidental con lo establecido, por ende, nos arroja al caos, a lo desconocido, pero novedoso. Como lo menciona Paz en numerosas ocasiones dentro del ensayo de *La Tradición de la Ruptura*, este descontento hacia lo establecido –mantener una continuidad de orden–, genera una tradición, que desechamos al rechazar todo lo que conlleva; siendo así una manera cíclica de orden, para, en el desorden, encontrar

nuevamente cierta paz, aunque resulta contraproducente, ya que este orden cíclico es, más bien, una fortuna de espiralidad. Un inicio fijo, pero en cada vuelta del ciclo, se pierde el eje y se comienza un nuevo camino.

De manera estricta, este trabajo no cubre en su plenitud los cincuenta años mencionados. Da inicio con el nacimiento de Manuel Maples Arce, del cual no se tiene un año claro sobre su nacimiento; Christopher Domínguez Michael en su *Diccionario crítico de la literatura mexicana (1955-2010)* y la antología de *Poesía en Movimiento* mantienen que el año de su nacimiento es 1899; sin embargo, *la Antología de la poesía mexicana moderna*, de Jorge Cuesta y *Ómnibus de poesía mexicana* de Carlos Monsiváis: *Poesía mexicana II (1915-1979)*, sitúan su nacimiento en el año de 1897. Por cuestiones prácticas, se consideró el año que contempla igualmente *Enciclopedia de Literatura en México* (ELEM). La razón de este criterio es porque se considera la temática del caos, la tendencia a una ruptura de tradición y la importancia de elaborar y difundir una antología son elementos que Maples Arce logra a través de su obra, convirtiéndolo en precursor del tema de estudio de este trabajo. El motivo más interesante de iniciar esta selección con Manuel Maples Arce y limitarla hasta José Emilio Pacheco, pasando por autores como José Gorostiza, Gilberto Owen, Efraín Huerta, Margarita Michelena, Guadalupe Amor, Thelma Nava o José Carlos Becerra, es el ejemplificar en veinte autores, el desarrollo poético, temático y creativo que la lírica mexicana ha experimentado a partir de los primeros pensadores criollos que la Independencia (1810-1821) nos hereda, hasta los poetas que retoman la postura del caos.

La conformación de la identidad nacional a través de la copia de modelos romanticistas europeos, la estructuración política de la nueva nación: México; y con ello, los cimientos a los que la poesía moderna mexicana se debe: Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, José Juan Tablada y la fulgurante imagen de Ramón López Velarde, el más moderno y nacionalista, costumbrista y provinciano. Pilares que ayudan o, mejor dicho, esbozaron la riqueza a la que la poesía mexicana podrá aspirar. Sin embargo, es importante no dejar de lado la imagen lírica de Enrique González Martínez, uno de los poetas más famosos en aquel momento, y que ahora no cuenta con la misma fortuna que Ramón López Velarde de ser considerado *El Poeta* por excelencia. Este análisis no busca estipular, bajo ningún criterio, que tal, o cual autor es mejor que el otro; cada uno aporta, desde sus

bondades y salvedades, a la historia de la poesía. Cada uno de ellos trasciende, en ocasiones más por el morbo y chisme de vida; pero aún con un solo libro publicado, como en el caso de Salvador Díaz Mirón, se le debe su aporte ante lo mórbido, lo putrefacto y bello.

Retomando el aspecto de la temporalidad, hay que hacer mención cómo afectó la idea de lo moderno, lo artístico y cultural que no sólo habitó en los espacios nacionales. A nivel internacional, a finales del siglo XIX y principios del XX, existió una gran riqueza de modelos, vanguardias, teorías y novedades que dan al hombre una idea de soltura, grandeza y fascinación ante sí mismo y sus inventos. Estos elementos hacen que el arte busque erigirse en un espejo de todo lo que vertiginosamente sucede; que los ritmos iguallen la velocidad de las máquinas, que las imágenes transporten al lector a un éxtasis del que no podrá salir tan fácilmente. Sin embargo, no todo se convierte en encanto y soltura. La conciencia del tiempo da al hombre el caos, lo que le generará en él un espasmo y un cuestionamiento.

Es con Carlos Monsiváis con quien encuentro similitudes en sus planteamientos de orden teórico-histórico, desde el ámbito de los autores, como la siguiente cita lo demuestra:

A lo largo del siglo XIX, los poetas mexicanos –también legisladores, historiadores y políticos– quieren construir la nación, establecer sus límites y contenidos, definir sus estatutos morales, estimular la sed de hazañas, exaltar fragmentos de la vida marginal (los sueños, las prostitutas), cantar a la Amada para preservarla del olvido y la fragilidad del tiempo, celebrar las pasiones, elogiar a la Naturaleza, describir las minucias y las frivolidades, burlarse del enemigo, encomiar la autenticidad de los sentimientos populares. La estabilidad del Porfiriato les permite a los poetas un agregado: responder a su vocación con una vida que, sin ser claramente heroica, traduzca en actitudes cotidianas la inspiración del verso y sea, en sus propios términos, poesía, casi, cada obra promueve un personaje: el afrancesado a la moda (Gutiérrez Nájera), el gigante ardoroso y colérico (Díaz Mirón), el provinciano culto y panteísta (Othón), el gimnasta espiritual (Nervo), los exiliados voluntarios de la sociedad (Manuel Acuña, Antonio Plaza). Las tendencias literarias se suceden o se funden, mas los escritores para afirmar sus ideas les aportan su distinguible individualidad (Monsiváis. 1979: XVII-XVIII).

Esta estabilidad, pero también necesidad de construir la nación, se vuelve fundamental para delimitar cuáles son los pilares que conforman nuestra identidad; en primer lugar, social, y en un segundo plano, la identidad lírica. Razón por la cual, identifiqué ciertos casos de poetas nacidos en la segunda mitad del siglo XIX, teniendo cada uno de ellos, ciertas

bondades para con la poesía mexicana; indispensablemente, para la conformación de las generaciones venideras.

2.1.1 Autores fundamentales para la conformación poética

*Si me voy este otoño,
entiérrame bajo el oro pequeño de los trigos,
en el campo,
para seguir cantando a la intemperie.
No amortajes mi cuerpo,
no me escondas en tumbas de granito.
Enriqueta Ochoa*

La literatura mexicana ha estado en un constante ir y venir de posturas, formas y movimientos, pero el género en el que ha sido más latente esta renovación constante ha sido la poesía. En México contamos con mayor número de poetas que, de dramaturgos, dónde el único Premio Nobel se le ha otorgado a Octavio Paz, reconocido ensayista, pero principalmente como poeta; diversos reconocimientos, también, han sido otorgados a poetas, como el Premio Reina Sofía de poesía Iberoamericana a José Emilio Pacheco. La afición a la poesía no es algo nuevo:

En el Porfiriato, los lectores, reducidos a su mínima expresión (ochenta por ciento de la población es analfabeta), se complacen en la lectura de la poesía: en ella se reflejan no como son sino como quisieran ser: arcadía de pastores filósofos, nación que ensangrentó sus manos en la lucha por la libertad o cisnes que nadan por el estanque que rodea el palacio de una princesa pálida; las imágenes literarias, en este orden, develan las aspiraciones de una clase social que se consolidó en el periodo (Granados. 2010: 20-21).

Esta trascendencia de la poesía desde el siglo XIX nace en un momento en el que también es importante considerar los sucesos políticos y culturales. La época en la que Porfirio Díaz se encontró en el poder:

La riqueza y prosperidad de una sola clase social durante el Porfiriato se hace sentir, bajo muchas formas, en toda la literatura. En primer lugar, la riqueza es engendradora de ocio, en el nivel individual lo mismo que en el colectivo. Este ocio puede ser estéril –el ostentoso mundo de la colonia Juárez y el culto

al apellido de las familias bien, por ejemplo-, pero también fecundo y creativo (Granados. 2010:22).

Floreciendo así una sociedad preponderadamente centralista, diplomática y en búsqueda del progreso, la cual tiene mayor cabida en la poesía patriótica, es decir, aquella que ve la luz en espacios públicos y se desarrolla en “la mayor parte de los poetas involucrados decididamente en la reproducción de la ideología del poder a través de la poesía patriótica” (Granados. 2010: 27). Por esta razón se debe esbozar de manera paralela la importancia de los autores que impulsan la trascendencia de la poesía y crítica en México, es decir, no sólo basta con mencionarlos de manera menuda, también es necesario analizar su aporte a las letras nacionales para así, lograr asimilar de manera más contundente su importancia dentro del cosmos literario. Los autores a los que se alude son: Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), Amado Nervo (1870-1945), José Juan Tablada (1871-1945), Ramón López Velarde (1888-1921).

Según Juan Domingo Argüelles, y a quien se parafraseara en las siguientes líneas, la etapa un tanto gris para la poesía mexicana podría considerarse al Neoclasicismo, que se desarrollaría desde mediados del siglo XVIII hasta las últimas décadas del siglo XIX; desembocando en los movimientos del Romanticismo y el modernismo del siglo XX: de esta etapa podemos identificar nombres como Manuel Acuña, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón.

Ya con Gutiérrez Nájera, Tablada y Rebolledo se advierte la modernidad poética mexicana, pero ésta se abre y se amplía propiamente con la figura tutelar de Ramón López Velarde; antesala para poetas como Carlos Pellicer, Renato Leduc, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Gilberto Owen, miembros de *Los Contemporáneos*, por la revista que los agrupó, estéticamente, de 1928 a 1931. (Argüelles. 2014:23-24)

Sin embargo, son diversos autores entre ellos Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Luis Miguel Aguilar, entre otros, quienes se centran en un análisis mayor y profundo a este tema. Inclusive a través de las antologías poéticas también se puede ir vislumbrando parte de estas problemáticas, para un entendimiento específico de ello, se

presenta en el siguiente apartado un análisis a cinco antologías emblemáticas de la crítica poética.

2.2 Contexto teórico de las antologías

*¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
algo en la urna diáfana del verso,
piadosa guardará la poesía.
Manuel Gutiérrez Nájera*

Según el Diccionario de la Real Academia Española, una antología es una “colección de piezas escogidas de literatura, música, etc.” Para Alejandro Ariceaga, una antología se puede definir de mejor manera como: *antojología*, guiada por los deseos de quién está haciendo la selección y teniendo como eje una serie de lineamientos o criterios que le resulten útiles; más allá de hablar de una utilidad, poder encaminar la importancia de la antología con un fin específico, como es el caso de las antologías de temas o épocas. Sin importar cuál sea el tema central, siempre habrá faltantes en las selecciones, por esta razón es importante destacar el hecho de que cada antología estará guiada por las necesidades y gustos de quienes tengan la batuta; cada antología es una propuesta de lectura diferente, al igual que cada texto se convierte en un engrane disímil a la posibilidad que se crea con la unión de los autores contemplados.

Esta nimia particularidad descrita por el diccionario de la Real Academia Española: “colección de piezas escogidas de literatura, música, etc.”, se muestra muy carente; podríamos preguntarnos: ¿con qué intenciones se hacen estas compilaciones?, y aun así, no tendríamos una respuesta tajante, ni la habría bajo ninguna circunstancia, ya que, como se menciona con anterioridad, cada antología es un mundo nuevo, una posibilidad completamente novedosa de entender cierto aspecto social, político, cultural, estilístico o generacional, que deben partir de una postura crítica, pero también de gozo, sin olvidar en ningún momento que dicho trabajo llegará a manos de lectores¹⁶, que, en el mejor de los

¹⁶ Es con esta postura como nace *Ómnibus de la poesía mexicana*; siendo una antología para lector según lo menciona Gabriel Zaid en la presentación del extenso trabajo, ateniéndose más a la importancia de lograr una relación con el lector, antes de presentar un trabajo de investigación.

casos, será un lector especializado sobre los temas que se abordan en los textos. Sin embargo, no es siempre la constante; por el contrario, las antologías ayudan a los nuevos lectores a tener un primer acercamiento a los temas y autores para, así, ir desarrollando su interés y generar mayor beneficio y conocimiento ante nueva información.

Juan Domingo Argüelles hace algunas anotaciones interesantes en el prólogo a la *Antología general de la poesía mexicana*; en sus dos volúmenes, el primero lleva por nombre “De la época prehispánica a nuestros días”, que, como el título lo indica, abarca desde la época prehispánica, pasando por las grandes lumbreras del periodo novohispano, los álgidos movimientos poéticos de la Independencia a la Revolución, hasta la conformación de lo que Argüelles denomina: la época de Oro en la Lírica mexicana, es decir, el nacimiento de los *Contemporáneos* a los hijos de la generación *Taller*, aproximadamente hasta mediados del siglo XX. El segundo volumen de este extenso trabajo lleva por subtítulo “Poesía del México actual, de la segunda mitad del siglo XX a nuestros días”, donde, a través de ciento sesenta y siete autores muestra la realidad sobre el movimiento poético nacional actual, que no es uno solo, ni parte de una situación única; por el contrario, la diversidad de voces, problemas y formas le dan a la poesía mexicana su particularidad actual: caótica, constante y amplia. En el prólogo del segundo volumen menciona lo siguiente:

El ejercicio antológico es un uso del criterio con un disfrute intelectual y emocional. Si una antología no te gusta, no la sigas leyendo: haz la tuya propia y disfrútala: lo único que necesitas es fatigar la biblioteca y elegir, entre los libros de poesía, los poemas que más te gusten y convenzan. Lo malo de quienes se quejan de las antologías que no les gustan es que jamás emprenden una, o si la llegan a emprender, y aun así la concluyen, sólo les da satisfacción a ellos. Un ejercicio así no tiene sentido: las antologías se *publican* para un público que no tiene que pensar totalmente como nosotros, y si una antología no tiene amplitud de miras no vale la pena publicarla, basta con imprimirla o con guardarla en nuestros archivos electrónicos para disfrutarla una y otra vez en el momento en que se nos pegue la gana (Argüelles: 2014:33).

Es por ello que las antologías deben tener como parámetro estos dos aspectos: el gozo y el conocimiento. Es evidente que, a través de dos o tres textos, no siempre se podrá conocer la obra de cierto poeta, ni mucho menos, se debería reducir el genio de los escritores a dos textos consagrados, ya que esto limitará la postura del lector ante las obras, y tendrá una aproximación mínima.

El gusto poético no sólo es mutable, sino que responde también a la formación intelectual y sentimental de cada quien; tiene que ver con pertenencias generacionales, con conocimiento o desconocimiento de la literatura, con convicciones estéticas, con nociones morales y, por supuesto, con ideas fijas o recibidas y con vanidades y prejuicios (Argüelles: 2014:33).

Por esta razón, el logro de mutar el gusto del antólogo desde sus pasiones, sus particularidades o necesidades del mundo, resulta ser un motivo suficiente para compartir las lecturas, gustos e intereses poéticos. Con esto no se hace referencia a que este trabajo sea mejor o peor que los que lo anteceden; no se trata de buena o mala antología, por el contrario, cada antólogo propone una posibilidad nueva y diversa al lector para conocer, explorar y desarrollar un gusto –en el mejor de los casos–.

En el proceso de la lírica mexicana moderna, es importante hacer un recorrido sobre los trabajos que se han realizado con este fin de divulgación y los cuales siempre se verán limitados, por la selección, por la temporalidad, etc., siendo un pretexto para la crítica, más que para alabanza de estos materiales, que no sólo dependen de juntar textos agraciados, ni buscar en bibliotecas, librerías, rincones y recovecos los que podrían ser los mejores, o peores poemas por generación. A continuación, se hará un breve análisis y anotaciones de las antologías que se retomaron como parte central de este trabajo; dicho sea de paso:

cada una de éstas tiene como parámetro la de perfilar un estilo poético, aun cuando éste sea ligeramente sesgado del ambiente literario en México. En muchos casos, además, se evidencian movimientos contradictorios, simultáneos, así como coexistencias y coincidencias, en los distintos momentos de la historia poética (G. Aktories, 1996:92).

Dichas antologías son presentadas en estricto orden cronológico, y cabe señalar que han sido anexadas así, por su prioridad, desde el punto de vista crítico y teórico; sin embargo, no son las únicas antologías que desarrollan un parámetro para la conformación de una estilística.

Casi al final de la elaboración de este trabajo, descubrí que, en el año de 1940, Manuel Maples Arce elaboró igualmente una antología, que lleva por título *Antología de la poesía mexicana moderna*, y fue publicada en Roma, Italia. Esta antología, a diferencia de la

elaborada por Cuesta, incluye voces líricas femeninas y contempla al menos a cuarenta y cinco autores, apelando que ésta no podrá ser considerada como una antología excluyente, sino lo contrario. En ella, hace una anotación muy interesante:

Al preparar esta antología se ha tomado en cuenta también la aparición de otras publicaciones semejantes, en las que es fácil observar que el material no ha sido seleccionado con un sentido crítico, sino obedeciendo a las insinuaciones de un vicioso sector más atento a la propaganda de su obra que al empeño de realizarla (Maples Arce, 1949:9, retomado por G. Aktories, 1996: 148).

Otro aspecto a considerar sobre las antologías es que hay dos vertientes: la primera, las antologías elaboradas por mexicanos, algunos de ellos, poetas también; la segunda, las antologías elaboradas por extranjeros, con un afán un poco más teórico que de difusión poética. En esta segunda vertiente, en palabras de Susana González Aktories, se podrían considerar que son las más áridas en su selección y mientras que las antologías estructuradas por poetas son, ocasionalmente, más interesantes por su trascendencia; pero más allá de su selección, como lectores nos permitimos guiar por el antólogo, quien cumple también la función de creador y construye un texto nuevo, a partir de las visiones de los poetas contemplados.

2.2.1. *Antología de la poesía mexicana moderna*. Notas y selección de Jorge Cuesta. Primera edición: 1928.



española.

A esta antología le anteceden diversos trabajos que se generaron en conmemoración por los cuatrocientos años del descubrimiento de América, y fueron promovidos por la Academia Mexicana de la Lengua. El caso que resulta más significativo es el publicado por José María Vigil, *Antología de poetas mexicanos*, elaborada en 1894, avistando desde la Conquista Española, ya que lo previo, es decir, “la monarquía azteca”, no corresponde a la grandeza heredada por la tradición

española. El caso específico de la *Antología de la poesía mexicana moderna* se situó en un momento de cambios y búsqueda de estabilidad en la nación; casi treinta años después de la publicación de la antología citada. A pesar de la cercanía en el tiempo, esta primera antología contemplada logra unificarse en el criterio de la modernidad y las grandes voces líricas que México le está dando al mundo, sin una necesidad repetitiva y sí un alto nivel crítico; se dejan atrás poetas que, en palabras de Cuesta: muchos nombres dejamos fuera de esta antología. Incluirlos en ella habría sólo aumentado pródigamente el número de páginas y el orgullo de su índice. La poesía mexicana se enriquece, seguramente, con poseerlos; multiplica, indudablemente, su extensión; pero no se empobrece esta antología con olvidarlos (Cuesta: 1928:6).

Uno de los nombres olvidados por Cuesta es el de Manuel Gutiérrez Nájera; posteriormente, en una carta que Cuesta le hace llegar al señor Manuel Horta, director de *Revista de Revistas*, justifica su postura:

Encuentro que tanto Amado Nervo y Rafael López, que figuran en la antología, como Manuel Gutiérrez Nájera y José de J. Núñez y Domínguez, que no figuran en ella, me parecen detestables poetas. ¿Por qué figura Amado Nervo entonces? Ya siento muy significativo el error de sus interrogados, pues es como si temiera que Nervo no debería figurar. Ellos no lo vieron; yo todavía lo encuentro allí. Uno de ellos, el señor Cardona, explica mi motivo, aunque con alguna exageración, cuando supone que si Gutiérrez Nájera y Nervo

vivieran les habría dedicado toda la antología. Cuando menos, les habría dedicado más atención. Pero aquel no *vive* para mí, no atrae mi interés, y éste apenas cuando me esfuerzo y me violento. Y como siempre me parece un poeta inevitablemente mediocre, no debo atribuir mi elección a la manifestación de mi gusto, sino, como también muy acertadamente se sospecha, a la conservación de mi interés. No es por otra cosa por la que he advertido en el prólogo que la midió un rigor tímido (Cuesta citado por Stoopen. 1991: 278).

La Antología de la poesía mexicana moderna, además de excluir y delimitar, también enaltece a las jóvenes voces de la lírica mexicana del siglo XX. Con frescura, introduce en cada una de las notas que hace sobre los autores, cuáles son sus ventajas, riquezas y aportaciones líricas. También reconoce el pasado inmediato y maneja cierta cautela con sus iguales; ejemplo de esto es incluir textos de Jaime Torres Bodet, Manuel Maples Arce, Carlos Pellicer, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Salvador Novo Xavier Villaurrutia y Gilberto Owen; quienes, para la fecha de publicación de este material (1928), estaban comenzando a escribir, y los textos incluidos en esta antología son sus primeros versos. Es quizá más rica gracias a las notas, pero la selección poética es módica, porque gran parte de las obras de mayor riqueza poética aún no eran publicadas, convirtiéndose en un parámetro para antologías venideras.

Se toman como eje rector aquellas lecturas y propuestas que Cuesta tiene a bien descifrar sobre los veintidós poetas antologados; además de reglamentar que el poema es un elemento aislado de movimientos, autores, escuelas, corrientes, etc. Arranca cada objeto de su sombra y no deja sino la vida individual que posee, siendo éste un carácter general de la obra, al cual, como lectores, críticos y antólogos se debería apegar con mayor constancia.

2.2.1.1. Sobre la forma y sus complementos¹⁷

Se debe considerar que la primera edición es de 1928; sin embargo, la edición con la que se trabajó en esta investigación es su reedición de 1985 por Fondo de Cultura Económica y la Secretaría de Educación Pública. Aclarado lo anterior, se presenta la organización de esta

¹⁷ *Cfr. Anexos*. Para enriquecer el análisis, de manera paralela se elaboró una tabla en la que se incluyen todos los poetas y poemas incluidos por antología

antología: en el *Índice General* se anexa la *Presentación* por Guillermo Sheridan. El prólogo que se incluye fue elaborado por Jorge Cuesta.

Lo interesante de esta antología, es que se presentó con tres apartados, –las cuales están señalizados por la variación de color en la tabla–, identificando las relaciones entre poetas. Las notas biográficas de cada autor están acompañadas de una breve semblanza de su vida, y las particularidades de su obra, según Cuesta. Al finalizar se enlistan los libros publicados hasta 1928. En cuanto a la presentación de los poemas; después de cada texto, se procuró mencionar en qué libro se encuentra y si se trata de fragmentos.

2.2.2 *Poesía en movimiento*. Selección y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis. Primera edición: 1966.



Esta antología es, quizá, a nivel popular, una de las más destacadas y valoradas hasta la fecha. En su prólogo se encuentra gran riqueza, tanto teórica como filosófica del quehacer poético y antologador; es Paz el responsable de dicho trabajo, donde comienza a esbozar sus planteamientos para *la Tradición de la Ruptura*. Antes de manejar que ésta es una antología más, se detiene para explicar que nace, más bien, como un juego, una forma lúdica de conocer y reconocer todo lo cercano a la poesía mexicana, preexistiendo la problemática, ¿cuál es la identidad mexicana? ¿existe dicha identidad vista desde la creación poética? Para Paz existe desde Ramón López Velarde: “No es el genio nacional sino el espíritu de la época lo que une a estos tres poetas entre sí (López Velarde en México, Leopoldo Lugones en Argentina; Laforgue en Francia)” (Paz. 1966: 3).

Aunque no está del todo unificada la identidad, es decir, la identificación mexicana se ha conformado a lo largo del tiempo, pero está también dividida por nuestros libertadores y sus sucesores: lo que separaron los caudillos, lo unificaría la poesía. La poesía mexicana deriva de una tradición más vasta: la de la poesía en lengua castellana escrita en

Hispanoamérica en la época moderna. No sólo se trata de una limitación de la “nacionalidad” como insuficiencia, sin embargo, ¿dónde queda la modernidad? Universalmente nos creemos modernos, a lo que Paz anota: “Querer ser moderno parece una locura: estamos condenados a serlo, ya que el futuro y el pasado nos están vedados. Pero la modernidad no consiste en resignarse a vivir este ahora fantasma que llamamos siglo XX. La modernidad es una decisión, un deseo de no ser como los que nos antecedieron y un querer ser el comienzo de otro tiempo” (Paz, 1966:5). Somos, como sociedad, una constante negación del tiempo y del espacio.

Aquello que distingue al instante de los otros instantes es su carga de futuro desconocido. No repetición sino inauguración, ruptura y no continuidad. La tradición moderna es la tradición de la ruptura. Resultando en el modernismo con Darío y los ultraístas, negando con violencia el pasado inmediato. Cada instante nace un pasado y se apaga un futuro. La tradición también es un invento de la modernidad. Dicho de otro modo: la modernidad construye su pasado con la misma violencia con que edifica su futuro (Paz, 1966:5).

Sería válido preguntarse si esta configuración del tiempo moderno afecta a la poesía que resulta después y medir, en caso de ser posible, una aproximación a esta modernidad. Lo que se debe destacar de *Poesía en Movimiento* no es sólo su cualidad de juego y experimento, sino la riqueza que aporta al tener a cuatro encargados de un trabajo de selección; cada uno colabora para conseguir una versión que esté ligeramente alejada del *error* que Cuesta mantuvo con Gutiérrez Nájera. Esta antología-experimento se mantiene apartada de la omisión, en algunos casos; su estructuración es abierta y amplia al criterio de los antólogos ante la unificación de la propuesta estética.

Poesía en Movimiento, con su diseño lúdico, acerca al lector nuevo a la poesía mexicana, dándole la oportunidad de verla de una manera diferente, dejándose maravillado por una posibilidad incomparable de crearse gracias a su innovadora distribución. Haciendo a un lado lo que “debe estudiarse” y suministrarle un criterio crítico para poder ver la *involución* por la que ha transcurrido la lírica.

2.2.2.1 Sobre la forma y sus complementos

El inicio de esta antología es con Homero Aridjis, nacido en 1940, quien contaba con apenas 26 años en la primera edición de la publicación. El fin de la tradición, o el inicio de la ruptura, por denominarle de cierta forma –y ambas válidas–, es José Juan Tablada (1871-1945): considerado como parte de los cimientos estéticos y creativos de lo que marca la identidad poética mexicana. En esta no correspondencia temporal de la “estructura ideal de la cronología” en una antología, radica gran parte de su juego e innovación. Reconocer que nuestra tradición está fundamentada en esta negación/aceptación de lo que podemos ser y no ser, nos apertura al juego planteado por Octavio Paz, un binomio constante de posibilidades y nunca una realidad única. “Haciendo hincapié en que la tradición es una invención moderna, y sólo la ruptura nos da conciencia de tradición. Al lado central de cambio, debemos tomar en cuenta otros valores: la dignidad estética, el decoro, la perfección. Aceptar estos tres elementos sería caer en el eclecticismo que denomina la crítica y vida intelectual de México desde hace años” (Paz. 1966:8).

Al igual que *Antología de la poesía mexicana moderna* se presenta fragmentada, pero en esta ocasión es del presente al pasado, y en cuatro divisiones; comienza la selección con Homero Aridjis y José Emilio Pacheco, ambos antólogos y seleccionadores de la antología, hasta Thelma Nava, o los poetas también conocidos como “la generación de transición”; continúa con la generación de Taller, desde Tomás Segovia hasta Octavio Paz. En el tercer fragmento de poetas están incluidos mayoritariamente aquellos vinculados a *Los contemporáneos*: desde Gilberto Owen pasando por Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, concluyendo con Renato Leduc, sin incluir a Jorge Cuesta. Para finalizar –o comenzar–, las bases para estos poetas se pueden localizar en las propuestas líricas de autores como Julio Torri, Alfonso Reyes, Ramón López Velarde y José Juan Tablada. Se podría considerar que hay faltante como Amado Nervo, Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón; sin embargo, por la temporalidad delimitada desde el título, queda claro que, a estos tres autores mencionados, se les excluiría tajantemente, no por negarlos, simplemente por la temporalidad. En cuanto a la presentación de los poetas y poemas, comparte el mismo formato con la primera antología aquí analizada.

2.2.3. *Ómnibus de poesía mexicana*. Presentación, compilación y notas de Gabriel Zaid. Primera edición: 1971.



En *Ómnibus de poesía mexicana*, Zaid busca, más allá de elaborar un trabajo crítico o teórico, que el lector tenga un buen compendio de versos. Textos a los que se pueda acercar de manera sencilla, constante, sin tener un recuento de poetas o generación; el elemento más importante fue el de darle al lector la posibilidad de acercarse a la poesía de manera orgánica; ya sea por el tema, la época, pero no limitándolo al autor. Retoma todo aquello que, para él, desde su criterio lector, son los versos a los que les debemos parte de nuestra concepción de lo mexicano, de lo amoroso, y desdeñando nuestras construcciones sociales de lo nacional. “Ómnibus en latín quiere decir ‘para todos’. Así fueron llamados los coches de caballos que empezaron a dar servicio colectivo, en vez de particular. [...] Ojalá que el lector de esta omnimoda selección, de todo y para todos, no se limite a sus ventanas habituales, y que disfrute todo el viaje, como buen omnilector” (Zaid. 1971: 5).

2.2.3.1 *Sobre la forma y sus complementos*

A pesar de ser una de las antologías más extensas, y con una clara advertencia inicial de ser primordialmente una antología para el lector, y no para autores; es decir, para Zaid se vuelve primordial que el lector tenga a su alcance un fragmento de lo que configura la lírica mexicana, desde los casos prehispánicos, la época novohispana y el ocaso de la poesía en el siglo XIX, para dar paso a la nueva poesía, de la que también elaboró una antología en el año de 1980, y lleva por nombre *Asamblea de poetas jóvenes de México*.

En esta antología no se deja de lado la riqueza poética de los pueblos originarios, contemplándolos como iguales ante lo contemporáneo. De igual manera, se distingue su interés por resaltar la importancia de las fuentes, sin dejarlas a un lado y haciendo mención de forma breve, pero concreta, de lo que la poesía mexicana tiene en sus estudios de manera antológica.

Por esta razón, la primera parte está dedicada a la poesía indígena, presentado en dos apartados el primero para mencionar cantos y poemas tradicionales anónimos de diecinueve culturas; en el segundo apartado se avoca a poetas de lengua náhuatl del siglo XIV al XVI. El segundo apartado y a su vez, el más extenso, comprende la poesía popular, el cual, está dividido en trece fragmentos cuales son: I. Refranes pareados; II. Oraciones y conjuros; III. Arrullos y juegos infantiles; IV. Versiones de romances viejos; V. Coplas de tipo tradicional; VI. Canciones bajo la Inquisición (siglos XVII y XVIII); VII. Canciones políticas y de armas (siglos XIX y XX); VIII. Canciones del campo y los suburbios (1750-1950); IX. Corridos; X. Canciones románticas y modernistas (1850-1950); XI. Poesía Burlesca (siglos XVI a XIX); XII. Poesía Burlesca (siglo XX); XIII. Poesía Inocente (1950-1970). El tercer apartado comprende a poetas de la Nueva España, señalizando años de nacimiento y defunción en estricto orden cronológico y contemplando a treinta autores. La cuarta división de la antología corresponde a poetas románticos y modernistas, desde Anastasio Ochoa (1783-1833) hasta Ramón López Velarde (1888-1921); siendo veinticuatro autores aquí incluidos. Para finalizar, el quinto apartado corresponde a Contemporáneos, abarcados veintitrés autores desde Alfonso Reyes (1889-1959) hasta José Carlos Becerra (1937-1970).

La importancia de esta antología, aunque también uno de los puntos débiles, es su afán totalizador; es decir, tanto material puede tornarse confuso, en especial con la organización propuesta por el antólogo; y puede ser vista más bien como un material de difusión que una antología con miras al trabajo crítico.

2.2.4. *Poesía Mexicana II 1915-1979*¹⁸. Introducción, selección y notas de Carlos Monsiváis.

Primera edición: 1979.¹⁹



Para Carlos Monsiváis, es pertinente preguntarse cuál es la postura en la que nace y se encuentra la poesía mexicana. Ya que se localizan diversos temas poéticos —y agregaría que también antológicos—. Tener a cuestas nombres, corrientes, movimientos, generaciones, nos permite mantener una noción historiográfica, pero —como menciona Juan Domingo Argüelles—, el tiempo será nuestro mejor lector. Bajo este parámetro es que nacen las antologías propuestas por José Emilio Pacheco, como primer tomo de una antología nacional, contemplando desde la poesía escrita entre 1810 a 1914; y el tomo analizado aquí, elaborado por Carlos Monsiváis, que abarca desde 1915 al año de su publicación, 1979; ambas para la editorial Promexa.

Para Pacheco y Monsiváis, es importante tener un parámetro en donde comienza a gestarse cierta idea, ya sea de nacionalismo o en contra de él; esto ayudará a futuros lectores a identificar con mayor certeza lo que la historiografía literaria tiene como fin: escribir la historia de la literatura, retomando a todos los involucrados en ella. Sin embargo, hay que delimitar que esta antología, más allá de un fin de divulgación, sí resulta tener mayores tintes de ser un estudio crítico y demostrar a través de su selección, cuáles son los autores fundamentales para la conformación de una posible idea de lírica mexicana. No se debe olvidar que esta problemática es abordada desde autores como Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Efrén Rebolledo, Manuel Gutiérrez Nájera, Ramón López Velarde, Alfredo Placencia, José Juan Tablada, Carlos Pellicer, Salvador Novo, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Octavio Paz, Efraín Huerta, Rubén Bonifaz Nuño, Jaime García

¹⁸ El primer volumen de esta colección es la antología elaborada por José Emilio Pacheco, la cual comprende de 1810 a 1915.

¹⁹ Igualmente, la primera edición de esta antología fue editada en 1966, el mismo año que *Poesía en Movimiento*, por esta razón es que en diversas cartas que Paz mantuvo con el jefe editorial de Siglo XXI, mencionaba que la antología que debería tener mayor desempeño y desarrollo era la realizada por Monsiváis por tener mayor interés académico y de divulgación, a diferencia de la elaborada por él.

Terrés, Rosario Castellanos, Jaime Sabines, Eduardo Lizalde, y la nómina se extiende hasta el día de hoy.

Es importante considerar, la problemática de definir si tenemos una poesía mexicana, y cómo puede verse limitada por los conflictos sociales y no contar con una definición sobre lo nacional. Por ello, es oportuno detenernos en este punto para analizar ¿qué es lo nacional? ¿qué nos conforma hoy en día como una sociedad mexicana? Intentar justificar que nuestra identidad presente, —entre la modernidad, los cambios sociales, políticos y culturales, la violencia en los días actuales; o una conquista ocurrida hace más de 500 años, o un pasado prehispánico—, son los únicos factores que nos concentran como nación.

Es decir, es una realidad afirmar que estos aspectos conforman parte de nuestro mundo, sin embargo, no lo limitan a una sola posibilidad de ser. La académica, filósofa y traductora Elsa Cecilia Frost, se cuestiona sobre estos aspectos en el texto “Las categorías de la cultura mexicana”, en el que analiza en una primera parte lo que es la cultura, avanzando al caso de la cultura mexicana como cultura occidental, vista desde diversos puntos, lo religioso, cultural y las nomenclaturas en las que se encasilló la cultura mexicana, conformando así la identidad nacional, sirva para ejemplificarlo la siguiente cita:

Un México basado, como el de la Independencia y la Reforma, en la noción de que lo único auténtico es el pasado indígena, aunque a veces lo confundieran con su folclor barato, si bien muy colorido. Los tres siglos virreinales siguieron siendo vistos como un intermedio producido por la violencia que interrumpió el curso de la verdadera historia. Fueron, pues, un mero paréntesis, un letargo. El rostro auténtico de México quedó oculto bajo una máscara y quienes dieron forma oral o escrita a esa idea afirmaron que aquí, a causa de la irrupción española y del aniquilamiento de todo lo indígena, ya sólo se podría vivir una cultura inauténtica, sucursal, dependiente, heterónoma o colonial, según el gusto de cada autor. Fue tal la avalancha de valoraciones negativas que, como decía, José Gaos, la única conclusión posible era que la originalidad de la cultura mexicana era precisamente el carecer de originalidad. Es mucho el tiempo transcurrido desde entonces y, aquietados los ánimos, al parecer la cultura no se enfrenta ya a una elección tajante que sólo causaría mutilación (Frost.2009:323-324).

Para cada individuo, el concepto de identidad se irá creando día a día, en las acciones que lo conformarán, y lo que como persona nacida en cierta región geográfica le otorgará.

Lo cierto también, es que nuestra individualidad se configura de manera vertiginosa, no respondemos a una única postura o visión. Somos una sumatoria de historias. Y como nación lo vivimos constantemente, claro ejemplo de ello: la poesía.

2.2.4.1 Sobre la forma y sus complementos

La presentación de esta antología, es concisa y directa en su propósito: el de divulgación. Considera a cuarenta y dos poetas, que van desde José Juan Tablada hasta Alberto Blanco; dando cabida a once poetas jóvenes que figurar entre los autores antologados. Al momento de su publicación se asimiló como una de las antologías más “académicas” según el propio Paz, quien considera que esta antología tiene mayor trascendencia que *Poesía en Movimiento*.

La selección poética es muy consciente y representa un aporte crítico para las antologías que se divulgaron; el problema actualmente, es que este material es poco conocido, esto quizá a que se trató de una sola edición, a pesar de ser extenso el tiraje (18, 650 ejemplares, más sobrantes para reposición). Más allá de eso, esta antología, puede ser vista en la actualidad como un ejercicio base para el último material antológico que se analiza en el siguiente apartado.

2.2.5. *Antología general de la poesía mexicana. De la época prehispánica a nuestros días.* Selección, prólogo y notas de Juan Domingo Argüelles, México. Océano, 2014.



Las antologías elaboradas por Argüelles son, actualmente, de las más completas, al ser las de más reciente publicación e incluir a un número mayor de poetas antologados; se presentan en dos tomos, el tomo A es el que se analizará para este apartado dado que comprende de la época prehispánica a nuestros días; es decir hasta el año de 1950; el segundo tomo comprende de 1950 a 2010.

Para Argüelles, quien también elabora el prólogo, menciona que es la figura de Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695) es la primera poeta mexicana realmente universal, por encarnar un tipo de poeta que va más allá de su aportación lírica y modela al intelectual a quien nada humano le es ajeno: ni la religión, ni la política, ni la cultura, por supuesto la sociedad. Es impugnadora y reivindicadora de su particular momento histórico. Según Argüelles, Sor Juana es nuestra contemporánea: discutidora, polemista; crítica racional y al mismo tiempo, apasionada. Opuso la razón bajo la forma de la vehemencia crítica. Simultáneamente, Argüelles detecta que son las figuras de Gutiérrez Nájera, José Juan Tablada y Efrén Rebolledo, las primeras en mostrar la modernidad poética mexicana, pero ésta se abre y se amplía con la representación tutelar de Ramón López Velarde (1888-1921); antesala de poetas como Carlos Pellicer, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo y Owen; siendo herederos de esta tradición la generación de Paz, a la par de Manuel Ponce, Efraín Huerta, Alí Chumacero, Rubén Bonifaz Nuño, Rosario Castellanos, Jaime Sabines, Eduardo Lizalde y Marco Antonio Montes de Oca, entre otros.

Constantemente hace referencia a las relaciones que se generan entre la tradición y su recurrencia entre poetas y textos; es decir, a lo largo de la antología de Argüelles se puede encontrar similitudes entre los poetas, e igualmente, entre las antologías. Por ejemplo, sólo Zaid y Argüelles consideran desde la época prehispánica y novohispana para su selección, y ambas antologías no están tan alejadas en el criterio de selección. Este término, *recurrencia*,

se retoma de la pluma de Octavio Paz, quien lo refiere como un remedio contra el cambio y la extinción. Para lograr la permanencia poética, debemos recurrir a los clásicos, los que hemos canonizado como clásicos, desde el mundo académico y social, para lograr la supervivencia de nuestro perfil poético; dándole al lector la oportunidad, al igual que Zaid, de ser él quien decida sobre la continuación de los autores contemplados.

Es atinado aquí hacer una anotación sobre otro de los aspectos mencionados por Argüelles: en México, la idea de antología, actualmente, está ligada a una consagración de los méritos poéticos de autores; ser incluido en la antología de poesía de Paz o ser uno de los primeros considerados para la publicación de la poesía joven, señala que se ha triunfado en la calidad poética o que se es mejor que quienes no están en las valiosísimas páginas de la más reciente edición.

2.2.5.1 Sobre la forma y sus complementos

Antología general de la poesía mexicana. Desde la época prehispánica hasta nuestros días está estructurada en cuatro partes. La primera comprende la *época prehispánica, siglos XIV y XV. Flor y canto de la poesía indígena*, anexando a ocho autores. El segundo apartado corresponde a la *época colonial, siglos XVI y XVII. Los esplendores del barroco*; que a diferencia de la selección elaborada por Zaid en *Ómnibus de la poesía mexicana*, aquí sólo remite a nueve autores, dándole mayor peso a la obra de Sor Juana Inés de la Cruz.

La tercera y cuarta parte son de las más extensas; el tercer apartado lleva por nombre: *Independencia. Siglos XVIII y XIX y el despertar del XX. Neoclásicos y académicos; románticos y modernistas*, conteniendo a treinta y seis autores entre ellos, Laura Méndez de Cuenca, Josefa Murillo y María Enriqueta y José María Heredia; comienza este apartado con Manuel Martínez Navarrete (1768-1809) hasta Guillermo Aguirre y Fierro (1887-1949).

Dando apertura al cuarto segmento vislumbra: *El siglo XX y los albores del XXI. Modernidad y época contemporánea*, iniciando con Ramón López Velarde (1888-1921) hasta Efraín Bartolomé nacido en 1950, anexando en este apartado a cincuenta y ocho poetas; de los cuales, veinte son parte de la propuesta antológica del tercer capítulo, sin embargo, son calificados con textos diferentes a lo presentado por Argüelles.

Gracias a lo analizado en estos cinco casos, podemos concluir que las antologías ayudan a la conformación de nuestro horizonte de expectativas en torno a la poesía; y no están tan alejadas entre sí, mantienen cierta línea temática, aunque dejan ver entre líneas el gusto personal de cada antólogo, siendo esta la forma más evidente de presentar las posibilidades a las que la poesía como corpus puede organizar; sin embargo, esto no tendría que ser el modelo imperante, recordemos que cada antología es una lectura posible, limitada y orientada por quien dirige la colección, de ahí la organización. Por esto, el antólogo debe contar con lo que Susana González Aktories menciona en *Antologías poéticas en México*, la madurez lectora, el desarrollo de una estética personal para mutarlo en el lector.

Es importante hacer mención de que estas no son las únicas antologías que se podrán encontrar sobre poesía mexicana; sin duda, en cada librería se encontrarán volúmenes diversos de antologías: *Los 100 mejores poemas de amor mexicana*, *El libro del declamador*, *Poesía mexicana*, *Vuelo de palabras*. *Antología de poesía mexicana*, etc.; títulos que proponen y acercan al lector de este tipo de materiales para conocer y desarrollar un gusto personal hacia la poesía, siendo cada uno de estos textos interesantes en su selección.

Preguntarnos por qué no todas las antologías han trascendido, implicaría un análisis mayor en todos los rubros: desde el antólogo, su criterio, los autores contemplados, los textos contemplados, el cuidado de la edición, etc.; sin embargo, lo único que dará cohesión a todo esto será que no podemos medir de manera práctica los intereses del lector. Es decir, se podrá, en el ideal, encontrar al lector que esté de acuerdo con cada uno de nuestros textos contemplados, –desde la postura del antólogo–, pero es improbable creerlo factible, ya que, cada autor-lector es un mundo apartado del otro.

Con esto, no se busca restar importancia a cada una de las antologías. Al procurar la elaboración de una antología propia, se demuestra todo el trabajo que conlleva; no sólo se trata de recordar todos los poemas que en algún momento fueron significativos para el antólogo. Por el contrario, este tipo de trabajos de investigación sufre una transformación desde la triada del autor-texto-lector, y es primordial no perder de vista estos elementos, dado

que, desde el autor, tenemos dos posturas: el *autor-poeta* y el *autor-antólogo*, siendo una sumatoria de universos, vertiendo los textos del poeta en el texto del antólogo, buscando ser una nueva lectura de lo ya conocido; el generar esta lectura, desde el gusto, criterio y crítica, de un tercero; viéndolo como un conformador de cánones.

Como lo menciona González Aktories en su investigación, la postura del antólogo es y debe ser llevada con gran responsabilidad, pero igualmente con libertad creadora. Para Aktories la elaboración de una antología, muy a pesar de ser elaborada con textos de un autor ajeno, emprende un texto propio. El criterio, el gusto, los parámetros ayudarán a la realización de la misma; por esta razón es que, en el apartado de bibliografía de este trabajo, se incluyen las antologías desde el apellido del antólogo, con el fin de reconocer su labor y mostrar que es tan sólo una perspectiva propia. Esto no demerita ni busca enaltecer todas las antologías, pero sí categorizar la importancia tanto de la antología, como la del antólogo.

Por lo enlistado previamente, es que se elaboró, como parte de esta investigación, una selección poética personal; comprendiendo desde Manuel Maples Arce hasta José Emilio Pacheco, dicha propuesta está contenida en el siguiente capítulo.

Capítulo 3: Propuesta antológica: el caos en las palabras y las vidas

*Cuartos a la deriva
entre ciudades que se van a pique,
cuartos y calles, nombres como heridas; el cuarto claro
que visitan las ramas del durazno;
el otro cuarto: afuera siempre llueve
y hay un patio y tres niños oxidados
Octavio Paz*

Parte medular de este trabajo de investigación es proponer una antología que parta desde los aspectos analizados a lo largo de los capítulos precedentes, es decir, de la importancia del contexto histórico en la poesía mexicana y la conformación de las antologías como una guía para configurar la tendencia de ruptura, así como vislumbrar, de manera breve pero concisa, la importancia de las antologías como reflejo del acontecer poético e, igualmente, asimilar su posicionamiento como un género literario que ayuda a la difusión, entendimiento y se convierte en un modelo de lectura en el que confluyen diversos factores para enriquecer el conocimiento de quienes se aproximen a ellas.

El interés de proponer una selección poética es el de atraer al lector no especializado, y permitirle un acercamiento a la poesía mexicana de principios de siglo XX, con un giro hacia lo caótico de la época, en un contexto de aceptación y negación, explorando todas las posibilidades, el caos en el amor, el caos del hombre, de la sociedad, de la poesía y la palabra misma. Razón por la que, la siguiente selección ahonda en autores, sucesos y temáticas que realzan este tópico, e inclusive, permitiéndole: al caos y a los autores, reconocer sus limitaciones y bondades, para propagar su visión del mundo; haciendo de este, un material que le dé al lector la posibilidad de también ahondar en estos aspectos.

Es importante aclarar que la información biográfica de cada autor está conformada por fragmentos de diversos textos, principalmente, del *Diccionario Crítico de la literatura mexicana* (1955-2011), (2012); la *Antología de la Poesía Mexicana Moderna* de Jorge Cuesta para al menos seis de los autores aquí contemplados. De igual manera, se echa mano de la antología *Poesía en Movimiento*, en su tercera edición, con selección y anotaciones de

Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Alí Chumacero, Homero Aridjis, y de la antología *Poesía Mexicana II: 1915-1979*, con selección y anotaciones de Carlos Monsiváis.

Caso interesante es el de las biografías de las autoras contempladas, ya que se debió recurrir a otras fuentes de información, pues no todas las poetisas son incluidas en las antologías mencionadas, o en el caso de la mayoría, es muy poca la información biográfica que de ellas se dispone. Para estos casos el material que se consultó de manera constante es la antología elaborada por Maricruz Patiño y Leticia Luna: *Cinco siglos de poesía femenina en México*, en sus dos tomos correspondientes al siglo XX.

Un elemento más a considerarse, es el orden de los autores. Se procuró apearse a la cronología, sin embargo, en los casos de Carlos Pellicer y Manuel Maples Arce, no hay una fecha confirmada sobre sus nacimientos, razón por la que, y apeados al criterio de selección, se decidió comenzar esta antología con Manuel Maples Arce por su interés a la vanguardia, su constante lucha por una configuración poética fuera del modelo dominante, o, como dice Schneider, “El estridentismo, inició en México la renovación más drástica y escandalosa que se observa a través de la historia de la literatura mexicana, hizo posible también, directa e indirectamente, la revisión de los valores estéticos generales”. (Schneider. 1975: 159) A lo largo de la selección poética se podrá vislumbrar este aspecto, ya que, como se puede observar, los textos contemplados para Manuel Maples Arce, son: *Verbo, Prisma y Vrbe. Súper poema bolchevique en 5 cantos*; permitiendo ver, entre líneas, su constante apego a la modernidad, y la negación de ésta.

En segundo lugar, está contemplado Carlos Pellicer; se busca reflejar la contraparte al Pellicer más conocido con textos que profundizan en su interés social y crítico; es decir, en las antologías analizadas se observa que los poemas mayormente antologados son: *Horas de Junio, Recuerdos de Iza, Estudios, Esquemas para una oda tropical y grupos de palomas*, por citar algunos de los más constantes; en este compendio se podrán encontrar *El arte en el siglo XX, Jesús, te has olvidado de mi América y Poema*.

La elección poética continúa con cinco autores de *los Contemporáneos*, quienes desde su línea poética se ahonda en problemas que atañen a la sociedad en la que vivieron; a través de su poesía enlistan las posibilidades de entenderse con su entorno. Dichos autores son: José Gorostiza con *Muerte sin fin*; Xavier Villaurrutia con *Décima muerte, Nocturno de Los*

Ángeles y Amor condusse noi ad una morte; poemas conocidos, pero no tan citados en las antologías; Jorge Cuesta es de los poetas a los que menos alusión se le hace como poeta, es decir, se reconoce su labor antológica, mas no como poeta, y generalmente se incluye *Canto a un dios mineral*, como lo hace esta antología. Seguido de estos, Gilberto Owen, con el texto: *Madrigal por Medusa* y el *Libro de Ruth*, texto que se anexo de manera íntegra. En cuanto a los textos incluidos de Salvador Novo, se encuentran *Frida Kahlo* y *Diluvio*.

Continuando así, con la primera poeta mujer contemplada en esta antología: Concha Urquiza, poeta michoacana que aborda, desde la línea temática de lo místico, su relación creadora y da pauta para las voces femeninas que le continuarán para seguir explorando el potencial de creación; para ejemplificarlo se anexan los poemas de *Ruth*, *La cita* y *Nox*. La selección poética continúa con Octavio Paz y *Libertad bajo palabra* y *Piedra de sol*, poemas clave en el quehacer poético de Paz, y punto esencial de la posibilidad poética en la que se encuentra. Se ven incluidos también poemas de Efraín Huerta con textos como: *Responso por un poeta descuartizado*, *Avenida Juárez* y *¡Mi país, oh mi país!*

El caso específico de autoras como Margarita Michelena y Guadalupe Amor, se ve limitada la selección por no encontrar con facilidad su obra, o en todo caso, se pueden localizar sólo fragmentos; sin embargo, de Michelena se cita *Cuando yo digo amor*, *La tristeza terrestre* y *El velo centelleante*; en el caso de Amor se incluye *Otro libro de amor*. Rubén Bonifaz Nuño continúa con la selección poética y del poeta veracruzano se incluyen *Canto llano a Simón Bolívar*, el cual corresponde a un fragmento, el canto siete; este es uno de los pocos textos que se incluye tan sólo un segmento, igualmente se incluye de Bonifaz, *Para salvarte* y *Algo se me ha quebrado esta mañana*.

Una poeta más de las aquí incluidas es Rosario Castellanos, la poeta a la que mayor referencia se le hace en las antologías poéticas, y esta no podría ser la excepción; sin embargo, aquí se anexan tres de sus poemas, los cuales son: *Memorial de Tlatelolco*, *Autorretrato* y *Destino*. Continuando con otro poeta chiapaneco, quien es: Jaime Sabines y de quien se contempla: *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, de manera íntegra, al igual que *Tlatelolco* 68. Enriqueta Ochoa, tiene cabida en esta antología con: *Entre la soledad ruidosa de las gentes*, *Marianne* y *Despedida*. Thelma Nava con: *Las señales*, *Irrealidades* y *Verano en la ciudad*. Fernando del Paso es contemplado como poeta con un fragmento de *PoeMar*,

el cual es: *Amar a mamá-mar, Sonetos de la risa enamorada de sí misma*, dedicados a Xavier Villaurrutia y *Sonetos para un cuerpo ajeno y propio*.

Ya casi para finalizar se incluyen también tres textos de José Carlos Becerra, los cuales son: *Oscura palabra, La bella durmiente y Batman*. La riqueza de esta antología se logra también al anexar textos completos y cuidando la edición de cada uno de ellos; se hace esta breve mención dado a que los textos de Becerra, Amor, Nava, Michelena, Urquiza, y Del Paso, principalmente tuvieron que ser transcritos en su totalidad, ya que en los medios virtuales no se localizaron.

El último poeta que se incluye en esta antología es José Emilio Pacheco con *Memoria, Manuscrito de Tlatelolco y Contra Harold Bloom*, poema emblemático y fundamental en la estructuración de esta selección.

Manuel Maples Arce

(1898-1981)

Nació en Papantla, Veracruz, el 1 de mayo. Se recibió como abogado en la UNAM. Cursó Literatura e Historia del Arte en la Sorbona. En 1925 fue secretario general del gobierno de Veracruz. Diputado del Congreso de la Unión Embajador de México en Japón y Líbano. Precursor de la vanguardia en México, fundó —con Árqueles Vela, Germán List Arzubide, Luis Quintanilla y otros— el movimiento estridentista. Con violencia, adoptó posiciones negadoras de lo que se escribía en México, sobre todo, de la manera como se escribía. Irrumpió en la lírica animado por la pasión de derrumbar las tesis entonces dominantes. Mantuvo su idea de reflejar los grandes dolores de la época, las cóleras, las rebeldías, los sudores oscuros y las tragedias que devastan las estaciones y los seres a las puertas blindadas de nuestro tiempo.

Maples Arce ocupa, dentro del "Grupo de soledades" que alguien ha creído advertir en la poesía nueva de México, un sitio aparte, más que solitario, aislado. Esta isla que habita y que bautizó — en un alarde de acometividad pretérita, romántica— con el nombre injustificado de estridentismo, le ha producido los beneficios de una popularidad inferior, pero intensa.

La poesía de Maples Arce intenta una fuga de los moldes formales del modernismo, pero incurre, con frecuencia, en deplorables regresiones románticas. El tono mismo del alejandrino que prefiere —y que desarticula con escasa agilidad— lo ata a esa tradición que continúa precisamente cuando más la ataca. La cohesión de su esfuerzo y la forma directa en que se coloca frente a los motivos mecánicos de una existencia industrial y fabril como la que describe, son, sin embargo, a nuestro juicio, —aun descontando el pretexto del éxito transitorio que alcanza— razones suficientes, válidas, para hacerlo figurar en esta antología.

Libros: *Rag*, 1920. *Andamios interiores*, 1922. *Vrbe*, 1924. *Poemas interdictos*, 1927. *Memorial de la sangre*, 1947.

Verbo

La palabra principia su rumor de Universo.
No hay indicio siquiera de fractura en el aire.
La letra estereoscópica que corre por mis venas
acumula en silencio sus promesas de idioma.
Los deportes agrupan su alfabeto de hurras
y las sirenas cantan sus barcos al oído;
sonoriza septiembre la transmisión de un trino
y en voz alta despido un motor de saliva.

El rumor estertóreo que recorre a la rosa
en el disco respira su modelo de ausencias:
¡hallo! ¡hallo! a qué extremo ha llegado
su sombra ligerísima de aliento telefónico.

Yo comienzo a llamarla con fuerzas ferroviarias
y una dicción de fábricas me responde en la URSS,
mientras la brisa oyente multiplica su nombre
hasta el fondo ortofónico
de la multitud.

Prisma

Yo soy un punto muerto en medio de la hora,
equidistante al grito náufrago de una estrella.
Un parque de manubrio se engarrota en la sombra,
y la luna sin cuerda
me oprime en las vidrieras.

Margaritas de oro
deshojadas al viento.

La ciudad insurrecta de anuncios luminosos
flota en los almanaques,
y allá de tarde en tarde,
por la calle planchada se desangra un eléctrico.

El insomnio, lo mismo que una enredadera,
se abraza a los andamios sinoples del telégrafo,
y mientras que los ruidos descerrajar las puertas,
la noche ha enflaquecido lamiendo su recuerdo.
El silencio amarillo suena sobre mis ojos.
¡Prismal, diáfana mía, para sentirlo todo!

Yo departí sus manos,
pero en aquella hora
gris de las estaciones,
las palabras mojadas se me echaron al cuello,
y una locomotora
sedienta de kilómetros la arrancó de mis brazos.

Hoy suenan sus palabras más heladas que nunca.
¡Y la locura de Edison a manos de la lluvia!
El cielo es un obstáculo para el hotel inverso
refractado en las lunas sombrías de los espejos;
los violines se suben como la champaña,

y mientras las ojeras sondean la madrugada,
el invierno huesos tiritita en los percheros.

Mis nervios se derraman.

La estrella del recuerdo
naufraga en el agua
del silencio.

Tú y yo

coincidimos
en la noche terrible,

meditación temática
deshojada en jardines.

Locomotoras, gritos,
arsenales, telégrafos.

El amor y la vida
son hoy sindicalistas,
y todo se dilata en círculos concéntricos.

Vrbe. Súper poema bolchevique en 5 cantos

A los obreros de México

I

He aquí mi poema
brutal
y multánime
a la nueva ciudad.

Oh ciudad toda tensa
de cables y de esfuerzos,

sonora toda
de motores y de alas.

Explosión simultánea
de las nuevas teorías,
un poco más allá
en el plano espacial
de Whitman y de Turner
y un poco más acá
de Maples Arce.

Los pulmones de Rusia
soplan hacia nosotros
el viento de la revolución social.

Los asalta-braguetas literarios
nada comprenderán
de esta nueva belleza
sudorosa del siglo,

y las lunas
maduras
que cayeron,
son esta podredumbre
que nos llega
de las atarjeas intelectuales.

He aquí mi poema:

¡Oh ciudad fuerte
y múltiple,
hecha toda de hierro y de acero!

Los muelles. Las dársenas.

Las grúas.

Y la fiebre sexual

de las fábricas.

Vrbe:

Escoltas de tranvías
que recorren las calles subversistas.
Los escaparates asaltan las aceras,
y el sol, saquea las avenidas.
Al margen de los días
tarifados de postes telefónicos
desfilan paisajes momentáneos
por sistemas de tubos ascensores.

Súbitamente,
¡oh el fogonazo
verde de sus ojos!

Bajo las persianas ingenuas de la hora
pasan los batallones rojos.
El romanticismo canibal de la música yankee
ha ido haciendo sus nidos en los mástiles.
¡Oh ciudad internacional!
¿Hacia qué remoto meridiano
cortó aquel trasatlántico?
Yo siento que se aleja todo.
Los crepúsculos ajados
flotan entre la mampostería del panorama.
Trenes espectrales que van
hacia allá
lejos, jadeantes de civilizaciones.

La multitud desencajada
chapotea musicalmente en las calles.

Y ahora, los burgueses ladrones, se echarán a temblar

por los caudales
que robaron al pueblo,
pero alguien ocultó bajo sus sueños
el pentagrama espiritual del explosivo.

He aquí mi poema:

Gallardetes de hurras al viento,
cabelleras incendiadas
y mañanas cautivas en los ojos.

¡Oh ciudad
musical
hecha toda de ritmos mecánicos!

Mañana, quizás,
sólo la lumbre viva de mis versos
alumbrará los horizontes humillados.

II

Esta nueva profundidad del panorama
es una proyección hacia los espejismos interiores.

La muchedumbre sonora
hoy rebasa las plazas comunales
y los hurras triunfales
del obregonismo
reverberan al sol de las fachadas.
¡Oh muchacha romántica
flamarazo de oro!

Tal vez entre mis manos
sólo quedaron los momentos vivos.

Los paisajes vestidos de amarillo
se durmieron detrás de los cristales,
y la ciudad, arrebatada,
se ha quedado temblando en los cordajes.
Los aplausos son aquella muralla.

– ¡Dios mío!

–No temas, es la ola romántica de las multitudes.
Después, sobre los desbordes del silencio,
la noche tarahumara irá creciendo.

Apaga tus vidrieras.

Entre la maquinaria del insomnio,
la lujuria, son millones de ojos
que se untan en la carne.

Un pájaro de acero
ha emporado su norte hacia una estrella.

El puerto:

lejanías incendiadas,
el humo de las fábricas.
Sobre los tendedores de la música
se asolea su recuerdo.

Un adiós trasatlántico saltó desde la borda.

Los motores cantan
sobre el panorama muerto.

III

La tarde, acribillada de ventanas,
flota sobre los hilos del teléfono,
y entre los atravesañes
inversos de la hora

se cuelgan los adioses de las máquinas.

Su juventud maravillosa
estalló una mañana
entre mis dedos,
y en el agua vacía
de los espejos,
nafragaron los rostros olvidados.

¡Oh la pobre ciudad sindicalista
andamiada
de hurras y de gritos!

Los obreros
son rojos
y amarillos.

Hay un florecimiento de pistolas
después del trampolín de los discursos,
y mientras los pulmones
del viento
se supuran,
perdida en los oscuros pasillos de la música
alguna novia blanca
se deshoja.

IV

Entre los matorrales del silencio
La obscuridad lame la sangre del crepúsculo.
Las estrellas caídas,
son pájaros muertos

en el agua sin sueño
del espejo.
Y las artillerías
sonoras del Atlántico
se apagaron,
al fin,
en la distancia.

Sobre la arboladura del otoño,
sopla un viento nocturno:
es el viento de Rusia,
de las grandes tragedias,

y el jardín,
amarillo,
se va a pique en la sombra.
Súbito, su recuerdo,
chisporrotea en los interiores apagados.

Sus palabras de oro
criban en mi memoria.

Los ríos de blusas azules
desbordan las esclusas de las fábricas,
y los árboles agitadores
manotean sus discursos en la acera.
Los huelguistas se arrojan
pedradas y denuestos,
y la vida, es una tumultuosa
conversión hacia la izquierda.

Al margen de la almohada,
la noche, es un despeñadero;
y el insomnio,

se ha quedado escarbando en mi cerebro.

¿De quién son esas voces
que sobrenadan en la sombra?

Y estos trenes que aúllan
hacia los horizontes devastados.

Los soldados
dormirán esta noche en el infierno.

¡Dios mío!
Y de todo este desastre,
sólo unos cuantos pedazos
blancos
de su recuerdo,
se me han quedado entre las manos.

V
Las hordas salvajes de la noche
se echaron sobre la ciudad amedrentada.
La bahía,
floreceda
de mástiles y lunas,
se derrama
sobre la partitura
ingenua de sus manos,
y el grito lejano
de un vapor,
hacia mares nórdicos.

¡Adiós
al continente naufragado!
Entre los hilos de su nombre

se quedaron las plumas de los pájaros.

Pobre Celia María Dolores;
el panorama está dentro de nosotros.
Bajo los hachazos del silencio
las arquitecturas de hierro se devastan.
Hay oleadas de sangre y nubarrones de odio.

Desolación.

Los discursos marihuanos
de los diputados.
salpicaron de mierda su recuerdo,
pero,
sobre las multitudes de mi alma
se ha despeñado su ternura.

Ocotlán
allá lejos.

Voces.

Los impactos picotean sobre
las trincheras.

La lujuria apedreó toda la noche
los balcones a oscuras de una virginidad.

La metralla
hace saltar pedazos del silencio.

Las calles

sonoras y desiertas,
son ríos de sombra
que van a dar al mar,
y el cielo, deshilachado,
es la nueva
bandera
que flamea
sobre la ciudad.

Carlos Pellicer

(1897-1977)

Nació el 16 de enero de 1897 en Villahermosa, Tabasco. Al salir de la preparatoria continuó sus estudios en Bogotá, Colombia. Profesor de Literatura e Historia en escuelas secundarias y de poesía moderna en la Facultad de Filosofía y Letras. Maestro de Letras e Historia y director del departamento de Bellas Artes. Museólogo (Parque la Venta y el Anahuacalli de Diego Rivera). Académico de la lengua. 1964, Premio Nacional de Literatura. Senador de la República. Coleccionista privado y curador de museos públicos; renueva la tradición de Sigüenza y Góngora, Francisco Javier Clavijero, Ángel María Garibay Kintana.

Para definir la poesía de Carlos Pellicer es preciso recurrir a imágenes y términos de pintura. Toda su obra es color, movimiento apasionado. Se desborda a lo Delacroix y recrea a Renoir. Pero es inútil buscar en sus versos otra tendencia que no sea, exclusivamente la del goce completo de los sentidos. Las imágenes fluyen como caracteres extraordinarios. La música palpita, se corta, se eleva y pasa fugaz por los trémolos. Las armonías de color, tan necesarias para la impresión total del objeto, supeditan en algo la forma. Pero Pellicer la enfoca en un sentido moderno.

El resultado es que la plástica se esfuma, pero el movimiento, la pasión ganan en fuerza y sugerencias asombrosas y el color se abrillanta en el límite justo en que comienza el colorido. La poesía de Pellicer tiene peligros; pero él los salva con ese don seguro de artista. Uso regocijante y natural de casi todas las posibilidades de la imagen, aceptación divertida de lo insólito, "extravagancia", liberación de rimas y metáforas, huida de los respetos catedralicios, gusto sensorial por la poesía. La riqueza, la complejidad de cada uno de los poemas de Pellicer rechazan la trampa de los lugares comunes y conducen de nuevo a la unidad de una obra que, desde el primero hasta el último de sus productos, exhibe el doble gozo de crear y de contemplar alegorías, metáforas, impresiones. Para Pellicer, escribir es fundar. Y fundar es igualar, democrática y desenfadadamente.

Libros: *Colores en el mar y otros poemas* (1921), *Piedra de sacrificios, seis, siete poemas, Oda de junio* (1924), *Hora y 20* (1927), *Camino* (1929), *Cinco Poemas* (1931), *Esquemas*

para una oda tropical (1933), Estrofas al mar marino (1934), Hora de junio (1929-1936) (1937), Ara virginum (1940), Recinto y otras imágenes, Exágonos (1941), Discurso por las flores (1946), Subordinaciones, (1949), Sonetos (1950), Práctica de vuelo (1956), Material poético 1918-1961, Dos poemas, Con palabras y fuego (Ed. Tezontle, Fondo de Cultura Económica; retrato frontispicial por Alfonso Ayala) (1962), Teotihuacan y 13 de agosto: ruina de Tenochtitlán (1965), Bolívar, ensayo de biografía popular (1966), Noticias sobre Nezahualcóyotl y algunos sentimientos (1972), Cuerdas, percusión y alientos (1976).

El arte en el siglo XX

Creedme, amigo mío, creedme; por el Toro
más sagrado de Egipto yo os digo: ¡El arte ha muerto!
¡Y no sigáis terqueando que el tiempo, el tiempo es oro
y el tiempo, sólo el tiempo es lo único cierto!

¡Son responsos al arte lo que hacemos! ¡yo vierto
mis llantos en la copa de un soneto insonoro!
¡Se acabó la retórica! ¡Con ella el arte! Lloro
hasta en la risa... ¿Véis? ¡Todo por un injerto!...

¡Somos decadentistas! ¿Qué opináis vos del mote?
Vuestro silencio, hermano, más duro hace el azote.
Un injerto de Francia... ¡Pobre Rubén Darío!
Y qué imbécil blanco, acongojado y serio,
a pesar de su herencia comprendió. ¡Y el misterio
huyó a carcajadas del buen hermano mío!

México, 25 de noviembre de 1916

Jesús, te has olvidado de mi América

Jesús, te has olvidado de mi América,
ven a nacer un día sobre estas tierras locas.
¿No basta odiarse tanto? La fe que tú decías
aún no arde su hilo de luz en nuestras bocas.
Es un magno crepúsculo tras un fondo de rocas.
Sobre las fuentes negras crecen las lejanías...
Danos una mirada por nuestras melodías.
Enciédenos los ojos y sella nuestras bocas.
Que no haya “discursos” sino actos perfectos.
Yo sé (aunque no lo digas), que somos predilectos...
¡Huracanea un riesgo que hasta tus plantas grita!
¡El amor será inmenso! ¿No basta odiarse tanto?
Sobre las playas tórridas tu ola azul se agita
brotando signos turbios y acantilando un canto.

Poema

Saber que uno no sabe,
es comenzar a saber.
Y aquí está ya la lluvia que sí sabe
lo que me viene a devolver.
Ay, lo que yo quisiera
saber y no saber.

Y hay en el cielo de mis desnudeces,
con el ritmo de las noches y los días,

el piano de la infancia y el abismo de hoy.
Y el péndulo consigue
que el árbol flote sobre el horizonte
y se mueran los días sin el luto de ayer.
Arrecia el agua contra la vidriera.
Siento en mi sangre el sol y el trueno me da luz.

Y entre las carcajadas de la lluvia
y la voluntad del atardecer,
me digo alegre y humilde:
saber que uno no sabe
es comenzar a saber.

Lomas de Chapultepec, febrero de 1975

José Gorostiza (1901-1973)

Nació en Villahermosa, Tabasco. Se desempeñó como embajador, delegado, subsecretario, y secretario de Relaciones exteriores. Académico de la lengua. Terminó sus estudios de Bachiller en Letras en 1920. Canciller de primera en el servicio exterior (Londres, 1927) Profesor de Literatura Mexicana en la UNAM (1929), de Historia Moderna en la Escuela Nacional de Maestros. Jefe del departamento de Bellas Artes (1932), Subsecretario de la Secretaría de Relaciones. Presidente de la Comisión Mexicana de Energía Nuclear (1965). Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

La poesía de Gorostiza es, como su inteligencia, lenta y a la vez aguda. Ansioso mar de perfección, se quiebra muchas veces sobre el mismo obstáculo, hasta no romper la ola completa, de alto arco de espuma y de aguas azules y tensas. De aquí la brevedad de su obra (*canciones para cantar en las barcas*) y con su penetrante intensidad, el gesto de aparente pobreza con que se ofrece, desnudo, al lector. Tras su humildad laboriosa está su orgullo verdadero, justo. Sigue la delicadeza de la tradición, en el idioma -que prefiere puro- y en las combinaciones métricas, cuya complejidad le avergonzaría descubrir, pero en cuya sabia docilidad se goza con frecuencia. Anticipándose -1918- a una tendencia de los poetas españoles de hoy, aprovecha, sin caer en la abundancia folklórica, el tono de los antiguos cantos populares castellanos, pero no abusa de sus recursos y rechaza a tiempo, como aconseja Gide, la facilidad del impulso adquirido. Tallados hasta el exceso del pétalo ¿Cómo no advertir en sus poemas un poco de su exquisita fragilidad? Lo que elogiamos en José Gorostiza es, junto con el temblor del temperamento, la escrupulosa honradez de una labor que, habiendo podido derramarse en varias fórmulas imitadas -acaso hermosas- acertó a no expresarse sino en una dirección, más pura siempre.

Me gusta pensar en la poesía no como en un suceso que ocurre dentro del hombre y es inherente a él, a su naturaleza humana, sino más bien como en algo que tuviese una existencia propia en el mundo exterior. De este modo la contemplo a mis anchas fuera de mí, como se mira mejor el cielo desde la falsa, pero admirable hipótesis de que la tierra está suspendida en él, en medio de la alta noche. La verdad, para los ojos, está en el universo que gira en derredor. Para el poeta, la poesía existe por su sola virtud y está ahí, en todas partes, al alcance de todas las miradas que la quieren ver.

Libros: *Canciones para cantar en las barcas* (1925), *Muerte sin fin* (199), *Poesía* (1964), *Prosa* (1969), *Teatro: Ventana a la calle* (1924).

Muerte sin fin

*Conmigo está el consejo y el ser;
yo soy la inteligencia; mía es la fortaleza.*

Proverbios, 8,14.

*Con él estaba yo ordenándolo todo; y fui
su delicia todos los días, teniendo solaz
delante de él en todo tiempo.*

Proverbios, 8,30.

*Mas el que peca contra mí defrauda su
alma; todos los que me aborrecen aman la
muerte.*

Proverbios, 8,36.

I

Lleno de mí, sitiado en mi epidermis
por un dios inasible que me ahoga,
mentido acaso
por su radiante atmósfera de luces
que oculta mi conciencia derramada,
mis alas rotas en esquivarlas de aire,
mi torpe andar a tientas por el lodo;
lleno de mí -ahíto- me descubro
en la imagen atónita del agua,
que tan sólo es un tumbo inmarcesible,
un desplome de ángeles caídos
a la delicia intacta de su peso,
que nada tiene
sino la cara en blanco

hundida a medias, ya, como una risa agónica,
en las tenues holandas de la nube
y en los funestos cánticos del mar
—más resabio de sal o albor de cúmulo
que sola prisa de acosada espuma.
No obstante —oh paradoja— constreñida
por el rigor del vaso que la aclara,
el agua toma forma.
En él se asienta, ahonda y edifica,
cumple una edad amarga de silencios
y un reposo gentil de muerte niña,
sonriente, que desflora
un más allá de pájaros
en desbandada.
En la red de cristal que la estrangula,
allí, como en el agua de un espejo,
se reconoce;
atada allí, gota con gota,
marchito el tropo de espuma en la garganta
¡qué desnudez de agua tan intensa,
qué agua tan agua,
está en su orbe tornasol soñando,
cantando ya una sed de hielo justo!
— ¡Mas qué vaso —también— más providente
éste que así se hinche
como una estrella en grano,
que así, en heroica promisión, se enciende

como un seno habitado por la dicha,
y rinde así, puntual,
una rotunda flor
de transparencia al agua,
un ojo proyectil que cobra alturas
y una ventana a gritos luminosos
sobre esa libertad enardecida
que se agobia de cándidas prisiones!

II

—¡Más qué vaso -también- más providente!

Tal vez esta oquedad que nos estrecha
en islas de monólogos sin eco,
aunque se llama Dios,
no sea sino un vaso
que nos amolda el alma perdidiza,
pero que acaso el alma sólo advierte
en una transparencia acumulada
que tiñe la noción de Él, de azul.
El mismo Dios,
en sus presencias tímidas,
ha de gastar la tez azul
y una clara inocencia imponderable,
oculta al ojo, pero fresca al tacto,
como este mar fantasma en que respiran
-peces del aire altísimo-
los hombres.

¡Sí, es azul! ¡Tiene que ser azul!
Un coagulado azul de lontananza,
un circundante amor de la criatura,
en donde el ojo de agua de su cuerpo
que mana en lentas ondas de estatura
entre fiebres y llagas;
en donde el río hostil de su conciencia
¡agua fofa, mordiente, que se tira,
ay, incapaz de cohesión al suelo!
en donde el brusco andar de la criatura
amortigua su enojo,
se redondea
como una cifra generosa,
se pone en pie, veraz, como una estatua.
¿Qué puede ser -si no- si un vaso no?
Un minuto quizá que se enardece
hasta la incandescencia,
que alarga el arrebato de su brasa,
ay, tanto más hacia lo eterno mínimo
cuanto es más hondo el tiempo que lo colma.
Un cóncavo minuto del espíritu
que una noche impensada,
al azar
y en cualquier escenario irrelevante
—en el terco repaso de la acera,
en el bar, entre dos amargas copas
o en las cumbres peladas del insomnio-

ocurre, nada más, madura, cae
sencillamente,
como la edad, el fruto y la catástrofe.
¿También -mejor que un lecho- para el agua
no es un vaso el minuto incandescente
de su maduración?
Es el tiempo de Dios que aflora un día,
que cae, nada más, madura, ocurre,
para tornar mañana por sorpresa
es un estéril repetirse inédito,
como el de esas eléctricas palabras
-nunca aprehendidas,
siempre nuestras-
que eluden el amor de la memoria,
pero que a cada instante nos sonrían
desde sus claros huecos
en nuestras propias frases despobladas.
Es un vaso de tiempo que nos iza
en sus azules botareles de aire
y nos pone su máscara grandiosa,
ay, tan perfecta,
que no difiere un rasgo de nosotros.
Pero en las zonas ínfimas del ojo,
en su nimio saber,
no ocurre nada, no, sólo esta luz,
esta febril diafanidad tirante,
hecha toda de pura exaltación,

que a través de su nítida sustancia
nos permite mirar,
sin verlo a Él, a Dios,
lo que detrás de Él anda escondido:
el tintero, la silla, el calendario
- ¡todo a voces azules el secreto
de su infantil mecánica! -
en el instante mismo que se empeñan
en el tortuoso afán del universo.

III

Pero en las zonas ínfimas del ojo
no ocurre nada, no, sólo esta luz
-ay, hermano Francisco,
esta alegría,
única, riente claridad del alma.
Un disfrutar en corro de presencias,
de todos los pronombres -antes turbios
por la gruesa efusión de su egoísmo-
de mí y de Él y de nosotros tres
¡siempre tres!
mientras nos recreamos hondamente
en este buen candor que todo ignora,
en esta aguda ingenuidad del ánimo
que se pone a soñar a pleno sol
y sueña los pretéritos de moho,
la antigua rosa ausente

y el prometido fruto de mañana,
como un espejo del revés, opaco,
que al consultar la hondura de la imagen
le arrancara otro espejo por respuesta.
Mirad con qué pueril austeridad graciosa
distribuye los mundos en el caos,
los echa a andar acordes como autómatas;
al impulso didáctico del índice
oscuramente

¡hop!

los apostrofa
y saca de ellos cintas de sorpresas
que en un juego sinfónico articula,
mezclando en la insistencia de los ritmos
¡planta-semilla-planta!

¡planta-semilla-planta!

su tierna brisa, sus follajes tiernos,
su luna azul, descalza, entre la nieve,
sus mares plácidos de cobre
y mil y un encantadores gorgoritos.

Después, en un crescendo insostenible,
mirad cómo dispara cielo arriba,
desde el mar,
el tiro prodigioso de la carne
que aún a la alta nube menoscaba
con el vuelo del pájaro,
estalla en él como un cohete herido

y en sonoras estrellas precipita
su desbandada pólvora de plumas.

IV

Mas en la médula de esta alegría,
no ocurre nada, no;
sólo un cándido sueño que recorre
las estaciones todas de su ruta
tan amorosamente
que no elude seguirla a sus infiernos,
ay, y con qué miradas de atropina,
tumefactas e inmóviles, escruta
el curso de la luz, su instante fúlgido,
en la piel de una gota de rocío;
concibe el ojo
y el intangible aceite
que nutre de esbeltez a la mirada;
gobierna el crecimiento de las uñas
y en la raíz de la palabra esconde
el frondoso discurso de ancha copa
y el poema de diáfanas espigas.
Pero aún más —porque en su cielo impío
nada es tan cruel como este puro goce—
somete sus imágenes al fuego
de especiosas torturas que imagina
—las infla de pasión,
en el prisma del llanto las deshace,

las ciega con el lustre de un barniz,
las satura de odios purulentos,
rencores zánganos
como una mala costra,
angustias secas como la sed del yeso.
Pero aún más —porque, inmune a la mácula,
tan perfecta crueldad no cede a límites—
perfora la sustancia de su gozo
con rudos alfileres;
piensa el tumor, la úlcera y el chancro
que habrán de festonar la tez pulida,
toma en su mano etérea a la criatura
y la enjuta, la hincha o la demacra,
como a un copo de cera sudorosa,
y en un ilustre hallazgo de ironía
la estrecha enternecido
con los brazos glaciales de la fiebre.

*

Mas nada ocurre, no, sólo este sueño
desorbitado
que se mira a sí mismo en plena marcha;
presume, pues, su término inminente
y adereza en el acto
el plan de su fatiga,
su justa vacación,
su domingo de gracia allá en el campo,

al fresco albor de las camisas flojas.
¡Qué trebolar mullido, qué parasol de niebla,
se regala en el ánimo
para gustar la miel de sus viglias!
Pero el ritmo es su norma, el solo paso,
la sola marcha en círculo, sin ojos;
así, aun de su cansancio, extrae
¡hop!
largas cintas de cintas de sorpresas
que en un constante perecer enérgico,
en un morir absorto,
arrasan sin cesar su bella fábrica
hasta que –hijo de su misma muerte,
gestado en la aridez de sus escombros–
siente que su fatiga se fatiga,
se erige a descansar de su descanso
y sueña que su sueño se repite,
irresponsable, eterno,
muerte sin fin de una obstinada muerte,
sueño de garza anochecido a plomo
que cambia sí de pie, mas no de sueño,
que cambia sí la imagen,
mas no la donceller de su osadía
¡oh inteligencia, soledad en llamas!
que lo consume todo hasta el silencio,
sí, como una semilla enamorada
que pudiera soñarse germinando,

probar en el rencor de la molécula
el salto de las ramas que aprisiona
y el gusto de su fruta prohibida,
ay, sin hollar, semilla casta,
sus propios impasibles tegumentos.

V

¡Oh inteligencia, soledad en llamas,
que todo lo concibe sin crearlo!
Finge el calor del lodo,
su emoción de sustancia adolorida,
el iracundo amor que lo embellece
y lo encumbra más allá de las alas
a donde sólo el ritmo
de los luceros llora,
mas no le infunde el soplo que lo pone en pie
y permanece recreándose en sí misma,
única en Él, inmaculada, sola en Él,
reticencia indecible,
amoroso temor de la materia,
angélico egoísmo que se escapa
como un grito de júbilo sobre la muerte
— ¡oh inteligencia, páramo de espejos!
helada emanación de rosas pétreas
en la cumbre de un tiempo paralítico;
pulso sellado;
como una red de arterias temblorosas,

hermético sistema de eslabones
que apenas se apresura o se retarda
según la intensidad de su deleite;
abstinencia angustiosa
que presume el dolor y no lo crea,
que escucha ya en la estepa de sus tímpanos
retumbar el gemido del lenguaje
y no lo emite;
que nada más absorbe las esencias
y se mantiene así, rencor sañudo,
una, exquisita, con su dios estéril,
sin alzar entre ambos
la sorda pesadumbre de la carne,
sin admitir en su unidad perfecta
el escarnio brutal de esa discordia
que nutren vida y muerte inconciliables,
siguiéndose una a otra
como el día y la noche,
una y otra acampadas en la célula
como en un tardo tiempo de crepúsculo,
ay, una nada más, estéril, agria,
con Él, conmigo, con nosotros tres;
como el vaso y el agua, sólo una
que reconcentra su silencio blanco
en la orilla letal de la palabra
y en la inminencia misma de la sangre.

¡Aleluya, aleluya!

VI

Iza la flor su enseña,

agua, en el prado.

¡Oh, qué mercadería

de olor alado!

¡Oh, que mercadería

de tenue olor!

¡cómo inflama los aires

con su rubor!

¡Qué anegado de gritos

está el jardín!

"¡Yo, el heliotropo, yo!"

"¿Yo? El jazmín."

Ay, pero el agua,

ay, si no huele a nada.

Tiene la noche un árbol

con frutos de ámbar;

tiene una tez la tierra,

ay, de esmeraldas.

El tesón de la sangre

anda de rojo;

anda de añil el sueño;

la dicha, de oro.

Tiene el amor ferozes
galgos morados;
pero también sus mieses,
también sus pájaros.

Ay, pero el agua,
ay, si no luce a nada.

Sabe a luz, a luz fría,
sí, la manzana.
¡Qué amanecida fruta
tan de mañana!

¡Qué anochecido sabes,
tú, sinsabor!
¡cómo pica en la entraña
tu picaflor!

Sabe la muerte a tierra,
la angustia a hiel.
Este morir a gotas
me sabe a miel.
Ay, pero el agua,
ay, si no sabe a nada.

[Baile]

Pobrecilla del agua,
ay, que no tiene nada,

ay, amor, que se ahoga,
ay, en un vaso de agua.

VII

En el rigor del vaso que la aclara,
el agua toma forma
—ciertamente.

Trae una sed de siglos en los belfos,
una sed fría, en punta, que ara cauces
en el sueño moroso de la tierra,
que perfora sus miembros florecidos,
como una sangre cáustica,
incendiándolos, ay, abriendo en ellos
desapacibles úlceras de insomnio.

Más amor que sed; más que amor, idolatría,
dispersión de criatura estupefacta
ante el fulgor que blande
-germen del trueno olímpico- la forma
en sus netos contornos fascinados.

¡Idolatría, sí, idolatría!

Mas no le basta el ser un puro salmo,
un ardoroso incienso de sonido;
quiere, además, oírse.

Ni le basta tener sólo reflejos
—briznas de espuma
para el ala de luz que en ella anida;
quiere, además, un tálamo de sombra,

un ojo,
para mirar el ojo que la mira.
En el lago, en la charca, en el estanque,
en la entumida cuenca de la mano,
se consuma este rito de eslabones,
este enlace diabólico
que encadena el amor a su pecado.
En el nítido rostro sin facciones
el agua, poseída,
siente cuajar la máscara de espejos
que el dibujo del vaso le procura.
Ha encontrado, por fin,
en su correr sonámbulo,
una bella, puntual fisonomía.
Ya puede estar de pie frente a las cosas.
Ya es, ella también, aunque por arte
de estas limpias metáforas cruzadas,
un encendido vaso de figuras.
El camino, la barda, los castaños,
para durar el tiempo de una muerte
gratuita y prematura, pero bella,
ingresan por su impulso
en el suplicio de la imagen propia
y en medio del jardín, bajo las nubes,
descarnada lección de poesía,
instalan un infierno alucinante.

VIII

Pero el vaso en sí mismo no se cumple.

Imagen de una deserción nefasta

¿qué esconde en su rigor inhabitado,

sino esta triste claridad a ciegas,

sino esta tentaleante lucidez?

Tenedlo ahí, sobre la mesa, inútil.

Epigrama de espuma que se espiga

ante un auditorio anestesiado,

incisivo clamor que la sordera

tenaz de los objetos amordaza,

flor mineral que se abre para adentro

hacia su propia luz,

espejo ególatra

que se absorbe a sí mismo contemplándose.

Hay algo en él; no obstante, acaso un alma,

el instinto augural de las arenas,

una llaga tal vez que debe al fuego,

en donde le atosiga su vacío.

Desde este erial aspira a ser colmado.

En el agua, en el viento, en el aceite,

articula el guion de su deseo;

se ablanda, se adelgaza;

ya su sobrio dibujo se le nubla,

ya, embozado en el giro de un reflejo,

en un llanto de luces se liquida.

IX

Mas la forma en sí misma no se cumple.

Desde su insigne trono faraónico,

magnánima,

deífica,

constelada de epítetos esdrújulos,

rige con hosca mano de diamante.

Está orgullosa de su orondo imperio.

¿En las augustas pituitarias de ónice

no juega, acaso, el encendido aroma

con que arde a sus pies la poesía?

¡Ilusión, nada más, gentil narcótico

que puebla de fantasmas los sentidos!

Pues desde ahí donde el dolor emite

¡oh turbio sol de padre!

el esmerado brillo que lo embosca,

ay, desde ahí, presume la materia

que apenas cuaja su dibujo estricto

y ya es un jardín de huellas fósiles,

estruendoso fanal,

rojo timbre de alarma en los cruceros

que gobierna la ruta hacia otras formas.

La rosa edad que esmalta su epidermis

-senil recién nacida-

envejece por dentro a grandes siglos.

Trajo puesta la proa a lo amarillo.

El aire se coagula entre sus poros

como un sudor profuso
que se anticipa a destilar en ellos
una esencia de rosas subterráneas.
Los crudos garfios de su muerte suben,
como musgo, por grietas inasibles,
ay, la hostigan con tenues mordeduras
y abren hueco por fin a aquel minuto
– ¡miradlo en la lenteja del reloj,
neto, puntual, exacto,
correrse un eslabón cada minuto! –
cuando al soplo infantil de un parpadeo,
la egregia masa de ademán ilustre
podrá caer de golpe hecha cenizas.

X

No obstante – ¿por qué no? – también en ella
tiene un rincón el sueño,
árido paraíso sin manzana
donde suele escaparse de su rostro,
por el rostro marchito del espectro
que engendra, aletargada, su costilla.
El vaso de agua es el momento justo.
En su audaz evasión se transfigura,
tuerce la órbita de su destino
y se arrastra en secreto hacia lo informe.
La rapiña del tacto no se ceba
–aquí, en el sueño inhóspito–

sobre el templado nácar de su vientre,
ni la flauta Don Juan que la requiebra
musita su cachonda serenata.

El sueño es cruel,

ay, punza, roe, quema, sangra, duele.

Tanto ignora infusiones como unguentos.

En los sordos martillos que la afligen,

la forma da en el gozo de la llaga

y el oscuro deleite del colapso.

Temprana madre de esa muerte niña

que nutre en sus escombros paulatinos,

anhela que se hundan sus cimientos

bajo sus plantas, ay, entorpecidas

por una espesa lentitud de lodo;

oye nacer el trueno del derrumbe;

siente que su materia se derrama

en un prurito de ácidas hormigas;

que, ya sin peso, flota

y en un claro silencio se deslíe.

Por un aire de espejos inminentes

¡oh impalpables derrotas del lirio!

crucza entonces, a velas desgarradas,

la airosa teoría de una nube.

XI

En la red de cristal que la estrangula,

el agua toma forma,

la bebe, sí, en el módulo del vaso,
para que éste también se transfigure
con el temblor del agua estrangulada
que sigue allí, sin voz, marcando el pulso
glacial de la corriente.

Pero el vaso

—a su vez—

cede a la informe condición del agua
a fin de que -a su vez- la forma misma,
la forma en sí, que está en el duro vaso
sosteniendo el rencor de su dureza
y está en el agua de agujada espuma
como presagio cierto de reposo,
se pueda sustraer al vaso de agua;
un instante, no más,
no más que el mínimo
perpetuo instante del quebranto,
cuando la forma en sí, la pura forma,
se abandona al designio de su muerte
y se deja arrastrar, nubes arriba,
por ese atormentado remolino
en que los seres todos se repliegan
hacia el sopor primero,
a construir el escenario de la nada.
Las estrellas entonces ennegrecen.
Han vuelto el dardo insomne
a la noche perfecta de su aljaba.

XII

Porque en el lento instante del quebranto,
cuando los seres todos se repliegan
hacia el sopor primero
y en la pira arrogante de la forma
se abrasan, consumidos por su muerte
– ¡ay, ojos, dedos, labios,
etéreas llamas del atroz incendio! –
el hombre ahoga con sus manos mismas,
en un negro sabor de tierra amarga,
los himnos claros y los roncros trenos
con que cantaba la belleza,
entre tambores de gangoso idioma
y esbeltos címbalos que dan al aire
sus golondrinas de latón agudo;
ay, los trenos e himnos que loaban
la rosa marinera
que consuma el periplo del jardín
con sus velas henchidas de fragancia;
y el malsano crepúsculo de herrumbre,
amapola del aire lacerado
que se pincha en las púas de un gorjeo;
y la febril estrella, lis de calosfrío,
punto sobre las íes
de las tinieblas;
y el rojo cáliz del pezón macizo,
sola flor de granado

en la cima angustiosa del deseo,
y la mandrágora del sueño amigo
que crece en los escombros cotidianos
-ay, todo el esplendor de la belleza
y el bello amor que la concierta toda
en un orbe de imanes arrobados.

XIII

Porque el tambor rotundo
y las ricas bengalas que los címbalos
tremolan en la altura de los cantos,
se anegan, ay, en un sabor de tierra amarga,
cuando el hombre descubre en sus silencios
que su hermoso lenguaje se le agosta,
se le quema -confuso- en la garganta,
exhausto de sentido;
ay, su aéreo lenguaje de colores,
que así se jacta del matiz estricto
en el humo aterrado de sus sienas
o en el sol de sus tibios bermellones;
él, que discurre en la ansiedad del labio
como una lenta rosa enamorada;
él, que cincela sus celos de paloma
y modula sus látigos feroces;
que salta en sus caídas
con un ruidoso síncope de espumas;
que prolonga el insomnio de su brasa

en las mustias cenizas del oído;
que oscuramente reptaba
e hinca enfurecido la palabra
de hiel, la tuerta frase de ponzoña;
él, que labra el amor del sacrificio
en columnas de ritmos espirales,
sí, todo él, lenguaje audaz del hombre,
se le ahoga -confuso- en la garganta
y de su gracia original no queda
sino el horror de un pozo desecado
que sostiene su mueca de agonía.

XIV

Porque el hombre descubre en sus silencios
que su hermoso lenguaje se le agosta
en el minuto mismo del quebranto,
cuando los peces todos
que en cautelosas órbitas discurren
como estrella de escamas, diminutas,
por la entumida noche submarina,
cuando los peces todos
y el ulises salmón de los regresos
y el delfín apolíneo, pez de dioses,
deshacen su camino hacia las algas;
cuando el tigre que huella
la castidad del musgo
con secretas pisadas de resorte

y el bóreas de los ciervos presurosos
y el cordero Luis XV, gemebundo,
y el león babilónico
que añora el alabastro de los frisos
– ¡flores de sangre, eternas,
en el racimo inmemorial de las especies! –
cuando todos inician el regreso
a sus mudos letargos vegetales;
cuando la aguda alondra se deslíe
en el agua del alba,
mientras las aves todas
y el solitario búho que medita
con su antifaz de fósforo en la sombra,
la golondrina escritura hebrea
y el pequeño gorrión, hambre en la nieve,
mientras todas las aves se disipan
en la noche enroscada del reptil;
cuando todo -por fin- lo que anda o reptar
y todo lo que vuela o nada, todo,
se encoge en un crujir de mariposas,
regresa a sus orígenes
y al origen fatal de sus orígenes,
hasta que su eco mismo se reinstala
en el primer silencio tenebroso.

XV

Porque los bellos seres que transitan
por el sopor añoso de la tierra
- ¡trasgos de sangre, libres,
en la pantalla de su sueño impuro! -
todos se dan a un frenesí de muerte,
ay, cuando el sauce
acumula su llanto
para urdir la sustancia de un delirio
en que – ¡tú! ¡yo! ¡nosotros! – de repente,
a fuerza de atar nombres destemplados,
ay, no le queda sino el tronco prieto,
desnudo de oración ante su estrella;
cuando con él, desnudos, se sonrojan
el álamo temblón de encanecida barba
y el eucalipto rumoroso,
témpano de follaje
y tornillo sin fin de la estatura
que se pierde en las nubes, persiguiéndose;
y también el cerezo y el durazno
en su loca efusión de adolescentes
y la angustia espantosa de la ceiba
y todo cuanto nace de raíces,
desde el heroico roble
hasta la impúbera
menta de boca helada;
cuando las plantas de sumisas plantas

retiran el ramaje presuntuoso,
se esconden en sus ásperas raíces
y en la acerba raíz de sus raíces
y presas de un absurdo crecimiento
se desarrollan hacia la semilla,
hasta quedar inmóviles
¡oh cementerios de talladas rosas!
en los duros jardines de la piedra.

XVI

Porque desde el anciano roble heroico
hasta la impúbera
mente de boca helada,
ay, todo cuanto nace de raíces
establece sus tallos paralíticos
en los duros jardines de la piedra,
cuando el rubí de angélicos melindres
y el diamante iracundo
que fulmina a la luz con un reflejo,
más el ario zafir de ojos azules
y la geórgica esmeralda que se anega
en el abril de su robusta clorofila,
una a una, las piedras delirantes,
con sus lindas hermanas cenicientas,
turquesa, lapislázuli, alabastro,
pero también el oro prisionero
y la plata de lengua fidedigna,

ingenuo rui señor de los metales
que se ahoga en el agua de su canto;
cuando las piedras finas
y los metales exquisitos, todos,
regresan a sus nidos subterráneos
por las rutas candentes de la llama,
ay, ciegos de su lustre,
ay, ciegos de su ojo,
que el ojo mismo,
como un siniestro pájaro de humo,
en su aterida combustión se arranca.

XVII

Porque raro metal o piedra rara,
así como la roca escueta, lisa,
que figura castillos
con sólo naipes de aridez y escarcha,
y así la arena de arrugados pechos
y el humus maternal de entraña tibia,
ay, todo se consume
con un mohino crepitar de gozo,
cuando la forma en sí, la forma pura,
se entrega a la delicia de su muerte
y en su sed de agotarla a grandes luces
apura en una llama
el aceite ritual de los sentidos,
que sin labios, sin dedos, sin retinas,

sí, paso a paso, muerte a muerte, locos,
se acogen a sus tómidas matrices,
mientras unos a otros se devoran
al animal, la planta
a la planta, la piedra
a la piedra, el fuego
al fuego, el mar
al mar, la nube
a la nube, el sol
hasta que todo este fértil río
de enamorado semen que conjuga,
inaccesible al tedio,
el suntuoso caudal de su apetito,
no desembocan en sus entrañas mismas,
en el acre silencio de sus fuentes,
entre fulgor de soles emboscados,
en donde nada es ni nada está,
donde el sueño no duele,
donde nada ni nadie, nunca, está muriendo
y sola ya, sobre las grandes aguas,
flota el Espíritu de Dios que gime
con un llanto más llanto aún que el llanto,
como si herido - ¡ay, Él también! - por un cabello,
por el ojo en almendra de esa muerte
que emana de su boca,
hubiese al fin ahogado su palabra sangrienta.

¡Aleluya, aleluya!

XVIII

¡Tan-tan! ¿Quién es? Es el Diablo,
es una espesa fatiga,
un ansia de trasponer
estas lindes enemigas,
este morir incesante,
tenaz, esta muerte viva,
¡oh Dios! que te está matando
en tus hechuras estrictas,
en las rosas y en las piedras,
en las estrellas ariscas
y en la carne que se gasta
como una hoguera encendida,
por el canto, por el sueño,
por el color de la vista.

¡Tan, tan! ¿Quién es? Es el Diablo,
ay, una ciega alegría,
un hambre de consumir
el aire que se respira,
la boca, el ojo, la mano;
estas pungentes cosquillas
de disfrutarnos enteros
en sólo un golpe de risa,
ay, esta muerte insultante,
procaz, que nos asesina
a distancia, desde el gusto

que tomamos en morir-la,
por una taza de té,
por una apenas caricia.

¡Tan, tan! ¿Quién es? Es el Diablo,
es una muerte de hormigas
incansables, que pululan
¡oh Dios! sobre tus astillas;
que acaso te han muerto allá,
siglos de edades arriba,
sin advertirlo nosotros,
migajas, borra, cenizas
de ti, que sigues presente
como una estrella mentida
por su sola luz, por una
luz sin estrella, vacía,
que llega al mundo escondiendo
su catástrofe infinita.

[Baile]

Desde mis ojos insomnes
mi muerte me está acechando,
me acecha, sí, me enamora
con su ojo lánguido.
¡Anda, putilla del rubor helado,
anda, vámonos al diablo!

Xavier Villaurrutia

(1903-1950)

Nació en la Ciudad de México el 27 de marzo, murió en la misma ciudad el 25 de diciembre de 1950. Abandonó la carrera de Leyes, y se dedicó a la dirección, en compañía de Salvador Novo, de la *Revista Ulises* (1927-1928). Formó parte de la revista *Contemporáneos* (1928-1931). Posteriormente fue redactor de *El hijo pródigo* (1943-1946) que editó con Octavio G. Barreda. Becado por la fundación Rockefeller estudió en la Universidad de Yale. Crítico de cine y artes plásticas. Profesor de Literatura y jefe de la sección de teatro en el Departamento de Bellas Artes en la Universidad de México. En 1948 ganó el primer premio en las fiestas de la primavera por su poema *Canto a la primavera*.

La plástica de su poesía se ajusta mejor al equilibrio de las formas, al dibujo de los objetos, a la calidad de la materia empleada, a la estática de las actitudes. Sus mujeres siempre vistas en retrato, sus paisajes un poco naturalezas muertas, explican el cambio de formas por posturas internas, finas como el temblor de una línea y que son sus emociones poéticas. Esta poesía, construida en función del tacto y de la vista, hace de Villaurrutia un espejo -cóncavo, convexo-, necesariamente endurecida el agua de la superficie, que sólo a ratos parece quebrarse, temblar, desbordarse al paso de otra poesía de influencia reconocida por el poeta. Pero no es frialdad de temperamento sino contención, endurecimiento superficial del agua para formar el necesario espejo de reflejos.

Como poeta, evolucionó muy pronto de una percepción simple de la poesía a concepciones en que la alucinación, el sentido de la noche, el tema de la muerte, habrían de señorear en la porción más importante de su obra. Pocos ejemplos se aprecian en la historia de nuestra lírica en que la fidelidad a la angustia y la predilección por la soledad hayan producido con tal eficacia esas muestras de la más auténtica emoción. Su influencia ha sido decisiva en el desarrollo posterior de la poesía mexicana.

Libros: *Reflejos* (1926), *Dos nocturnos* (1931), *Nocturnos* (1931), *Nocturno de los ángeles* (1936), *Nocturno rosa* (1937), *Nocturno mar* (1937), *Nostalgia de la muerte* (1938), *Décima*

muerte y otros poemas no coleccionados (1941), *Canto a la primavera y otros poemas* (1948), *Poesía y teatro completos* (1953).

Décima muerte

a Ricardo de Alcázar

I

¡Qué prueba de la existencia
habrá mayor que la suerte
de estar viviendo sin verte
y muriendo en tu presencia!
Esta lúcida conciencia
de amar a lo nunca visto
y de esperar lo imprevisto;
este caer sin llegar
es la angustia de pensar
que puesto que muero existo.

II

Si en todas partes estás,
en el agua y en la tierra,
en el aire que me encierra
y en el incendio voraz;
y si a todas partes vas
conmigo en el pensamiento,
en el soplo de mi aliento
y en mi sangre confundida,
¿no serás, Muerte, en mi vida,
agua, fuego, polvo y viento?

III

Si tienes manos, que sean
de un tacto sutil y blando,
apenas sensible cuando
anestesiado me crean;
y que tus ojos me vean
sin mirarme, de tal suerte
que nada me desconcierte
ni tu vista ni tu roce,
para no sentir un goce
ni un dolor contigo, Muerte.

IV

Por caminos ignorados,
por hendiduras secretas,
por las misteriosas vetas
de troncos recién cortados,
te ven mis ojos cerrados
entrar en mi alcoba oscura
a convertir mi envoltura
opaca, febril, cambiante,
en materia de diamante
luminosa, eterna y pura.

V

No duermo para que al verte
llegar lenta y apagada,
para que al oír pausada
tu voz que silencios vierte,

para que al tocar la nada
que envuelve tu cuerpo yerto,
para que a tu olor desierto
pueda, sin sombra de sueño,
saber que de ti me adueño,
sentir que muero despierto.

VI

La aguja del instantero
recorrerá su cuadrante,
todo cabrá en un instante
del espacio verdadero
que, ancho, profundo y señero,
será elástico a tu paso
de modo que el tiempo cierto
prolongará nuestro abrazo
y será posible, acaso,
vivir después de haber muerto.

VII

En el roce, en el contacto,
en la inefable delicia
de la suprema caricia
que desemboca en el acto,
hay un misterioso pacto
del espasmo delirante
en que un cielo alucinante
y un infierno de agonía

se funden cuando eres mía
y soy tuyo en un instante.

VIII

¡Hasta en la ausencia estás viva!
Porque te encuentro en el hueco
de una forma y en el eco
de una nota fugitiva;
porque en mi propia saliva
fundes tu sabor sombrío,
y a cambio de lo que es mío
me dejas sólo el temor
de hallar hasta en el sabor
la presencia del vacío.

IX

Si te llevo en mí prendida
y te acaricio y escondo;
si te alimento en el fondo
de mi más secreta herida;
si mi muerte te da vida
y goce mi frenesí,
¿qué será, Muerte, de ti
cuando al salir yo del mundo
deshecho el nudo profundo,
tengas que salir de mí?

X

En vano amenazas, Muerte,
cerrar la boca a mi herida
y poner fin a mi vida
con una palabra inerte.
¡Qué puedo pensar al verte,
si en mi angustia verdadera
tuve que violar la espera;
si en vista de tu tardanza
para llenar mi esperanza
no hay hora en que yo no muera!

Nocturno de Los Ángeles

A Agustín J. Fink

Se diría que las calles fluyen dulcemente en la noche.
Las luces no son tan vivas que logren desvelar el secreto,
el secreto que los hombres que van y vienen conocen,
porque todos están en el secreto
y nada se ganaría con partirlo en mil pedazos
si, por el contrario, es tan dulce guardarlo
y compartirlo sólo con la persona elegida.

Si cada uno dijera en un momento dado,
en sólo una palabra, lo que piensa,
las cinco letras del DESEO formarían una enorme cicatriz luminosa,
una constelación más antigua, más viva aún que las otras.
Y esa constelación sería como un ardiente sexo
en el profundo cuerpo de la noche,
o, mejor, como los Gemelos que por vez primera en la vida

se miraran de frente, a los ojos, y se abrazaran ya para siempre.

De pronto el río de la calle se puebla de sedientos seres,
caminan, se detienen, prosiguen.

Cambian miradas, atreven sonrisas,
forman imprevistas parejas...

Hay recodos y bancos de sombra,
orillas de indefinibles formas profundas
y súbitos huecos de luz que ciega
y puertas que ceden a la presión más leve.

El río de la calle queda desierto un instante.
Luego parece remontar de sí mismo
deseoso de volver a empezar.
Queda un momento paralizado, mudo, anhelante
como el corazón entre dos espasmos.

Pero una nueva pulsación, un nuevo latido
arroja al río de la calle nuevos sedientos seres.
Se cruzan, se entrecruzan y suben.
Vuelan a ras de tierra.
Nadan de pie, tan milagrosamente
que nadie se atrevería a decir que no caminan.

¡Son los ángeles!

Han bajado a la tierra
por invisibles escalas.
Vienen del mar, que es el espejo del cielo,
en barcos de humo y sombra,

a fundirse y confundirse con los mortales,
a rendir sus frentes en los muslos de las mujeres,
a dejar que otras manos palpén sus cuerpos febrilmente,
y que otros cuerpos busquen los suyos hasta encontrarlos
como se encuentran al cerrarse los labios de una misma boca,
a fatigar su boca tanto tiempo inactiva,
a poner en libertad sus lenguas de fuego,
a decir las canciones, los juramentos, las malas palabras
en que los hombres concentran el antiguo misterio
de la carne, la sangre y el deseo.

Tienen nombres supuestos, divinamente sencillos.
Se llaman Dick o John, o Marvin o Louis.
En nada sino en la belleza se distinguen de los mortales.

Camina, se detiene, prosigue.
Cambian miradas, atreven sonrisas.
Forman imprevistas parejas.

Sonríen maliciosamente al subir en los ascensores de los hoteles
donde aún se practica el vuelo lento y vertical.
En sus cuerpos desnudos hay huellas celestiales;
signos, estrellas y letras azules.
Se dejan caer en las camas, se hunden en las almohadas
que los hacen pensar todavía un momento en las nubes.
Pero cierran los ojos para entregarse mejor a los goces de su encarnación misteriosa,
y, cuando duermen, sueñan no con los ángeles sino con los mortales.

Los Ángeles, California.

Amor condusse noi ad una morte

Amar es una angustia, una pregunta,
una suspensa y luminosa duda;
es un querer saber todo lo tuyo
y a la vez un temor de al fin saberlo.

Amar es reconstruir, cuando te alejas,
tus pasos, tus silencios, tus palabras,
y pretender seguir tu pensamiento
cuando a mi lado, al fin inmóvil, callas.

Amar es una cólera secreta,
una helada y diabólica soberbia.

Amar es no dormir cuando en mi lecho
sueñas entre mis brazos que te ciñen,
y odiar el sueño en que, bajo tu frente,
acaso en otros brazos te abandonas.

Amar es escuchar sobre tu pecho,
hasta colmar la oreja codiciosa,
el rumor de tu sangre y la marea
de tu respiración acompasada.

Amar es absorber tu joven savia
y juntar nuestras bocas en un cauce

hasta que de la brisa de tu aliento
se impregnen para siempre mis entrañas.

Amar es una envidia verde y muda,
una sutil y lúcida avaricia.

Amar es provocar el dulce instante
en que tu piel busca mi piel despierta;
saciar a un tiempo la avidez nocturna
y morir otra vez la misma muerte
provisional, desgarradora, oscura.

Amar es una sed, la de la llaga
que arde sin consumirse ni cerrarse,
y el hambre de una boca atormentada
que pide más y más y no se sacia.

Amar es una insólita lujuria
y una gula voraz, siempre desierta.

Pero amar es también cerrar los ojos,
dejar que el sueño invada nuestro cuerpo
como un río de olvido y de tinieblas,
y navegar sin rumbo, a la deriva:
porque amar es, al fin, una indolencia.

Jorge Cuesta (1903-1942)

Nació el 22 de septiembre en Córdoba, Veracruz. En 1922 fue a la Ciudad de México a estudiar Ciencias Químicas. Se suicidó en 1942. La obra de Cuesta suscita un consenso esencialmente político. "Nuestro primer crítico está arraigado en la cultura contemporánea de México como si con los años hubieran proliferado tupidamente el jardín del porvenir".

Entendió la crítica como método intelectual y como actitud moral. La modernidad de Cuesta requería de una actitud ante la tradición como selección. "Escribir sobre Cuesta ha sido, para tres generaciones, el rito de pasaje indispensable para entrar en la tradición crítica: de autor secreto a conciencia de una literatura, ése ha sido el destino de un hombre que, habiendo vivido en las sombras, alcanza su centenario en el mediodía.

Canto a un Dios mineral

Capto la seña de una mano, y veo
que hay una libertad en mi deseo;
ni dura ni reposa;
las nubes de su objeto el tiempo altera

como el agua la espuma prisionera
de la masa ondulosa.

Suspensa en el azul de la seña, esclava
de la más leve onda, que socava
el orbe de su vuelo.
se suelta y abandona a que se ligue
su ocio al de la mirada que persigue

las corrientes del cielo.

Una mirada en abandono y viva,
si no una certidumbre pensativa,
atesora una duda;
su amor dilata en la pasión desierta
sueña en la soledad, y está despierta
en la conciencia muda.

Sus ojos, errabundos y sumisos,
el hueco son, en que los fatuos rizos
de nubes y de frondas
se apoderan de un mármol de un instante
y esculpen la figura vacilante
que complace a las ondas.

La vista en el espacio difundida,
es el espacio mismo, y da cabida
vasto y mismo al suceso
que en las nubes se irisa y desdora
e intacto, como cuando se evapora,
está en las ondas preso.

Es la vida allí estar, tan fijamente,
como la helada altura transparente
lo finge a cuanto sube
hasta el purpúreo límite que toca,
como si fuera un sueño de la roca,
la espuma de la nube.

Como si fuera un sueño, pues sujeta,
no escapa de la física que aprieta
en la roca la entraña,
la penetra con sangres minerales
y la entrega en la piel de los cristales
a la luz, que la daña.

No hay solidez que a tal prisión no ceda
aun la sombra más íntima que veda
un receloso seno
¡en vano!; pues al fuego no es inmune
que hace entrar en las carnes que desune
las lenguas del veneno.

A las nubes también el color tiñe,
túnicas tintas en el mal les ciñe,
las roe, las horada,
y a la crítica nuestra, si las mira,
por qué al museo su ilusión retira
la escultura humillada.

Nada perdura, ¡oh, nubes!, ni descansa.
Cuando en un agua adormecida y mansa
un rostro se aventura,
igual retorna a sí del hondo viaje
y del lúcido abismo del paisaje
recobra su figura.

Íntegra la devuelve al limpio espejo,
ni otra, ni descompuesta en el reflejo
cuyas diáfanas redes
suspenden a la imagen submarina,
dentro del vidrio inmersa, que la ruina
detiene en sus paredes.

¡Qué eternidad parece que le fragua,
bajo esa tersa atmósfera de agua,
de un encanto el conjuro
en una isla a salvo de las horas,
áurea y serena al pie de las auroras
perennes del futuro!
Pero hiende también la imagen, leve,
del unido cristal en que se mueve
los átomos compactos:
se abren antes, se cierran detrás de ella
y absorben el origen y la huella
de sus nítidos actos.

Ay, que del agua el imantado centro
no fija al hielo que se cuaja adentro
las flores de su nado;
en una onda se agita, y la estremece
en una onda más desaparece
su color congelado.

La transparencia a sí misma regresa,
y expulsa a la ficción, aunque no cesa;
pues la memoria oprime
de la opaca materia que, a la orilla,
del agua en que la onda juega y brilla,
se entenebrece y gime.

La materia regresa a su costumbre.
Que del agua un relámpago deslumbre
o un sólido de humo
tenga en un cielo ilimitado y tenso
un instante a los ojos en suspenso,
no aplaza su consumo.

Obscuro perecer no la abandona
si sigue hacia una fulgurante zona
la imagen encantada.

Por dentro la ilusión no se rehace;
por dentro el ser sigue su ruina y yace
como si fuera nada.

Embriagarse en la magia y en el juego
de la áurea llama, y consumirse luego,
en la ficción conmueve
el alma de la arcilla sin contorno:
llora que pierde un venturero adorno
y que no se renueve.

Aun el llanto otras ondas arrebatan,
y atónitos los ojos se desatan
del plomo que acelera
el descenso sin voz a la agonía
y otra vez la mirada honda y vacía
flota errabunda fuera.

Con más encanto si más pronto muere,
el vivo engaño a la pasión se adhiere
y apresura a los ojos
náufragos en las ondas ellos mismos,
al borde de detener de los abismos
los flotantes despojos.

Signos extraños hurta la memoria,
para una muda y condenada historia,
y acaricia las huellas
como si oculta obcecación lograra,
a fuerza de tallar la sombra avara
recuperar estrellas.

La mirada a los aires se transporta,
pero es también vuelta hacia dentro, absorta
el ser a quien rechaza
y en vano tras la onda tornadiza
confronta la visión que se desliza
con la visión que traza.

Y abatido se esconde, se concentra,

en sus recónditas cavernas entra
y ya libre en los muros
de la sombra interior de que es el dueño
suelta al nocturno paladar el sueño
sus sabores oscuros.

Cuevas innúmeras y endurecidas,
vastos depósitos de breves vidas,
guardan impenetrable
la materia sin luz y sin sonido
que aún no recoge el alma en su sentido
ni supone que hable.

¡Qué ruidos, qué rumores apagados
allí activan, sepultos y estrechados,
el hervor en el seno
convulso y sofocado por un nudo!
Y graba al rostro su rencor sañudo
y al lenguaje sereno.

Pero, ¡qué lejos de lo que es y vive
en el fondo aterrado, y no recibe
las ondas todavía
que recogen, no más, la voz que aflora
de una agua móvil al rielar que dora
la vanidad del día!
El sueño, en sombras desasido, amarra

la nerviosa raíz, como una garra
contráctil o bien floja;
se hinca en el murmullo que la envuelve,
o en el humor que sorbe y disuelve
un fijo extremo aloja.

Cómo pasma a la lengua blanda y gruesa,
y asciende un burbujear a la sorpresa
del sensible oleaje:
su espuma frágil las burbujas prende,
y las pruebas, las une, las suspende
la creación del lenguaje.

El lenguaje es sabor que entrega al labio
la entraña abierta a un gusto extraño y sabio:
despierta en la garganta;
su espíritu aun espeso al aire brota
y en la líquida masa donde flota
siente el espacio y canta.

Multiplicada en los propicios ecos
que afuera afrontan otros vivos huevos
de semejantes bocas,
en su extraña ya vibra, densa y plena,
cuando allí late aún, y honda resuena
en las eternas rocas.

Oh, eternidad, oh, hueco azul, vibrante
en que la forma oculta y delirante

su vibración no apaga,
porque brilla en los muros permanentes
que labra y edifica, transparentes,
la onda tortuosa y vaga.

Oh, eternidad, la muerte es la medida,
compás y azar de cada frágil vida,
la numera la Parca.

Y alzan tus muros las dispersas horas,
que distantes o próximas, sonoras
allí graban su marca.

Denso el silencio trague al negro, oscuro
rumor, como el sabor futuro
sólo la entraña guarde
y forme en sus recónditas moradas,
su sombra ceda formas alumbradas
a la palabra que arde.

No al oído que al antro se aproxima
que el banal espacio, por encima
del hondo laberinto
las voces intrincadas en sus vetas
originales vayan, mas secretas
de otra boca al recinto.

A otra vida oye ser, y en un instante
la lejana se une al titubeante
latido de la entraña;
al instinto un amor llama a su objeto;
y afuera en vano un porvenir completo
la considera extraña.

El aire tenso y musical espera;
y eleva y fija la creciente esfera,
sonora, una mañana:
la forman ondas que juntó un sonido,
como en la flor y enjambre del oído
misteriosa campana.

Ése es el fruto que del tiempo es dueño;
en él la entraña su pavor, su sueño
y su labor termina.

El sabor que destila la tiniebla
es el propio sentido, que otros puebla
y el futuro domina.

Gilberto Owen

(1904-1952)

Nieto de un minero irlandés, nació en El Rosario, Sinaloa el 4 de febrero. Estudió en Toluca y después en la Escuela Nacional Preparatoria. Adscrito al servicio diplomático, vivió en EUA, Ecuador, Perú, Colombia. Murió siendo vicecónsul de México en Filadelfia, el 9 de marzo. Perteneció a la generación de *Contemporáneos*. No fue un intelectual; fue poeta. De manera similar a todo auténtico artista, Owen aceptaba, como un designio insobornable incorporar a su verso el fluir de las cosas, la convicción de todo -como en las clásicas coplas- está condenado a sugerir la pregunta por su existencia.

Como Villaurrutia, Owen confiesa con orgullo que procede de Juan Ramón Jiménez, quien les parece el más puro poeta actual de habla española. Si en la estudiosa admiración de este ejemplo encontraron su manera personal, no les molesta señalar la fuente que supo escoger su espíritu un día de afinidades. Antes de Gilberto Owen, nuestra literatura podía contar con los miniaturistas de la prosa corta, trabajada exquisitamente algunas veces, pero son la idea que sostiene el poema en prosa definido y practicado por Max Jacob. Asociaciones de ideas, juegos de nombres e imágenes inesperados, finas alusiones literarias, todo cabe en la pequeña caja de un poema en prosa de Owen. Y todo unido con una hebra, con una línea que a menudo resulta invisible al lector desatento y miope.

Se le ha llamado oscuro. ¿Por qué no mejor misterioso? Sus poemas tienen la atracción de un juego de manos. Para engañar mejor, para mejor acertar Owen ha suprimido el ruido, los golpes de tambor a la hora de la suerte. Y el engaño es tan evidente y claro como un vaso de agua. ¿Dónde acaba el cristal, dónde empieza el agua? Tan claro como un vaso de agua, tan claro y tan misterioso.

Libros: *Línea*, 1930. *El libro de Ruth*, 1944. *Perseo vencido*, 1948. *Poesía y prosa*, 1953.

Madrigal por Medusa

No me sueltes los ojos astillados,
se me dispersarían sin la cárcel
de hallar tu mano al rehuir tu frente,
dispersos en la prisa de salvarme.

Embelesado el pulso, como noche
feliz cuyos minutos no contamos,
que es noche nada más, amor dormido,
dolor bisiesto emparedado en años.

Cante el pez sitibundo, preso en redes
de algas en tus cabellos serpentinos,
pero su voz se hiele en tu garganta
y no rompa ni muerte con su grito.

Déjame así, de estatua de mí mismo,
la cabeza que no corté, en la mano,
la espada sin honor, perdido todo
lo que gané, menos el gesto huraño.

Libro de Ruth

*Y aconteció que, a la media
noche, se estremeció aquel
hombre, y palpó: y he aquí a la mujer,
que estaba acostada a sus pies.
Ruth, III-8*

Booz se impacienta

Entonces doblarán las doce de la noche
y el Caos
acogerá sonriente al hijo pródigo.

Pasan sin nadie todos los tranvías.
Su huracán de esperanzas no para en las esquinas de mi cuerpo.
Ni su trueno. Ni un piano. Ni los grillos.
Las mujeres apagan las lámparas del mundo entero.
El cielo sus estrellas. Yo mi espera.
Cierran sin ruido todas las ventanas.
Dedos que no son tuyos han bajado mis párpados.
Ya no vienes. No llegas.
Más allá de las doce no se puede ver nada.
Pero aún no es la noche.
Todavía la tarde te espera deshojándome,
robándote mi carne trozo a trozo:
las pupilas primero, que se van a cansadas lejanías
como dos niños ávidos, perdidos
en la busca de algo que no saben;
el rescoldo en mi boca pronto será ceniza
de adivinarte en todos los nombres de lo creado
con mi voz amarilla y áspera de toronja;

y mis manos, callosas de esculpir en el aire
el fiel vacío exacto que llenará la forma de tu gracia.
Así iré mutilándome hasta las doce de la noche,
mas si llegaras un minuto antes
en él todas mis dichas vivirías de nuevo.

Deja la luz sin sexo en que te ahogas,
ángel mientras mi lecho no te erija mujer;
sal de la voz marina que te sueña,
sirena sin canción mientras yo no la oiga;
deja la arcilla informe que habitas y que eres
en tanto que mis dedos no modelen tu estatua;
sal del bosque de horas inmóviles en que te pierdes,
corza sin pulso mientras mi miedo no te anime;
deja el no ser de tu Moab incierta;
sal ya de ti. Mis pies están helándose.
Más allá de las doce no se puede ser nada.

Booz encuentra a Ruth

Traes un viento que mueve los rascacielos más tercos y que te ciñe para mostrarme cómo
fue la cabeza de la Victoria de Samotracia,
y que luego te humilla a recoger espigas desdeñadas.
Traes un viento que llega de cabellos noruegos al alisarte los tuyos.

Traes un viento que trae amantes olvidados que se encuentran de pronto en los lugares más
insólitos como gaviotas en la nieve de los volcanes.
Traes un viento que lame tu nombre en las cien lenguas de Babel,

y en él me traes a nacer en mí.

Y es nacer a la muerte que acecha en los festines de un octubre sin fin y sin castigo, una
muerte que desde mí te acecha en las ciudades y en las horas y en los aviones de
cien pasajeros.

Fausto que te persigue desde el episodio fatal de la siega en mis manos nudosas y tiernas de
asesino.

De mí saldrás exangüe y destinada a sueño como las mariposas que capturan los dedos
cruels de los niños;
de mí saldrás seca y estéril como las maldiciones escondidas en los versos de amor
que nadie escucha.

Huye de mí, que soy *elvientoeldiablo* que te arrastra.

Booz canta su amor

Me he querido mentir que no te amo,
roja alegría incauta, sol sin freno
en la tarde que sólo tú detienes,
luz demorada sobre mi deshielo.
Por no apagar la brasa de tus labios
con un amor que darte no merezco,
por no echar sobre el alba de tus hombros
las horas que le restan a mi duelo.

Pero cómo negarte mis espigas
si las alzabas con tan puro gesto;

cómo temer tus años, si me dabas
toda mi juventud en mi deseo.

Quédate, amor adolescente, quédate.
Diez golondrinas saltan de tus dedos.
París cumple en tu rostro quince años.
Cómo brilla mi voz sobre tu pecho.
Óyela hablarte de la luna, óyela
cantando lánguida por los senderos:
sus palabras más nimias tienen forma,
no le avergüenza ya decir “te quiero”.
Me has untado de fósforo los brazos:
no los tienen más fuertes los mancebos.
Flores palúdicas en los estanques
de mis ojos. El trópico en mis huesos.
Cien lugares comunes, amor cándido,
amoroso y porfiado amor primero.

Vámonos por las rutas de tus venas
y de mis venas. Vámonos fingiendo
que es la primera vez que estoy viviéndote.
Por la carne también se llega al cielo.
Hay pájaros que sueñan que son pájaros
y se despiertan ángeles. Hay sueños
de los que dos fantasmas se despiertan
a la virginidad de nuestros cuerpos.
Vámonos como siempre: Dafnis, Cloe.
Tiéndete bajo el pino más erecto,
una brizna de yerba entre los dientes.
No te muevas. Así. Fuera del tiempo.

Si cerrara los ojos, despertándome,
me encontraría, como siempre, muerto.

Booz ve dormir a Ruth

La isla está rodeada por un mar tembloroso
que algunos llaman piel. Pero es espuma.
Es un mar que prolonga su blancura en el cielo
como el halo de las tehuanas y los santos.
Es un mar que está siempre
en trance de primera comunión.
Quién habitara tu veraz incendio
rodado de azucenas por doquiera,
quién entrara a tus dos puertos cerrados
azules y redondos como ojos azules
que aprisionaron todo el sol del día,
para irse a soñar a tu serena plaza pueblerina
—que algunos llaman frente—
debajo de tus árboles de cabellos textiles
que se te enrollan en los ovillos
para que tengas que peinártelos con husos.
He leído en tu oreja que la recta no existe
aunque diga que sí tu nariz euclidiana;
hay una voz muy roja que se quedó encendida
en el silencio en tus labios. Cállala
para poder oír lo que me cuente
el aire que regresa de tu pecho;
para saber por qué no tienes en el cuello

mi manzana de Adán, si te la he dado;
para saber por qué tu seno izquierdo
se levanta más alto que el otro cuando aspiras;
para saber por qué tu vientre liso
tiembla cuando lo tocan mis pupilas.
Ha bajado una mano hasta tu centro.

Saben aún tus pies, cuando los beso,
al vino que pisaste en los lugares;
qué frágil filigrana es la invisible
cadena con que ata el pudor tus tobillos;
yo conocí un río más largo que tus piernas
—algunos lo llaman Vía Láctea—
pero no discurría tan moroso
ni por cause tan firme y bien trazado;
una noche la luna llenaba todo el lago;
Zirahuén era así de dulce como su nombre:
era la anunciación de tus caderas.
Si tus manos son manos, ¿cómo son las anémonas?
Cinco uñas se apagan en tu centro.

No haber estado el día de tu creación, no haber estado
antes de que Su mano te envolviera en sudarios de inocencia
—y no saber qué eres ni qué estarás soñando.
Hoy te destrozaría por saberlo.

Y sólo sé que no soy yo,
el durmiente que sueña un cedro Huguiano, lo que sueñas,
y pues que he nacido de muerte natural, desesperado,
paso ya, frenesí tardío, tardía voz sin ton ni son.

Me miro con tus ojos y me veo alejarme
y separar las aguas del Mar Rojo de nuestros cuerpos mal fundidos
para la huida infame,
y sufro que me tiñe de azules la distancia
y quisiera gritarme desde tu boca: "No te vayas".
Destrencemos los dedos y sus promesas no cumplidas.
Te cambio por tu sombra y te dejo como sin pies sin ella
y no podrás correr al amor de tu edad que he suplantado.
Te cambio por tu sueño para irme a dormir con el cadáver leal de tu alegría.
Te cedo mi lámpara vieja por la tuya de luz de plata virgen
para desear frustadas canciones inaudibles.

Ya me hundo a buscarme en un te amé que quiso ser te amo,
donde se desenrolla un caracol atónito al descubrir el fondo salobre de tus ecos,
y los confesionarios desenredan mis arrepentimientos mentirosos.
Ya me voy con mi muerte de música a otra parte.
Ya no vivo en ti. Mi noche es alta y mía.

Salvador Novo

(1904-1974)

Nació el 30 de julio en la Ciudad de México. Abandonó la carrera de Derecho. Participó en la fundación del teatro Ulises, como traductor, director y autor. Traductor de poesía, crítico, maestro de literatura y periodista. Fue jefe del departamento editorial de la Secretaría de Educación Pública y de Teatro de Bellas artes (1946-1952). En 1953 abrió en Coyoacán el Teatro de la Capilla donde manejó un restaurante; produjo, y dirigió obras teatrales. Miembro de la Academia de la Lengua. Premio Nacional de Literatura y Cronista oficial de la Ciudad de México (1952). Fue activo participante de la renovación de nuestra literatura. Su espíritu afín al de Tablada en algunos aspectos, "nacionaliza" el humor de vanguardia: sus poemas manifiestan la burla del sentimiento modernista y la apertura hacia el paisaje de la primera posguerra: urbano, industrial, publicitario.

De los *Contemporáneos* fue el más ávido y el más informado; aunque no le interesó ejercer la crítica literaria y como ensayista le faltó la sensibilidad de Xavier Villaurrutia y la pasión por las ideas que caracterizaron a Jorge Cuesta, Novo fue, sin discusión, el moderno.

La poesía de Novo, dotada de original sensibilidad, gana nueva emoción a nuestra poesía: el humorismo. El Humorismo de Novo, justa expresión de sus aptitudes vivas y de la influencia, visible en su obra, de la literatura norteamericana, representa en su poesía la reacción de un impreciso desengaño del mundo, la pirueta de la inteligencia saltando, para evitarlo, el cable tenso de los sentimientos humanos. Ingenioso, estético y al parecer desocupado. Su poesía, sin rey ni dama, da la impresión de ser el juego del escolar aniquilado por la sabiduría, aunque, a veces, con inteligente sonrisa burle a su corazón para dejarnos en la duda.

En su ampliación de territorios poéticos, Novo renuncia al modernismo, se afilia a la nueva poesía norteamericana, saquea procedimientos de la publicidad y reconoce como suya una tradición, la ópticamente encarnada en Wilde y Jean Cocteau: cinismo y dandinismo.

Libros: *XXpoemas*, 1925. *Espejo*, 1933. *Nuevo amor*, 1933. *Poesías escogidas*, 1938. *Dueño mío*, 1944. *Florido Laude*, 1945.

Cuando los pinceles vuelven a ser pinzas las posibilidades del vientre
Vulcano lleno de gasolina con un aneurisma en potencia
seres como Ceres o Ícaro con paracaídas en el Hospital Morelos
la organización roja de los glóbulos con el mapa de las terminales
puntos de partid y partido partidos a todas las partes parciales
correspondencia aérea tejida con una sola mano de cinco agujas
en el piso en el quinto piso en el canto paso en el conto peso
en el hondo pozo en el ando buzo en el indo beso
hasta que no salga de la tierra la escuela anatómica
de otro cadáver anciano hasta las mariposas de otro cadáver anciano
para volver a llevarse todas las ramas consigo
como un cohete como una granada como un vidrio estrellado
como una noticia como un telégrafo como la sangre
por las venas rojas y azules como los semáforos regularizados
como los sistemas de riego de riesgo de rasgo de raso de rizo
de Diego de ciego de llego de pego de niego
el color de la tierra entre algodones al pie de la cama
la langosta con el pensamiento en los cangrejos
vigilada por la policía que violó el reglamento
desde su condecoración de la Legión de honor y los siete puñales
y la cabeza parlante instaló su teléfono su televisión
con ínfulas y tirabuzones a la larga distancia
instalación local hacia los azahares azarosos
e instalación oculta y clima artificial hacia la terminal
de suerte que uno puede con ayuda del microscopio

leer en las líneas de la mano las constelaciones
de suerte que uno puede con ayuda del telescopio
observar cómo los colorantes revelan la existencia de las hormonas
asistir a una música estática elástica y sintonizarse
con la utilería del mundo llena de los trajes desechados de Wanamaker's
Wanamker's y Child's han sido allí objeto de un monumento
y del puente colgante más grande del mundo
el camión de la tehuana puesto a secar ha miado todo el Hudson
por donde los barcos de papel higiénico salen de vacaciones
con saludos de Christmas para Pompeya y sus productos
cuando la millonaria ha hecho que le bajen todo el almacén
y ha examinado las compañías de seguros contra la seguridad
los salones de belleza los discos de Ruddy Vallee
los cereales llenos de vitaminas las espinacas llenas de tiempo
la complicación de los subterráneos previstos en los teléfonos
en las venas en el vidrio estrellado en el vidrio ahumado del eclipse
observado con un microscopio desde el Empire State Building
cuyo último piso también se hizo bajar la millonaria para sus sobrinos.

Diluvio

Espaciosa sala de baile
alma y cerebro
dos orquestas, dos,
baile de trajes,
las palabras iban entrando,
las vocales daban el brazo a las consonantes.
Señoritas acompañadas de caballeros
y tenían trajes de la Edad Media

y de muchísimo antes
y ladrillos cuneiformes
papiros, tablas,
gama, delta, ómicron,
peplos, vestes, togas, armaduras,
y las pieles bárbaras sobre las pieles ásperas
y el gran manto morado de la cuaresma
y el color de infierno de la vestidura de Dante
y todo el alfalfar Castellano,
las pelucas de muchas Julietas rubias
las cabezas de Iokanaanes y Mariás Antonietas
sin corazón ni vientre
y el Príncipe Esplendor
vestido con briznas de brisa
y una princesa monosilábica
que no era ciertamente Madame Butterfly
y un negro elástico de goma
con ojos blancos como incrustaciones de marfil.
Danzaban todos en mí
cogidos de las manos frías
en un antiguo perfume apagado
tenían todos trajes diversos
y distintas fechas
y hablaban lenguas diferentes.
Y yo lloré inconsolablemente
porque en mi gran sala de baile
estaban todas las vidas
de todos los rumbos
bailando la danza de todos los siglos
y era, sin embargo, tan triste
esta mascarada!

Entonces prendí fuego a mi corazón
y las vocales y las consonantes
flamearon un segundo su penacho
y era lástima ver el turbante del gran Visir
tronar los rubíes como castañas
y aquellos preciosos trajes Watteau
y todo el estrado Queen Victoria
de damas con altos peinados.
También debo decir
que se incendiaron todas las monjas
B.C. y C.O.D.
y que muchos héroes esperaron
estoicamente la muerte
y otros bebían sus sortijas envenenadas.
Y duró mucho el incendio
mas vi al fin en mi corazón únicamente
el confeti de todas las cenizas
y al removerlo
encontré
una criatura sin nombre
enteramente, enteramente desnuda,
sin edad, muda, eterna,
y ¡oh! nunca, nunca sabrá que existen las parras
y las manzanas se han trasladado a California
y ella no sabrá nunca que hay trenes!
Se ha clausurado mi sala de baile
mi corazón no tiene ya la música de todas
las playas
de hoy más tendrá el silencio de todos los siglos.

Concha Urquiza

(1910-1945)

Nació en Michoacán. Su primer poema fue publicado a los 11 años en *Revista de Yucatán* y *Revista de Revistas*. Su muerte precoz ayudó a conformar la idea del personaje que es, ficcional y realmente. En 1938 ingresó a un convento de monjas docentes; al poco se trasladó a San Luis Potosí, en cuya universidad enseñó Lógica e Historia de las doctrinas filosóficas cristianas. Se le vio relacionada con los grupos intelectuales de México, como Los estridentistas, ello le permitió tener relación y cercanía al entorno social y cultural.

Libros: *Poemas de Concha Urquiza* (pról. de Gabriel Méndez Plancarte, sel. y notas de Antonio Castro Leal, 1946), *Obras* (poemas y prosas) (pról. de Gabriel Méndez Plancarte, 1946), *Antología* (1979), *El corazón preso* (edición basada en la recopilación de Gabriel Méndez Plancarte, 2001).

Ruth

Ego dormio el cor meum vigilat.
Cant., V, 2

La quieta soledad, el lecho oscuro
de inmortales tinieblas coronado,
el silencio en la noche derramado,
y el cerco de la paz, ardiente y puro.

Ruth detiene el aliento mal seguro,
descubre el rostro de dolor turbado,
y por largos anhelos agitado
con dura mano oprime el seno duro.

Duerme Booz en tanto; su sentido,
en misterioso sueño sumergido,

la presencia tenaz de Ruth ignora.
Mas su despierto corazón medita...
y la noche fugaz se precipita
hacia los claros lechos de la aurora.
1937

La cita

Te esperaré esta noche, Señor mío,
en la siniestra soledad del alma:
en la morada antigua
donde el amor se lastimó las alas;
por cuyos largos corredores gime
la ausencia de tu voz y tus palabras.

En el fosco recinto,
hondamente cavado,
donde jamás la antorcha de la risa,
jamás la limpia desnudez del llanto,
ni la serena atmósfera del verso
los ecos agitaron.

Allí te esperaré, porque esta noche
no tengo otra morada;
a lo largo del húmedo camino
todas las puertas encontré cerradas,
y en la sombra tenaz perdí tu huella
—la senda de tu huerto y de tu parra—.
¡Oh Suavísimo, ven! Ven, aunque encuentres

apagadas las lámparas nupciales,
aunque el voraz silencio
el roce niegue de tu planta suave,
aunque tu faz se esconda en las tinieblas,
aunque tu beso y tu palabra callen,
y mis manos tendidas en la sombra
no acierten a tocarte.

Δ

Te espero en el recinto misterioso
donde en dolor mi madre me engendrara:
allí no en los festines
se coloran las pálidas guirnaldas,
ni el vino moja el encendido labio,
ni vuelan las palabras,
ni las antorchas brillan
enrojeciendo al grito de las flautas:
allí un hosco silencio...
y un hambre oscura que tu paso guarda.

Vendrás, Amor... la noche
toda está de presagios erizada:
un pájaro sin voz gime en el viento
un insensible amor abrasa el alma.
Sólo tengo aquel tálamo sombrío
que se ha de iluminar con tu mirada,
pero furtivamente
vendrás a él y dormiré en tus brazos

bajo la noche al corazón amarga.

San Luis, febrero, 1941.

Nox

I

Un soñar con el pálido ramaje
y las llanuras donde cuaja el trigo,
un aspirar a soledad contigo
por los húmidos valles y el boscaje:

un buscar la región honda y salvaje,
un desear poseerte sin testigo,
un abrazado afán de estar conmigo
viendo tu faz en interior paisaje:

tal fue mi juventud más verdadera;
en el clima ideal de tu dulzura
maduró mi divina primavera:

y tuve mi esperanza tan segura,
como que en la hermosura pasajera
se me entregaba, intacta, Tu hermosura.

II

¿Cómo perdí, en estériles acasos,
aquella imagen cálida y madura
que me dio de sí misma la natura
implicada en Tu voz y Tus abrazos?

Ni siquiera el susurro de Tus pasos,
ya nada dentro el corazón perdura;
te has tornado un “Tal vez” en mi negrura
y vaciado del ser entre mis brazos.

Universo sin puntos cardinales.
Negro viento del Génesis suplanta
aquel rubio ondear de los trigales.

Y un vértigo de sombra se levanta
allí donde Tus ángeles raudales
tal vez posaron la serena planta.

México, 1945

Octavio Paz (1914- 1998)

Nació el 31 de marzo en Mixcoac, Ciudad de México. Estudió poesía Hispanoamericana en Estados Unidos. Durante la Guerra Civil estuvo en España. Ingresó al servicio diplomático en 1943. En 1963 ganó el Gran Premio Internacional de Poesía. Fue director de la Revista *Taller* (1938) y redactor de *El hijo Pródigo* (1943-1946). Volvió a México, después de estar en EUA, Francia y Oriente (Japón e India), y fundó junto a Leonora Carrington el grupo *Poesía en Voz Alta* (1955) en el que se iniciaron algunos de nuestro jóvenes dramaturgos y directores. Miembro del Colegio Nacional y Premio Nacional de Literatura en 1978. Colaboró de cerca con la Revista Mexicana de Literatura. Publicó ensayos y artículos sobre poetas y pintores y en defensa del arte contemporáneo, atacado por los críticos nacionalistas y los defensores del "realismo socialista". Obtuvo el Premio Nobel de literatura en 1990, y el Premio Cervantes en 1981.

La poética de Paz no sólo examina la historia de la poesía universal, sino, por extensión y añadidura, explica, antes que, a ninguna otra, la poesía del propio Paz. La unidad de la obra de Paz puede sustentarse de diversas maneras. Una de ellas es el ejercicio de correspondencia: buscar en un poema, esto antes o después pues el tiempo del poeta no es el del profesor y las "conjugaciones y disyunciones" van y viene. Siempre pensar en correspondencia, no es coherencia entre el Paz ensayista y el Paz Poeta. "Paz llama entonces "neorromántica" a su primera poesía, lo que quiere decir que aspira a que no sea poesía pura, ni comprometida. La idea es sencilla de enunciar, practicarla, muy ardua. Debe, políticamente, conciliar a la Revolución con la Poesía, quitándole a una lo que le da a otra.

Libros: *Luna silvestre*, 1933. *Raíz del hombre*, 1937. *Bajo tu clara sombra*, 1937. *Entre la piedra y la flor* 1941 y 1956. *A la orilla del mundo*, 1942. *Libertad bajo palabra*, 1949. *Semillas para un himno*, 1954. *Piedra de sol*, 1957. *La estación violeta*, 1958. *Agua y viento*, 1959. *Salamandra*, 1962. *Viento entero*, 1965.

Libertad bajo palabra

Viento

Cantan las hojas,

bailan las peras en el peral;

gira la rosa,

rosa del viento, no del rosal.

Nubes y nubes

flotan dormidas, algas del aire;

todo el espacio

gira con ellas, fuerza de nadie.

Todo es espacio;

vibra la vara de la amapola

y una desnuda

vuela en el viento lomo de ola.

Nada soy yo,

cuerpo que flota, luz, oleaje;

todo es del viento

y el viento es aire

siempre de viaje...

Piedra de sol

*La teizième revient... c'est encor la première;
et c'est toujours la seule —ou c'est le seul moment;
car es-tu reine, ô toi, la première ou dernière?
es-tu roi, toi le seul ou le dernier amant?
Gérard de Nerval (Arthémis)*

Un sauce de cristal, un chopo de agua,
un alto surtidor que el viento arquea,
un árbol bien plantado mas danzante,
un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre:
un caminar tranquilo
de estrella o primavera sin premura,
agua que con los párpados cerrados
mana toda la noche profecías,
unánime presencia en oleaje,
ola tras ola hasta cubrirlo todo,
verde soberanía sin ocaso
como el deslumbramiento de las alas
cuando se abren en mitad del cielo,

un caminar entre las espesuras
de los días futuros y el aciago
fulgor de la desdicha como un ave
petrificando el bosque con su canto
y las felicidades inminentes
entre las ramas que se desvanecen,
horas de luz que pican ya los pájaros,

presagios que se escapan de la mano,

una presencia como un canto súbito,
como el viento cantando en el incendio,
una mirada que sostiene en vilo
al mundo con sus mares y sus montes,
cuerpo de luz filtrado por un ágata,
piernas de luz, vientre de luz, bahías,
roca solar, cuerpo color de nube,
color de día rápido que salta,
la hora centellea y tiene cuerpo,
el mundo ya es visible por tu cuerpo,
es transparente por tu transparencia,

voy entre galerías de sonidos,
fluyo entre las presencias resonantes,
voy por las transparencias como un ciego,
un reflejo me borra, nazco en otro,
oh bosque de pilares encantados,
bajo los arcos de la luz penetro
los corredores de un otoño diáfano,

voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos,
mis miradas te cubren como yedra,

eres una ciudad que el mar asedia,
una muralla que la luz divide
en dos mitades de color durazno,
un paraje de sal, rocas y pájaros
bajo la ley del mediodía absorto,

vestida del color de mis deseos
como mi pensamiento vas desnuda,
voy por tus ojos como por el agua,
los tigres beben sueño de esos ojos,
el colibrí se quema en esas llamas,
voy por tu frente como por la luna,
como la nube por tu pensamiento,
voy por tu vientre como por tus sueños,

tu falda de maíz ondula y canta,
tu falda de cristal, tu falda de agua,
tus labios, tus cabellos, tus miradas,
toda la noche llueves, todo el día
abres mi pecho con tus dedos de agua,
cierras mis ojos con tu boca de agua,
sobre mis huesos llueves, en mi pecho
hunde raíces de agua un árbol líquido,

voy por tu talle como por un río,
voy por tu cuerpo como por un bosque,
como por un sendero en la montaña

que en un abismo brusco se termina
voy por tus pensamientos afilados
y a la salida de tu blanca frente
mi sombra despeñada se destroza,
recojo mis fragmentos uno a uno
y prosigo sin cuerpo, busco a tientas,
corredores sin fin de la memoria,
puertas abiertas a un salón vacío
donde se pudren todos los veranos,
las joyas de la sed arden al fondo,
rostro desvanecido al recordarlo,
mano que se deshace si la toco,
cabelleras de arañas en tumulto
sobre sonrisas de hace muchos años,

a la salida de mi frente busco,
busco sin encontrar, busco un instante,
un rostro de relámpago y tormenta
corriendo entre los árboles nocturnos,
rostro de lluvia en un jardín a oscuras,
agua tenaz que fluye a mi costado,

busco sin encontrar, escribo a solas,
no hay nadie, cae el día, cae el año,
caigo en el instante, caigo al fondo,
invisible camino sobre espejos
que repiten mi imagen destrozada,

piso días, instantes caminados,
piso los pensamientos de mi sombra,
piso mi sombra en busca de un instante,

busco una fecha viva como un pájaro,
busco el sol de las cinco de la tarde
templado por los muros de tezontle:
la hora maduraba sus racimos
y al abrirse salían las muchachas
de su entraña rosada y se esparcían
por los patios de piedra del colegio,
alta como el otoño caminaba
envuelta por la luz bajo la arcada
y el espacio al ceñirla la vestía
de un piel más dorada y transparente,

tigre color de luz, pardo venado
por los alrededores de la noche,
entrevista muchacha reclinada
en los balcones verdes de la lluvia,
adolescente rostro innumerable,
he olvidado tu nombre, Melusina,
Laura, Isabel, Perséfone, María,
tienes todos los rostros y ninguno,
eres todas las horas y ninguna,
te pareces al árbol y a la nube,
eres todos los pájaros y un astro,

te pareces al filo de la espada
y a la copa de sangre del verdugo,
yedra que avanza, envuelve y desarraiga
al alma y la divide de sí misma,

escritura de fuego sobre el jade,
grieta en la roca, reina de serpientes,
columna de vapor, fuente en la peña,
circo lunar, peñasco de las águilas,
grano de anís, espina diminuta
y mortal que da penas inmortales,
pastora de los valles submarinos
y guardiana del valle de los muertos,
liana que cuelga del cantil del vértigo,
enredadera, planta venenosa,
flor de resurrección, uva de vida,
señora de la flauta y del relámpago,
terrazza del jazmín, sal en la herida,
ramo de rosas para el fusilado,
nieve en agosto, luna del patíbulo,
escritura del mar sobre el basalto,
escritura del viento en el desierto,
testamento del sol, granada, espiga,

rostro de llamas, rostro devorado,
adolescente rostro perseguido
años fantasmas, días circulares

que dan al mismo patio, al mismo muro,
arde el instante y son un solo rostro
los sucesivos rostros de la llama,
todos los nombres son un solo nombre
todos los rostros son un solo rostro,
todos los siglos son un solo instante
y por todos los siglos de los siglos
cierra el paso al futuro un par de ojos,

no hay nada frente a mí, sólo un instante
rescatado esta noche, contra un sueño
de ayuntadas imágenes soñado,
duramente esculpido contra el sueño,
arrancado a la nada de esta noche,
a pulso levantado letra a letra,
mientras afuera el tiempo se desboca
y golpea las puertas de mi alma
el mundo con su horario carnicero,

sólo un instante mientras las ciudades,
los nombres, lo sabores, lo vivido,
se desmoronan en mi frente ciega,
mientras la pesadumbre de la noche
mi pensamiento humilla y mi esqueleto,
y mi sangre camina más despacio
y mis dientes se aflojan y mis ojos
se nublan y los días y los años

sus horrores vacíos acumulan,

mientras el tiempo cierra su abanico
y no hay nada detrás de sus imágenes
el instante se abisma y sobrenada
rodeado de muerte, amenazado
por la noche y su lúgubre bostezo,
amenazado por la algarabía
de la muerte vivaz y enmascarada
el instante se abisma y se penetra,
como un puño se cierra, como un fruto
que madura hacia dentro de sí mismo
y a sí mismo se bebe y se derrama
el instante translúcido se cierra
y madura hacia dentro, echa raíces,
crece dentro de mí, me ocupa todo,
me expulsa su follaje delirante,
mis pensamientos sólo son su pájaros,
su mercurio circula por mis venas,
árbol mental, frutos sabor de tiempo,

oh vida por vivir y ya vivida,
tiempo que vuelve en una marejada
y se retira sin volver el rostro,
lo que pasó no fue pero está siendo
y silenciosamente desemboca
en otro instante que se desvanece:

frente a la tarde de salitre y piedra
armada de navajas invisibles
una roja escritura indescifrable
escribes en mi piel y esas heridas
como un traje de llamas me recubren,
ardo sin consumirme, busco el agua
y en tus ojos no hay agua, son de piedra,
y tus pechos, tu vientre, tus caderas
son de piedra, tu boca sabe a polvo,
tu boca sabe a tiempo emponzoñado,
tu cuerpo sabe a pozo sin salida,
pasadizo de espejos que repiten
los ojos del sediento, pasadizo
que vuelve siempre al punto de partida,
y tú me llevas ciego de la mano
por esas galerías obstinadas
hacia el centro del círculo y te yergues
como un fulgor que se congela en hacha,
como luz que desuella, fascinante
como el cadalso para el condenado,
flexible como el látigo y esbelta
como un arma gemela de la luna,
y tus palabras afiladas cavan
mi pecho y me despueblan y vacían,
uno a uno me arrancas los recuerdos,
he olvidado mi nombre, mis amigos
gruñen entre los cerdos o se pudren

comidos por el sol en un barranco,

no hay nada en mí sino una larga herida,
una oquedad que ya nadie recorre,
presente sin ventanas, pensamiento
que vuelve, se repite, se refleja
y se pierde en su misma transparencia,
conciencia traspasada por un ojo
que se mira mirarse hasta anegarse
de claridad:

yo vi tu atroz escama,

Melusina, brillar verdosa al alba,
dormías enroscada entre las sábanas
y al despertar gritaste como un pájaro
y caíste sin fin, quebrada y blanca,
nada quedó de ti sino tu grito,
y al cabo de los siglos me descubro
con tos y mala vista, barajando
viejas fotos:

no hay nadie, no eres nadie,
un montón de ceniza y una escoba,
un cuchillo mellado y un plumero,
un pellejo colgado de unos huesos,
un racimo ya seco, un hoyo negro
y en el fondo del hoyo los dos ojos
de una niña ahogada hace mil años,

miradas enterradas en un pozo,
miradas que nos ven desde el principio,
mirada niña de la madre vieja
que ve en el hijo grande un padre joven,
mirada madre de la niña sola
que ve en el padre grande un hijo niño,
miradas que nos miran desde el fondo
de la vida y son trampas de la muerte
¿o es al revés: caer en esos ojos
es volver a la vida verdadera?,

¡caer, volver, soñarme y que me sueñen
otros ojos futuros, otra vida,
otras nubes, morirme de otra muerte!
esta noche me basta, y este instante
que no acaba de abrirse y revelarme
dónde estuve, quién fui, cómo te llamas,
cómo me llamo yo:
¿hacía planes
para el verano? y todos los veranos?
en Christopher Street, hace diez años,
con Filis que tenía dos hoyuelos
donde bebían luz los gorriones?,
¿por la Reforma Carmen me decía
“no pesa el aire, aquí siempre es octubre”,
o se lo dijo a otro que he perdido
o yo lo invento y nadie me lo ha dicho?,

¿caminé por la noche de Oaxaca,
inmensa y verdinegra como un árbol,
hablando solo como el viento loco
y al llegar a mi cuarto? ¿siempre un cuarto?
no me reconocieron los espejos?,
¿desde el hotel Vernet vimos al alba
bailar con los castaños? “ya es muy tarde”
decías al peinarte y yo veía
manchas en la pared, sin decir nada?,
¿subimos juntos a la torre, vimos
caer la tarde desde el arrecife?
¿comimos uvas en Bidart?, ¿compramos
gardenias en Perote?,
nombres, sitios,
calles y calles, rostros, plazas, calles,
estaciones, un parque, cuartos solos,
manchas en la pared, alguien se peina,
alguien canta a mi lado, alguien se viste,
cuartos, lugares, calles, nombres, cuartos,
Madrid, 1937,
en la Plaza del Ángel las mujeres
cosían y cantaban con sus hijos,
después sonó la alarma y hubo gritos,
casas arrodilladas en el polvo,
torres hendidas, frentes esculpidas
y el huracán de los motores, fijo:
los dos se desnudaron y se amaron

por defender nuestra porción eterna,
nuestra ración de tiempo y paraíso,
tocar nuestra raíz y recobramos,
recobrar nuestra herencia arrebatada
por ladrones de vida hace mil siglos,
los dos se desnudaron y besaron
porque las desnudeces enlazadas
saltan el tiempo y son invulnerables,
nada las toca, vuelven al principio,
no hay tú ni yo, mañana, ayer ni nombres,
verdad de dos en sólo un cuerpo y alma,
oh ser total...

cuartos a la deriva
entre ciudades que se van a pique,
cuartos y calles, nombres como heridas,
el cuarto con ventanas a otros cuartos
con el mismo papel descolorido
donde un hombre en camisa lee el periódico
o plancha una mujer; el cuarto claro
que visitan las ramas de un durazno;
el otro cuarto: afuera siempre llueve
y hay un patio y tres niños oxidados;
cuartos que son navíos que se mecen
en un golfo de luz; o submarinos:
el silencio se esparce en olas verdes,
todo lo que tocamos fosforece;
mausoleos de lujo, ya roídos

los retratos, raídos los tapetes;
trampas, celdas, cavernas encantadas,
pajareras y cuartos numerados,
todos se transfiguran, todos vuelan,
cada moldura es nube, cada puerta
da al mar, al campo, al aire, cada mesa
es un festín; cerrados como conchas
el tiempo inútilmente los asedia,
no hay tiempo ya, ni muro: ¡espacio, espacio,
abre la mano, coge esta riqueza,
corta los frutos, come de la vida,
tiéndete al pie del árbol, bebe el agua!,

todo se transfigura y es sagrado,
es el centro del mundo cada cuarto,
es la primera noche, el primer día,
el mundo nace cuando dos se besan,
gota de luz de entrañas transparentes
el cuarto como un fruto se entreabre
o estalla como un astro taciturno
y las leyes comidas de ratones,
las rejas de los bancos y las cárceles,
las rejas de papel, las alambradas,
los timbres y las púas y los pinchos,
el sermón monocorde de las armas,
el escorpión meloso y con bonete,
el tigre con chistera, presidente

del Club Vegetariano y la Cruz Roja,
el burro pedagogo, el cocodrilo
metido a redentor, padre de pueblos,
el Jefe, el tiburón, el arquitecto
del porvenir, el cerdo uniformado,
el hijo predilecto de la Iglesia
que se lava la negra dentadura
con el agua bendita y toma clases
de inglés y democracia, las paredes
invisibles, las máscaras podridas
que dividen al hombre de los hombres,
al hombre de sí mismo,
se derrumban
por un instante inmenso y vislumbramos
nuestra unidad perdida, el desamparo
que es ser hombres, la gloria que es ser hombres
y compartir el pan, el sol, la muerte,
el olvidado asombro de estar vivos;

amar es combatir, si dos se besan
el mundo cambia, encarnan los deseos,
el pensamiento encarna, brotan alas
en las espaldas del esclavo, el mundo
es real y tangible, el vino es vino,
el pan vuelve a saber, el agua es agua,
amar es combatir, es abrir puertas,
dejar de ser fantasma con un número

a perpetua cadena condenado
por un amo sin rostro;
el mundo cambia
si dos se miran y se reconocen,
amar es desnudarse de los nombres:
“déjame ser tu puta”, son palabras
de Eloísa, mas él cedió a las leyes,
la tomó por esposa y como premio
lo castraron después;
mejor el crimen,
los amantes suicidas, el incesto
de los hermanos como dos espejos
enamorado de su semejanza,
mejor comer el pan envenenado,
el adulterio en lechos de ceniza,
los amores feroces, el delirio,
su yedra ponzoñosa, el sodomita
que lleva por clavel en la solapa
un gargajo, mejor ser lapidado
en las plazas que dar vuelta a la noria
que exprime la substancia de la vida,
cambia la eternidad en horas huecas,
los minutos en cárceles, el tiempo
en monedas de cobre y mierda abstracta;

mejor la castidad, flor invisible
que se mece en los tallos del silencio,

el difícil diamante de los santos
que filtra los deseos, sacia al tiempo,
nupcias de la quietud y el movimiento,
canta la soledad en su corola,
pétalo de cristal en cada hora,
el mundo se despoja de sus máscaras
y en su centro, vibrante transparencia,
lo que llamamos Dios, el ser sin nombre,
se contempla en la nada, el ser sin rostro
emerge de sí mismo, sol de soles,
plenitud de presencias y de nombres;

sigo mi desvarío, cuartos, calles,
camino a tientas por los corredores
del tiempo y subo y bajo sus peldaños
y sus paredes palpo y no me muevo,
vuelvo donde empecé, busco tu rostro,
camino por las calles de mí mismo
bajo un sol sin edad, y tú a mi lado
caminas como un árbol, como un río
caminas y me hablas como un río,
creces como una espiga entre mis manos,
lates como una ardilla entre mis manos,
vuelas como mil pájaros, tu risa
me ha cubierto de espumas, tu cabeza
es un astro pequeño entre mis manos,
el mundo reverdece si sonrías

comiendo una naranja,
el mundo cambia
si dos, vertiginosos y enlazados,
caen sobre las yerba: el cielo baja,
los árboles ascienden, el espacio
sólo es luz y silencio, sólo espacio
abierto para el águila del ojo,
pasa la blanca tribu de las nubes,
rompe amarras el cuerpo, zarpa el alma,
perdemos nuestros nombres y flotamos
a la deriva entre el azul y el verde,
tiempo total donde no pasa nada
sino su propio transcurrir dichoso,

no pasa nada, callas, parpadeas
(silencio: cruzó un ángel este instante
grande como la vida de cien soles),
¿no pasa nada, sólo un parpadeo?
y el festín, el destierro, el primer crimen,
la quijada del asno, el ruido opaco
y la mirada incrédula del muerto
al caer en el llano ceniciento,
Agamenón y su mugido inmenso
y el repetido grito de Casandra
más fuerte que los gritos de las olas,
Sócrates en cadenas” (el sol nace,
morir es despertar: “Critón, un gallo

a Esculapio, ya sano de la vida”),
el chacal que diserta entre las ruinas
de Nínive, la sombra que vio Bruto
antes de la batalla, Moctezuma
en el lecho de espinas de su insomnio,
el viaje en la carretera hacia la muerte
el viaje interminable mas contado
por Robespierre minuto tras minuto,
la mandíbula rota entre las manos?,
Churruca en su barrica como un trono
escarlata, los pasos ya contados
de Lincoln al salir hacia el teatro,
el estertor de Trotsky y sus quejidos
de jabalí, Madero y su mirada
que nadie contestó: ¿por qué me matan?,
los carajos, los ayes, los silencios
del criminal, el santo, el pobre diablo,
cementerio de frases y de anécdotas
que los perros retóricos escarban,
el delirio, el relincho, el ruido obscuro
que hacemos al morir y ese jadeo
que la vida que nace y el sonido
de huesos machacados en la riña
y la boca de espuma del profeta
y su grito y el grito del verdugo
y el grito de la víctima...
son llamas

los ojos y son llamas lo que miran,
llama la oreja y el sonido llama,
brasa los labios y tizón la lengua,
el tacto y lo que toca, el pensamiento
y lo pensado, llama el que lo piensa,
todo se quema, el universo es llama,
arde la misma nada que no es nada
sino un pensar en llamas, al fin humo:
no hay verdugo ni víctima...

¿y el grito
en la tarde del viernes?, y el silencio
que se cubre de signos, el silencio
que dice sin decir, ¿no dice nada?,
¿no son nada los gritos de los hombres?,
¿no pasa nada cuando pasa el tiempo?

no pasa nada, sólo un parpadeo
del sol, un movimiento apenas, nada,
no hay redención, no vuelve atrás el tiempo,
los muertos están fijos en su muerte
y no pueden morir de otra muerte,
intocables, clavados en su gesto,
desde su soledad, desde su muerte
sin remedio nos miran sin mirarnos,
su muerte ya es la estatua de su vida,
un siempre estar ya nada para siempre,
cada minuto es nada para siempre,

un rey fantasma rige sus latidos
y tu gesto final, tu dura máscara
labra sobre tu rostro cambiante:
el monumento somos de una vida
ajena y no vivida, apenas nuestra,
¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?,
¿cuándo somos de veras lo que somos?,
bien mirado no somos, nunca somos
a solas sino vértigo y vacío,
muecas en el espejo, horror y vómito,
nunca la vida es nuestra, es de los otros,
la vida no es de nadie, ¿todos somos
la vida? pan de sol para los otros,
¿los otros todos que nosotros somos?,
soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia,
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,
la vida es otra, siempre allá, más lejos,
fuera de tí, de mí, siempre horizonte,
vida que nos desvive y enajena,
que nos inventa un rostro y lo desgasta,
hambre de ser, oh muerte, pan de todos,
Eloísa, Perséfone, María,

muestra tu rostro al fin para que vea
mi cara verdadera, la del otro,
mi cara de nosotros siempre todos,
cara de árbol y de panadero,
de chofer y de nube y de marino,
cara de sol y arroyo y Pedro y Pablo,
cara de solitario colectivo,
despiértame, ya nazco:
vida y muerte
pactan en ti, señora de la noche,
torre de claridad, reina del alba,
virgen lunar, madre del agua madre,
cuerpo del mundo, casa de la muerte,
caigo sin fin desde mi nacimiento,
caigo en mí mismo sin tocar mi fondo,
recógeme en tus ojos, junta el polvo
disperso y reconcilia mis cenizas,
ata mis huesos divididos, sopla
sobre mi ser, entiérrame en tu tierra,
tu silencio dé paz al pensamiento
contra sí mismo airado;
abre la mano,
señora de semillas que son días,
el día es inmortal, asciende, crece,
acaba de nacer y nunca acaba,
cada día es nacer, un nacimiento
es cada amanecer y yo amanezco,

amanecemos todos, amanece
el sol cara de sol, Juan amanece
con su cara de Juan cara de todos,

puerta del ser, despiértame, amanece,
déjame ver el rostro de este día,
déjame ver el rostro de esta noche,
todo se comunica y transfigura,
arco de sangre, puente de latidos,
llévame al otro lado de esta noche,
adonde yo soy tú somos nosotros,
al reino de pronombres enlazados,

puerta del ser: abre tu ser, despierta,
aprende a ser también, labra tu cara,
trabaja tus facciones, ten un rostro
para mirar mi rostro y que te mire,
para mirar la vida hasta la muerte,
rostro de mar, de pan, de roca y fuente,
manantial que disuelve nuestros rostros
en el rostro sin nombre, el ser sin rostro,
indecible presencia de presencias . . .

quiero seguir, ir más allá, y no puedo:
se despeñó el instante en otro y otro,
dormí sueños de piedra que no sueña
y al cabo de los años como piedras

oí cantar mi sangre encarcelada,
con un rumor de luz el mar cantaba,
una a una cedían las murallas,
todas las puertas se desmoronaban
y el sol entraba a saco por mi frente,
despegaba mis párpados cerrados,
desprendía mi ser de su envoltura,
me arrancaba de mí, me separaba
de mi bruto dormir siglos de piedra
y su magia de espejos revivía
un sauce de cristal, un chopo de agua,
un alto surtidor que el viento arquea,
un árbol bien plantado mas danzante,
un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre.

México, 1957

Efraín Huerta

(1914- 1982)

Nació el 18 de junio en Silao, Guanajuato. Abandonó la carrera de Leyes. Desde 1933 fue periodista profesional y crítico cinematográfico. Miembro de la generación Taller (1938-1941). Premio nacional de Literatura, 1976.

La poesía de Efraín Huerta se singulariza por la disensión frente a lo establecido. Contra la contemplación que descubre los matices de lo inolvidable, no acepta más asombro que resolver su protesta con lenguaje frecuentemente "antipoético", mezclado con emoción nunca exenta de ternura. Aún el alma, último refugio en que se acoge el inconforme, es emblema de zozobra, reino de las tinieblas por donde cruza la desesperación. Revolucionario a veces, siempre desesperado, Huerta no concede cuartel a su convicción de proyectar su protesta en todo lo que toca. Pero sí en esto estriba su originalidad, también ha de observarse que su espíritu, así se muestre nutrido de violencia, se sustenta por un amor por sus semejantes que impregna toda su poesía.

Nada tuvo Huerta de poeta inculto o bárbaro, como lo presentaban, ante su ocasional complacencia, sus lectores más ingenuos y fervorosos. Fue, al contrario, un escritor preocupado por enriquecer su propio acervo, recurriendo a una tradición de la lírica castellana que dominaba con donaire.

Libros: *Absoluto amor*, 1935. *Línea del alba*, 1936. *Poemas de guerra y esperanza*, 1943. *Los hombres del alba*, 1944. *La rosa primitiva*, 1950. *Los poemas de viaje*, 1956. *Estrella en alto*, 1956. *La raíz amarga*, 1962. *El tajín*, 1963. *Barbas para desatar la lujuria*, 1965. *Poesía completa (en prensa)*.

Responso por un poeta descuartizado

Claro está que murió —como deben morir los poetas,
maldiciendo, blasfemando,
mentando madres, viendo apariciones, cobijado por las pesadillas.

Claro que así murió y su muerte resuena en las malditas
habitaciones donde perros, orgías, vino griego, prostitutas
francesas, donceles y príncipes se rinden
y le besan los benditos pies;
porque todo en él era bendito como el mármol de La Piedad
y el agua de los lagos, el agua de los ríos y los ríos de alcohol
bebidos a pleno pulmón,
así deben beber los poetas: Hasta lo infinito, hasta la negra
noche y las agrias albas
y las ceremonias civiles y las plumas heridas del artículo
a que te obligan,
la crónica que nunca hubieras querido escribir
y los poemas rubíes, los poemas diamantes,
los poemas huesolabrado, los poemas
floridos, los poemas toros, los poemas posesión, los poemas
rubenes, los poemas danos, los poemas madres,
los poemas padres, tus poemas...

Y así le besaban los pies, la planta del pie que recorrió
los cielos y tropezó mil y un infiernos
al sonido siringa de los ángeles locos y los demonios
trasegando absintio

(El chorro de agua de Verlaine estaba mudo), ante el azoro
y la soberbia estupidez de los cónsules y los dictadores,
la chirlería envidiosa y la espesa idiotez de las gallinas
municipales.

Maldiciendo, claro, porque en la agonía estaba en su derecho
y porque qué jodidos (¡Jure, jodido!,
dijo Rubén al niño triste que oyó su testamento), ¿por qué
no morir de alcoholes de todo el mundo si todo el mundo es
alcohol y la llama lírica es la mirada de un niño con la cara
de un lirio?

Resollaba y gemía como un coloso crisoelefantino
hecho de luces y tiniebla, pulido por el aire de los Andes,
la neblina de los puertos, el ahogo de Nueva York,
la palabra española, el duelo de Machado, Europa
sin su pan.

Rugía impuramente como deben rugir todos los poetas
que mueren (¡Qué horror, mi cuerpo
destrozado!)
y los médicos: Aquí hay pus, aquí hay pus —y nunca
le hallaron nada sino dolor en la piel
limpios los riñones heroicos, limpio el hígado, limpio
y soberbio el corazón
y limpiamente formidable el cerebro que nunca se detuvo,
como un sol escarlata, como un sol de esmeraldas, como
la mansión de los dioses, como el penacho de un

emperador azteca, de un emperador inca, de un guerrero taíno;
cerebro de un amante embriagado a la orilla de un dulcísimo
cuerpo, ay, de mieles y nardos
(su peso: mil ochocientos cincuenta gramos: tonelaje de poeta
divino, anchura de navío),
el cerebro donde estallaron los veintiún cañonazos
de la fortaleza de Acosasco
y que luego...

Claramente, turbiamente hablando, hubo necesidad
de destrozarlo, enteramente destazarlo como a una fiera
selvática, como al toro americano
porque fue mucho hombre, mucho poeta, mucha vida,
muchísimo universo
necesariamente sus vísceras tenían que ser universales,
polvo a los cuatro vientos, circunvoluciones repletas
de piedad, henchidas de amor y de ternura.
Aquí el hígado y allá los riñones.
¡Dame el corazón de Rubén! Y el cerebro peleado, de garra
en garra como un puñado de perlas.
Aquel cerebro (¡salud!) que contó hechicerías y fue sacado
a la luz antes del alba;
y por él disputaron y por él hubo sangre en las calles
y la policía dijo, chilló, bramó:
¡A la cárcel! Y el cerebro de Rubén Darío —mil ochocientos
cincuenta gramos— fue a dar a la cárcel
y fue el primer cerebro encarcelado, el primer cerebro entre

rejas, el primer cerebro en una celda,
la primera rosa blanca encarcelada, el primer cisne degollado.

Lo veo y no lo creo: ardido por esa leña verde,
por esa agonía de pirámide arrasada,
el poeta que todo lo amó
cubría su pecho con el crucifijo, el crucifijo, el suave crucifijo,
el Cristo de marfil que otro poeta agónico le regalara

—Amado Nervo—

y me parece oír cómo los dientes le quemaban y de qué
manera se mordía la lengua y la piel se le ponía violácea
nada más porque empezaba a morir,
nada más porque empezaba a santificarnos con su muerte y
su delirio, sus blasfemias, sus maldiciones, su testamento,
y nada más porque su cerebro tuvo que andar de garra
en mano y de mano en garra
hasta parecer el ala de un ángel,
la solar sonrisa de un efebo,
la sombra de recinto de todos los poetas vivos,
de todos los poetas agonizantes,
de todos los poetas.

19 de enero de 1967

Uno pierde los días, la fuerza y el amor a la patria,
el cálido amor a la mujer cálidamente amada,
la voluntad de vivir, el sueño y el derecho a la ternura;
uno va por ahí, antorcha, paz, luminoso deseo,
deseos ocultos, lleno de locura y descubrimientos,
y uno no sabe nada, porque está dicho que uno no debe saber nada,
como si las palabras fuesen los pasos muertos del hambre
o el golpear en el oído de la espesa ola del vicio
o el brillo funeral de los fríos mármoles
o la desnudez angustiosa del árbol
o la inquietud sedosa del agua...
Hay en el aire un río de cristales y llamas,
un mar de voces huecas, un gemir de barbarie,
cosas y pensamientos que hieren;
hay el breve rumor del alba
y el grito de agonía de una noche, otra noche,
todas las noches del mundo
en el crispante vaho de las bocas amargas.
Se camina como entre cipreses,
bajo la larga sombra del miedo,
siempre al pie de la muerte.
Y uno no sabe nada,
porque está dicho que uno debe callar y no saber nada,
porque todo lo que se dice parecen órdenes,
ruegos, perdones, súplicas, consignas.

Uno debe ignorar la mirada de compasión,
caminar por esa selva con el paso del hombre
dueño apenas del cielo que lo ampara,
hablando el español con un temor de siglos,
triste bajo la ráfaga azul de los ojos ajenos,
enano ante las tribus espigadas,
vencido por el pavor del día y la miseria de la noche,
la hipocresía de todas las almas y, si acaso,
salvado por el ángel perverso del poema y sus alas.
Marchar hacia la condenación y el martirio,
atravesado por las espinas de la patria perdida,
ahogado por el sordo rumor de los hoteles
donde todo se pudre entre mares de whisky y de ginebra.
Marchar hacia ninguna parte, olvidado del mundo,
ciego al mármol de Juárez y su laurel escarnecido
por los pequeños y los grandes canallas;
perseguido por las tibias azaleas de Alabama,
las calientes magnolias de Mississippi,
las rosas salvajes de las praderas
y los políticos pelícanos de Louisiana,
las castas violetas de Illinois,
las bluebonnets de Texas...
y los millones de Biblias
como millones de palomas muertas.
Uno mira los árboles y la luz, y sueña
con la pureza de las cosas amadas
y la intocable bondad de las calles antiguas,

con las risas antiguas y el relámpago dorado
de la piel amorosamente dorada por un sol amoroso.
Saluda a los amigos, y los amigos
parecen la sombra de los amigos,
la sombra de la rosa y el geranio,
la desangrada sombra del laurel enlutado.

¿Qué país, qué territorio vive uno?
¿Dónde la magia del silencio, el llanto
del silencio en que todo se ama?
(¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?)

Uno se lo pregunta
y uno mismo se aleja de la misma pregunta
como de un clavo ardiendo.

Porque todo parece que arde
y todo es un montón de frías cenizas,
un hervidero de perfumados gusanos
en el andar sin danza de las jóvenes,
un sollozar por su destino
en el rostro apagado de los jóvenes,
y un juego con la tumba
en los ojos manchados del anciano.

Todo parece arder, como
una fortaleza tomada a sangre y fuego.
Huele el corazón del paisaje,
el aire huele a pensamientos muertos,
los poetas tienen el seco olor de las estatuas

—y todo arde lentamente
como en un ancho cementerio.

Todo parece morir, agonizar,
todo parece polvo mil veces pisado.
La patria es polvo y carne viva, la patria
debe ser, y no es, la patria
se la arrancan a uno del corazón
y el corazón se lo pisan sin ninguna piedad.

Entonces uno tiene que huir ante el acoso de los búfalos
que todo lo derrumban, ante la furia imperial
del becerro de oro que todo lo ha comprado
—la pequeña república, el pequeño tirano,
los ríos, la energía eléctrica y los bancos—,
y es inútil invocar el nombre de Lincoln
y es por demás volver los ojos a Juárez,
porque a los dos los ha decapitado el hacha
y no hay respeto para ninguna paz,
para ningún amor.

No se tiene respeto ni para el aire que se respira
ni para la mujer que se ama tan dulcemente,
ni siquiera para el poema que se escribe.
Pues no hay piedad para la patria,
que es polvo de oro y carne enriquecida
por la sangre sagrada del martirio.

Pues todo parece perdido, hermanos,
mientras amargamente, triunfalmente,
por la Avenida Juárez de la ciudad de México
—perdón, Mexico City—
las tribus espigadas, la barbarie en persona,
los turistas adoradores de “Lo que el viento se llevó”,
las millonarias neuróticas cien veces divorciadas,
los gánsters y Miss Texas,
pisotean la belleza, envilecen el arte,
se tragan la Oración de Gettysburg y los poemas de Walt Whitman,
el pasaporte de Paul Robeson y las películas de Charles Chaplin,
y lo dejan a uno tirado a media calle
con los oídos despedazados
y una arrugada postal de Chapultepec
entre los dedos.

¡Mi país, oh mi país!

*Descenderá al sepulcro vuestra soberbia. Y echados seréis de él como troncos abominables, vestidos de muertos pasados a cuchillo, que descendieron al fondo de la sepultura. Y no seréis contados con ellos en la sepultura: porque destruisteis vuestra tierra, y arrasasteis vuestro pueblo. No será nombrada para siempre la simiente de los malignos.
Libro del profeta Isaías*

Ardiente, amado, hambriento, desolado,
bello como la dura, la sagrada blasfemia;
país de oro y limosna, país y paraíso,
país-infierno, país de policías.

Largo río de llanto, ancha mar dolorosa,
república de ángeles, atria perdida.

País mío, nuestro, de todos y de nadie.

Adoro tu miseria de templo demolido
y la montaña de silencio que te mata.

Veo correr noches, morir los días, agonizar las tardes.
Morirse todo de terror y de angustia.

Porque ha vuelto a correr la sangre de los buenos
y las cárceles y las prisiones militares son para ellos.

Porque la sombra de los malignos es espesa y amarga
y hay miedo en los ojos y nadie habla
y nadie escribe y nadie quiere saber nada de nada,
porque el plomo de la mentira cae, hirviendo,
sobre el cuerpo del pueblo perseguido.

Porque hay engaño y miseria
y el territorio es un áspero edén de muerte cuartelaria.

Porque al granadero lo visten
de azul de funeraria y lo arrojan
lleno de asco y alcohol
contra el maestro, el petrolero, el ferroviario,
y así mutilan la esperanza
y le cortan el corazón y la palabra al hombre—
y la voz oficial, agria de hipocresía,
proclama que primero es el orden
y la sucia consigna la repiten

los micos de la Prensa,
los perros voz-de-su-amor de la televisión,
el asno en su curul,
el león y el rotario,
las secretarias y ujieres del Procurador
y el poeta callado en su muro de adobe,
mientras la dulce patria temblorosa
cae vencida en la calle y en la fábrica.

Éste es el panorama:

Botas, culatas, bayonetas, gases...

¡Viva la libertad!

Buenavista, Nonoalco, Pantaco, Veracruz...

todo el país amortajado, todo,

todo el país envilecido,

todo eso, hermanos míos,

¿no vale mil millones de dólares en préstamo?

¡Gracias, Becerro de Oro! ¡Gracias, FBI!

¡Gracias, mil gracias, Dear Mister President!

Gracias, honorables banqueros, honestos industriales,

generosos monopolistas, dulces especuladores;

gracias, laboriosos latifundistas,

mil veces gracias, gloriosos vendepatrias,

gracias, gente de orden.

Demos gracias a todos

y rompamos

con un coro solemne de gracia y gratitud
el silencio espectral que todo lo mancilla.

¡Oh país mexicano, país mío y de nadie!
Pobre país de pobres. Pobre país de ricos.

¡Siempre más y más pobres!

¡Siempre menos, es cierto,
pero siempre más ricos!

Amoroso, anhelado, miserable, opulento,
país que no contesta, país de duelo.

Un niño que interroga parece un niño muerto.

Luego la madre pregunta por su hijo
y la respuesta es un mandato de aprehensión.

En los periódicos vemos bellas fotografías
de mujeres apaleadas y hombres nacidos en México
que sangran y su sangre
es la sangre de nuestra maldita conciencia
y de nuestra cobardía.

Y no hay respuesta nunca para nadie
porque todo se ha hundido en un dorado mar de dólares
y la patria deja de serlo
y la gente sueña en conjuras y conspiraciones
y la verdad es un sepulcro.

La verdad la detentan los secuestradores,

la verdad es el fantasma podrido de MacCarthy
y la jauría de turbios, torpes y mariguanos inquisidores de huaraches;
la verdad está en los asquerosos hocicos de los cazadores de brujas.

¡La grande y pura verdad patria la poseen,
oh país, país mío, los esbirros,
los soldadones, los delatores y los espías!
No, no, no. La verdad no es la dulce espiga
sino el nauseabundo coctel de barras y de estrellas.
La verdad, entonces, es una democracia nazi
en la que todo sufre, suda y se avergüenza.

Porque mañana, hoy mismo,
el padre denunciará al hijo
y el hijo denunciará a su padre y a sus hermanos.
Porque pensar que algo no es cierto
o que un boletín del gobierno
puede ser falso
querrá decir que uno es comunista
y entonces vendrán las botas de la Gestapo criolla,
vendrán los gases, los insultos,
las vejaciones y las calumnias
y todos dejaremos de ser menos que polvo,
mucho menos que aire o que ceniza,
porque todos habremos descendido
al fondo de la nada,
muertos sin ataúd,

soñando el sueño inmenso
de una patria sin crímenes,
y arderemos, impíos y despiadados,
tal vez rodeados de banderas y laureles,
tal vez, lo más seguro,
bajo la negra niebla
de las más negras maldiciones...

4 de abril de 1959

Margarita Michelena

(1917-1998)

Nació el 21 de julio de 1917 en Pachuca, Hidalgo; falleció el 27 de marzo de 1998. Se desempeñó como poeta, escritora, traductora y periodista. Cursó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Comienza su carrera literaria en la Revista *América*, bajo la dirección de Efrén Hernández. Dirigió la revista literaria “el libro y el pueblo” de la secretaría de Educación Pública. Fundó y coeditó la revista *Tiras de colores*. Fundó el programa “Cotidiano”, primer noticiero hecho exclusivamente para mujeres (1980) y asumió su dirección. Tradujo a Verlaine y Baudelaire.

Libros: *Paraíso y nostalgia* (1945), *Laurel del ángel* (1948), *Tres poemas y una nota biográfica* (1953), *La tristeza terrestre* (1954), *El país más allá de la niebla* (1969), *reunión de imágenes* (1969) y *cuadernos de lectura* (1998).

Cuando yo digo amor

Cuando yo digo amor
identifico
sólo una pobre imagen sostenida
por gestos falsos,
porque el amor me fue desconocido.

Cuando yo digo amor
sólo te invento
a tí, que nunca has sido.
Y cuando digo amor
abro los ojos
y sé que estoy en medio
de mis brazos vacíos.

Cuando yo digo amor
sólo me afirmo
una presencia impar
como mi almohada.
Cuando yo digo amor
olvido nombres
y redoblo vacíos y distancias.
Cuando yo digo amor
en una sala
llena de rostros fútiles
y pisadas oscuras en la alfombra.

Cuando yo digo amor
crece la noche
y mis manos encuentran
para su hambre doble y prolongada
mi pobre rostro solo
repetido por todos los rincones.
Cuando yo digo amor
todo se aleja
y me asaltan mi nombre y mis cabellos
y las hondas caricias no nacidas.
Cuando yo digo amor
soy como víctima.
La inválida en salud.
El granizo y la rosa paralelos.
La dualidad del árbol y el paseante.
La sed y el parco refrigerio.
Yo soy mi propio amor
y soy mi olvido.

Cuando yo digo amor
se me desploma
la ascensión de las venas.
Sobreviene un otoño
de fugas y caídas
en que yo soy el centro
de un espacio vacío.

Cuando yo digo amor
estoy sin huellas.
De porvenir desnuda
e indigente de ecos y memoria.

Cuando yo digo amor
adviento inútil
la palma de mi mano –que es convexa-
e increíble
ese girar soltero
del pez en su pecera.

La tristeza terrestre

Vivo a veces mi muerte. Me recuerdo.
Adivino mi rostro y sé mi nombre.
Y la puerta se abre. Y yo penetro
en mi primera identidad y salgo
de la casa fugaz de mi esqueleto.

Qué difícil volver, con la memoria
de aquella viva muerte que se tuvo.
Qué mirarse a sí mismo,
ya ser desconocido e increíble,
después de ver las fuentes y los prados
de la morada quieta y misteriosa.

Ya se es criatura despojada,
ángel triste y vacío, helada estrella,
vagando por el dédalo sonoro
de una desconocida sangre, por la patria
extraña de unos ojos,
después de haber pisado un umbral de centellas.

Y las manos, que brotan
como súbitos seres impensados.
Y esta ciudad equívoca del cuerpo
donde somos viajeros extraviados.
Y este volverse a ciegas
a la oculta potencia, al signo visto
que de terrible amor ha enamorado.

Todo ya en la comarca desolada
de los torpes sentidos,
cruzando por acequias estancadas,
por extraños países moribundos
de cabellos y piel, huesos y sangre,
hacia el nombre y el rostro ya sabidos.

Ya no se vive, no, con los otros,
con esta muerte de fulgor probada,

ni es nuestro ya el cadáver que devora
la muerte igual, la muerte que es de todos.

Y no sé si Dios manda
esta dulce vista tenebrosa,
este veneno altísimo y terrible,
o si se escucha el canto de un demonio
detrás de esta nostalgia,
de este volver de nuestra muerte propia.
Pero sé que es morir. De eso se muere,
de jubiloso atisbo fulminante,
de tremenda memoria recobrada.
Y aquel que haya caído
alguna vez de su propio cuerpo,
como si despertando bruscamente
se despeñara de una torre sorda,
andaré hasta la muerte como muerto.

El velo centelleante
A Marco Antonio Montes de Oca

I
Yo no canto
por dejar testimonio de mi paso,
ni para que me escuchen los que, conmigo,
mueren,
ni por sobrevivirme en las palabras.
Canto para salir de mi rostro en tinieblas
a recordar los muros de mi casa,
porque entrando en mis ojos quedé ciega
y a ciegas reconozco, cuando canto,
el infinito umbral de mi morada.

II

Cuando me separaste de ti, cuando me diste
el país de mi cuerpo, y me alejaste
del jardín de tus manos,
yo tuve, en prenda tuya, las palabras,
temblorosos espejos donde, a veces,
sorprendo tus señales.
Sólo tengo palabras. Sólo tengo
mi voz infiel para buscarte.
Reino oscuro de enigmas me entregaste.
Y un ángel que me hiera cuando te olvido y callo.
Y una lengua doliente y una copa sellada.

Esto es la poesía. No un don de fácil música
ni una gracia riente
Apenas una forma de recordar. Apenas
—entre el hombre y su orilla—
una señal, un puente.

Por él voy con mis pasos,
con mi tiempo y mi muerte,
llevando en estas manos prometidas al polvo
—que de ti me separan, que en otra me convierten—
un hilo misterioso, una escala secreta,
una llave que a veces abre puertas de sombra,
una lejana punta del velo centelleante.

Eso tengo y no más. Una manera
de zarpar por instantes de mi carne,
del límite y el nombre que me diste,
del ser y el tiempo en que me confinaste.

Has querido dejarme un torpe vuelo,
la raíz de mis alas anteriores
y este nublado espejo, rastro apenas
de la memoria que me arrebataste.

Y yo, que antes de la ceguera
del nacer, fui contigo
una sonora gota de tu música inmensa,
lloro bajo la cifra de mi nombre,
en esta soledad de ser yo misma,
de ser entre mi sangre un nostálgico huésped

III

Pero voy caminando hacia el retorno.
Pero voy caminando hacia el silencio.
Pero voy caminando hacia tu rostro,
allá donde la música dejó de ser ya tiempo,
allá donde las voces son todas la voz tuya.

Aún es mi camino de palabras,
aún no me disuelves en tu música,
aún no me confundes y me salvas.
Mas tú me tomarás desde el cadáver
vacío de mis pasos.
Derribarás de un soplo la muralla
de mi nombre y mis manos
y apagarás la vacilante antorcha
con que mi voz, abajo, te buscaba.
Recobrarás el incendiado espejo
en que atisbé, temblando, tu fantasma,
y este sonoro sello que en mi frente

me señaló un destino de nostalgia.
Y callaré. Devolveré este reino
de frágiles palabras,
¿Por qué cantar entonces, si ya habré recordado,
si estará abierta entonces esta rosa enigmática?

Guadalupe Amor

(1918-2000)

Nace en Ciudad de México el 30 de mayo de 1918, fallece en la misma ciudad en el 2000. Desempeñándose como actriz y modelo de fotógrafos y pintores destacados como Diego Rivera, Juan Soriano y Raúl Anguiano; manteniendo por ello relación con figuras del medio artístico y cultural de México.

Alfonso Reyes la apadrina poéticamente, refiriéndose a su obra y capacidad poética: “(...) y nada de comparaciones odiosas, aquí se trata de un caso mitológico”; es Salvador Novo quien la nombra como “La undécima musa”. Sin embargo, los datos biográficos, o las anécdotas que giran en torno a Pita Amor, son mínimas, ya que no siempre fue contemplada en las antologías poéticas nacionales, al menos no en las que han sido eje rector para la elaboración de este trabajo. Por tal razón, recurro directamente a sus testimonios para conocer un poco más de sus problemáticas creadoras y poéticas:

“Más allá de mí se juzgará mi poesía. Por ahora, lo importante es lo que ella significa para mí en lo personal. Siento que mi ser ha dado un fruto, y espero que mi espíritu vaya por un camino ascendente. [...] Mi lenguaje poético es el que uso todos los días para conversar. Claro que mi conversación, generalmente, se reduce a hablar de mí misma, y mis problemas personales son los mismos que mis problemas poéticos. La interrogación fundamental de todo ser humano que siente que la vida y el pensamiento son sus responsabilidades máximas. ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos? Cuestiones estas que, si bien es cierto pertenecen a la filosofía, y no pueden resolverlas sino las religiones, tratadas con lirismo, creo que llegan a ser la médula de la poesía pura. Dentro de mis temas poéticos, lo que cuenta menos es el mundo exterior; y no se diga ya del físico, mucho menos del histórico. Detesto el uso de las palabras con mayúscula sino las veces que me he referido a Dios; pero he evitado con más afán, el usar las intocables palabras de la poesía, poeta, poetisa o sus equivalentes”.

Libros: *Yo soy mi casa* (1946), *Puerta obstinada* (1947), *Círculo de angustia* (1948), *Poesía* (1948), *Polvo* (1949), *Más allá de lo oscuro* (1951), *Poesías completas* (1951), *Décimas a Dios* (1953), *Otro libro de amor* (1955), *Antología poética* (1956), *Sirviéndole a Dios, de hoguera* (1958), *Todos los siglos del mundo* (1959), *Como reina de barajas* (1966), *Fuga de*

negras (1966), El zoológico de Pita Amor (1975), Las amargas lágrimas de Beatriz Sheridan (1981), Soy dueña del universo (1984).

Otro libro de amor

Tan sólo una mirada
y el camino del goce está trazado,
la interna llamarada
todo el cuerpo ha cimbrado,
y el corazón quedó petrificado.

Después la mano leve
en el misterio del amor se inicia;
por dentro fuego llueve,
es mortal la caricia,
se confunde el temor con la delicia.

La carne ya no lucha;
a dar toda su esencia está dispuesta.
Solamente se escucha
una tenue protesta,
que unos labios clausuran por respuesta.

Y empieza el cataclismo,
es violado el más íntimo secreto,
la sangre es un abismo
que obliga a estar inquieto
al subterráneo, hipócrita esqueleto.

Los ojos han huido,
la voz perdió de súbito su aliento,
ya no escucha el oído,
cesó todo aspaviento:
se eternizó el amor por un momento.

*

Una flor que va a abrirse;
una confusa tempestad que viene,
y un instante morirse
sin que nada refrene
la convulsión que del amor proviene.

Es la mente un follaje
de esperanzas, de afanes, de ansiedad;
la sangre un oleaje
que busca una oquedad
para poder tocar la eternidad.

Allá arriba una antena
ligando el universo al corazón:
abajo una cadena,
una hueca prisión:
hospicio albergue de vida en convulsión.

No se piensa, se siente;
tiene impulsos, latidos, conmociones;

es glacial y es ardiente,
con sombrías regiones
donde crecen malsanas sensaciones.

Solamente un instante
y quedó consumada la verdad;
de aquel centro enervante,
de la curva ansiedad
ya brotó vertical la eternidad.

Siempre te das, amor,
a oscuras, y en silencio, y sólo en gotas;
eres sólo dolor,
y ciego, nunca notas
que al desolado ser nutres y agotas.

Es una ala que llega,
un vértigo de fuego que enloquece,
un torrente que anega,
una llaga que crece,
y un dolor infinito que engrandece.

Y te llamas, amor:
el goce, la ternura desmedida;
si tu nombre es dolor
¡asesino, suicida!
porque matas, y mueres... y das vida.

El amor de sí mismo
es la raíz, el centro del amor,
que es tan sólo egoísmo,
que es humano pavor
de saberse el camino del dolor.

La muerte está sitiando
de tinieblas el centro de la vida;
y el amor instigando
con su ardiente embestida
a la esperanza en cautelosa huida.

Siempre existe el amor:
tenebroso, callado, adolorido;
en forma de furor,
esperando un latido
o tan sólo sumiso y desvalido.

En la tarde, lo pardo
traspasa el corazón, y lo aniquila;
lo hiere como un dardo,
sus latidos mutila,
y la muerte entre sombras lo vigila.

Todo lo eres, amor:
anhelo, incertidumbre, alas, cadena,
hechizo y estertor;

obsesión que resuena,
y una perpetua angustia que envenena.

Esa sombra que ciega
y que produce angustias y desvelos,
por la mente navega
cubriéndola de velos
imaginarios: los voraces celos.

Ya todo se ha perdido
y aún tiene vida el ancho corazón.
Nada tuvo sentido;
mas la sorda obsesión
prosigue dando muerte a la razón.

Hasta el dolor rebasa:
se interna más allá del sufrimiento;
hiela y quema brasa,
y un eterno lamento
es un redondo infierno en movimiento.

Es una enfermedad,
es ponzoña hechizada que enloquece;
es mentira y verdad,
y hay una hora en que crece
hasta el opaco instante en que perece.

Las noches de agonía

creyendo que el amor era la meta,
y la melancolía
por no hallar una veta
de amor que justifique este planeta.

El amor por momentos
es dolencia, agonía y hasta muerte;
desfile de tormentos,
y en otros se convierte
en la esperanza, sombra de la suerte.

Cuando en la luz estás
haces del mundo celestial morada;
si a la sombra te vas
una selva intrincada
ahoga el alma sola y condenada.

Se dio todo en el lance:
la mente, el olvidado corazón,
la eternidad del trance
en cada convulsión,
¡y fue espejismo vano la pasión!

Anhelos de partir,
de olvidar el amor y ese tributo
que se paga al vivir
tan sólo de su fruto:

manjar que, si no mata, deja luto.

Ha llegado el hastío,
la tristeza de amar sin ilusión,
el ya maduro estío;
y se ansía otra pasión
que rapte con sigilo el corazón.

Perdió todo el amor.
Abatido ha quedado, casi inerte;
su fatal resplandor
al declinar la suerte,
se ha transformado en eco de la muerte.

Amor que no se atreve
ni siquiera a mostrar su sentimiento
en la forma más leve,
y un callado lamento
es el solo testigo en su tormento.

Se vive sin amor
y ¡es entonces tan hueca la existencia!
Se padece su ardor
y viene la demencia.
La sola salvación es la paciencia.

Ojos que no se encuentran;
buscadores frenéticos de espejos,

que en su cristal concentran
inventados reflejos;
anhelos de esperanzas siempre lejos.

No es recibir, es dar,
es olvidarse de la propia esencia,
sin volver a desear
imponer la presencia;
es vivir en el hueco de la ausencia.

Los ojos solitarios
han hallado el amor, y su llegada
los vuelve temerarios;
desafiando a la nada
logran que Dios se forme en la mirada.

Luchar con persistencia
porque exista un amor definitivo;
sin huecos, sin ausencia,
ya estar en él cautivo
y esmerarse tan sólo en su cultivo.

Aquí ya no hay recelo
ni zozobras, ni tedio, ni amargura;
es el eterno vuelo,
la infinita aventura:
es el amor en celestial locura.

El amor ve un espejo
de su misma medida y transparencia,
y el divino reflejo
mitiga su dolencia,
y la clave le da de la existencia.

Llega a Dios el amor,
y su esencia se queda detenido
y pierde su vigor,
porque se ha confundido
con el eterno, universal gemido.

El amor inefable,
el que no tiene abismos ni impotencia,
el sólo perdurable;
la divina presencia
de un Dios oculto y lleno de clemencia.

*

A lo lejos, a lo lejos,
la muerte esperando está;
muy de cerca, muy de cerca,
el amor no llegará.

Se está muriendo el amor
y la muerte no aparece;
entre el odio y el dolor
tan sólo el olvido crece.

Ha muerto ya la esperanza,
cesó también la agonía,
queda la melancolía,
y alguna vez la venganza.
Empiezas como ilusión
e invades el pensamiento,
siendo ya un suplicio lento
y una creciente obsesión.
Vas perdiendo el corazón,
las entrañas exaltando,
los pulsos precipitando,
y con tu fuego esclavizas,
y aun ya muerto, tus cenizas
la vida van abrasando.
¿Adónde se han ido, amor,
la infinidad de latidos
que por tu causa sentidos,
han sido sólo dolor?
¿Qué hiciste, eterno agresor,
con las mágicas miradas,
con las lágrimas calladas,
los estériles lamentos,
los mortales pensamientos
y las ansias no saciadas?

Pobre amor que se conforma
con una débil mirada

que se vuelve llamarada
y todo su ser deforma.
Ya sólo tiene una norma:
recordar aquellos ojos,
cometas, lagos, abrojos
que lo hieren y lo exaltan,
y que el día que le faltan
son sombras, huecos, despojos.

Amor no correspondido,
que en la soledad fomentas
las esperanzas, que lentas
van muriendo en el olvido.

Eres un héroe escondido,
muy rico para inventar,
mísero para alcanzar
lo que en la mente concibes.

¡Todo das, nada recibes!
Amor, ¿podrás perdurar?

Qué puro naciste, amor,
lento de alas, de espejismos,
que se volvieron abismos
mancillando tu valor.
Hoy ya eres sólo rencor,
pozo oculto de odios lleno,
callado amargo veneno
que está esperando vengarse,

y así poder libertarse
de estar hundido en el cieno.

Amor que te multiplicas,
cuando en celos te conviertes,
y toda tu esencia viertes,
pues amenazas, suplicas,
callas y luego replicas,
tramas venganzas ocultas,
a un tiempo imploras e insultas,
eres víctima y verdugo,
fabricas tu propio yugo,
y en tu infierno te sepultas.

Como fuego abrasador
que arde destruyendo todo,
hasta el último recodo
del ser devastas, amor.
¡Oh tú, supremo invasor
que al mundo llenas de muerte,
no has pensado que es tu suerte
la más adversa y fatal,
ya que en ti llevas el mal
que en monstruo vil te convierte!

Ruin, vanidoso, traidor,
cobarde, hueco, farsante,

¡cuánto miente tu semblante,
oh tú, incansable inventor!
Di, ¿qué nutre tu vigor?
¿La soledad sin salida?
¿La imaginación fundida
con mágicas vibraciones?,
o ¿el río de decepciones
en que naufraga la vida?

¡Sangre, corazón y mente
invades, vil usurero!

Brindas el goce primero,
luego hieres inclemente.
Necesitas, impaciente,
a cambio de una esperanza,
la más injusta cobranza,
el más artero tributo.
Das la semilla del fruto,
no la tierra de labranza.

¿Amor? No: ¡Imaginación!
Magia pura solamente:
un corazón impaciente,
y una inventada pasión.
Después sólo decepción;
dejó de existir el cielo,

pues el tiempo rasgó el velo
que cubría aquel hechizo.
Ya el conjuro se deshizo,
y una sombra cayó al suelo.

Amor, heroico guerrero,
que estando herido de muerte
aún pretendes que la suerte
te ayude en trance tan fiero.
En este instante postrero
en que tu agonía avanza
te sostiene la templanza
con la que sueñas vencer,
y, amor, tú vas a perder:
arma endeble es la esperanza.

Amor, sé valiente y mira
tu camino solitario.
Ni aliado ni adversario
existen. Todo es mentira.
Sólo en torno de ti gira
un espejismo temible:
anhelo puro, imposible,
que nunca podrás lograr,
y que te va a devorar.
¡Sálvate aún, sé invisible!

Sí, diste todo en el lance
pero tu amor no existió,
una tarde se esfumó
y es agónico tu trance.
Tal vez la muerte te alcance
porque te falta valor
para existir sin rencor,
sin esperanzas, ni duelo,
inmóvil, mirando al cielo
y recordando ese amor.

¿Para qué luchas, amor?
La evasión es imposible.
Resígnate, sé invisible,
ve más allá del rencor.
Acumula tu dolor,
vuelve la mirada al cielo,
en él suspende tu anhelo,
y aférrate a la esperanza;
con su mágica alianza
al fin lograrás el vuelo.
Sólo es nostalgia el amor,
es una huella invisible,
una tristeza apacible
que no llega a ser dolor.
Sólo es consumido ardor;
es ceniza luminosa,

esperanza temerosa
que el tiempo quiere frenar
para siempre recordar
a la imagen misteriosa.
¿Qué es lo que buscas, amor?
¿Algún espejo infinito
que abarque tu eterno grito,
y te salve del pavor
de saberte espectador
de tu cenagoso drama;
de ese fuego que te inflama
y que no logra incendiarte?
¿Crees que el espejo al mirarte
se abrasará con tu llama?

¡Sí, desenfreno, pasión!
La propia muerte cavar,
en delirio amar y amar,
dar la sangre, el corazón.
Pero algo más: compasión.
Comprender cuánta amargura
padece la otra figura
en quien el amor se vierte,
por llevar también la muerte
emboscada en su envoltura.
Cuando eres tan leve y puro
que casi no eres tangible,

y tu roce es apacible
y tu silencio maduro.
Cuando nada en ti hay impuro
porque estás como extasiado,
absorto y anonadado,
lleno de interna ternura
es cuando alcanzas la altura
más alta, amor desolado.

Toda su luz el amor
a lo alto ha proyectado,
y está como iluminado
por su propio resplandor.
Hoy es celeste su ardor,
nada teme, no se agita,
por su sangre no transita
ningún imposible anhelo;
fundido está con el cielo:
¡La eternidad lo visita!
Olvidar el propio amor
para amar todas las cosas:
la luz, la niebla, las rosas,
la alegría y el dolor;
cada angustia y cada ardor,
lo diáfano, lo engañoso,
lo límpido, lo fangoso,
por igual el goce, el duelo,

la luz que construye el cielo
y el infierno caudaloso.

*

Tan sólo es un fulgor
que carece de forma definida;
aún no tiene color,
ni una exacta medida,
y ya es el centro mismo de la vida.

Más tarde sus instintos
lo tornan insaciable y variado;
de colores distintos:
negro, blanco, morado,
verde, gris, amarillo y encarnado.

Suele ser blanco y puro;
limpieza, transparencia de alto vuelo;
sutilísimo muro

que protege con celo
las miradas del ser que aspira al cielo.

Quiere perseverar,
existir por milagro, anonadado;
sintiendo sin vibrar,
sin ansias, sin cuidado,
y, con todo, en su luz arrebatado.

Cuando es verde, imagina
alcanzar las estrellas, los torrentes;
las flores sin espina,
la magia de las fuentes,
y de la vida todas las simientes.

Los soles invisibles,
las eternas llanuras hechizadas,
las cumbres apacibles,
las gotas plateadas,
y las tenues perpetuas alboradas.

Al ser rojo es un mar
de sangre enardecida hecha tormenta;
su convulso ondular
al moverse se aumenta,
y la pasión es turbia y turbulenta.

Consigo lleva todo:
reflejos de luceros inflamados,
torbellinos de lodo,
astros desmoronados
y un mundo de deleites ignorados.
Siendo gris el amor,
es un desierto de melancolía,
es un sordo estertor,
es pausada agonía

que va perdiendo el alma día a día.
¡Si al menos diese muerte!
Mas tan sólo produce tibieza;
desolado e inerte,
sin vicios, sin pureza,
sólo existe suspenso en su tristeza.

Horror puede causar
cuando llega su tono a ser morado,
pues se quiere saciar,
y, siniestro y callado,
se filtra sigiloso en el pecado.
Rompe todos los diques;
ya el desagüe del fango se derrama,
sombrios alambiques
perversamente trama,
y en la inmundicia sórdida de inflama.
Al ser bajo y ruin,
es como el terco golpe de un martillo;
son celos sin fin;
el amor amarillo,
egoísta, raquíptico, sin brillo.
Su meta es la venganza.
¿Cómo poder volcar tanta amargura?
Una torva esperanza
detiene su premura;
su odio vil, entretanto, se madura.

Y es negro, la aurora
en el cielo jamás tendrá cabida.
Una eterna demora
impedirá la huida
del amor malherido por la vida.

Vivirá acompañado
de insomnios, de agonía, y de soledad;
por la muerte cercado,
engendrando maldad
en la más miserable eternidad.
Mas, ya siendo pureza,
vicio, tedio, esperanza o convulsión;
ya locura o bajeza,
es siempre la razón
de que vaya muriendo el corazón.
De latido en latido,
lleva el signo más alto de la suerte;
y el amor escondido,
victorioso o inerte,
da la vida volcándose en la muerte.

Rubén Bonifaz Nuño (1923-2013)

Nació el 12 de noviembre en Córdoba, Veracruz. Licenciado en Derecho y Doctor en Letras en la UNAM. Profesor de Latín en la Facultad de Filosofía y Letras. Académico de la Lengua. Miembro del Colegio Nacional. Premio Nacional de Letras en 1974. Director general de Publicaciones de la UNAM y coordinador de Humanidades. Con un decidido afán de restaurar lo clásico en medio de la realidad de nuestros días se logra en plenitud en sus dos últimos libros, cada uno de ellos un solo gran poema unitarios, por más que los fragmentos tengan su valor propio aparte del que poseen en el conjunto.

Pese a sus frecuentes (y generalmente afortunadas) incursiones en la atmósfera popular, no es Bonifaz Nuño un poeta fácil; en su primera época, de *La muerte del ángel* (1945) hasta *El manto y la corona* (1958), fue Bonifaz Nuño un poeta gemebundo, practicante de un sentimentalismo cuya trama es el descenso del literato académico a los infiernos de la sensualidad y el desamor. Una obra como la de Bonifaz Nuño, poeta de oído tan extraño, demuestra, aun en sus quebrantos y dificultades, la riqueza de matices que la poesía mexicana alcanzó a lo largo del siglo XX.

Libros: *La muerte del ángel*, 1945. *imágenes*, 1953. *Los demonios y los días*, 1956. *El manto y la corona*, 1958. *Fuego de pobres*, 1961. *Siete de espadas*, 1966.

Canto llano a Simón Bolívar

Muchas cosas se fueron, Bolívar.

Muchas cosas tuyas están dormidas o muertas.

General, en las dolientes provincias de tu sombra,

las cosas se han ido marchitando. Cayeron.

Hombres, mujeres, naciones,

se han agachado, se oscurecen, se pudren.
Algo tuyo, sí, permanece. Tu nombre.
Desde nuestra noche te llamamos a veces.
Desde los cuerpos ahuecados;
desde las cadenas que nos hemos ido poniendo;
desde lo profundo y amargo
que ha caído en nosotros, Libertador, te llamamos.

¿En dónde están tus amores, Bolívar?
¿Tus fiestas, tus hermosas amantes?
Menos que niebla son; menos que cenizas y viento.

Tus amigos, tus hermanos
se quedaron solos, sin ti. Se escondieron.
Mientras los que fueron para tu vida enemigos
engendraban hijos y nietos y bisnietos voraces.

Tus naciones, ¿qué se hicieron, Bolívar?
¿En dónde las victorias, los laureles,
las bellas espadas?
Hoy por todas partes, hirviendo,
suben el llanto arrancando, las llagas,
el robo, las injurias, la bestia.

Perú, Colombia, Venezuela, Bolivia, Ecuador;
la América que nuestra nombramos.

¿Y esta basura quedó de tu vida; esto sólo?

¿Esto, de tu pasión y tu muerte?

Hoy tiranuelos imperceptibles,

mercaderes sombríos;

hoy, abogados sin leyes;

agujeros condecorados,

verdugos con antifaz y medallas,

ocupan el sitio que tus brazos abrieron.

Allí las uñas ejercitan, los dientes,

y venden y matan, sin avergonzarse siquiera

de invocar tu memoria.

Nos valga tu sangre.

Válganos ahora tu nombre.

Ciegos y sordos, sabandijas, indignos,

hemos derrochado la herencia.

Haznos hombres;

En nosotros ahora despierta.

Desata estos nudos,

Libertador, te pedimos gritando.

Desde tu sombra infinita, Libertador,

aparezca tu nombre.

Estamos solos, escondidos, temblamos.

Revienta la tierra y revive.

Y mira: un tropel de gordos,

ridículos diablos, invade
ávidamente los territorios que hiciste.
Aquí estamos, esperando en la noche.
Naciones, hombres, mujeres.
Y tú, México: patria, mi patria.

Para salvarte

Para salvarte a ti, mujer que me has querido,
hombre que me has querido, hermanos,
quisiera esperanzarme. Pero hay veces.
Hay veces.

Uno, al despertar, se encuentra
con que todos los hilos están rotos;
que no hay nada con nadie.
Y uno se sienta amargamente todo el día
a esperar que lo llamen.

A esperar que lo busquen,
no sé por qué deber, la buena suerte,
lo que afirma, lo cierto, el otro lado.

(Nuevas disposiciones para el código
penal: “Ochenta y tantos años de cárcel
a la novia que no hable con su enamorado;
a la que deje de asistir a una cita
y haga morir a un hombre en la puerta de un cine;

a la que esté siempre ocupada;

a la que sólo sepa decir *no*”.

O, mejor, que se mueran.)

Ay, novia, amante, viuda mía:

te reíste en mi entierro.

Cuando me acuerdo, se me sube

lo mexicano a la cabeza,

y me dan ganas de decir que nada

se me ha dado de gorra;

que todo cuanto tengo lo he pagado;

que pago cuando pierdo, estoy conforme,

y cuando gano, pago;

porque soy hombre, y porque tengo.

Pero por qué decir.

¿No puedo

hacer de la amargura

y de la misma desesperación

un instrumento de esperanza?

Mujer que me has querido, hermanos:

Hoy más que nunca necesito

echarme por las plazas, por las calles,

para llamar desesperadamente a la esperanza.

Para llamar desmorecido hasta que vengan

las manos de los mancos, las piernas de los cojos,

unos ojos de bulto

para los ojos huecos de los ciegos,
y carne reviviente
para tantos huesos desastrados.

Algo se me ha quebrado esta mañana

Para Abril Boliver

Algo se me ha quebrado esta mañana
de andar, de cara en cara, preguntando
por el que vive dentro.

Y habla y se queja y se me tuerce
hasta la lengua del zapato,
por tener que aguantar como los hombres
tanta pobreza, tanto oscuro
camino a la vejez; tantos remiendos,
nunca invisibles, en la piel del alma.

Yo no entiendo; yo quiero solamente,
y trabajo en mi oficio.

Yo pienso: hay que vivir; dificultosa
y todo, nuestra vida es nuestra.

Pero cuánta furia melancólica
hay en algunos días. Qué cansancio.

Cómo, entonces,
pensar en platos venturosos,
en cucharas calmadas, en ratones

de lujosísimos departamentos,
si entonces recordamos que los platos
aúllan de nostalgia, boquiabiertos,
y despiertan secas las cucharas,
y desfallecen de hambre los ratones
en humildes cocinas.

Y conste que no hablo
en símbolos; hablo llanamente
de meras cosas del espíritu.
Qué insufribles, a veces, las virtudes
de la buena memoria; yo me acuerdo
hasta dormido, y aunque jure y grite
que no quiero acordarme.

De andar buscando llego.
Nadie, que sepa yo, quedó esperándome.
Hoy no conozco a nadie, y sólo escribo
y pienso en esta vida que no es bella
ni mucho menos, como dicen
los que viven dichosos. Yo no entiendo.

Escribo amargo y fácil,
y en el día resollante y monótono
de no tener cabeza sobre el traje,
ni traje que no apriete,
ni mujer en que caerse muerto.

Rosario Castellanos (1925- 1974)

Nació el 25 de mayo en la Ciudad de México. Vivió de niña en Comitán, Chiapas. En 1950 se graduó de maestra en filosofía en la Universidad de México. Estudios de posgrado en la universidad de Madrid. Promotora de Cultura en el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas (1952). Becaria del Centro Mexicano de Escritores (1954-1955). Trabajó en el centro Coordinador del Instituto Indigenista de San Cristóbal de las Casas, Chiapas. (1956-1957). Redactó textos escolares en el Instituto Indigenista de México (1958-1961). Articulista en *Excélsior*. Embajadora de México en Israel. Falleció en Tel Aviv debido a un accidente casero.

La plenitud de Rosario Castellanos está en su obra poética que registra varias etapas, al fin complementarias más que opuestas. La conciencia del mestizaje, la perduración en nuestro ser de una raza vencida a la que el mundo fue sin misericordia arrebatado, dan forma y profundidad a muchos de sus versos. Otra de sus constantes preocupaciones expresivas ha sido el desamparo que sucede a la pérdida del amor. La objetividad, un "realismo" encendido por la potencia lírica de la palabra, prevalece en los poemas que sueltan la voz para afirmar la urgencia solidaria de la comunidad. A diferencia de tantas contemporáneas nuestras, Castellanos ejerció la poesía, la narrativa y la crítica como protagonista de un amor por la literatura misma, respaldada por la tenacidad y autorizada por la autocrítica. Castellanos, junto a los peruanos José María Arguedas y Manuel Scorza, formó parte de una generación de escritores latinoamericanos decididos a abandonar el horizonte primitivo y precario en que se encontraba la literatura indigenista, apelando a su riqueza idiomática y a sus libros sapienciales.

Libros: *Trayectoria del polvo*, 1948. *De la vigilia estéril*, 1950. *Presentación en el templo seguida de El rescate del mundo*, 1952. *Apuntes para una declaración de fe*, 1953. *Poemas 1953-1955*, 1956. *Al pie de la letra*, 1959. *Lívida luz*, 1960.

Memorial de Tlatelolco

La oscuridad engendra la violencia
y la violencia pide oscuridad
para cuajar el crimen.

Por eso el dos de octubre aguardó hasta la noche
para que nadie viera la mano que empuñaba
el arma, sino sólo su efecto de relámpago.

Y a esa luz, breve y lívida, ¿quién? ¿Quién es el que mata?
¿Quiénes los que agonizan, los que mueren?
¿Los que huyen sin zapatos?
¿Los que van a caer al pozo de una cárcel?
¿Los que se pudren en el hospital?
¿Los que se quedan mudos, para siempre, de espanto?

¿Quién? ¿Quiénes? Nadie. Al día siguiente, nadie.

La plaza amaneció barrida; los periódicos
dieron como noticia principal
el estado del tiempo.

Y en la televisión, en el radio, en el cine
no hubo ningún cambio de programa,
ningún anuncio intercalado ni un
minuto de silencio en el banquete.
(Pues prosiguió el banquete.)

No busques lo que no hay: huellas, cadáveres
que todo se le ha dado como ofrenda a una diosa,
a la Devoradora de Excrementos.

No hurgues en los archivos pues nada consta en actas.

Ay, la violencia pide oscuridad

porque la oscuridad engendra el sueño

y podemos dormir soñando que soñamos.

Mas he aquí que toco una llaga: es mi memoria.

Duele, luego es verdad. Sangre con sangre.

Y si la llamo mía traiciono a todos.

Recuerdo, recordamos.

Ésta es nuestra manera de ayudar a que amanezca

sobre tantas conciencias mancilladas,

sobre un texto iracundo sobre una reja abierta,

sobre el rostro amparado tras la máscara.

Recuerdo, recordamos

hasta que la justicia se siente entre nosotros.

Autorretrato

Yo soy una señora: tratamiento

arduo de conseguir, en mi caso, y más útil

para alterar con los demás que un título

extendido a mi nombre en cualquier academia.

Así, pues, luzco mi trofeo y repito:
yo soy una señora. Gorda y flaca
según las posiciones de los astros,
los ciclos glandulares
y otros fenómenos que no comprendo.

Rubia, si elijo una peluca rubia.
O morena, según la alternativa.
(En realidad, mi pelo encanece, encanece).

Soy más o menos fea. Eso depende mucho
de la mano que aplica el maquillaje.

Mi apariencia ha cambiado a lo largo del tiempo
-aunque no tanto como dice Weininger
que cambia la apariencia del genio-. Soy mediocre.
Lo cual, por una parte, me exime de enemigos
y, por la otra, me da la devoción
de algún admirador y la amistad
de esos hombres que hablan por teléfono
y envían largas cartas de felicitación.
Que beben lentamente whisky sobre las rocas
y charlan de política y literatura.

Amigas... hmmm... a veces, raras veces
y en muy pequeñas dosis.
En general, rehuyo los espejos.

Me dirían lo de siempre: que me visto muy mal
y que hago el ridículo
cuando pretendo coquetear con alguien.

Soy madre de Gabriel: ya usted sabe, ese niño
que un día se erigirá en juez inapelable
y que acaso, además, ejerza de verdugo.

Mientras tanto lo amo.

Escribo. Este poema. Y otros. Y otros.

Hablo desde una cátedra.

Colaboro en revistas de mi especialidad
y un día a la semana publico en un periódico.

Vivo enfrente del bosque. Pero casi
nunca vuelvo los ojos para mirarlo. Y nunca
atravieso la calle que me separa de él
y paseo y respiro y acaricio
la corteza rugosa de los árboles.

Sé que es obligatorio escuchar música
pero la eludo con frecuencia. Sé
que es bueno ver pintura
pero no voy jamás a las exposiciones
ni al estreno teatral ni al cine-club.

Prefiero estar aquí, como ahora, leyendo
y, si apago la luz, pensando un rato
en musarañas y otros menesteres.

Sufro más bien por hábito, por herencia, por no
diferenciarme más de mis congéneres
que por causas concretas.

Sería feliz si yo supiera cómo.
Es decir, si me hubieran enseñado los gestos,
los parlamentos, las decoraciones.

En cambio me enseñaron a llorar. Pero el llanto
es en mí un mecanismo descompuesto
y no lloro en la cámara mortuoria
ni en la ocasión sublime ni frente a la catástrofe.

Lloro cuando se quema el arroz o cuando pierdo
el último recibo del impuesto predial.

Destino

Matamos lo que amamos. Lo demás
no ha estado vivo nunca.
Ninguno está tan cerca. A ningún otro hiere
un olvido, una ausencia, a veces menos.
Matamos lo que amamos. ¡Que cese ya esta asfixia
de respirar con un pulmón ajeno!
El aire no es bastante
para los dos. Y no basta la tierra
para los cuerpos juntos
y la ración de la esperanza es poca

y el dolor no se puede compartir.

El hombre es animal de soledades,
ciervo con una flecha en el ijar
que huye y se desangra.

Ah, pero el odio, su fijeza insomne
de pupilas de vidrio; su actitud
que es a la vez reposo y amenaza.

El ciervo va a beber y en el agua aparece
el reflejo de un tigre.

El ciervo bebe el agua y la imagen. Se vuelve
-antes que lo devoren- (cómplice, fascinado)
igual a su enemigo.

Damos la vida sólo a lo que odiamos.

Jaime Sabines

(1926- 1999)

Nació el 25 de marzo en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Becario del Centro Mexicano de Escritores (1964-1965). Diputado al congreso de la Unión (1976-1979). Principalmente se ganó la vida en actividades comerciales. La poesía coloquial, vertida en lenguaje de todos los días, suspendida por una emoción amparada en el temor, encuentra en Sabines un convencido partidario. Al escepticismo descarnado aún el horror de la muerte; al disfrute de ciertos momentos, opone la conciencia de la destrucción y sosiega el brote de la esperanza con la imagen de la corrupción de la carne. De su palabra surge un mundo en descomposición hacia el cual tiende la mano para comprobar cómo el hombre desde que nace es símbolo de lo que pronto acaba.

Al Sabines de *Horla* (1950) y *Tarumba* (1956), la crítica lo acogió con respeto, mientras multitudes de jóvenes sentimentales, ligados después de 1968 a la gran causa de izquierda, agotaban las ediciones de sus libros y acudían procelosos a sus recitales.

Libros: *Horla* (1950), *La señal* (1950), *Adán y Eva* (1952), *Tarumba* (1956), *Poemas sueltos* (1951-1961), *Diario semanario y poemas en prosa* (1961), *Yuria* (1967), *Espero curarme de ti* (1967), *Tlatelolco* (1968), *Multiempo* (1972), *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* (1973), *Otros poemas sueltos* (1973-1994), *Nuevo recuento de poemas* (1977), *No es que muera de amor* (1981), *Los amorosos: cartas a Chepita* (1983), *La luna* (1988).

Algo sobre la muerte del mayor Sabines

Primera parte

I

Déjame reposar,
aflojar los músculos del corazón
y poner a dormir el alma
para poder hablar,
para poder recordar estos días,

los más largos del tiempo.
Convalecemos de la angustia apenas
y estamos débiles, asustadizos,
despertando dos o tres veces de nuestro escaso sueño
para verte en la noche y saber que respiras.
Necesitamos despertar para estar más despiertos
en esta pesadilla llena de gentes y de ruidos.

Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,
por eso es que este hachazo nos sacude.
Nunca frente a tu muerte nos paramos
a pensar en la muerte,
ni te hemos visto nunca sino como la fuerza y la alegría.
No lo sabemos bien, pero de pronto llega
un incesante aviso,
una escapada espada de la boca de Dios
que cae y cae y cae lentamente.
y he aquí que temblamos de miedo,
que nos ahoga el llanto contenido,
que nos aprieta la garganta el miedo.
Nos echamos a andar y no paramos
de andar jamás, después de medianoche,
en ese pasillo del sanatorio silencioso
donde hay una enfermera despierta de ángel.

Esperar que murieras era morir despacio,
estar goteando del tubo de la muerte,

morir poco, a pedazos.

No ha habido hora más larga que cuando no dormías,
ni túnel más espeso de horror y de miseria
que el que llenaban tus lamentos,
tu pobre cuerpo herido.

II

Del mar, también del mar,
de la tela del mar que nos envuelve,
de los golpes del mar y de su boca,
de su vagina oscura,
de su vómito,
de su pureza tétrica y profunda,
vienen la muerte, Dios, el aguacero
golpeando las persianas,
la noche, el viento.

De la tierra también,
de las raíces agudas de las casas,
del pie desnudo y sangrante de los árboles,
de algunas rocas viejas que no pueden moverse,
de lamentables charcos, ataúdes del agua,
de troncos derribados en que ahora duerme el rayo,
y de la yerba, que es la sombra de las ramas del cielo,
viene Dios, el manco de cien manos,
ciego de tantos ojos,
dulcísimo, impotente.

(Omniausente, lleno de amor,
el viejo sordo, sin hijos,
derrama su corazón en la copa de su vientre.)
De los huesos también,
de la sal más entera de la sangre,
del ácido más fiel,
del alma más profunda y verdadera,
del alimento más entusiasmado,
del hígado y del llanto,
viene el oleaje tenso de la muerte,
el frío sudor de la esperanza,
y viene Dios riendo.

Caminan los libros a la hoguera.
Se levanta el telón: aparece el mar.

(Yo no soy el autor del mar.)

III

Siete caídas sufrió el elote de mi mano
antes de que mi hambre lo encontrara,
siete mil veces he muerto
y estoy risueño como en el primer día.
Nadie dirá: no supo de la vida
más que los bueyes, ni menos que las golondrinas.
Yo siempre he sido el hombre, amigo fiel del perro,
hijo de Dios desmemoriado,

hermano del viento.
¡A la chingada las lágrimas!, dije,
y me puse a llorar
como se ponen a parir.
Estoy descalzo, me gusta pisar el agua y las piedras,
las mujeres, el tiempo,
me gusta pisar la yerba que crecerá sobre mi tumba
(si es que tengo tumba algún día).
Me gusta mi rosal de cera
en el jardín que la noche visita.
Me gustan mis abuelos de totomoste
y me gustan mis zapatos vacíos
esperándome como el día de mañana.
¡A la chingada la muerte!, dije,
sombra de mi sueño,
perversión de los ángeles,
y me entregué a morir
como una piedra al río,
como un disparo al vuelo de los pájaros.

IV

Vamos a hablar del Príncipe Cáncer,
Señor de los Pulmones, Varón de la Próstata,
que se divierte arrojando dardos
a los ovarios tersos, a las vaginas mustias,
a las ingles multitudinarias.

Mi padre tiene el ganglio más hermoso del cáncer

en la raíz del cuello, sobre la subclavia,
tubérculo del bueno de Dios,
ampolleta de la buena muerte,
y yo mando a la chingada a todos los soles del mundo.
El Señor Cáncer, El Señor Pendejo,
es sólo un instrumento en las manos oscuras
de los dulces personajes que hacen la vida.

En las cuatro gavetas del archivero de madera
guardo los nombres queridos,
la ropa de los fantasmas familiares,
las palabras que rondan
y mis pieles sucesivas.
También están los rostros de algunas mujeres,
los ojos amados y solos
y el beso casto del coito.
Y de las gavetas salen mis hijos.
¡Bien haya la sombra del árbol
llegando a la tierra,
porque es la luz que llega!

V

De las nueve de la noche en adelante
viendo la televisión y conversando
estoy esperando la muerte de mi padre.
Desde hace tres meses, esperando.
En el trabajo y en la borrachera,

en la cama sin nadie y en el cuarto de niños,
en su dolor tan lleno y derramado,
su no dormir, su queja y su protesta,
en el tanque de oxígeno y las muelas
del día que amanece, buscando la esperanza.

Mirando su cadáver en los huesos
que es ahora mi padre,
e introduciendo agujas en las escasas venas,
tratando de meterle la vida, de soplarle
en la boca del aire...

(Me avergüenzo de mí hasta los pelos
por tratar de escribir estas cosas.
¡Maldito el que crea que esto es un poema!)

Quiero decir que no soy enfermero,
padrote de la muerte,
orador de panteones, alcahuete,
pinche de Dios, sacerdote de las penas.
Quiero decir que a mí me sobra el aire...

VI

Te enterramos ayer.

Ayer te enterramos.

Te echamos tierra ayer.

Quedaste en la tierra ayer.

Estás rodeado de tierra
desde ayer.

Arriba y abajo y a los lados
por tus pies y por tu cabeza
está la tierra desde ayer.

Te metimos en la tierra,
te tapamos con tierra ayer.

Perteneces a la tierra
desde ayer.

Ayer te enterramos
en la tierra, ayer.

VII

Madre generosa
de todos los muertos,
madre tierra, madre,
vagina del frío,
brazos de intemperie,
regazo del viento,
nido de la noche,
madre de la muerte,
recógelo, abrígalo,
desnúdalo, tómalo,
guárdalo, acábalo.

VIII

No podrás morir.

Debajo de la tierra

no podrás morir.

Sin agua y sin aire

no podrás morir.

Sin azúcar, sin leche,

sin frijoles, sin carne,

sin harina, sin higos,

no podrás morir.

Sin mujer y sin hijos

no podrás morir.

Debajo de la vida

no podrás morir.

En tu tanque de tierra

no podrás morir.

En tu caja de muerto

no podrás morir.

En tus venas sin sangre

no podrás morir.

En tu pecho vacío

no podrás morir.

En tu boca sin fuego

no podrás morir.

En tus ojos sin nadie

no podrás morir.

En tu carne sin llanto

no podrás morir.
No podrás morir.
No podrás morir.
No podrás morir.
Enterramos tu traje,
tus zapatos, el cáncer;
no podrás morir.
Tu silencio enterramos.
Tu cuerpo con candados.
Tus canas finas,
tu dolor clausurado.
No podrás morir.

IX

Te fuiste no sé a dónde.
Te espera tu cuarto.
Mi mamá, Juan y Jorge
te estamos esperando.
Nos han dado abrazos
de condolencia, y recibimos
cartas, telegramas, noticias
de que te enterramos,
pero tu nieta más pequeña
te busca en el cuarto,
y todos, sin decirlo,
te estamos esperando.

X

Es un mal sueño largo,
una tonta película de espanto,
un túnel que no acaba
lleno de piedras y de charcos.
¡Qué tiempo este, maldito,
que revuelve las horas y los años,
el sueño y la conciencia,
el ojo abierto y el morir despacio!

XI

Recién parido en el lecho de la muerte,
criatura de la paz, inmóvil, tierno,
recién niño del sol de rostro negro,
arrullado en la cuna del silencio,
mamando obscuridad, boca vacía,
ojo apagado, corazón desierto.

Pulmón sin aire, niño mío, viejo,
cielo enterrado y manantial aéreo
voy a volverme un llanto subterráneo
para echarte mis ojos en tu pecho.

XII

Morir es retirarse, hacerse a un lado,
ocultarse un momento, estarse quieto,
pasar el aire de una orilla a nado
y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,
refugiarse desnudo en el discreto
calor de Dios, y en su cerrado
puño, crecer igual que un feto.
Morir es encenderse bocabajo
hacia el humo y el hueso y la caliza
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa,
tomar la eternidad como a destajo
y repartir el alma en la ceniza.

XIII

Padre mío, señor mío, hermano mío,
amigo de mi alma, tierno y fuerte,
saca tu cuerpo viejo, viejo mío,
saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,
tu frente limpia en que aprendí a quererte,
tu brazo como un árbol en el frío,
saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,
tu boca firme y tu mirada abierta,
tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote la puerta.

Parece que yo soy el que me muero:

¡padre mío, despierta!

XIV

No se ha roto ese vaso en que bebiste,

ni la taza, ni el tubo, ni tu plato.

Ni se quemó la cama en que moriste,

ni sacrificamos un gato.

Te sobrevive todo. Todo existe

a pesar de tu muerte y de mi flato.

Parece que la vida nos embiste

igual que el cáncer sobre tu omoplato.

Te enterramos, te lloramos, te morimos,

te estás bien muerto y bien jodido y yermo

mientras pensamos en la que no hicimos

y queremos tenerte aunque sea enfermo.

Nada de lo que fuiste, fuiste y fuimos

a no ser habitantes de tu infierno.

XV

Papá por treinta o por cuarenta años,

amigo de mi vida todo el tiempo,

protector de mi miedo, brazo mío,

palabra clara, corazón resuelto,

te has muerto cuando menos falta hacías,
cuando más falta me haces, padre, abuelo,
hijo y hermano mío, esponja de mi sangre,
pañuelo de mis ojos, almohada de mi sueño.

Te has muerto y me has matado un poco.
Porque no estás, ya no estaremos nunca
completos, en un sitio, de algún modo.

Algo le falta al mundo, y tú te has puesto
a empobrecerlo más, ya hacer a solas
tus gentes tristes y tu Dios contento.

XVI

(noviembre 27)

¿Será posible que abras los ojos y nos veas ahora?

¿Podrás oírnos?

¿Podrás sacar tus manos un momento?

Estamos a tu lado. Es nuestra fiesta,
tu cumpleaños, viejo.

Tu mujer y tus hijos, tus nueras y tus nietos
venimos a abrazarte, todos, viejo.

¡Tienes que estar oyendo!

No vayas a llorar como nosotros
porque tu muerte no es sino un pretexto
para llorar por todos,
por los que están viviendo.

Una pared caída nos separa,
sólo el cuerpo de Dios, sólo su cuerpo.

XVII

Me acostumbré a guardarte, a llevarte lo mismo
que lleva uno su brazo, su cuerpo, su cabeza.

No eras distinto a mí, ni eras lo mismo.

Eras, cuando estoy triste, mi tristeza.

Eras, cuando caía, eras mi abismo,
cuando me levantaba, mi fortaleza.

Eras brisa y sudor y cataclismo
y eras el pan caliente sobre la mesa.

Amputado de ti, a medias hecho
hombre o sombra de ti, sólo tu hijo,
desmantelada el alma, abierto el pecho,
ofrezco a tu dolor un crucifijo:

te doy un palo, una piedra, un helecho,
mis hijos y mis días, y me aflijo.

Segunda parte

Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos,
poco a poco te acabas.

Yo te he ido mirando a través de las noches
por encima del mármol, en tu pequeña casa.

Un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas,
otro día sin garganta,
la piel sobre tu frente agrietándose, hundiéndose,
tronchando obscuramente el trigal de tus canas.
Todo tú sumergido en humedad y gases
haciendo tus deshechos, tu desorden, tu alma,
cada vez más igual tu carne que tu traje,
más madera tus huesos y más huesos las tablas.
Tierra mojada donde había tu boca,
aire podrido, luz aniquilada,
el silencio tendido a todo tu tamaño
germinando burbujas bajo las hojas de agua.
(Flores dominicales a dos metros arriba
te quieren pasar besos y no te pasan nada.)

II

Mientras los niños crecen y las horas nos hablan
tú, subterráneamente, lentamente, te apagas.
Lumbre enterrada y sola, pabilo de la sombra,
veta de horror para el que te escarba.

¡Es tan fácil decirte “padre mío”
y es tan difícil encontrarte, larva
de Dios, semilla de esperanza!
Quiero llorar a veces, y no quiero
llorar porque me pasas
como un derrumbe, porque pasas

como un viento tremendo, como un escalofrío
debajo de las sábanas,
como un gusano lento a lo largo del alma!
¡Si sólo se pudiera decir: “papá, cebolla,
polvo, cansancio, nada, nada, nada”!
¡Si con un trago te tragara!
¡Si con este dolor te apuñalara!
¡Si con este desvelo de memorias
-herida abierta, vómito de sangre-
te agarrara la cara!

Yo sé que tú ni yo,
ni un par de valvas,
ni un becerro de cobre, ni unas alas
sosteniendo la muerte, ni la espuma
en que naufraga el mar, ni -no- las playas,
la arena, la sumisa piedra con viento y agua,
ni el árbol que es abuelo de su sombra,
ni nuestro sol, hijastro de sus ramas,
ni la fruta madura, incandescente,
ni la raíz de perlas y de escamas,
ni tu tío, ni tu chozno, ni tu hipo,
ni mi locura, y ni tus espaldas,
sabrán del tiempo obscuro que nos corre
desde las venas tibias a las canas.
(Tiempo vacío, ampolla de vinagre,
caracol recordando la resaca.)

He aquí que todo viene, todo pasa,
todo, todo se acaba.
¿Pero tú? ¿pero yo? ¿pero nosotros;
¿para qué levantamos la palabra?
¿de qué sirvió el amor?
¿cuál era la muralla
que detenía la muerte? ¿Dónde estaba
el niño negro de tu guarda?

Ángeles degollados puse al pie de tu caja,
y te eché encima tierra, piedras, lágrimas,
para que ya no salgas, para que no salgas.

III

Sigue el mundo su paso, rueda el tiempo
y van y vienen máscaras.
Amanece el dolor un día tras otro,
nos rodeamos de amigos y fantasmas,
parece a veces que un alambre estira
la sangre, que una flor estalla,
que el corazón da frutas, y el cansancio
canta.

Embrocados, bebiendo en la mujer y el trago,
apostando a crecer como las plantas,
fijos, inmóviles, girando
en la invisible llama.

Y mientras tú, el fuerte, el generoso,
el limpio de mentiras y de infamias,
guerrero de la paz, juez de victorias
-cedro del Líbano, robledal de Chiapas-
te ocultas en la tierra, te remontas
a tu raíz oscura y desolada.

IV

Un año o dos o tres,
te da lo mismo.

¿Cuál reloj en la muerte?, ¿qué campana
incesante, silenciosa, llama y llama?
¿qué subterránea voz no pronunciada?
¿qué grito hundido, hundiéndose, infinito
de los dientes atrás, en la garganta
aérea, flotante, para escamas?

¿Para esto vivir? ¿para sentir prestados
los brazos y las piernas y la cara,
arrendados al hoyo, entretenidos
los jugos en la cáscara?
¿para exprimir los ojos noche a noche
en el temblor obscuro de la cama,
remolino de quietas transparencias,
descendimiento de la náusea?

¿Para esto morir?

¿para inventar el alma,
el vestido de Dios, la eternidad, el agua
del aguacero de la muerte, la esperanza?,
¿morir para pescar?
¿para atrapar con su red a la araña?

Estás sobre la playa de algodones
y tu marea de sombras sube y baja.

V

Mi madre sola, en su vejez hundida,
sin dolor y sin lástima,
herida de tu muerte y de tu vida.
Esto dejaste. Su pasión enhiesta,
su celo firme, su labor sombría.
Árbol frutal a un paso de la leña,
su curvo sueño que te resucita.
Esto dejaste. Esto dejaste y no querías.

Pasó el viento. Quedaron de la casa
el pozo abierto y la raíz en ruinas.
Y es en vano llorar. Y si golpeas
las paredes de Dios, y si te arrancas
el pelo o la camisa,
nadie te oye jamás, nadie te mira.
No vuelve nadie, nada. No retorna
el polvo de oro de la vida.

1

Nadie sabe el número exacto de los muertos,
ni siquiera los asesinos,
ni siquiera el criminal.

(Ciertamente, ya llegó la historia
este hombre pequeño por todas partes,
incapaz de todo menos del rencor.)

Tlatelolco será mencionado en los años que vienen
como hoy hablamos de Río Blanco y Cananea,
pero esto fue peor;

aquí han matado al pueblo:

no eran obreros parapetados en la huelga,
eran mujeres y niños, estudiantes,
jovencitos de quince años,

una muchacha que iba al cine,
una criatura en el vientre de su madre,
todos barridos, certeramente acribillados

por la metralla del Orden y la Justicia Social.

A los tres días, el ejército era la víctima de los
desalmados,

y el pueblo se aprestaba jubiloso

a celebrar las Olimpiadas, que darían gloria a México.

2

El crimen está allí,
cubierto de hojas de periódicos;
con televisores, con radios, con banderas olímpicas.
El aire denso, inmóvil,
el terror, la ignominia.
Alrededor las voces, el tránsito, la vida.
Y el crimen estaba allí.

3

Habría que lavar no sólo el piso: la memoria.
Habría que quitarles los ojos a los que vimos,
asesinar también a los deudos,
que nadie llore, que no haya más testigos.
Pero la sangre echa raíces
y crece como un árbol en el tiempo.
La sangre en el cemento, en las paredes,
en una enredadera: nos salpica,
nos moja de vergüenza, de vergüenza, de vergüenza.
Las bocas de los muertos nos escupen
una perpetua sangre quieta.

4

Confiaremos en la mala memoria de la gente,
ordenaremos los restos,
perdonaremos a los sobrevivientes,
daremos libertad a los encarcelados,

seremos generosos, magnánimos y prudentes.
Nos han metido las ideas exóticas como una lavativa,
pero instauramos la paz,
consolidamos las instituciones;
los comerciantes están con nosotros,
los banqueros, los políticos auténticamente mexicanos,
los colegios particulares,
las personas respetables.
Hemos destruido la conjura,
aumentamos nuestro poder:
ya no nos caeremos de la cama
porque tendremos dulces sueños.
Tenemos secretarios de Estado capaces
de transformar la mierda en esencias aromáticas,
diputados y senadores alquimistas,
líderes inefables, chulísimos,
un tropel de putos espirituales
enarbolando nuestra bandera gallardamente.
Aquí no ha pasado nada.
Comienza nuestro reino.

5

En las planchas de la Delegación están los cadáveres.
Semidesnudos, fríos, agujerados,
algunos con el rostro de un muerto.
Afuera, la gente se amontona, se impacienta,
Espera no encontrar el suyo:

“Vaya usted a buscar a otra parte.”

6

La juventud es el tema

dentro de la Revolución.

El Gobierno apadrina a los héroes.

El peso mexicano está firme

y el desarrollo del país es ascendente.

Siguen las tiras cómicas y los bandidos en la televisión.

Hemos demostrado al mundo que somos capaces,

respetuosos, hospitalarios, sensibles

(¡Que Olimpiada maravillosa!),

y ahora vamos a seguir con el “Metro”

porque el progreso no puede detenerse.

Las mujeres, de rosa,

los hombres, de azul cielo,

desfilan los mexicanos en la unidad gloriosa

que construye la patria de nuestros sueños.

Enriqueta Ochoa

(1928-2008)

Enriqueta Ochoa nació en Torreón, Coahuila en 1928, y murió en la Ciudad de México en el año de 2008. El padre, un hombre enérgico y desilusionado de la educación religiosa, decidió que sus hijas no acudieran a ninguna escuela, que tuvieran maestros en su casa, quienes le enseñaron idiomas: francés e inglés, y les dieron instrucción musical por lo que aprendieron a tocar el piano y algunos otros instrumentos. Esta lejanía con el sistema educativo le permitió explorar y conocer la literatura de manera personal, guiada también por la biblioteca de su abuelo. A temprana edad su padre decide mandar a Enriqueta y a su hermana a Europa, donde permanecieron por una época breve. En Madrid se encuentran con Rosario Castellanos y Dolores Castro, así como con Pedro Coronel, Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre.

A los 19 años publica su primer poemario, “Las urgencias de un Dios”, más adelante y después de su retorno a México, considera firmemente la intención de ingresar en un convento, y se hospedó en la casa de la señorita Oyárzun, en San Luis Potosí. Ahí escribió “Las vírgenes terrestres”, pero es publicado hasta 1969. Ochoa se inscribió en la Escuela Normal, trabajó y estudió por las noches; gracias a esto y por sus conocimientos y relación con la literatura, Antonio Caso Leal la introdujo en la docencia como asistente de Raymundo Lazo. De este modo pudo ingresar a la UNAM. Fundó la revista *Hierba* (1952-1953).

Hay temas recurrentes en su poesía como el dolor, la tristeza y la nostalgia por las pérdidas que va teniendo a lo largo de su vida. Ochoa recurre al verso libre; esto es posible porque conocía bien la poesía clásica, lo cual explica la musicalidad y ritmo de su poesía. Escribe desde sus vivencias.

Libros: *Las urgencias de Dios* (1950), *Los himnos del ciego* (1968), *Las vírgenes terrestres* (1970), *Cantos para el humano* (1973), *Retorno de Electra* (1978), *Bajo el oro pequeño de los trigos* (1984), *Canción a Moisés* (1984), *Enriqueta Ochoa de bolsillo* (1990), *Asaltos a la memoria* (2004), *El desierto a tu lado* (2006), *Poesía reunida* (2008).

Entre la soledad ruidosa de las gentes

para Wenceslao Rodríguez

Busco un hombre y no sé si sea para amarlo
o para castrarlo con mi angustia.

Tengo hambre de ser
y me siento frente a la ventana
a masticar estrellas
para que este dolor de estómago sea cierto.

La verdad es que duele en los nervios
todo el cuerpo, esta noche, hasta los tuétanos.

En la casa contigua
grita una mujer las glorias de la Biblia
y no conoce a Dios.
Su voz huele a vinagre, a aceite de ricino,
y Dios no huele a eso.
Entre mil olores reconocería el suyo.
Algo que no digiero me ha hecho daño esta tarde.
He visto a otros más humildes que yo.
No quiero reconocerme en ellos.
De tanto huir se me han caído las palabras
hasta el fondo del miedo:
no salen, rebotan dentro como canicas, suenan sordas.
Sin querer, me doy cuenta que me he quedado en la ruina.
Me falta lo mejor antes de irme: el Amor.
Y es tarde para alcanzarlo,

y me resulta falso decir:
—Señor, apóyame en tu corazón
que tengo ganas de morir madura.
Nadie madura sin el fruto.
El fruto es lo vivido y no lo tengo:
lo busco ya tarde,
entre la soledad ruidosa de las gentes
o en el amor que intento, y doy, y espero,
y que no llega.

Marianne

Después de leer tantas cosas eruditas
estoy cansada, hija,
por no tener los pies más fuertes
y más duro el riñón
para andar los caminos que me faltan.
Perdona este reniego pasajero
al no encontrar mi ubicación precisa,
y pasarme el insomnio acodada en la ventana
cuando la lluvia cae,
pensando en la rabia que muerde
la relación del hombre con el hombre;
ahondando el túnel, cada vez más estrecho,
de esta soledad, en sí, un poco la muerte anticipada.
Qué bueno que naciste con la cabeza en su sitio,
que no se te achica la palabra en el miedo,
que me has visto morir en mí misma cada instante

buscando a Dios, al hombre, al milagro.

Tú sabes que nacimos desnudos, en total desamparo
y no te importa,
ni te sorprende el nudo de sombra que descubres.
Todo se muere a tiempo y se llora a retazos,
has dicho,
sin embargo, es azul de cristal tu mirada
y te amanece fresca el agua del corazón;
quitas fácil el hollín que pone el hombre sobre las cosas,
y entiendes en tu propio dolor al mundo,
porque ya sabes
que sobre todos los ojos de la tierra
algún día, sin remedio, llueve.

Despedida

Si me voy este otoño,
entiérrame bajo el oro pequeño de los trigos,
en el campo,
para seguir cantando a la intemperie.
No amortajes mi cuerpo,
no me escondas en tumbas de granito.

Mi alma ha sido un golpe de tempestad,
un grito abierto en canal,
un magnífico semental
que embarazó a la palabra con los ecos de Dios,

y no quiero rondar, tiritando,
mi futuro hogar,
mientras la nieve acumula
con ademán piadoso
sus copos a mis pies.

Yo quiero que la boca del agua
me exorcise el espíritu,
que me bautice el viento,
que me envuelva en su sábana cálida la tierra,
si me voy este otoño.

Thelma Nava

(1932)

Nació en la Ciudad de México el 25 de noviembre de 1932. Poeta. Estudió Literatura, Redacción y Estilo en el CME, en la Casa del Lago y Letras Modernas en la FFyL de la UNAM. Ha sido directora de Editorial Patria Grande y de Pájaro Cascabel; trabajadora del programa cultural del ISSSTE; cofundadora de *El Rehilete*; miembro de los consejos de redacción de *Manatí* y *Xilote* y de la dirección colectiva de *La Brújula en el Bolsillo*. Colaboradora de *Cuadernos del Viento*, *El Búho*, *El Cocodrilo Poeta*, *El Financiero*, *El Gallo Ilustrado*, *El Nacional*, *El Rehilete*, *La Brújula en el Bolsillo*, *La Cultura en México*, *Manatí*, *Metáfora*, *Novedades*, *Ovaciones*, *Pájaro Cascabel*, *Periódico de Poesía*, *Plural*, *Revista de Bellas Artes*, *Revista Universidad de México*, *¡Siempre!*, y *Xilote*. Premio de Poesía Ramón López Velarde 1962. Presea Rosario Castellanos 1993, Chiapas.

Libros: *La orfandad del sueño* (1964), *Colibrí 50* (1966), *El primer animal* (1986), *El libro de los territorios* (1992), *El verano y las islas* (1998), *Paisajes interiores* (2000), *El primer animal. Poesía reunida 1964-1995* (2000).

Las señales

¿Acaso era necesario decir que las señales del amor
eran tan evidentes

como el sello que llevaba en la frente el acusado,
como la ola invisible lamiendo el ala de nuestro
corazón?

¿Acaso necesitábamos preguntarnos qué era lo que
nos acercaba y nos hacía rechazarnos,
serpientes agonizando en nuestro propio laberinto?

Todo nacía de madrugada, con la avidez del que

espera uno y otro día
en silencio la partida, la ruptura del círculo,
el imposible beso de la figura de barro que nos llama.
Todo nacía en verano, donde la realidad y el sueño
se confunden
cogidos de la mano del absurdo, de lo que no es
jamás regreso,
de la siempre partida hacia otra parte.
Día que aguardas el silencio de la luz construyéndote
y llegas atónito ante las puertas que te fueron negadas.

Irrealidad

Nada es real
el amor está detrás de cualquier puerta (¿pero cuál?)
desconocido al que estuve a punto de hallar
tantas veces sin conseguirlo.
La mitad de mi vida lo he intentado.

Nada es real
mundo que se construye como una garra del sueño
higo inmaduro
soledad sola dicha
dicha repetida
(¿de qué color tienes los ojos esta mañana?)

Nada es real
el amor está detrás de cualquier puerta (¿pero cuál?)
Extiendo los brazos y te apreso

después desapareces.

Me has enseñado a sonreír

lejano

como si anduvieras en otro país, en otros sitios
donde no estoy

Nada es real

la sombra de nuestros deseos nos hace vivir, arder.

El amor es sucesión de despedidas, trenes,
aeropuertos.

Te pierdo y te encuentro en todas las ciudades,
en las plazas

siempre caminando a la orilla del mar.

Te pierdo en las palabras que no has dicho
amor nunca mío arrebatado prestado

(¿hasta cuándo?)

Nada es real

diciembre se lleva (¿o me trae?) tu imagen.

Sabes a nuevo

a cubierta de barco

a sales marinas

no recuerdo tu voz

(¿cómo es tu voz?)

y tú dices mi nombre

(¿quién me nombra?)

Nada es real

el amor está detrás de cualquier puerta
(¿pero cuál?)

Verano en la ciudad

a la memoria de José Carlos Becerra

I

Los árboles nocturnos crecen de pronto sobre nuestros pasos.

Cuando la luz descubre su presencia los desnuda y los puebla de voces
las voces de la noche y sus amores.

El agua juega entonces con el agua y regresa a sí misma
como un amor de siempre que retorna o un estremecimiento recobrado.

A lo lejos el agua forma figuras y silencios.

La noche inventa juegos que el día no entiende ni logra jamás recuperar
y nos devuelve a nuestro exilio.

Crece la noche como los besos en los labios

como la yerba crece,

los pasos y las formas de los cuerpos

el rumor y las voces de los cuerpos.

O nuestro corazón de pronto sorprendido.

Una pareja pasa sin mirar a nadie

en el instante en que un hombre en cualquier sitio

se entrega a lo desconocido.

La noche silenciosa abierta al olor del verano

suda viento y deseo bajo los rojos reflectores

cuando el amor y sus actos son sencillos como en todo principio.

II

Lo profundo es el aire...
Jorge Guillén

He de nombrar la noche, la levedad del aire.

De lo que nadie habla, de lo que se respira

y aturde los sentidos

panteras de ojos húmedos

como el aire que duele inalcanzable

perseguido en la otra ciudad

en la antigua

la de nombre de piedra.

He de nombrar la luz que estalla bajo el sueño del agua,

el aire que recorre todas las soledades

y atraviesa la mirada del vendedor de objetos inútiles.

La mariposa gigantesca se pliega al árbol que la posee en la sombra.

El vaivén de sus alas toca la eternidad y la destruye

mientras el árbol agotado jadea sueños como frutos.

El aire avanza lento, levanta olas de arena, lame cuerpos que pasan.

Atrás quedan los pasos, inciertos, furtivos o firmes pasos de quien camina la ciudad

seguro de amanecer en el sitio de siempre.

El aire levanta voces como sombras de agua,

las oculta detrás de cualquier puerta. Y sucumbe.

Se adormece en la noche.

Vivo Vivaldi asiste a la boda del aire.

Caminamos

navegantes de noches apretadas y ávidas

deshabitadas noches de muslos acechantes.

Lo sabemos

cualquier ciudad del mundo es solitaria

a las 4 de la madrugada.

III

Esa presencia de lo humano en la lluvia como una jadeante respiración de amor,
esa presencia de la lluvia cuando llega el otoño.

En las manos aún el color de la tarde, la boca del verano
delatándonos, habitantes silenciosos construyendo el instante de las azoteas
en los suburbios donde el viento camina como por su casa.

Canción del viento que se llevó la lluvia,
guitarra sola y silvestre, desnuda y sola para la hora del amor, presencia urgente
en este sitio en que se muere a diario.

Labios febriles de pronto apaciguados. Luna del tigre
buscándonos, cercándonos.

Hombros estremecidos de veranos-tortuga.

Amor de la tierra que no conoció el mar pero sí el pie desnudo,
jamás la libertad, pero sí la palabra decisiva.

Las calles de esta ciudad ¿qué nombre tienen, qué nuevos árboles,
qué huellas de amor sobre su rostro?

Cerca de nuestra sangre, insomne rosa, el corazón del hombre no descansa.

Estamos nuevamente en tus orígenes,
ciudad amada

para siempre indefensa bajo la lluvia.

Fernando del Paso (1935-2018)

Nació en Ciudad de México. Del Paso está lejos del erotismo que entendieron y practicaron contemporáneos suyos como Salvador Elizondo y Juan García Ponce, tendencia que no deja de ser una consecuencia, igualmente adocenada y estetizante, del que practicaron los discípulos líricos de Gide y antes que ellos, los modernistas negros. Para él la carne, lejos de ser triste, es la suma de todo conocimiento. Carne pútrida, carne apetecible. En sus cuerpos esa materia total tiene la misma textura taxonómica del mundo: geología, zoología, botánica.

Libros: *Sonetos de lo diario* (1958), *De la A a la Z* (1988), *Paleta de diez colores* (1990), *Sonetos del amor y de lo diario* (1997), *Castillos en el aire* (2002), *PoeMar* (2004).

Amar a mamá-mar

Mamá: te amo con la boca,
porque tu recuerdo me sabe a sal marina,
dura, luminosa.

Amar a Mamá-Mar es mamar
tu amarga muerte, tu amarguísima —a mares—
y sospechosa vida, tus despechos
jarabe y ambrosía, acíbar,
néctar y hiel de deshojadas pesadillas contiguas.

Es mamar tu oceánica dulzura,
tu acidulada y dulcísima amargura.

¡Oh mamá, el mar posa dos olas
en tu vientre de mar, y posa
para la fotografía que he de beber
disuelta en un té de no-me-olvides
con sirope de *siemprevivas!*

Mamá, me obligo
a estar contigo
de la muerte al principio,
atado a la mayordomía de tu ombligo,
ripio del mar y de tus pechos ripio.

¡Ay Mama-Mar, Mamá-Maná, Nocturna Madredía!
Ya no me sales más, ya no me salgas:
arrumbado, arrullado
en tu piélagos de amnióticas memorias
y haciendo nada y nada que nada,
haciéndome el muertito y el vivito,
sal, me dijiste, sal para tus ojos,
sal, me gritaste, sal para tus venas,
sal para tu vida,
sal-si-puedes, murmuraste, sollozaste,
rogaste, imploraste,
y salí, claro que sí, claro que pude,
puesto que tú me pusiste de patitas en el mundo,
y de pie en el infierno.

¡Oh Mamá-Mar: te mamaría tus pensamientos,
para vivir en tu cráneo.
Te mamaría los deseos
para nadar desde tu corazón
hasta la punta de tus arterias imperiales!

Mamá-Mar, Mare-Nostrum, Mar-Calostrum.

Sonetos de la rosa enamorada de sí misma

*Para Xavier Villaurrutia
In memoriam*

I

De luz su tallo, de agua su corola,
su alma de vidrio, su rubor de nada,
es una sola rosa aprisionada
en una azul y tibia caracola.

Es una rosa transparente y sola,
de sal sus hojas y de frente alada;
una rosa de sol, abandonada
en las saladas alas de una ola.

Encandilada rosa de un reflejo,
danzante rosa que se vuelve encaje
de espumas claras y de brillos lentos,

la rosa está prendada de su espejo,

apasionada rosa del oleaje,
enamorada rosa de los vientos.

II

Dice la rosa que el celeste manto
azul de la mañana, la verbena,
la flor de la pasión, la hierbabuena,
la magnolia y la flor de palo santo,

que el clavel, la violeta y el acanto,
el girasol, la flor de nochebuena,
el lirio, la amapola, la azucena,
el pensamiento, el loto, el amaranto,

y otras mil flores que la rosa nombra,
en majestad, belleza, proporciones,
en aroma, en color, dice la rosa

que no le llegan ni a su sola sombra,
e incluye al alhelí, los dandeliones,
las lilas, la gardenia y la mimosa.

III

Aplicada la rosa a su elegancia,
se dedicó a estudiar rosicultura,
aprendió la ecuación de su estatura,
y elaboró un teorema de su infancia.

Y aún hizo más, la rosa, en su arrogancia:
se doctoró en su propia arquitectura,
se aprendió de memoria su hermosura
e hizo una tesis sobre su fragancia.

Así quedó la rosa cultivada
tonta de tanta alambicada ciencia,
de tanto teorizar sobre sí misma.
Sola quedó la rosa, enajenada
en el prisma de turbia transparencia
de un perfumado y pálido sofisma.

IV

Nacida ayer, la rosa escurridiza
en su reino del aire, los rosales,
en ráfagas redondas, en raudales
de relámpagos rosas se desliza.

Muerta de risa que acaricia y riza
y enreda su corola de espirales,
ahogada en laberintos de corales
la rosa no se muere: se eterniza.

Rosa, rencor en flor de carne viva
que perpetúa el color, de estirpe roja,
del sortilegio alado de su historia;

rosa más alta que la vida, altiva
rosa que cuando, rota, se deshoja,
se hace de nuevo rosa en la memoria.

V

Es natural que el solo pensamiento
sea de la rosa, vana y ambiciosa,
unirse al esplendor: esplendorosa
queda la rosa de este casamiento.

Se entiende así por qué su atrevimiento,
por qué insiste la rosa jactanciosa
en amar al primor, pues primorosa
la rosa queda de su ayuntamiento.

Candorosa, amorosa, cuánta henchida
reunión de nombres, y qué bien le vienen;
bien hace sólo al preferir lo bello

y mejor todavía, cuando olvida
que el rencor y el dolor también la tienen
agarrada, a la rosa, por el cuello.

VI

¿A dónde fue la rosa, la más fina
entre todas, la rosa invertebrada?
Se fue la rosa tras la rosa amada,

la rosa elemental, rosa de harina.

La rosa cenital, rosa marina,

¿A dónde fue la rosa inmaculada?

Tras su sombra fue, tras de la nada,

la prodigiosa rosa cristalina.

¿Se deslumbró la rosa con su estrella?

No más hondo dolor, pena más honda,

que a la rosa, por rosa, la consuma.

¿Se fue la rosa tras su propia huella?

Se fue, sedienta de su amarga fronda,

ciega, la rosa, con su propia espuma.

Sonetos para un cuerpo ajeno y propio

I

Cuando a tu sangre nombres, cuerpo, invoca

una sola palabra: sangre llama

a lo que sólo sangre se reclama

desde tus pies al filo de tu boca.

Cuando a tu carne nombres, cuerpo, evoca

la sola carne que a la carne llama,

la que se mira y besa y hierre y ama,

que se penetra y lame, huele y toca.

Llámate cuerpo a secas, no te esmeres
en ser de otras palabras reflejo,
la oscura huella, su inasible sombra.
Quédate cuerpo a solas y no esperes
ser otra cosa que el desnudo espejo
de la sola palabra que te nombra.

II

Cuerpo de lento, tardo entendimiento:
tarde te has descubierto, cuerpo amado;
largo tu sueño ha sido desdichado,
breve tu amor, tu aprendizaje lento.

Solo en tu desolado pensamiento
y al rencor de ti mismo abandonado
tarde aprendiste a amarte, tarde has dado
muerte a tu olvido y a tu vida aliento.

Lento cuerpo sin nombre y sin edades,
cuerpo de lentitud impronunciable:
deja que larga, dulce, lentamente,

y cuerpo a cuerpo, acariciadamente,
en una soledad inacabable
se junten nuestras lentas soledades.

José Carlos Becerra (1937-1970)

Nació en Villahermosa, Tabasco el 21 de mayo. Estudió Arquitectura. Obtuvo las becas del Centro Mexicano de Escritores (1966-1967), Guggenheim (1969). Viajó a Europa muriendo en un accidente de automóvil el 27 de mayo en la carretera de Brindisi, Italia.

Prefirió para expresarse, el poema extenso escrito en versículos. Enriquecido con imágenes que se solazan en el gusto de la gracia y del gozo del mundo en torno. Sin prisa. Becerra trabajó una poesía que empezó a deslizarse hacia temas adonde llegan, como ecos nostálgicos, las sensaciones más diferenciadas, las llamas de deseos que aún perduran en su conciencia. Sin embargo, ésta se vio petrificada por la muerte precoz, asemejando una cerámica antiquísima, a la urna griega de Keats, que ha sobrevivido milagrosamente al paso del tiempo y cuyas fallas, manchas y fisuras son una parte indeleble de su belleza.

Escrita entre Paul Claudel y José Lezama Lima, su obra completa recopilada de manera póstuma es uno de los clásicos de la poesía mexicana del siglo pasado. Becerra, en su día, evadió con talento el peso asfixiante de sus maestros más directos como Efraín Huerta y Carlos Pellicer, encontrando su propia voz más allá de la arqueología y del prosaísmo, borrando de su paleta los tonos tropicales.

Libros: *Oscura palabra* (1965), *Relación de los hechos* (1967), *Fotografía junto a un tulipán* (1970), *El otoño recorre las islas. Obra poética (1961-1970)* (1973).

Oscura palabra

A mis hermanas

*†Mélida Ramos de Becerra
6 de septiembre de 1964*

1

Hoy llueve, es tu primera lluvia, el abismo deshace su rostro. Cosas que caen por nada. Vacilaciones, pasos de prisa, atropellamientos, crujido de muebles que cambian de sitio, collares rotos de súbito; todo forma parte de este ruido terco de la lluvia.

Hoy llueve por nada, por no decir nada.

Hoy llueve, y la lluvia nos ha hecho entrar en casa de todos, menos a ti.

Algo se ha roto en alguna parte. En algún sitio hay una terrible descompostura y alguien ha mandado llamar a unos extraños artesanos para arreglarla. Así suena la lluvia en el tejado. Carpinteros desconocidos martillean implacables.

¿Qué están cubriendo? ¿A quién están guardando?

¡Qué bien cumple su tarea la lluvia, qué eficaz!

Algo se ha roto, algo se ha roto. Algo anda mal en el ruido de la lluvia. Por eso el viento husmea así; con su cara de muros con lama, con sus bigotes de agua. Y uno no quiere que el viento entre en la casa como si se tratara de un animal desconocido.

Y hay algo ciego en el modo como golpea la lluvia en el tejado. Hay pasos precipitados, confusas exclamaciones, puertas cerrándose de golpe, escaleras por donde seres extraños suben y bajan de prisa.

Esta lluvia, esta lluvia quién sabe por qué. Tanta agua repitiendo lo mismo.

La mañana con su corazón de aluminio me rodea por todas partes; por la casa y el patio, por el norte y el alma, por el viento y las manos.

Telaraña de lluvia sobre la ciudad.

Hoy llueve por primera vez, ¡tan pronto!

Hoy todo tiene tus cinco días, y yo nada sé mirando la lluvia.

(11 de septiembre de 1964, Villahermosa)

2

Te oigo ir y venir por tus sitios vacíos,
por tu silencio que reconozco desde lejos, antes de abrir la puerta de la casa
cuando vuelvo de noche. Te oigo en tu sueño y en las vetas nubladas del alcanfor.
Te oigo cuando escucho otros pasos por el corredor, otra voz que no es la tuya.
Todavía reconozco tus manos de amaranto y plumas gastadas,
aquí, a la orilla de tu océano baldío.

Me has dado una cita pero tú no has venido,
y me has mandado a decir con alguien que no conozco,
que te disculpe, que no puedes verme ya.

Y ahora, me digo yo abriendo tu ropero, mirando tus vestidos;
¿ahora qué les voy a decir a las rosas que te gustaban tanto
qué le voy a decir a tu cuarto, mamá?

¿Qué le voy a decir a tus cosas, si no puedo
pasarles la mano suavemente y hablarles en voz baja?
Te oigo caminar por un corredor
y sé que no puedes voltear a verme porque la puerta,
sin querer, se cerró con este viento
que toda la tarde estuvo soplando.

(14 de septiembre de 1964, Villahermosa)

3

En el fondo de la tarde está mi madre muerta.

La lluvia canta en la ventana como una extranjera que piensa con tristeza
en su país lejano.

En el fondo de mi cuarto, en el sabor de la comida,
en el ruido lejano de la calle, tengo a mi muerta.

Miro por la ventana;
unas cuantas palabras vacilan en el aire
como hojas de un árbol que se han movido
al olfatear el otoño.

Unos pájaros grises picotean los restos de la tarde,
y ahora la lluvia se acerca a mi pecho como si no conociera otro camino
para entrar en la noche.

Y allá, abajo, más abajo,
allá donde mi mirada se vuelve un niño oscuro
debajo de mi nombre, está ella sin levantar la cara para verme.
Ella que se ha quedado como una ventana
que nadie se acordó de cerrar esta tarde;
una ventana por donde la noche, el viento y la lluvia
entran apagando sus luces
y golpeándolo todo.

(28 de octubre de 1964, México)

4

Esta noche yo te siento apoyada en la luz de mi lámpara,
yo te siento acodada en mi corazón;
un ligero temblor del lado de la noche,
un silencio traído sin esfuerzo al despertar de los labios.

Siento tus ojos cerrados formando parte de esta luz;
yo sé que no duermes como no duermen los que se han perdido en el mar
los que se hallan tendidos en un claro de la selva más profunda
sin buscar la estrella polar.

Esta noche hay algo tuyo sin mí aquí presente,
y tus manos están abiertas donde no me conoces.

Y eso me pertenece ahora;

la visión de esa mano tendida como se deja el mundo que la noche no tuvo.

Tu mano entregada a mí como una
adopción de las sombras.

(20 de diciembre de 1964, México).

5

Yo acudo ciego de golpe a tu llamado,
he caído y mi camino después no era el mismo,
he caído al dar un paso en falso en la oscuridad de tu pecho.
Y no pude gritar: “enciendan la luz o traigan una linterna”
porque nadie puede iluminar la muerte
y querer acercarse a los muertos es caminar a ciegas y caerse
y no entender nada.

Tú y yo, mamá, nos hemos sujetado en quién sabe qué zona ciega
en qué aguas nos pusimos turbos de mirarnos,
de querernos hablar, de despedirnos sin que lo supiéramos.

Y esta casa también está ausente, estos muebles me engañan;
me han oído venir y han salido a mi encuentro
disfrazados de sí mismos.

Yo quisiera creerles, hablar de ellos como antes,
repetir aquel gesto de sentarme a la mesa,
pero ya lo sé todo.

Sé lo que hay donde están ellos y yo, cumpliendo juntos el paisaje
de una pequeña sala, de un comedor sospechosamente en orden.

Pero yo tropezaba porque caminaba siguiéndote,
porque quería decirles a todos que volvería en seguida contigo,
que todo era un error, como pronto se vería.

Pero no hay luces para caminar así por la casa,
pero no hay luces para caminar así por el mundo,
y yo voy tropezando, abriendo puertas que ni siquiera estaban cerradas;
y sé que no debo seguir, porque los muebles y los cuartos
y la comida en la cocina y esa música en un radio vecino,
todos se sentirían de pronto descubiertos, y entonces
ninguno en la casa sabríamos qué hacer.

(24 de diciembre de 1964, Villahermosa).

6

Yo sé que por alguna causa que no conozco estás de viaje,
un océano más poderoso que la noche te lleva entre sus manos

como una flor dispersa...

Tu retrato me mira desde donde no estás,
desde donde no te conozco ni te comprendo.

Allí donde todo es mentira dejas tus ojos para mirarme.

Deposita entonces en mí algunas de esas flores que te han dado,
algunas de esas lágrimas que cierta noche guiaron mis ojos al amanecer:
también en mí hay algo tuyo que no puede ver nadie.

Yo sé que por alguna causa que no conozco te has ido de viaje,
y es como si nunca hubieras estado aquí,
como si sólo fueras –tan pronto– uno de esos cuentos que alguna vieja criada
me contó en la cocina de pequeño.

Mienten las cosas que hablan de ti
tu rostro último me mintió al inclinarme sobre él,
porque no eras tú y yo sólo abrazaba aquello que el infinito retiraba
poco a poco, como cae a veces el telón del teatro,
y algunos espectadores no comprendemos que la función ha terminado
y es necesario salir a la noche lluviosa.

Más acá de esas aguas oscuras que golpean las costas de los hombres,
estoy hablando de ti como de una historia
que tampoco conozco.

(6 de febrero de 1965, México).

7

madre, madre

nada nos une ahora, más que tu muerte,

tu inmensa fotografía como una noche en el pecho,

el único retrato tuyo que tengo ahora es esta oscuridad,
tu única voz es el silencio de tantas voces juntas,

es preciso que ahora tu blancura acompañe a las flores cortadas,
ningún otro corazón de dormir hay en mí que tus ojos ausentes,
tus labios deshabitados que no tienen que ver con el aire,
tu amor sentado en el sitio en que nada recuerda ni sabe,
ahora mis palabras se han enrojecido en su esfuerzo de alzar el vuelo,
pero nada puede comerse en este sitio donde yo te responde

como si tú me estuvieras llamando,
nadie puede infringir las reglas de esta mesa de juego a la que estamos sentados,
a solas como el mar que rodea el naufragio

hemos de contemplarnos tú y yo,
nada nos une ahora, sólo ese silencio,
único cordón umbilical tendido sobre la noche
como un alimento imposible,
y por allí me desatas para otro silencio,

en las afueras de estas palabras,
nada nos tiene ahora reunidos, nada nos separa ahora,
ni mi edad ni ninguna otra distancia,
y tampoco soy el niño que tú quisiste,
no pactamos ni convenimos nada,
nuestras melancolías gemelas no caminaban tomadas de la mano,
pero desde lejos algunas veces se volvían a mirarse
y entonces sonreían,

ahora un poco de flores para mí
de las que te llevan,

también en mí hay algo tuyo a lo que deberían llevarle flores
ese algo es el niño que fui,
ya nada nos une a los tres,
a ti, a mí, a ese niño,
(22 de mayo de 1965, México)

La bella durmiente

*Aunque vengas mañana
en tu ausencia de hoy perdí algún reino.
Carlos Pellicer*

Tal vez retornan aquellas imágenes,
abrimos la caja de cristal y tomamos nuestra antigua cabeza, nuestros primeros espejos
ocultos allí,
y acariciamos temblando los labios de esa boca, que parece atrapada por aquel irresistible
deseo de morder el infinito
pasamos los dedos por el suelo de esa frente, por la apariencia de las mejillas que se
resisten a la revelación,
y ya para entonces, otra vez, nos hemos olvidado de la forma de nuestra antigua cabeza,
del deseo de esta mano con que aún acariciamos,
hemos perdido para entonces la cuenta
de nuestras estrellas y de nuestras hormigas.

Tal vez retornan aquellas imágenes,
tal vez aparece lo que quisimos que fuera el amor,
la costumbre de acariciarnos desde lejos, las señales de espejo aprovechando cierto rayo de
sol,
la clave Morse de los ahogados aprovechando la migración de ciertos peces,
los días de la convalecencia y el olor de la sal en los buques abandonados.

Tal vez sólo fue esa costumbre de acariciarnos así,

de imaginarnos así,
en secreto,
en aire no compartido,
en respiración por separado,
pasando lentamente la mano por la sospecha de una caricia, como alguien que mira hacia el
mar viendo desde su cama la pared de su cuarto.

Tal vez aparece nuestra pequeña y antigua ropa, nuestro antiguo descaro y nuestro antiguo
pudor,
nuestro crecimiento por separado y nuestro amor por separado,
el delicioso escondite al que no hemos podido regresar
porque extraviamos el plano o porque la imaginación lo ha cubierto con arena,
de blancas y suaves colinas parecidas al desencanto.

Entonces la caja de cristal donde reposa nuestra cabeza de antaño
puede caer de nuestras manos,
entonces nuestros rostros pueden embellecerse con el desamparo de nuestra primera boca,
aquella con la que imaginábamos el mundo y el beso del mundo
y la piel que se resiste a la caricia, como una virgen atrapada por el invierno,
y ahora nuestras bocas se iluminan con aquello que entonces
no supimos besar.

Y nos vemos desde aquí, nos tocamos y nos esperamos, fuimos en nuestras distancias,
en las palabras donde las bocas quieren fundar breves puertos,
referencias de un mundo asediado por su invención,
y nos tocamos y nos esperamos,
sonriendo sin remedio, vacilando sin remedio, la boca casi seca por el sabor de lo irreal,
aplastados por una lucidez en la cual tampoco creemos.

(Alguien acaba de encender la noche en nuestros ojos, alguien acaba de asistir a una
ejecución en nuestra mirada),
y nos preguntamos por dónde, a qué hora, en que sucesión de imágenes vamos a
reconocernos.

Nos entregamos por un instante al *instante*,
por un momento dejamos de existir en todos los sitios donde nos recuerdan o donde nos olvidan,
las leyes de la ciudad no nos tocan,
por un instante somos *los otros*
aquellos dos en los que tanto soñamos.
Y nos reímos un poco torpes, un poco avergonzados de nuestra creación,
como los niños que habíamos matado, aquellos dos por donde pasamos
para llegar hasta esta mirada
hermosa y vacilante de ahora.

Y nos herimos con cuidado, sin evitar nuestras marcas de viaje;
hay cierta paciencia en esa sonrisa que no se resuelve como un animalillo cansado,
y nos miramos, penetramos en esas zonas
donde los ojos se construyen a sí mismos, dejándose llevar por las alianzas de sus
imágenes.

Y me hablas de esa niña de trenzas,
aplastada por sus catorce años, confundida por la belleza de sus piernas,
avergonzada y perdida, vengándose de *algo* con cada muchacho que salía,
sabiendo oscuramente que estaba perdida desde entonces, acobardada sin remedio desde
entonces,
buscando la justificación, el sollozo que no estaba presente;
y yo te hablo de aquel niño que no tenía donde esconderse
porque la casa era demasiado grande, porque ya era demasiado tarde,
y el cadáver de su infancia se pudría entre sus manos,
te hablo de aquel niño devorando lentamente con sus nuevos colmillos
su antiguo corazón.

Y no hay amargura en nosotros,
tampoco le ponemos un gran lazo azul a nuestra resignación,

porque esos niños se han ido igual que nosotros nos iremos un día,
y es inútil que se asomen sus pequeñas bocas en nuestros besos,
no importa que sean sus pequeñas manos las que se toquen en nuestras manos,
esos niños se van siempre, y el rastro que dejan es inútil;
esos niños han muerto, nuestras manos deberán separarse
para seguir siendo reales.

Mujer, mujer,
mirándome, ¿viste algo? ¿Pensaste que podías ver algo?
¿Alguna pequeña señal? ¿La viste, la viste?

Mujer, “niña extraviada”, “bella muchacha sin libertad”,
frases manoseadas,
¿te sentiste conmigo la “niña extraviada”? ¿La “bella muchacha sin libertad”?
Trazando la tortura, fingiendo la tortura, ¿te torturabas más?
¿Te sentiste la chamaca pálida que caminaba a mi lado haciendo muecas y de la cual no te
hablé?
¿Quién creíste que eras? ¿Quién creí que era yo?

Tomados de la mano por las calles de un pueblo irreal,
tomados de la mano por las calles de una historia irreal, de una inútil alusión al pasado,
mirábamos la luz del atardecer en las viejas fachadas,
tomados de las manos como si fuera verdad, juntos como si fuera posible,
mirábamos los pinos al otro lado del atrio.
“En el patio de mi casa –dijiste- había unos pinos como éstos...”
Y no agregaste: “Ahora toma un hacha, córtalos de mi corazón
y plántalos en este anochecer...”
No, no pudiste agregarlos y yo no pude tomar el hacha que no existía.

Sí, juntos mirábamos esos pinos;
sí, juntos mirábamos esos pinos cada vez más oscuros al otro lado del atrio,
cada vez más al otro lado de algo, en otra parte, en otro sitio que posiblemente no

mirábamos,
tal vez en el lado de los leñadores de pinos, de los que manejan el hacha con la misma
belleza del amor,
en las montañas que sólo tú conocías,
en el país de donde el anochecer parecía llegarnos.

Sí, juntos escuchábamos aquel rumor del viento entre las ramas cada vez más oscuras, cada
vez más lejanas,
y la noche caía, igual que una túnica que resbala de los hombros de una mujer
que al quedarse desnuda se quedará invisible.
Juntos los dos, a punto de tomar el misterio,
a punto de que la desnudez nos invadiera con toda la fuerza de sus extensiones,
a punto de que la princesa dormida por siglos abriera los ojos,
a punto de que el joven viajero encontrara la entrada al castillo encantado,
a punto de que hubiera una posibilidad de existencia para ese castillo,
a punto de darle vida al maleficio, y por esta medida conjurarlo,
a punto de que hubiera una capa, una espada y una posibilidad de principado...
a punto solamente,
a punto de algo.

Y ya no recuerdo exactamente a punto de qué, ya no recuerdo quienes éramos,
algo he sabido de aquellos dos,
vagamente he oído en algún sitio de mis palabras, en algún laberinto de mi creación.
He sacudido antiguas imágenes, he destapado botellas no sé si vacías,
he empañado con ansiedad el antiguo juego de espejos.
En mi voluntad arde un pájaro oscuro,
las palabras pronto han adquirido el peso de los hechos desconocidos,
han tomado el aire verduzco de las estatuas, de las vagas y dudosas realizaciones de las que
habla la Historia,
y esta frase se siente perdida...

Ya no sé quiénes somos;
en un acantilado el mar bruñe la roca con la lechosa luz
de un movimiento crepuscular vacío,
la primavera retoca sus retratos canturreando en voz baja,
pasan las aves que le faltaban a la noche...

Ya no sé quiénes somos;
el mar no está aquí, la roca no está aquí, la primavera no tiene retratos,
no vuelan los pájaros que necesita la noche.

Ya no sé quiénes somos;
tal vez mañana alguno de los dos lo sepa,
y tal vez entonces sea necesario sonreír, fingir que recordamos,
fingir que somos nosotros,
y ese anochecer en el atrio, mirando los pinos, escuchando el rumor del viento en sus ramas
escuchando el rumor del viento en la manera como mirábamos los pinos;
ese anochecer cerrará las ventanas de sus propias imágenes
y será el dato falseado de su propia memoria.

Y ahora estos elementos, estas formas de decirnos adiós con imaginarias preguntas,
con fuegos de artificio, con imposibles pinos plantados en un patio,
con nuestra leyenda más verdadera que nosotros, más hermosa y más arbitraria.
Después, tal vez sepamos que nuestros actos de entonces no fueron de nuestra codicia en el
mundo,
y que tampoco lo fue ese vago sentimiento de este lado del atrio
mientras mirábamos anochecer en los pinos,
o tal vez no sepamos con exactitud si fuimos palpados por una vida que no acertamos a
conocer,
y que tal vez quién sabe,
fuimos por un instante
aquellos dos “que reinaron y vivieron muy felices”
según terminaba el libro de cuentos.

Recomenzando siempre el mismo discurso,
el escurrimiento sesgado del discurso, el lenguaje para distraer al silencio;
la persecución, la prosecución y el desenlace esperado por todos.
Aguardando siempre la misma señal,
el aviso del amor de peligro, de como quieran llamarle.
(Quiero decir ese gran reflector encendido de pronto...)

La noche enrojeciendo, la situación previa y el pacto previo enrojeciendo,
durante la sospecha de la gran visita, mientras las costras sagradas se desprenden
del cuerpo antiquísimo de la resurrección.

Quiero decir
el gran experimento.
buscándole a Dios en las costillas de la teoría de la costilla faltante,
y perdiendo siempre la cuenta de esos huesos
porque las luces eternamente se apagan de pronto, mientras volvemos a insistir en hablar a
través de ese corto circuito,
de esa saliva interrumpida a lo largo de aquello que llamamos el cuerpo de Dios, el deseo
de luz encendida.

Llamando, llamando, llamando.
Llamando desde el radio portátil oculto en cualquier parte,
llamando al sueño con métodos ciertamente sofocantes, con artificios inútilmente reales,
con sentimientos cuidadosa y desesperadamente elegidos,
con argumentos despellejados por el acometimiento que no se produce.
Palabras enchufadas con la corriente eléctrica del vacío, con el cable de alta tensión del
delirio.
(Acertijos empañados por el aliento de ciertas frases, de ciertos discursos acerca del
infinito.)

Recomenzando, pues, el mismo discurso,
recomenzando la misma conjetura,
el Clásico desperfecto en mitad de la carretera,
el Divinal automóvil con las llantas ponchadas
entorpeciendo el tráfico de las lágrimas y de los muertos, que transitan Clásicamente en
sentidos contrarios.

Recomenzando, pues, la misma interrupción,
La pedorreta histórica de las llantas ponchadas,
el sofisma de cada resurrección,
el ancla oxidada de cada abrazo,
el movimiento desde adentro del deseo y el movimiento desde afuera de la palabra,
como dos gemelos que no se ponen de acuerdo para nacer,
como dos enfermeros que no se coordinan para levantar al mismo tiempo el cuerpo del
[trapequista herido.

(Aquí el ingenio de la frase ganguea al advertir de pronto su sombrero de copa de
ilusionista;
ese jabón perfumado por la literatura con el cual nos lavamos las partes irreales del cuerpo,
o sea el radio de acción de lo que llamamos el alma,
las vísceras sin clave precisas, los actos sin clave precisa,
la danza de los siete velos velada por la transparencia del dilema;
y por la noche, antes de acostarse,
la dentadura postiza en el vaso de agua,
la herida postiza en el vaso de agua, el deseo postizo en el vaso de agua.)

La señal... la señal... la señal...

Así sonríes sin embargo, confiando otra vez en tu discurso,
mirándote pasar en tus estatuas,

flotando nuevamente en tus palabras.

La señal, la señal, la señal.

Y entretanto paseas por tu habitación.

Sí, estás aguardando tan sólo el aviso,
ese anuncio de amor, de peligro, de como quieran llamarle,
ese gran reflector encendido de pronto en la noche.

Y entretanto miras tu capa,

contemplas tu traje y tu destreza cuidadosamente doblados sobre la silla, hechos
especialmente para ti,

para cuando la luz de ese gran reflector pidiendo tu ayuda, aparezca en el cielo nocturno,
solicitando tu presencia salvadora en el sitio del amor
o en el sitio del crimen.

Solicitando tu alimentación triunfante, tus aportaciones al progreso,
requiriendo tu rostro amaestrado por el esfuerzo de parecerse a alguien
que acaso fuiste tú mismo
o ese pequeño dios, levemente maniático,
que se orina en alguna parte cuando tú te contemplas en el espejo.

Miras por la ventana

y esperas...

La noche enrojecida asciende por encima de los edificios traspasando su propio resplandor
rojizo,

dejando atrás las calles y las ventanas todavía encendidas,
dejando atrás los rostros de las muchachas que te gustaron,
dejando atrás la música de un radio encendido en algún sitio y lo que sentías cuando
escuchabas la música de un radio encendido en algún sitio.

Sigue la noche subiendo la noche,

y en cada uno de los peldaños que va pisando, una nueva criatura de la oscuridad rompe su

cascarón de un picotazo,
y en sus alas que nada retienen, el vuelo balbucea los restos del peldaño o cascarón diluido
ya en aire;
y mientras tanto tú no llegas aún para salvarte y salvar a esa mujer
que según dices
debe ser salvada.

¿En qué sitio, en qué jadeo
el sueño recorre el apetito reconcentrado de los dormidos?
¿Qué ola es ésta, que al golpear contra el casco
hace que el marinero de guardia ponga atención por un momento para decirse después que
no era nada
y torne a pasearse por el cuarto, mirando de vez en cuando por la ventana las luces
dispersas de la calle?

¿Qué ir y venir está gastando el cuerpo de su andanza
contra el casco manchado, cubierto de parásitos marinos?

...porque de pronto has dejado de pasearte por la habitación.
¿Acaso escuchas realmente ese ruido? ¿Ese ruido viene del pasillo o viene de tu deseo?
(Cierta especie de ruido que tropieza con cierta especie de silencio dentro de ti,
como alguien que se topa con una silla al caminar a oscuras...)

¡Tal vez ya prendieron el reflector para pedirte auxilio!
¡Tal vez fue esa mujer quien lo encendió!

Pero no, todavía no,
nadie camina por el pasillo hacia tu puerta, nadie tropieza con una silla dentro de ti,
y allí están doblados tu traje de héroe y tus sentimientos de héroe
listos para cuando entres en acción.

¿Pero por qué no han encendido ese gran reflector?
¿Es sólo el ascenso de la noche lo que deja sus cascarones rotos en el aire?

¿Qué criatura de la oscuridad picotea para que el aire tome forma de cascarón roto, de
[peldaño dejado atrás?

¿Qué es aquello que detiene de súbito tus paseos por la habitación mientras te dices
“Acaso deba esperar otro rato”?

Y vuelves a asomarte por la ventana.

¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo rayándolo fugazmente con sus pequeñas luces
de navegación?

Y algo dentro de ti que tú crees que es la noche allá afuera,
cruje pisando cascarones rotos, peldaños donde el cuerpo de su andanza deja un hilo
finísimo de baba o soliloquio,
mientras retorna el fantasma de una mujer bandeado por la oscuridad
donde el mar se encaverna después del zarpazo,
y ese fantasma, que es la otra cara de la espuma, repite contra el casco del barco el golpe
del sueño
salpicando al silencio desde lejos.

Y vuelves a asomarte por la ventana.

¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo?

¿Qué es ese ruido que te hace mirar tu traje y tu antifaz,
y asomarte después por la ventana?

Ir y venir alrededor de una silla,

envesado viaje alrededor de una silla, guardando el equilibrio difícilmente
al caminar y girar sobre un hilo finísimo de saliva.

Ir y venir, habladuría alrededor de una silla donde está un extraño traje doblado,

ir y venir alrededor de un viejo y descompuesto automóvil que estorba el tráfico en la
carretera,

gestos entrecruzados, habladuría de ventanas y escaleras

labrando la estatua cuyo sentido griego vacila y se viene abajo en el trayecto entre una

ventana y un reflector que no se ha encendido,
mientras los cascarones rotos de la oscuridad crujen y se disuelven bajo el brusco aleteo
con que la oscuridad va impulsando la noche.

Y otra vez te paseas,
¿quieres desovillar el hilo de saliva, el hilo de palabras sobre el que te balanceas en precario
equilibrio?

¿En qué juego de tus frases, en qué humillante silencio has puesto el oído?

Y otra vez te paseas y otra vez te vuelves hacia la ventana,
pero ese resplandor... pero ese resplandor que descubres de pronto,
es el amanecer,
palidísimo gesto de esa luz entre los edificios, donde el silencio enhebra las pisadas lejanas
de todo lo nocturno.

¿Y ahora,
qué es lo que sientes que se aleja,
como alguien corriendo descalzo por la playa, entre la niebla que la luz va a ocupar?
¿Y en esa claridad en aumento, acaso puede todavía distinguirse
la señal de un reflector encendido?

Paseos alrededor de una silla donde está un extraño traje doblado,
monólogo alrededor de una silla donde está un simulacro en forma de traje doblado,
mientras el amanecer se deja llevar por su propia marea ascendente, y por el ruido de las
barredoras mecánicas y de los primeros camiones urbanos
que aparecen por las calles desiertas.

José Emilio Pacheco

(1939- 2014)

Nació en la ciudad de México el 30 de junio. Cátedras en diversas universidades de Estados Unidos, Inglaterra y Canadá. Premio Nacional de Poesía (1969). Crítico y cronista literario. Fue investigador en el Departamento de Investigaciones históricas (Instituto Nacional de Antropología e Historia). En 1957 dirigió con Carlos Monsiváis el suplemento que la Revista Estaciones, abrió para los escritores jóvenes de entonces. Practicó el periodismo literario en muchas de las publicaciones de los últimos años, (*Universidad de México, La cultura en México, Diálogos*, etc.).

En los años setenta, José Emilio Pacheco era la insignia de una poesía discretamente comprometida y fácil de imitar para los principiantes. En los años noventa, década de acedia política y bizantinismo estético, lo fácil es copiar a Déniz y dar una jerga pedante por poesía. A diferencia de su hermano espiritual, Carlos Monsiváis, quien comete errores políticos porque hace política, José Emilio Pacheco logró colocarse por encima de la contaminación pública. Esa función no es postiza. Es tan íntima que se traduce en una poesía civil y ecologista, y en un periodismo cultural consecuente con su moralismo.

Ha quedado en segundo término esa austeridad mimética de su poesía, que era lo que a Paz como a Zaid y a Guillermo Sucre les gustaba. Es asombroso que un erudito en la tradición poética, lo mismo en lengua española que en lengua inglesa, como Pacheco, se haya empeñado en escribir (y en corregir y reescribir) una poesía tan primaria. La suya es, esencialmente, la poesía de un pedagogo.

Libros: Los elementos de la noche (1963), *El reposo del fuego* (1966), *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1970), *Irás y no volverás* (1973), *Islas a la deriva* (1976), *Desde entonces* (1979), *Los trabajos del mar* (1983), *Miro la tierra* (1987), *Ciudad de la memoria* (1990), *El silencio de la luna* (1996), *La arena errante* (1999), *Siglo pasado* (2000), *Tarde o temprano* (Poemas 1958-2009) (2009; poesía completa, FCE), *Como la lluvia* (2009), *La edad de las tinieblas* (2009), *El espejo de los ecos* (Taller de comunicación gráfica, 2012).

Memoria

No tomes muy en serio
lo que te dice la memoria.
A lo mejor no hubo esa tarde.
Quizá todo fue autoengaño.
La gran pasión
sólo existió en tu deseo.

Quién te dice que no te está contando ficciones
para alargar la prórroga del fin
y sugerir que todo esto
tuvo al menos algún sentido.

Manuscrito de Tlatelolco

(2 de octubre de 1968)

1. Lectura de los «Cantares Mexicanos»

Cuando todos se hallaban reunidos
los hombres en armas de guerra cerraron
las entradas, salidas y pasos.
Se alzaron los gritos.
Fue escuchado el estruendo de muerte.
Manchó el aire el olor de la sangre.

*

La vergüenza y el miedo cubrieron todo.
Nuestra suerte fue amarga y lamentable.

Nos ensañó con nosotros la desgracia.

Golpeamos los muros de adobe.

Es toda nuestra herencia una red de agujeros.

2. Las voces de Tlatelolco

(2 de octubre de 1978: diez años después)

Eran las seis y diez. Un helicóptero

sobrevoló la plaza.

Sentí miedo.

Cuatro bengalas verdes.

Los soldados

cerraron las salidas.

Vestidos de civil, los integrantes

del Batallón Olimpia

—mano cubierta por un guante blanco—

iniciaron el fuego.

En todas direcciones

se abrió fuego a mansalva.

Desde las azoteas

dispararon los hombres de guante blanco.

Disparó también el helicóptero.

*

Se veían las rayas grises.

Como pinzas
se desplegaron los soldados.
Se inició el pánico.
La multitud corrió hacia las salidas
y encontró bayonetas.
En realidad no había salidas:
la plaza entera se volvió una trampa.

—Aquí, aquí Batallón Olimpia.
Aquí, aquí Batallón Olimpia.

Las descargas se hicieron aún más intensas.
Sesenta y dos minutos duró el fuego.
—¿Quién ordenó todo esto?
Los tanques arrojaron sus proyectiles.
Comenzó a arder el edificio Chihuahua.

Los cristales volaron hechos añicos.
De las ruinas saltaban piedras.

Los gritos, los aullidos, las plegarias
bajo el continuo estruendo de las armas.

Con los dedos pegados a los gatillos
le disparan a todo lo que se mueva.
Y muchas balas dan en el blanco.

–Quédate quieto, quédate quieto:

si nos movemos nos disparan.

*

–¿Por qué no me contestas?

¿Estás muerto?

–Voy a morir, voy a morir.

Me duele.

Me está saliendo mucha sangre.

Aquél también se está desangrando.

–¿Quién, quién ordenó todo esto?

–Aquí, aquí Batallón Olimpia.

–Hay muchos muertos.

Hay muchos muertos.

–Asesinos, cobardes, asesinos.

–Son cuerpos, señor, son cuerpos.

Los iban amontonando bajo la lluvia.

Los muertos bocarriba junto a la iglesia.

Les dispararon por la espalda.

Las mujeres cosidas por las balas,

niños con la cabeza destrozada,

transeúntes acribillados.

Muchachas y muchachos por todas partes.

Los zapatos llenos de sangre.

Los zapatos sin nadie llenos de sangre.

Y todo Tlatelolco respira sangre.

–Vi en la pared la sangre.

*

–Aquí, aquí Batallón Olimpia.

–¿Quién, quién ordenó todo esto?

–Nuestros hijos están arriba.

Nuestros hijos, queremos verlos.

–Hemos visto cómo asesinan.

Mire la sangre.

Mire nuestra sangre.

En la escalera del edificio Chihuahua

sollozaban dos niños

junto al cadáver de su madre.

–Un daño irreparable e incalculable.

Una mancha de sangre en la pared,

una mancha de sangre escurría sangre.

Lejos de Tlatelolco todo era
de una tranquilidad horrible, insultante.

—¿Qué va a pasar ahora,
qué va a pasar?

Contra Harold Bloom

Al doctor Harold Bloom lamento decirle
que repudio lo que él llamó «la ansiedad de las influencias».
Yo no quiero matar a López Velarde ni a Gorostiza ni a Paz ni a Sábines.
Por el contrario,
no podría escribir ni sabría qué hacer
en el caso imposible de que no existieran
Zozobra, Muerte sin fin, Piedra de Sol, Recuento de poemas.

Conclusiones

*Más acá de esas aguas oscuras que golpean las costas de los hombres,
estoy hablando de ti como de una historia
que tampoco conozco.
José Carlos Becerra*

Dentro de la travesía que significó el acercamiento a la poesía mexicana a través de las antologías, resulta en la mayoría de los casos esclarecedor, en muchas otras, limitante. Esta razón estriba en el funcionamiento de la poesía y las antologías mismas, es decir, aunque no se tiene una rúbrica específica de lo que se debe, o no incluir, se puede acordar que muchas antologías coinciden en sus temas, autores y posturas, restringiendo las posibilidades que el lector podría tener ante la poesía, de manera clara y específica. Sirva de ejemplo el listado que se elaboró como parte de la investigación en dónde se mencionan qué poemas y poetas son incluidos por material antológico y se podrá observar cierta similitud entre unas y otras.

Por lo anterior, ha sido importante delimitar el contexto histórico en que la obra poética se “produce” lo cual permite al lector y al crítico asimilar de manera rizomática las vertientes en las que deriva el estudio de la poesía, su acontecer y devenir en antología. Se plantea esta imagen rizomática para esclarecer la funcionabilidad casi en espiral, donde en cada vuelta que se da sobre la creación poética como eje se continúa expresando una nueva posibilidad, la cual dará al entendimiento poético una herramienta no tan contemplada, la de la creación constante.

Algunas de las antologías poéticas en México logran de manera contundente este propósito, el de la divulgación y el de transferir el gusto poético del antólogo en el lector, ejemplo de ello son: *Poesía en Movimiento* (Paz, Pacheco, Chumacero y Aridjis; 1966) y la *Antología general de la poesía mexicana* (Argüelles; 2014). La primera se desarrolla con un fin lúdico, un propósito de ejemplificar las posibilidades del juego ante la poesía y los binarios, contraponiéndose a la estética académica que imperaba en el momento. La segunda antología, y la de más reciente publicación, persigue el fin lúdico de la primera, sin dejar atrás la posibilidad crítica y caleidoscópica que las antologías permiten mostrar; es una antología en dos tomos, que acerca al lector, uno especializado y uno en aras de serlo, a

conocer la pluralidad de voces líricas con las que el país cuenta. Ambas reafirman su compromiso ante la poesía y dejan en claro –desde su prólogo–, que la imagen de mayor importancia para los antólogos, editores y lectores de estos materiales debe ser la poesía misma.

Con la conclusión de este trabajo, se propone que debe contemplarse a las antologías como un género literario, si es que se quiere ver así. Por todas las bondades que en ellas encontramos. Sin embargo, se hace esta mención porque en las antologías se localiza la pretensión de apuntalar textos y poetas claves para una generación o movimiento; al igual que el de conservar de manera constante una rotación de los elementos que giran en torno a la poesía. Visto así desde el antólogo, el poeta, el lector, e igualmente el mundo editorial. Debe tenerse cautela también en considerar a todas las antologías como un texto canónico, por el contrario, son pocas las que logran mantenerse como un reflejo determinado de su época y autores, como los textos mencionados a lo largo de este trabajo, tales como: *Antología de la poesía mexicana moderna* (Maples Arce, 1940) o el caso de *Museo poético* (Salvador Elizondo, 1974), las cuales a pesar de ser un ejercicio fantástico de selección, no lograron trascender en la historia literaria, ni editorial y encontrarlas de manera física, o virtual, es un tanto complejo. O el caso de antologías que mantienen una línea temática y de selección muy restringida y poca atención a los textos permitiendo el error en su publicación.

Es indiscutible aclarar que, para la conformación de una antología, se debe tener en mente los aspectos mencionados con anterioridad desde el diagrama uno; tampoco hay que perder de vista los elementos que le dan al texto mayor importancia, tales como el prólogo, el tema, el título e inclusive la organización de los factores, es decir, si se hará una antología de autores, como la gran mayoría, o una por temas, como es el caso de *Ómnibus de la poesía mexicana* de Gabriel Zaid (1971), quien en la advertencia aclara al lector que su propósito es sembrar en él la inquietud de leer y releer fragmentos que al propio Zaid le permitieron enamorarse de la poesía. En el antólogo recae la fuerza teórica y crítica; quien llevará la batuta y quien, según Susana González Aktories, deberá cumplir con diversas características, las cuales contemplan aspectos como la cercanía a los autores antologados, la formación, la sincronía temática y el conocimiento de la época contemplada. Sin olvidarse del criterio que estipule como el dominante.

Resulta significativo considerar que las antologías son el resultado de un acontecer del esfuerzo creativo de los amantes de la poesía, visto y analizado desde la imagen del caos; insistiendo en que no todas las posturas ante el caos deben ser vistas como algo negativo. De manera coloquial, lo vemos así, sin embargo, nos dan la posibilidad de conocer y abordar parte de la poesía y su recorrido historiográfico. Por esta razón, en el trabajo que aquí concluye, se consideraron estos aspectos, sin dejar a un lado la historia previa de la poesía mexicana, ni limitando del todo al lector ante lo que se suele encontrar como los textos clave de ciertos autores; al contrario, se buscó, de manera directa, permitirle conocer los textos completos o en su defecto, textos que no siempre son incluidos en antologías, pero mostrándolos desde un eje temático que fue el del caos, distinguido como uno de los elementos que problematizan a cada uno de los poetas aquí incluidos, desde su aceptación hasta su rotunda negación.

Es importante también considerar todos los aspectos que están cercanos a las antologías y todos aquellos que están involucrados dentro del funcionamiento de éstas; es decir, al poeta, antólogo y lector, estos tres elementos y actores emprenden un camino juntos en el que ligan sus posibilidades, sus intereses y con ello, buscan mostrar y ejemplificar, los dos primeros, un material que al lector le resulte benéfico, o en todo caso, logre cuestionarse acerca de su condición humana a través de la selección que el antólogo le presenta.

Sobre la propuesta que aquí se ha desarrollado es una valentía y goce. Sin embargo, deberá tenerse en mente que todo acercamiento a la poesía, y a la literatura en general, estará segado por el interés del antólogo, que más allá del planteamiento teórico que éste quiera reflejar, se proyecta parte de él y de sus intereses a través de la selección.

Sirva este trabajo de investigación y análisis para trabajos posteriores, permitiéndole al joven antólogo, o al viejo; reflexionar de manera constante sobre su labor ante la poesía, primordialmente, e igualmente ante los lectores a los que se les abrirá la puerta y la consciencia.

Bibliografía

Amor, Guadalupe (2012). *Poesía imprescindible*. México: Terracota.

_____, Guadalupe (1956). *Antología poética*. Argentina: Colección Austral.

Argüelles, Juan Domingo (2014). *Antología general de la poesía mexicana. De la época prehispánica a nuestros días. Selección, prólogo y notas de Juan Domingo Argüelles*. México: Océano.

Becerra, José Carlos (1985). *El otoño recorre las islas*. México: Fondo de Cultura Económica y ERA.

Bonifaz Nuño, Rubén (1996). *De otro modo lo mismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Castellanos, Rosario (1984). *Juicios sumarios I y II*. México: Fondo de Cultura Económica.

_____ (1975). *Poesía no eres tú. Obra poética (1948-1971)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Coronado, Juan. *Vuelo de palabras. Antología de poética mexicana*. México: Offset editorial.

Connor, Steven (1996). *Cultura Postmoderna: Introducción a las teorías de la contemporaneidad*. Madrid: Akal.

Cuesta, Jorge (1985). *Antología de la poesía mexicana moderna*. México: Fondo de Cultura Económica/ Secretaría de Educación Pública.

_____ (1991). *Ensayos críticos*. Introducción: María Stoopan. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

_____ (1991a). *Poesía y crítica*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Lecturas mexicanas.

Del Paso, Fernando (2004). *PoeMar*. México: Fondo de Cultura Económica.

_____ (2001). *Sonetos del amor y de lo diario*. México: El Colegio Nacional.

Del Saz, Agustín (1972). *Antología General de la poesía mexicana (siglos XVI-XX). Estudio preliminar, bibliografía y selección de don Agustín del Saz, catedrático*. México: Brugera.

Díaz Mirón, Salvador (2004). *Antología poética. Selección y estudio preliminar de Pável Granados*. México: Océano.

_____ (2002). *Lascas*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Planeta.

Domínguez Michael, Christopher (2012). *Diccionario crítico de la literatura mexicana (1955-2011)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Frost, Elsa Cecilia (2009). *Las categorías de la cultura mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.

González Aktories, Susana (1996). *Antologías poéticas en México*. México: Praxis.

Gorostiza, José (1996). *Poesía completa. Notas y recopilación de Guillermo Sheridan*. México: Fondo de Cultura Económica.

_____ (1992). *Muerte sin fin y otros poemas*. México: Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública.

Granados, Pável (2010). *El mediodía del modernismo en el ocaso del Porfiriato. La poesía en México al iniciar el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gutiérrez Nájera, Manuel. (2003) *Obras*. Estudios y antología general de José Luis Martínez. México: Fondo de Cultura Económica.

Huerta, Efraín (2006). *Antología poética; prólogo y selección de Carlos Montemayor*. México: Fondo de Cultura Económica.

_____ (1995). *Poesía completa; ed. a cargo de Martí Soler. Prólogo de David Huerta*. México: Fondo de Cultura Económica.

List Arzubide, Germán (1986). *El movimiento estridentista*. México: Fondo de Cultura Económica.

López Velarde, Ramón (1979). *Poesías completas. El minuterero. Don de Febrero. Prólogo de Margarita Villaseñor*. México: Promexa editores.

_____ (1983). *La Suave Patria y otros poemas*. México: Fondo de Cultura Económica/ Secretaría de Educación Pública.

Maples Arce, Manuel (1981). *Las semillas del tiempo. Obra poética (1919-1980)*. Estudio Preliminar por Rubén Bonifaz Nuño. México: Fondo de Cultura Económica.

Michelena, Margarita (1969). *Reunión de imágenes*. México: Fondo de Cultura Económica.

Millán, Eduardo (2004). *Resistir. Insistencias sobre el presente poético*. México: Fondo de Cultura Económica.

Monsiváis, Carlos (1979). *Poesía Mexicana II. (1915-1979). Introducción, selección y notas de Carlos Monsiváis*. México: Promexa editores.

_____ (2008). *Escribir por ejemplo. De los inventores de la tradición*. México: Fondo de Cultura Económica.

Montes de Oca, Francisco (2006). *Poesía mexicana*. México: Porrúa.

Novo, Salvador (1995). *Nuevo amor y otras poesías*. México: Fondo de Cultura Económica.

Núñez Ang, Eugenio. (2000) *Literatura del siglo XX (poesía). Algunos autores y movimientos representativos*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.

Ochoa, Enriqueta (1987). *Retorno de Electra*. México: Secretaría de Educación Pública y Editorial Diógenes.

Owen, Gilberto (1996). *Obras*; Ed. de Josefina Procopio; prólogo de Alí Chumacero. Recopilación de textos por Josefina Procopio, Miguel Capistrán, Luis Mario Schneider e Inés Arredondo. México: Fondo de Cultura Económica.

Pacheco, José Emilio (1984). *Fin de Siglo y otros poemas*. México: Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública.

_____ (1982). *Poesía modernista. Una antología general*. México: Secretaría de Educación Pública/Universidad Nacional Autónoma de México.

_____ (1979). *Poesía Mexicana I. (1810-1914). Introducción, selección y notas de José Emilio Pacheco*. México: Promexa editores.

Patiño, Maricruz y Luna, Leticia (2011). *Cinco siglos de poesía femenina en México, Tomos I, II y III*. México: Biblioteca Mexiquense del Bicentenario.

Paz, Octavio; Chumacero, A.; Pacheco, J.E. y Aridjis, H (1970). *Poesía en Movimiento, México (1915-1966); prólogo de Octavio Paz*. México: Siglo XXI editores.

Paz, Octavio (1994). *La casa de la presencia. Obras Completas I*. México: Fondo de Cultura Económica.

Pellicer, Carlos (1996). *Poesía completa. Volumen I, II y III. Edición de Luis Mario Schneider y Carlos Pellicer López*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Nacional Autónoma de México y Ediciones Del Equilibrista.

_____ (1984). *Horas de Junio y Práctica de Vuelo*. México. Fondo de Cultura Económica.

Reyes, Alfonso (1976). *Obra Completa, tomo I. Cuestiones estéticas, capítulos de literatura mexicana, varia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Romero Tobar, Leonardo (2006). *La literatura en su historia*. España: Arco/libros S.L.

Sabines, Jaime (2007). *Poemas de amor. Selección y prólogo de Mario Benedetti*. México: Joaquín Mortiz.

Schneider, Luis Mario (1975). *La literatura mexicana en polémica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Segovia, Tomás (2006). *La palabra inobediente*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Stanton, Anthony (1998). *Inventores de tradición: Ensayos sobre poesía mexicana moderna*. México: Fondo de Cultura Económica/Colegio de México.

Stoopen, María (1991). *Ensayos críticos. Jorge Cuesta*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Touraine, Alain (2006). *Crítica de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Urquiza, Concha (1990). *El corazón preso*. Recopilación de Gabriel Méndez Plancarte. Recopilación de poemas dispersos y presentación de José Vicente Anaya. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Valdés, Héctor (1982). *Los contemporáneos. Una antología general*. México: Secretaría de Educación Pública/ Universidad Nacional Autónoma de México.

Villaurrutia, Xavier (2013). *Nostalgia de la muerte. Edición crítica, introducción y notas: Luis Tizcareño*. México: La orquídea errante.

_____ (2006). *Obra poética*. Edición crítica y estudio introductorio de Rosa García Gutiérrez. España: Hiperión.

Zaid, Gabriel (2004). *Crítica del mundo cultural*. México: El Colegio Nacional.

_____ (1972). *Ómnibus de poesía mexicana. (Siglos XIV a XX: indígena, popular, novohispana, romántica, modernista, contemporánea)*. México: Siglo XXI editores.

Anexos

Antología de la poesía mexicana moderna

Selección y notas de Jorge Cuesta

Poeta	Poemas
Manuel José Othón (1858-1906)	Idilio Salvaje Soneto Una estepa del Nazas Soneto Ocaso
Salvador Díaz Mirón (1853-1928)	Preliminar de Melancolías y cóleras Engarce Canción medioeval Nox Beatus ille A ella El fantasma Dentro de una esmeralda Idilio [fragmento]
Francisco A. de Icaza (1863-1925)	En la noche Aldea andaluza Para el pobrecito ciego Alegría castellana
Luis G. Urbina (1867-1934)	Primer intermedio romántico El baño del centauro Noche clara La balada de la vuelta del juglar Mañana de sol El día silencioso Nuestras vidas son los ríos
Amado Nervo (1870-1919)	Viejo estribillo Evocación Y el Buda de basalto sonreía Pasas por el abismo de mis tristezas Tan rubia es la niña que No le habléis de amor En paz
Rafael López (1873-1943)	Tejed en guirnaldas las rosas bellas Huelen tus dieciocho años a mejorana Manuel de la Parra
Efrén Rebolledo (1877-1929)	Voto La vejez del sátiro Tú no sabes lo que es ser esclavo
José Juan Tablada (1871-1945)	Las abejas El saúz

	<p>El caballo del diablo El pavo real Mariposa nocturna El abejorro La luna El bambú Garza Caimán El mono Toninas Peces voladores 12 p.m. Sandía El insomnio Nocturno alterno</p>
Enrique González Martínez (1871-1952)	<p>Cuando sepas hallar una sonrisa Los días inútiles Mi tristeza es como un rosal florido Parábola del vino añejo Parábola del huésped sin nombre La cautiva Casa con dos puertas El poema de los siete pecados Lamentación de otoño</p>
Manuel de la Parra (1878-1942)	<p>La cisterna A mi madre El vigía Un cuento de Grimm</p>
Ricardo Arenales (1883-1942)	<p>Canción de la vida profunda La reina Estancias Los desposados de la muerte Lamentación de octubre</p>
Ramón López Velarde (1888-1921)	<p>Mi corazón se amerita Tierra mojada El retorno maléfico Todo Te honro en el espanto La suave Patria</p>
Alfonso Reyes (1889-1959)	<p>La amenaza de la flor Glosas de mi tierra Por los deshielos de abril La tonada de la sierva enemiga</p>
Jaime Torres Bodet (1902-1974)	<p>Sueño Río Ruptura La sombra Música Verano La danza Romance</p>

	Espejo Manzana
Manuel Maples Arce (1900-1982)	Prisma Y nada de hojas secas Tras los adioses últimos Canción desde un aeroplano Paroxismo Saudade
Carlos Pellicer (1897-1977)	Estudio Tercera vez Deseos Segador Grupos de palomas Estudio Domingo El recuerdo Estudio La aurora
Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949)	Impresión Croquis Los cinco sentidos Cantar Son de altiplanicie Mujer de media noche Romance Espejismo Paseo
Enrique González Rojo (1899-1939)	Los cuatro mares <i>I. Mar del amanecer</i> <i>II. Mar del medio día</i> <i>III. Mar de tarde</i> <i>IV. Mar bajo la luna</i> Gracia de la fuente Guajiros Montaña rusa Cristales <i>¿Dónde estará la espuma...?</i> A reflejar el sol Ventana de sol Mujer desnuda Compás
Salvador Novo (1904-1974)	Viaje Almanaque Cine Naufragio Resúmenes Hanon Temprano Diluvio El amigo ido
José Gorostiza (1901-1973)	¿Quién me compra una naranja?

	<p>La orilla del mar Se alegra el mar Acuario Romance Dibujos sobre un puerto <i>El alba</i> <i>La tarde</i> <i>Nocturno</i> <i>Elegía</i> <i>Cantarcillo</i> <i>El faro</i> <i>Oración</i></p> <p>Otoño Panorama Ventanas</p>
Xavier Villaurrutia (1903-1950)	<p>Aire Cuadro Cézanne Pueblo Amplificaciones Calles Interior Poesía Fonógrafos Suite del insomnio <i>Eco</i> <i>Silbatos</i> <i>Tranvías</i> <i>Espejo</i> <i>Cuadro</i> <i>Reloj</i> <i>Agua</i> <i>Alba</i></p>
Gilberto Owen (1904-1952)	<p>Sombra Teologías Alegoría Viento Maravillas de la voluntad Interior Novela Poética</p>

Poesía en movimiento. México 1915-1966

Selección y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis.
Prólogo de Octavio Paz. Primera edición: 1966.

Poetas	Poemas
Homero Aridjis	A veces uno toca un cuerpo Es tu nombre y es también octubre Te amo ahí contra el muro destruido Antes del reino Mi mujer en primavera Dije si la luz fuera compacta como mi mano Donde el ensoñado y el soñado Más rápido que el pensamiento va la imagen Por fuera estás dormida y por dentro sueñas Mirándola dormir [Fragmento]
José Emilio Pacheco	De algún tiempo a esta parte Inscripciones La enredadera Nada altera el desastre... Sangre y humo alimentan las hogueras... Don de Heráclito Las palabras de Buda
Jaime Labastida	Ciudad bajo la lluvia Música contra la tormenta
Oscar Oliva	Rostro de la contemplación Buenos días... Habitada claridad Mientras tomo una taza de café... No está en ninguna parte...
Francisco Cervantes	Hablando entre dos agua El olor del estipendio Mambrú
Eraclio Zepeda	Asela
Jaime Augusto Shelley	Los pájaros El cerco Occidental Saxo Conjuración de la amada [Fragmento]
José Carlos Becerra	Relación de los hechos La mujer del cuadro El azar de las perforaciones
Sergio Mondragón	Calor Urnas, moscas y cigarras Padmasana Guru Domingo La poesía del sol
Gabriel Zaid	Acata la hermosura Nacimiento de Venus La ofrenda Circe

	<p>Pastoral Elegía por una luz entreabierta [Fragmento] Resplandor último Tumulto Nacimiento de Eva Semáforos Noche de luna A su amada madrugadora Oleajes Práctica mortal Reloj de sol</p>
Isabel Fraire	<p>Doblaron el viento Aún en vida un halo oscuro te rodeaba 81/2 La guitarra tenía un sonido ácido</p>
Juan Bañuelos	<p>Esta noche y sus viejos nómadas de blanco Viento de diamantes Anacreónica Donde sólo se habla de amor</p>
Marco Antonio Montes de Oca	<p>La luz en ristre El jardín que los dioses frecuentaron Canción para celebrarlo que no muere El sol no se alcanza Se agrieta el labio nace la palabra Mas he aquí al lince... La despedida del bufón Atrás de la memoria</p>
Thelma Nava	<p>Casi el verano Las señales Ven Petrópolis bajo la niebla</p>
Tomás Segovia	<p>Dime mujer dónde escondes... Una blancura te inunda... Confesión Desmesura Secreto Negrura Laque acoge y conforta Besos</p>
Rosario Castellanos	<p>Dos meditaciones Falsa elegía La velada del sapo Lo cotidiano Presencia Destino Agonía fuera del muro Amor</p>
Jaime Sabines	<p>Yo no lo sé de cierto... En los ojos abiertos de los muertos Tarumba A la casa del día</p>

	<p>A caballo Oigo palomas Si alguien dice que no es cierto Te puse una cabeza ¡Aleluya! Vamos a cantar He aquí que estamos reunidos Algo sobre la muerte del mayor Sabines</p>
Manuel Durán	<p>Los puentes La lluvia El viento Las piedras Los dioses en el café</p>
Jaime García Terrés	<p>La bruja Una invocación: (Guanabara) Ipanema Cantar de Valparaíso La fuente oscura Las tinieblas de Job Destierro Letanías profanas Toque del alba</p>
Rubén Bonifaz Nuño	<p>Nadie sale... Yo miro esto... No prevalecerá la limosnera Noche mortal y combatiente, niebla Volaron águilas, leones Siete de espadas</p>
Jorge Hernández Campos	<p>El presidente</p>
Juan José Arreola	<p>Elegía La caverna Telemaquia Dama de pensamientos El sapo Cérvidos Metamorfosis</p>
Alí Chumacero	<p>Poema de amorosa raíz A una flor inmersa El orbe de la danza Responso peregrino Los ojos verdes Salón de baile Monólogo del viudo Alabanza secreta El hijo natural</p>
Manuel Calvillo	<p>Libro del emigrante [Fragmento]</p>
Margarita Michelena	<p>Monólogo del despierto [Fragmento] La desterrada Golpe en la piedra [Fragmento]</p>
Efraín Huerta	<p>Declaración de odio</p>

	<p>Los hombres del alba La muchacha ebria Problema del alma [Fragmento] El Tajín Sílabas por el maxilar de Franz Kafka</p>
Octavio Paz	<p>Trabajos del poeta [Fragmentos] Mayúscula Un poeta Dama huasteca Himno entre ruinas Aquí Madrugada Vrindaban Madurai [Fragmentos] Viento entero</p>
Gilberto Owen	<p>Viento Poética Partía y moría Interior Historia sagrada Autorretrato O del subway Sindbad el varado (bitácora de febrero) [Fragmentos]</p>
Rodolfo Usigli	<p>¿Qué será de mi amor...? Testamento Fragmento</p>
Salvador Novo	<p>Momento musical Almanaque Naufragio Hanon Diluvio La historia Epifania Las ciudades La renovada muerte Tú, yo mismo... Junto a tu cuerpo... Glosa incompleta en tres tiempos sobre un tema de amor Del pasado remoto [Fragmento] Roberto el subteniente Never ever [Fragmentos]</p>
Elías Nandino	<p>Nocturno difunto Nocturno cuerpo</p>
Xavier Villaurrutia	<p>Poesía Nocturno dela estatua Nocturno en que nada se oye Nocturno sueño Nocturno amor Nocturno eterno Nocturno muerto Nocturno rosa Nocturno mar</p>

	Cementerio en la nieve Muerte en el frío
Jaime Torres Bodet	Pórtico Danza Buzo Dédalo
José Gorostiza	Pausas I Pausas II Acuario Dibujos sobre un puerto Muerte sin fin [Fragmentos]
Manuel Maples Arce	Urbe [Fragmento] Prisma Canción desde un aeroplano
Carlos Pellicer	Estudio Recuerdos de Iza Deseos Grupos de palomas Semana holandesa Estudios Estudio Esquemas para una oda tropical Poema pródigo He olvidado mi nombre
Bernardo Ortiz de Montellano	Segundo sueño Himno a Hipnos
Renato Leduc	Temas Inútil divagación sobre el retorno Invocación a la Virgen de Guadalupe y aun señorita del mismo nombre: Guadalupe... Epístola a una semana que nunca en su vida conoció elefantes
Julio Torri	A Circe El mal actor de sus emociones La conquista de la luna La vida del campo De la humildad premiada Mujeres
Alfonso Reyes	El destacado El mal confitero Golfo de México Caravana Para un mordisco Ifigenia cruel [Fragmento]
Ramón López Velarde	Mi prima Agueda Día 13 Mi corazón se amerita Tierra mojada El retorno maléfico Hormigas El candil

	<p>Todo... Humildemente... El sueño de los guantes negros</p>
José Juan Tablada	<p>El saúz Los gansos El pavo real La tortuga Los sapos Hojas secas Mariposa nocturna La araña La luna El bambú Hongo Libélula En Liliput Vuelos El mono Panorama Peces voladores 12p.m. Sandía El insomnio El burrito Li Po Nocturno alterno El alba en la gallera El ídolo en el atrio El loro La cruz del Sur</p>

Ómnibus de la poesía mexicana

Presentación, compilación y notas de Gabriel Zaid

Uno: Poesía Indígena	
I. Poesía anónima recogida entre los siglos XVI y XX	<ol style="list-style-type: none">1. <i>Cora</i> (siglo xx) Orígenes del venado, El camino del sol, El águila al volar sostiene el mundo, El pensamiento humano contra el divino, Las mujeres vinieron.2. <i>Chinanteco</i> (siglo xx) Canción de cuna, Canción de novios.3. <i>Huichol</i> (siglo xx) Cánticos de la peregrinación, Canciones de la experiencia del peyote, Cómo nació el violín, Canción de Taweakame.4. <i>Lacandón</i> Conjuro convencer a un tigre, Canto que alude al anterior, Para disuadir a un aparecido, Para tomar un día libre, Ofertorio.5. <i>Maratino</i> (siglo xviii) La victoria.6. <i>Maya peninsular</i> Canción al que será flechado, Canción al flechador, Canción de la flor de mayo, Bienvenida a la cruz, Los conquistadores destruyen Itzá, Despedida de los españoles.7. <i>Mazateco</i> (siglo xx) Cuatro canciones de flores, Letanías de María Sabina.8. <i>Mixe</i> (¿siglo xviii?) Canto del éxodo9. <i>Mixteco</i> Del mito de la creación, El gato.10. <i>Náhuatl</i> La edad de oro tolteca, El himno de los muertos, Inmolación de Quetzalcóatl, Fundación de México en 1325, Grandeza de México, Las mujeres de Chalco, Ruina de México en Tlatelolco, Contra los doce misioneros, Memorial de la fundación de Ajusco, Conjuro para diagnosticar, Refranes pareados, Madre mía.11. <i>Otomí</i> Canciones breves, La araña, Canciones sexuales.12. <i>Quiché</i> La creación.13. <i>Seri</i> El viento alegre14. <i>Tarahumara</i> Canto de la guacamaya, Danza del rutuburi.15. <i>Tarasco</i> (siglo xix y xx) La enredadera, Nostalgia de la Cruz del Sur, Mujer ingrata, Flor de canela.16. <i>Tzotzil</i> (siglo xx) Canción para la danza de la Luna, Rezo para curar epilepsia, Bienvenida a los muertos en su día.17. <i>Yaqui</i> Cuatro canciones para la danza del venado.18. <i>Zapoteco</i> Las tortugas, El desairado, La tórtola.

	<p>19. <i>Zoque</i> El nucú, El tecolote y el conejo.</p>
<p>II. Poetas de lengua Náhuatl (siglos XIV a XVI)</p>	<p>1. <i>Tlaltecatzin (siglo xiv)</i> A una cortesana</p> <p>2. <i>Netzahualcóyotl (1402-1472)</i> Yo Netzahualcóyotl lo pregunto, Percibo lo secreto, Estoy embriagado, No acabarán mis flores, Con mis flores escribes, Solo allá en el cielo, ¿Eres verdadero?, Dios no ha puesto caso en ninguna parte, Canto del exilio, Solamente él, Alegraos.</p> <p>3. <i>Cuacuauhtzin (siglo xv)</i> Canto del capitán enviado a la muerte.</p> <p>4. <i>Tochihuitzin (siglo xv)</i> Vinimos a soñar.</p> <p>5. <i>Xicoténcatl el Viejo (1425-1522)</i> Escudos como cántaros.</p> <p>6. <i>Nezahualpilli (1464-1515)</i> Desolación por la embriaguez de la guerra.</p> <p>7. <i>Totoquihuatzin (siglos xv-xvi)</i> Como el orfebre hace un collar</p> <p>8. <i>Ayocuan (siglos xv-xvi)</i> Los poemas son obra del cielo, Casas de Huejotzingo, Jaculatorias que cantaba yendo por los campos.</p>
<p>Dos: Poesía Popular</p>	
<p>I. Refranes pareados</p>	
<p>II. Oraciones y cánticos</p>	<p>1. <i>Conjurros</i> Para limpiar hechizados, Oración de los cuatro vientos, Oración del ánima sola, A Santa Marta enamorada, A la divina chuparrosa, Conjuero satánico, Liga para retener al hombre.</p> <p>2. <i>Oraciones y jaculatorias</i> A Santo Lino, A San Jorge, Al Ángel de la guarda, Alabado del Santísimo, Alabado del Sagrado Corazón, Alabado de la Virgen de Guadalupe, Alabado de fray Margil, consagración a la Virgen, Jaculatorias.</p> <p>3. <i>Las posadas</i> Para pedir y dar posada, Una bella pastorcita, Vamos, pastorcitos, No quiero oro, Para quebrar la piñata, Naranjas y limas, Esta sí que es Nochebuena.</p> <p>4. <i>Otros cánticos</i> Vamos, niños, al sagrario, Oh María, Himno guadalupano, Despedida de la Virgen,</p> <p>5. <i>Himnos protestantes</i> La esperanza, Decídetes, Oh juventud.</p>
<p>III. Arrullos y juegos infantiles</p>	<p>1. <i>Arrullos</i> Este niño lindo, Arestín de plata, Señora Santa Ana, Duérmase niño, Al rurrú raca.</p> <p>2. <i>Juegos para niños en brazos</i> Para que mueva el pie, Para que muevan la mano, Para que levanten rápidamente la cabeza, Para que se sienten a caballo, Para mecerlos y hacerles cosquillas, Para hacerlos aplaudir.</p> <p>3. <i>Cuentos de nunca acabar</i> Bartolo, Salí de México un día, Éste era un gato</p> <p>4. <i>Jitanjáforas</i> Una lorité, Ini ini, Tin Marín, De una de dola, Tarimbá.</p>

	<p>5. <i>Trabalenguas</i> La jipijapa, El emperejilado, Pablito, Tres tristes tigres, El Arzobispo de Constantinopla, Yo tenía un gato.</p> <p>6. <i>Adivinanzas (siglos xviii y xix)</i> a) Las tijeras, b) La piña, c) El plátano, d) La letra, e) El puente, f) Mi madre, g) La lengua, h) El carbón, i) La escoba, j) El cohete.</p> <p>7. <i>Juegos en corro</i> Somos indítaralas, La media muerte, Caballito blanco, La víbora de la mar, El nahual, Nana Caliche, Las cáscaras de huevo, Que llueva, Naranja dulce, limón partido, Naranja dulce, limón celeste, Doña Blanca, La pájara pinta.</p> <p>8. <i>Retahilas y exageraciones</i> Qu'esto y que l'otro, Los diez perritos, El piojo, Los elefantes.</p>
IV. Versiones de romances viejos	Cuchito, La pastora, Hilos de oro, La viudita, Mambrú, El piojo y la pulga, Don gato, La parca, Delgadina, Mi marido está en la cama, El mal de amor, Gerineldo, La zagala, ¿Dónde vas, Ramón Castillo?, Elena y el francés.
V. Coplas de Tipo Tradicional	
VI. Canciones bajo la Inquisición (siglos XVII y XVIII)	<p>1. <i>De 1645</i> Coplas de un prisionero</p> <p>2. <i>Archivos de 1766</i> Coplas del chuchumbé, Ya el infierno se acabó, Esta noche ha de pasear, Coplas del pan de jarabe</p> <p>3. <i>Archivos de 1796</i> Coplas de las bendiciones, Bolera.</p> <p>4. <i>Archivos de 1802</i> Coplas del jarabe gatuno, El torito.</p>
VII. Canciones políticas y de armas (siglos XIX y XX)	<p>1. <i>Guerra de Independencia (1810-1821)</i> Canción de Carlos IV, Canción de Apodaca, Canción de Morelos, Canción del sitio de Cuautla, Canción de Iturbide.</p> <p>2. <i>Invasión norteamericana (1846-1848)</i> La margarita, La pasadita.</p> <p>3. <i>Himno y Constitución (1854-1857)</i> Himno nacional, Los cangrejos, ¿Dónde vas, Isabel?</p> <p>4. <i>Intervención francesa (1862-1867)</i> La chinaca, Contra Juan Nepomuceno Almonte, Los colorados, La cucaracha porfirista, Adiós, mamá Carlota.</p> <p>5. <i>Paz y reelecciones (1867-1910)</i> No quiero paz, Canción de la Carambada, Canción de Félix Díaz, Contra el asesino del presidente McKinley, El desertor, El centinela.</p> <p>6. <i>Revolución (1910-1920)</i> La jesuita, La chinita, La chinita maderista, Soy soldado de levita, La Adelita, La Valentina, La guacamaya, La cucaracha villista, La voltereta, Las tres pelonas, El desterrado.</p> <p>7. <i>Movimiento estudiantil (1968)</i> Estribillos, Cantar de presos.</p> <p>8. <i>Movimiento chicano</i> Arriba, raza.</p>
VIII. Canciones del campo y los suburbios (1750-1950)	Los leñeros, Cielito lindo, La bamba, La malagueña, La llorona, La negra, Saucillo del cementerio, El venadito, Los barandales del puente, El capire, La semana del casado, Estando amarrado un gallo, El payo, Las mañanitas, La presa, Divinas fuentes, El sombrero ancho, Canción a un Santo Cristo, El barzón, El pagaré, El abandonado, Cuando tuve, El borracho, Los pochis.

IX. Corridos (1880-1950)	Corrido de Valentín Mancera, Corrido de Belén Galindo, Corrido de Heraclio Bernal, Corrido de Gregorio Cortes, Bola de Adán y Eva, Corrido de Cananea, Corrido de Saturnino, “La Perra”, Corrido de “El Quelite”, Corrido de Lucio Vázquez, Corrido de Teresa Durán, Corrido de Coleta Guillén, Corrido de Rosita Álvarez, Corrido del hijo desobediente, Corrido del traque, Corrido del cuaco lobo gatiado, Corrido de los dos hermanos.
x. Canciones románticas y modernistas (1850-1950)	<ol style="list-style-type: none"> 1. <i>Anónimas</i> Rayando el sol, Duerme, duerme, El murciélago, El jaquet, Ya se va la embarcación, Mariana, Paloma blanca, Amor que mate. 2. <i>Fernando Calderón (1809-1845)</i> La risa de la beldad. 3. <i>Dolores Guerrero (1833-1858)</i> Nomás a ti. 4. <i>Narciso Serradell (1843-1910)</i> La golondrina. 5. <i>Macario Torres (1854-1885)</i> La despedida. 6. <i>Arcadio Zúñiga (1854- 1892)</i> La barca de Oro. 7. <i>Manuel José Othón (1858-1906)</i> La casita. 8. <i>José López Alavés (1889)</i> Canción mixteca. 9. <i>Antonio Zúñiga</i> Marchita el alma. 10. <i>Luis Rosado Vega (1873-1958)</i> Las golondrinas, Peregrina. 11. <i>Fernando Luna y Drusina</i> Perjura. 12. <i>Emilio D. Uranga</i> La negra noche. 13. <i>José F. Elizondo (1880-1943)</i> Ojos tapatíos 14. <i>Manuel M. Ponce (1882-1948)</i> Estrellita, Lejos de ti. 15. <i>Antonio Médez Bolio (1884-1957)</i> El caminante del Mayab. 16. <i>María de la Portilla Grever (1885- 1951)</i> Volveré. 17. <i>Agustín Lara (1897- 1970)</i> Janitzio, Palmera, Mujer. 18. <i>Alfonso Esparza Oteo (1898- 1950)</i> Un viejo amor. 19. <i>Joaquín Pardavé (1900- 1955)</i> Aburrido. 20. <i>Elías Nandino (1903)</i> Usted. 21. <i>Ricardo López Méndez (1903)</i> Yo sé que nunca. 22. <i>Gonzalo Curiel (1904- 1958)</i> Tu boca y yo.

	<p>23. <i>Augusto "Guty" Cárdenas (1905-1932)</i> Quisiera, Ojos tristes.</p> <p>24. <i>Carlos y Pablo Martínez Gil (1907 y 1910)</i> No salgas niña a la calle, Relámpago.</p> <p>25. <i>Luis Alcaraz (1910-1963)</i> Prisionero del mar.</p> <p>26. <i>Gabriel Ruiz (1912)</i> Jamás.</p> <p>27. <i>Álvaro Carrillo (1920-1969)</i> Sabor a mí.</p> <p>28. <i>Consuelo Velázquez</i> Bésame mucho.</p>
XI. Poesía Burlesca (siglos XVI a XIX)	<p>1. <i>Siglo xvi</i> Cartas de relaciones lapidarias.</p> <p>2. <i>Siglo xvii</i> El gachupín maldice de México, EL criollo le responde, Contra los dominicos, Contra los mismos, Contra el arcediano de la catedral de México, Gallos criollos, gachupines gallinas.</p> <p>3. <i>Siglo xviii</i> Contra el Arzobispo de México, Contra el mismo, Improvisaciones de José Vasconcelos, Contra el Arzobispo de Puebla, Padre nuestro contra los gachupines, Marcialidad y cortejo, Amor del tiempo.</p> <p>4. <i>Siglo xix</i> Contra el virrey Marquina, Contra los criollos, Respuesta de los criollos, El currutaco, Contra el bando de encarcelar a los pobres desnudos, Escrito en una celda, Calavera a los serviles, El uso de los anteojos, El secreto masónico, Adivinanza, Contra Santa Anna, Cuándo, contra Santa Anna, De Vicente Riva Palacio, Un diputado provincia, Glosa del chile verde con queso, Súplicas a San Antonio, Receta para la ausencia, El poder de la elocuencia, Soneto triplemente acróstico, Soneto contra los románticos, Contra un poeta soso, Un diputado porfirista.</p>
XII. Poesía Burlesca (siglo XX)	<p>1. <i>Fines del porfiriato</i> Nuestra verdadera democracia.</p> <p>2. <i>Calaveras editadas por Antonio Vanegas Arroyo</i> Calavera del amor, Calavera del cochero Manuelote, Gran baile de calaveras, Regalo de calaveras, Calaveras de las elecciones presidenciales.</p> <p>3. <i>Glosas</i> Si acaso no me conoces, Me dio un perro una mordida.</p> <p>4. <i>José Juan Tablada (1871-1945)</i> Parodiando un comercial, Madero Chantecler.</p> <p>5. <i>Liborio Crespo</i> Por el asesinato del presidente Carranza.</p> <p>6. <i>Leobino Zavala, "Margarito Ledesma"</i> ¡Ay, qué cosas! Como Julieta y Romero.</p> <p>7. <i>Renato Leduc (1897)</i> El cumplido funcionario, El almirante.</p> <p>8. <i>Salvador Novo (1904)</i> Redondillas de Sor Juana, La campaña de alfabetización, Contra un pintor muralista.</p> <p>9. <i>Letreros de camión</i></p> <p>10. <i>Para cantar los naipes de la lotería</i></p>

		<p>11. <i>Adivinanzas dobles</i> a) El reloj de bolsillo, b) El abanico, c) La brocha d) El tranvía, e) El arete.</p> <p>12. <i>Letras de letrina</i></p> <p>13. <i>Coplas parodiadas</i></p> <p>14. <i>Otra poesía burlesca</i> Por la conversión o muerte del marido, Letanía de los pobres contra los ricos, El pájaro de la paz.</p>
XIII. Inocente (1950- 1970)	Poesía	<p>Con las gentes pegadas a los gritos, El maíz, La paz en el jardín, A un genio incomprendido, contra la poesía que no se entiende, Que la poesía se acabará, Malicia, Imposible calentarse con los huesos, Comercial de una funeraria, Perdonando a un dictador, La muerte del guerrillero, Te recuerdo...y te perdono.</p>
Tres: Poetas de la Nueva España		
<p>1. <i>Gutierre de Cetina (1520- ¿1554?)</i> Madrigal, Pidiendo una hora más con su amada, Seguimiento.</p> <p>2. <i>Francisco de Terrazas (¿1525-1600?)</i> A unas piernas, El rechazado, Imitación de Camoens, A una dama que despabiló una vela con los dedos, La caza del tiburón.</p> <p>3. <i>Eugenio de Salazar (¿1530-1605?)</i> Neptuno viaja a la ciudad de México en ballena.</p> <p>4. <i>Hernán González de Eslava (1534- ¿1601?)</i> Glorioso Nuevo Mundo, Maldiciones al demonio.</p> <p>5. <i>Pedro de Trejo (1534- ¿?)</i> Canción de una dama contra los criollos.</p> <p>6. <i>Juan de la cueva (1543-1610)</i> Excelencias de México.</p> <p>7. <i>Antonio de Saavedra y Guzmán.</i> El Cenote Sagrado.</p> <p>8. <i>Gaspar Pérez de Villagrà (¿1551-1620?)</i> Esperando a don Dios.</p> <p>9. <i>Mateo Rosas de Oquendo (¿1559- ¿?)</i> Gachupines presumidos, Criollos presumidos, Mestizos presumidos.</p> <p>10. <i>Bernardo de Balbuena (¿1561? -1627)</i> De la famosa México el asiento, Remedios del amor, La hermosura salvaje.</p> <p>11. <i>Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (¿1568-1648?)</i> Liras de Netzahualcōyotl.</p> <p>12. <i>Arias de Villalobos (1568- ¿?)</i> Canción esdrújula a San Hipólito.</p> <p>13. <i>Juan Ruiz de Alarcón (¿1580? -1639)</i> Elogio a las mujeres.</p> <p>14. <i>Miguel de Guevara (¿1585-1646?)</i> Aunque no hubiera cielo, Sin fe y sin miedo, Yo te haría Dios, El tiempo y la cuenta.</p> <p>15. <i>Juan de Palafox y Mendoza.</i> Al lector de "Grados del amor divino", Liras de la transformación del alma en Dios.</p> <p>16. <i>Juan Rodríguez de Abril.</i> La purísima coqueta.</p> <p>17. <i>Luis Sandoval y Zapata.</i> Vencen las rosas al Fénix, A la materia prima, Ante el cadáver de una actriz, Una dama viéndose en una calavera de cristal, A una mariposa en el fuego, Un velón que era candil y reloj, Desengaños de las flores, Día de Corpus en México.</p> <p>18. <i>Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700)</i></p>		

Elogio del templo de Tepetzotlán, Primavera portátil en la tilma de Juan Diego.

19. *Francisco de Castro*.

Elogio del maguey.

20. *José de Valdés*.

Laberinto al revés y al derecho.

21. *Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695)*

En que satisface un recelo con la retórica del llanto, Que contiene una fantasía contenta con amor decente, Procura desmentir los elogios a un retrato de la poetisa, Sospecha crueldad disimulada, el alivio que la esperanza da, No quiere pasar por olvido lo descuidado, Recogiendo las mismas palabras consonantes rebate ingeniosamente lo anterior, Describe racionalmente los efectos irracionales del amor, Arguye de inconsecuentes a los hombres, Soneto en Che, Laberinto endecasílabo, Villancico del sueño de Dios, Coplas latinas por el llanto de San Pedro, Tocotín náhuatl por la Asunción, Rumba de las princesas de Guinea por la Asunción, El sueño, Romance decasílabo esdrújulo.

22. *Diego de Sigüenza y Figueroa*.

Soneto de ecos.

23. *Juan de Villa y Sánchez (1683-1760)*

Jorobando a un Capuchino.

24. *Juan José de Arriola (1698-1768)*

Rosalía ve a Cristo en el espejo.

25. *Diego José Abad (1727-1779)*

Nostalgia del Tepeyac.

26. *Francisco Javier Alegre (1729-1788)*

Quejas de Niso.

27. *Rafael Landívar (1731-1793)*

Cazar haciéndose guajes.

28. *José Plancarte (1735-1815)*

Dos autorretratos.

29. *Juan Luis Maniero (1744-1793)*

Enviando su retrato.

30. *Manuel de Navarrete (1768-1809)*

La separación de Clorila.

Cuatro: Románticos y Modernistas

1. *Anastasio de Ochoa (1783-1833)*

Letrilla por la Independencia.

2. *José Joaquín Pesado (1801-1861)*

Leyenda del vaticinio.

3. *Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842)*

Al baile del Señor Presidente.

4. *Guillermo Prieto (1818-1897)*

A la Virgen de Guadalupe, Trifulca.

5. *Ignacio Ramírez (1818-1879)*

Venganza por los mártires de Tacubaya, Al amor cuando ya no.

6. *Vicente Riva Palacio (1832-1896)*

Al viento, en la prisión de Tlatelolco.

7. *Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918)*

Al amanecer, La cumbre, La peña majestuosa.

8. *Manuel M. Flores (1840-1885)*

Eva.

9. *Manuel Acuña (1849-1873)*

Ante un cadáver.

10. *Juan de Dios Peza (1852-1910)*

En las ruinas de Mitla, Fusiles y muñecas.

11. *Salvador Díaz Mirón (1853-1928)*

Ejemplo, Lance, Engarce, A la señorita Julia Zárate, El fantasma.

12. *Manuel José Othón (1858-1906)*

Noche rústica de Walpurgis, Naturaleza en celo, Una estepa del Nazas, Idilio salvaje.

13. *Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895)*

La Duquesa Job, Para entonces, Non omnis moriar.

14. *Francisco González León (1862-1945)*

Íntegro, Suenan las tres, La gotera.

15. *Celedonio Junco de la Vega (1863-1948)*

A un pajarillo.

16. *Luis G. Urbina (1864-1934)*

Metamorfosis, La balada de la vuelta del juglar, Así fue.

17. *Amado Nervo (1870-1919)*

A Felipe II, Andrógino, Cobardía, Renunciación.

18. *Enrique González Martínez (1871-1952)*

Dolor, A veces una hoja desprendida, Tuércele el cuello al cisne.

19. *José Juan Tablada (1871-1945)*

Misa negra, El puñal, Impresión de adolescencia, La calle donde vivo, Claro de luna, Doble fulgor, Mono, Tortuga, Pavo real, Saúz, Sandía, Duelistas, Li-Po, A un lémur, Nocturno alterno, Aparición, La Cruz del Sur, Pájaro.

20. *Rafael López (1873-1943)*

Nocturno.

21. *Alfredo R. Placencia (1873-1930)*

Ciego Dios, La nueva Iliada.

22. *Efrén Rebolledo (1877-1949)*

El beso de Safo.

23. *Guillermo Aguirre y Fierro (1887-1949)*

El brindis del bohemio

24. *Ramón López Velarde (1888-1921)*

En las tinieblas húmedas, Hoy como nunca, La mancha de púrpura, Tus dientes, Tierra mojada, El retorno maléfico, Hormigas, La lágrima, Si soltera agonizas, El sueño de los guantes negros, La suave Patria.

Cinco: Contemporáneos

1. *Alfonso Reyes (1889-1959)*

Viento en el mar, Yervas del tarahumara, Sol de Monterrey, Para un mordisco, El llanto.

2. *Julio Torri (1889-1970)*

A circe.

3. *Renato Leduc (1897)*

Temas, Soneto del tiempo.

4. *Manuel Maples Arce (1898)*

Urbe.

5. *Carlos Pellicer (1899)*

Estudio: Curazao, Desde el avión, Cuando los árboles entraban a la casa, Estudio: La sandía, La semana holandesa, El buque ha chocado con la Luna, Yo acaricio el paisaje, Hermano Sol, El viaje, Discurso por las flores, Nocturno a mi madre, El canto del Usumacinta, Tema para un nocturno.

6. *José Gorostiza (1901)*

Elegía, Muerte sin fin.

7. *Xavier Villaurrutia (1903-1950)*

Estancias nocturnas, Nocturno de la estatua, Nocturno en que nada se oye, Nocturno amor.
 8. *Jaime Torres Bodet (1902)*
 Dédalo.
 9. *Salvador Novo (1904)*
 Bernardo el Soldado, La renovada muerte de la noche, Never ever.
 10. *Gilberto Owen (1905-1959)*
 Antiorfeo.
 11. *Concha Urquiza (1910-1945)*
 Job.
 12. *Manuel Ponce (1913)*
 ¡Ay, muerte más florida!, Y en pos de ti.
 13. *Octavio Paz (1914)*
 Dama huasteca, Himno entre ruinas, El cántaro roto, Madrugada, Aquí, Noche en claro, Pasaje,
 Domingo en la isla de Elefanta, Intermittencias del oeste, Cifra, Blanco.
 14. *Efraín Huerta (1914)*
 Tango, Tláloc, Lo sentí, Distancia, Plagio XVII, Mandamiento equis.
 15. *Alí Chumacero (1918)*
 El hijo natural, Alabanza secreta, Responso del peregrino.
 16. *Jorge Hernández Campos (1922)*
 El Presidente.
 17. *Rubén Bonifaz Nuño (1923)*
 Me asomé a la ventana, Es como esperar en algún sitio, Todas las mañanas cada día.
 18. *Jaime García Terrés (1924)*
 Idilio, Jarcia.
 19. *Rosario Castellanos (1925)*
 La velada del sapo, Amanecer.
 20. *Jaime Sabines (1925)*
 Te puse una cabeza, He aquí que estamos reunidos, Igual que los cangrejos, El cadáver prestado,
 Algo sobre la muerte del mayor Sabines.
 21. *Tomás Segovia (1927)*
 En la fina penumbra resplandeces, Dime mujer dónde escondes.
 22. *Marco Antonio Montes de Oca (1932)*
 Palos de ciego, El reposo mata al centelleo.
 23. *José Carlos Becerra (1937-1970)*
 La venta.

Seis: Referencias e Índices

Cero: Referencias generales.
 1. Fuentes globales. 2. Fuentes y orientaciones personales. 3. Fidelidad de las transcripciones.
 Uno: Poesía Indígena
 1. Referencias lingüísticas. 2. Referencias literarias generales. 3. Referencias textuales.
 Dos: Poesía popular
 I. Refranes pareados, II. Oraciones y cánticos, III. Arrullos y juegos infantiles, IV. Versiones de
 romances viejos, V. Coplas de tipo tradicional, VI. Canciones bajo la Inquisición, VII, VIII y X.
 Canciones políticas, del campo y románticas, IX. Corridos, XI. Poesía burlesca (siglo XVI a XIX),
 XII. Poesía burlesca (siglo XX), XIII. Poesía inocente.
 Tres: Poetas de la Nueva España.
 Cuatro: Románticos y modernistas.
 Cinco: Contemporáneos.
 Seis: Referencias en clave.

Poesía Mexicana II. 1915-1979

Nota preliminar e Introducción de Carlos Monsiváis

Poeta	Poemas
José Juan Tablada	Quinta avenida; Jaikis; Los sapos; La araña; Un mono, Heroísmo; Peces voladores; Garza; Sandía; El insomnio; Nocturno alterno; Ja...!Ja...!Ja...!; El caballero de la yerbabuena; Cabaret; (Las prostitutas),
Ramón López Velarde	Mi prima Agueda; Me estás vedada tú; Hermana, hazme llorar; Nuestras vidas son péndulos; La bizarra capital de mi estado; Y pensar que pudimos; Hoy, como nunca; Día 13; No me condenes; Mi corazón se amerita; Tus dientes; Tierra mojada; El retorno maléfico; A las vírgenes; Hormigas; Anima adoratriz; Todo...; La mancha de púrpura; El minuto cobarde; Humildemente; Te honro en el espanto; El mendigo; La última odalisca; Que sea para bien...; Treinta y tres; Si soltera agonizas; La suave Patria; el perro de San Roque; Eva,
Alfonso Reyes	Glosa de mi tierra; La amenaza de la flor; El descastado; El Golfo de México; Arte poética; Yervas del Tarahumara; Salambona,
Carlos Pellicer	Estudios; Recuerdos de Iza; Exágonos; Divagación del puerto; Elegía; Deseos; Segador; Oda a Salvador Novo; Grupos de palomas; Estudio; Estudio; Concierto breve; Horas de junio; Esquemas para una oda tropical; Dúos marinos; Que se cierre esta puerta; Tú eres más que mis ojos; ¿Qué harás?; Con cuánta luz camino; El viaje; Tema para un nocturno; El canto del Usumacinta; Discurso por las flores; Rafael; "Hermano sol", nuestro padre San Francisco; Soneto nocturno; Regina Caele; Soneto; Soneto Postrero; A Frida Kahlo; Señas para un retrato; He olvidado mi nombre,
Renato Leduc	Los buzos diamantistas; Cine; El mar; Temas; Invocación de la Virgen de Guadalupe y a una señorita del mismo nombre: Guadalupe; Aquí se transcribe la copia que mis oídos oyeron; Aquí se habla del tiempo perdido que, como dice el dicho, los santos lo lloran; Tardía dedicatoria al primero pero ya difunto amor del fabulista; Epístola a una dama que nunca en su vida conoció elefantes,
Manuel Maples Arce	Prisma; Revolución
Bernardo Ortiz de Montellano	Segundo Sueño; Letra muerta; Himno a Hipnos; Materia de la muerte; ¿Lázaro, Orfeo?; Canto Diuturno; Desnudo,
José Gorostiza	Se alegra el mar; Acuario; Preludio; Presencia y fuga, Agua, no huyas; Muerte sin fin,
Jorge Cuesta	Canto a un dios mineral; No aquel que goza, frágil y ligero; Como esquivaba el amor la sed remota,
Elías Nandino	El azul es el verde que se aleja; Décimas a mi muerte; A un poeta difunto; Poema desde la muerte; Tú no podrás a nadie enajenarte; Nocturno llanto; Si hubieras sido tú lo que en las sombras; Llega el día; Derecho de propiedad; Hormiguero,
Xavier Villaurrutia	Nocturno; Nocturno de la estatua; Nocturno en que nada se oye; Nocturno eterno; Nocturno en que habla la muerte; Nocturno amor; Nocturno de los ángeles; Nocturno rosa; Nocturno mar; Nocturno de la alcoba; Amor condusse noi ad una morte; Muerte en el frío; Cementerio en la nieve,

Salvador Novo	Viaje; El mar; Diluvio; Las ciudades; Epifanía; La escuela; El amigo ido; La poesía; La renovada muerte de la noche; Tú, yo mismo; Junto a tu cuerpo; Hoy no lució la estrella de tus ojos; Al poema confío; Elegía; Roberto el subteniente; Bernardo, el soldado; Cruz, el gañán; Frida Kahlo,
Gilberto Owen	Espejo vacío; Poema en que se usa mucho la palabra amor; Madrigal por Medusa; Sinbad el Varado; Discurso del paralítico; Libro de Ruth; Booz encuentra a Ruth; De la ardua lección,
Efraín Huerta	Línea del alba; Declaración de odio; La muchacha ebria; Los hombres del Alba; La noche de los perversos; Esto es un amor; Avenida Juárez; El Tajín; Sílabas por el maxilar de Franz Kafka; Bolivariana; Plagio XVII; Mansa hipóbole; Ay poeta; Juárez Loreto,
Octavio Paz	Libertad bajo palabra; Elegía; Elegía interrumpida, á; Las palabras; La vida sencilla; Envío; Trabajos del poeta; Tus ojos; Piedra de sol; Himno entre ruinas; Semillas para un himno; Movimiento; Intermitencias del oeste (2); Intermitencias del oeste (3); Viento eterno; Custodia; El mono gramático (fragmento); Pasado en claro (Fragmento),
Margarita Michelena	A las puertas de Sión; Por el laurel difunto; La casa sin sueño; El velo centelleante,
Alí Chumacero	A una flor inmersa; Poema de amorosa raíz; Elegía del marino; La noche del suicida; Monólogo del viudo; Responso del peregrino; El viaje de la tribu; Salón de baile; Alabanza secreta,
Jorge Hernández Campos	Vuelve flecha de amor; Tú eres piedra; Diciembre; El Presidente; La sobremesa; Padre, poder: poema,
Rubén Bonifaz Nuño	Para los que llegan a las fiestas; ¿Cuál es la mujer?; Cha, cha, cha. Bailemos; Centímetro a centímetro; Lentamente has llegado; Amiga; Fuego de pobres; Arden las hachas turbias; Depredadoras alegrías; Huesos de muerto me trabajo; Desde su nudo,
Jaime García Terrés	La bruja; Una invocación: (Guanábara); Ipanema; Este era un rey; Cantar de Valparaíso; Letanías profanas; Mas; Toque de alba; Algunos; Jardín real; Voto de humildad; Lo dicho,
Rosario Castellanos	Lamentación de Dido; La velada del sapo; Monólogo a la extranjera; Relato del augur; Destino; Jornada de la soltera; Amanecer; Monólogo de la celda; Nota roja; Privilegio del suicida; Memorial de Tlatelolco; Valium 10
Jaime Sabines	Yo no lo sé de cierto; Lento, amargo animal...; Así es; Los amorosos; Tía Chofi; Es un temor de algo; Tarumba; Con tu amargura a cuestras; No es que muera de amor; ¿Hasta dónde entra el campo...?; He aquí que estamos reunidos; Algo sobre la muerte del Mayor Sabines; Canonizamos a las putas,
Tomás Segovia	La ciudad amanece entre los brazos de la niebla; No volver; Por qué no,
Eduardo Elizalde	Epitafio; "Poema con el número 3"; "Poema con el número 4"; El cepo; I; II; II; X; XI; XII; XIII; XIV; Poema, Pueblo Opus Cero; Revolución; La bella implora amor; Para Luis Cardoza y Aragón, por sus dibujos de ciego; Caza mayor I; Caza mayor II,
Juan Bañuelos	Poema interrumpido por un allanamiento; Perversidad de la separación; Palimpsesto,

Marco Antonio Montes de Oca	Ruina de la infame Babilonia; Contrapunto de la fe; El corazón de la flauta; Ala,
Gabriel Zaid	Acata la hermosura; Nacimiento de Venus; La ofrenda; Circe; Al descubrir el fuego: Danzón transfigurado; Cuervos; Otra vez tarde; Elogio de lo mismo; Lectura de Sheakespeare; Pero... ¡Qué gente!,
Hugo Gutiérrez Vega	Variaciones sobre una Mujtathth de Al-Radi; Nota roja; México Charenton; Aunque no lo parezca de verdad no quiero nada; Declaración del éxito,
Gerardo Deniz	Esteban; Nueva Eloísa,
José Carlos Becerra	Oscura palabra; Adiestramiento; El pequeño César; El Halcón Maltés; La noche del bárbaro; (Cómo retrasar la aparición de las hormigas),
José Emilio Pacheco	Éxodo; Los elementos de la noche; Árbol entre dos muros; Crónica de Indias; Descripción de un naufragio de Ultramar; Alta traición; El emperador de los cadáveres; Vanagloria o alabanza en boca propia; Moraldades legendarias; Tulúm; Un poeta novohispano; Antiguos compañeros se reúnen,
Jaime Reyes	Sin memoria ni olvido,
David Huerta	Locura, un cuerpo: este papel,
Enrique Márquez	Pero Tiburcio ya se murió,
José Joaquín Blanco	Canción de Andre Gide
Ricardo Yáñez	Pretextos; Aunque me digan,
Ricardo Castillo	La oruga,
Rogelio Carvajal	Sólo la palabra diurna es buena,
Kyra Galván	Contradicciones ideológicas al lavar un plato,
Rafael Torres Sánchez	Entre la ¿? y el ¡!,
Luis Miguel Aguilar	Un Villanele,
Alberto Blanco	La mesa puesta,

Antología general de la poesía mexicana. Desde la época prehispánica hasta nuestros días.

Selección, notas y prólogo de Juan Domingo Argüelles

Primera parte: Época prehispánica. Siglos XIV y XV. Flor y canto de la poesía indígena.	
Tlaltecatzin	En la soledad yo canto
Tochihuitzin Coyolchiuhqui	Sólo vinimos a soñar, Vivisteis el canto
Nezahualcōyotl (1402-1472)	Con flores escribes, No acabarán mis flores, Aunque sea de jade, Somos mortales, ¿Eres tú verdadero?, En el interior del cielo, Alegraos, Soy rico, Contemplo una flor, Canto de la huida, Poneos de pie, Estoy triste, Canto de primavera, Solamente él, ¿A dónde iremos?, Nos ataviamos, Con flores negras, Los cantos son nuestro atavío, ¡Ay de mí!, ¡En buen tiempo vinimos a vivir!
Axayácatl (1449-1481)	Canto
Nezahualpilli (1464-1515)	Canto
Cuacuauhtzin	Canto triste
Macuilxochitzin	Canto
Ayocuan Cuetzpaltzin	¡Qué permanezca la tierra!, Las flores y los cantos, Canto en loor de Huexotzinco
Segunda parte: Época colonial. Siglos XVI y XVII. Los esplendores del barroco.	
Gutierre de Cetina (1520-1557)	Madrigal, Horas alegres, Como la oscura noche, Cubrir los bellos ojos, Entre armas, Es lo blanco, Al monte donde fue Cartago
Francisco de Terrazas (1525-1600)	A unas piernas, El rechazado, Imitación de Camoens, Royendo, A una dama que despabiló una vela con los dedos
Hernán González de Eslava (1534-1601)	Cantarcillos, Al nacimiento, Canción a Nuestra Señora
Bernard de Balbuena (1562-1627)	Grandeza mexicana [Fragmentos], Describiendo la famosa ciudad de México y sus grandezas, Capítulo I: De la famosa México el asiento
Juan Ruiz de Alarcón (1581-1639)	Tu sentimiento encareces, En el hombre no has de ver, Resplandecen damas bellas, Hermosa enemiga mía, Dios no lo ha todo a uno
Fray Miguel de Guevara (1585-1646)	No me mueve, mi Dios, para quererte, Levántame, Señor, Poner al Hijo en Cruz
Luis de Sandoval y Zapata (1620-1671)	Relación fúnebre a la infeliz, trágica muerte de dos caballeros [Fragmento], Día de Corpus en México, A una hermosa difunta, una dama se vio en una calavera de cristal, A una cómica difunta, A un pajarillo, A una garza remontada, Daba Lísida de beber a un pájaro, Desengaños a la vida en la brevedad de una rosa, Blanca azucena
Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700)	Primavera indiana [Fragmentos], Soneto
Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695)	Prólogo al lector, Acusa la hidropesía de mucha ciencia, que teme inútil aun para saber y nociva para vivir, En que describe racionalmente los efectos irracionales del amor, Arguye de inconsecuentes el gusto y la censura de los hombres que en las mujeres acusan lo que causan, Celebrando el cumplimento de unos años, En un anillo retrató a la Sra. Condesa de Pareces. Dice por qué, Presente en que el cariño hace regalo la llaneza, Procura desmentir los elogios que a un retrato de la poetisa inscribió la

	verdad, que llama pasión, Quéjese de la suerte: insinúa su aversión a los vicios y justifica su divertimento a las Musas, Escoge antes el morir que exponerse a los ultrajes de la vejez, Verde embeleso, En que satisface un recelo con la retórica del llanto, Que contiene una fantasía contenta con amor decente, Prosigue el mismo asunto y determina que prevalezca la razón contra el gusto, No quiere pasar por olvido lo descuidado, Que consuela a un celoso, epilogando la serie de los amores, En la muerte de la Excelentísima Señora Marquesa de Mancera, Que expresan sentimientos de ausente, Primero sueño [Fragmento]
Tercera parte: Independencia. Siglos XVIII y XIX y el despertar del XX. Neoclásicos y académicos; románticos y modernistas	
Manuel Martínez de Navarrete (1768-1809)	A unos ojos, A una inconstancia, La separación de Clorila, De la juventud, Del amor, Al voluntario cautiverio del amor, Alégrese los campos
Francisco Manuel Sánchez de Tagle (1782-1847)	Contrición poética
Andrés Quintana Roo (1787-1851)	Dieciséis de septiembre
Manuel Carpio (1791-1860)	Al río de Cosamaloapan
José Joaquín Pesado (1801-1861)	Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba, La fuente de Ojozarco, El molino y llano de Escamela, La cascada de Barrio Nuevo, Una tempestad, de noche, en Orizaba
José María Heredia (1803-1839)	En el teocalli de Cholula, Al Niágara
Fernando Calderón (1809-1845)	El soldado de la libertad, La risa de la beldad
Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842)	¡Bailad!;Bailad!, Adiós, oh patria mía, La gota de hiel
Ignacio Ramírez (1818-1879)	Por los gregorianos muertos, Al amor, Soneto, en el álbum de Rosario
Guillermo Prieto (1818-1897)	Cantares
José María Roa Bárcena (1827-1908)	Silva
Antonio Plaza (1832-1882)	El poeta y el fraile, Nada, Adversidad, Epigramas, Contra Santa Anna
Vicente Riva Palacio (1832-1896)	Al viento, El chinaco, Adiós, mamá Carlota, La vejez, La muerte del tirano
Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)	Al Atoyac, Los naranjos
Luis G. Ortiz (1835-1894)	Las golondrinas, La última golondrina, El tálamo
José Rosas Moreno (1838-1883)	La vuelta a la aldea
Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918)	Al amanecer, El cerro, Otumba, El molino, A un ciprés, La oración de la tarde
Manuel M. Flores (1840-1885)	Bajo las palmas, En el baño, Besos: I: Primer beso, II. Un beso nada más, III. En el jardín, IV. Tu cabellera, V. EL beso del adiós, VI. El último beso, He conocido una mujer
Justo Sierra (1848-1912)	Playera

Manuel Acuña (1849-1873)	A Laura, Ante un cadáver, Nocturno, Hojas secas
Juan de Dios Peza (1852-1910)	Reír llorando, En las ruinas de Mitla
Salvador Díaz Mirón (1853-1928)	Asonancias, ¿Qué es poesía?, Al chorro del estanque, Cleopatra, Excélsior, La gigante, Ejemplo, El fantasma, Nox, A ella, La canción del paje, Dentro de una esmeralda
Laura Méndez de Cuenca (1853-1928)	Nieblas, Rosas de Chipre
Manuel José Othón (1858-1906)	Noche rústica de Wlapurgis: I. Invitación al poeta, II. Intempesta nox, III. El arpa, IV. El bosque, V. El ruiseñor, VI. El río, VII. Las estrellas, VIII. El grillo, IX. Los fuegos fatuos, X. Los muertos, XI. Las aves nocturnas, XII. Intermezzo, XIII. Las brujas, XIV. Los nahuales, XV. El gallo, XVI. La campana, XVII. La montaña, XVIII. Un tiro, XIX. El perro, XX. La sementera, XXI. ¡Lumen!, XXII. Adiós al poeta, Frondas y glebas: I. Orillas del Papaloapan, II. Una estepa del Nazas, Idilio salvaje, Remember
Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895)	La duquesa Job, Para entonces, Para un menú, Mis enlutadas, Madre naturaleza, To be, En alta noche, Non omnis moriar
Josefa Murillo (1860-1898)	La ola, Contraste, Así
Francisco González León (1862-1945)	Íntegro, Diálogo, Agua dormida
Francisco A. de Icaza (1863-1921)	Para el pobrecito ciego, El encanto del libro, La arteria rota, La canción del camino, En la noche, Las horas, Madrigal de la muerte
Luis G. Urbina (1864-1934)	La balada de la vuelta del juglar, Así fue, Metamorfosis, La felicidad, Nocturno sensual, La elegía del retorno
Amado Nervo (1870-1919)	Perlas negras, Oremus, El beso fantasma, A Felipe II, A Kempis, Andrógino, La hermana agua: A quien va a leer, El agua que corre bajo la tierra, El agua que corre sobre la tierra, La nieve, EL hielo, El granizo, El vapor, La bruma, Las voces del agua, El agua multiforme; Y el Budha de basalto sonreía, Gratia plena, En paz, La sed, Mi México
José Juan Tablada (1871-1945)	Misa negra, Onix, Quinta Avenida, La bailadora, Los pijjes, El sauz, Los sapos, El ruiseñor, La araña, La luna, Un mono, Peces voladores, Sandía, Nocturno alterno
Enrique González Martínez (1871-1952)	Irás sobre la vida de las cosas, Cuando sepas hallar una sonrisa, Me abrazaré a la vida, Tuércele el cuello al cisne, Mañana los poetas, Para un libro, T.S.H, El áspid, El hijo muerto
María Enriqueta (1872-1968)	Vana invitación, Abre el libro
Alfredo R. Placencia (1873-1930)	Ciego Dios, El Cristo de Temaca, Bienvenido sea, Con un poco de olvido
Rafael López (1873-1943)	Nocturno, Venus suspensa, La Alameda, Huelen tus dieciocho años
Efrén Rebolledo (1877-1929)	Los besos, Caro Victrix: Posesión, El beso de Safo, Ante el ara, Tristán e Isolda, Salomé, El vampiro, La tentación de San Antonio, Leteo, En las tinieblas, Claro de luna, El Duque de Aumale, Insomnio
Guillermo Aguirre y fierro (1887-1949)	El brindis del bohemio

Cuarta parte: El siglo XX y los albores del XXI. Modernidad y época contemporánea	
Ramón López Velarde (1888-1921)	Ser una casta pequeñez, Hermana, hazme llorar, A Sara, Y pensar que pudimos, No me condenes, Tierra mojada, El retorno maléfico, Hormigas, Todo, Treinta y tres, El perro de San Roque, El sueño de los guantes negros, La suave Patria
Alfonso Reyes (1889-1959)	Sol de Monterrey, Yervas del tarahumara, Visitación
Renato Leduc (1895-1986)	El aula, Temas, Inútil divagación sobre el retorno, Pequeña canción del optimista, Estrofas en torno de un amor menguante, Aquí se habla de los planetas y del sino felice o adverso de los hombres, Aquí se presume que todo linaje de hembras son, aunque deseadas, malas, Aquí se habla del tiempo perdido, que, como dice el dicho, los santos lo lloran, Euclidiana, El almirante, Yo soy el libro
Carlos Pellicer (1897-1977)	Estudio, Recuerdos de Iza, un pueblecito de los Andes, Deseos, Nocturno, Grupos de palomas, Horas de junio, Vuelo de voces, Discurso de las flores, Cedro y Caoba, Noche en el agua, He olvidado mi nombre
Manuel Maples Arce (1898-1981)	Prisma, Canción desde un aeroplano
Elías Nandino (1900-1993)	Imposible, Prisión, Décimas a mi soledad, Nocturna suma, Si hubieras sido tú, Conversación con mi muerte, Perfección fugaz, Casi a la orilla, El poema inasible
Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949)	Segundo sueño, Desnudo, Soneto, Orfeo, Materia de la muerte, Sacrifiqué la vida a la poesía
José Gorostiza (1901-1973)	Muerte sin fin
Jaime Torres Bodet (1902-1974)	Canción de las voces serenas, Dédalo, Palimpsesto, Vejez, Voz, Continuidad, El doble exilio
Jorge Cuesta (1903-1942)	Retrato de Gilberto Owen, Anatomía de la mano, Canto a un dios mineral
Xavier Villaurrutia (1903-1950)	Poesía, Nocturno de la estatua, Nocturno en que nada se oye, Nocturno amor, Nocturno muerto, Nocturno en que habla la muerte, Nocturno rosa, Nocturno Mar, Estancias nocturnas, Décima muerte, Amor condusse noi ad una morte, Epigramas de Boston, Epitafios
Salvador Novo (1904-1974)	Retrato de niño, Breve romance de ausencia, Elegía, Romance de Angelillo y Adela, Esta flor, Poema, Biblioteca, Soneto [Escribir porque sí], Soneto [Este fácil soneto cotidiano], A Antonio Castro Leal, Redondillas a Ermilo Abreu Gómez
Gilberto Owen (1905-1952)	Rasgos: I. Camino, II. Pinar, III. Camino; Espera, octubre, Allá en mis años, El infierno perdido, Sindbad el varado (Bitácora de febrero) [Fragmentos]: Día primero, El naufragio, Día dos, El mar viejo, Día cuatro, Almanaque, Día seis, El hipócrita, Día siete, El compás roto, Día diez, Llagado de su sonrisa, Día trece, El martes, Día dieciocho. Rescoldos de pensar, Día diecinueve Rescoldos de sentir, Día veintiuno, Rescoldos de gozar, Día veintidós, Tu nombre, poesía, Día veinticinco, Yo no vi nada, Día veintiséis, Jacob y el mar, Día veintiocho, final
Miguel N. Lira (1905-1961)	Corrido de Domingo Arenas, Romance de la noche maya
Concha Urquiza (1910-1945)	Sonetos bíblicos: I. Job, II. Sulamita, III. Ruth, IV. David, V. Jezabel; Como la cierva, La llamada nocturna, Las piedras del

	camino, A una mujer aureolada por sus cabellos, A Pátzcuaro, Camécuaro, Del ser que alienta
Manuel Ponce (1913-1993)	Las vírgenes caídas, Misterios gloriosos: La resurrección, La ascensión, La venida del Espíritu Santo, La asunción de la Virgen, La coronación de María; ¡Ay, muerte más florida!, La resultante de un paisaje, Al paraíso del oeste [Fragmentos]: Proemio, El mar, Nocturno, Juego de niños, El salto de Leucade
Efraín Huerta (1914-1982)	Breve elegía a Blanca Estela Pavón, Buenos días a Diana Cazadora, Avenida Juárez, Órdenes de amor, Santa Juana de Asbaje, El Tajín, Responso por un poeta descuartizado, Juárez Loreto, Barbas para desatar la lujuria, Puerto Ángel
Octavio Paz (1914-1998)	Las palabras, Mientras escribo, Elegía interrumpida, Himno entre ruinas, El cántaro roto, Intermitencias del oeste (3), Nocturno de San Ildefonso, Rotación, Escritura, En defensa de Pirrón, En Mallorca, Hermandad, Epitafio sobre ninguna piedra, Árbol adentro, Como quien oye llover
Margarita Michelena (1917-1998)	Cuando yo digo amor, Laurel del ángel, La tristeza terrestre, Enigma de la rosa
Guadalupe Amor (1918-2000)	Casa redonda, En una casa habitada, Si vosotros sabéis, Me ahogo en mi total egocentrismo, Una oscura sombra alada, Escribo con el jugo de mis venas, ¿Por qué tratas de ocultarme?, Polvo constructor del mundo, Dos escaleras existen, Hoy Dios vino a visitarme, Amor que te multiplicas, A mí me ha dado en escribir sonetos, Ver el reloj y no mirar la hora, En estas líneas que con tinta escribo
Alí Chumacero (1918-2010)	Poema de amorosa raíz, A solas, Pureza en el tiempo, Elegía del marino, Responso del peregrino, Los ojos verdes, Monólogo del viudo, Alabanza secreta, De cuerpo presente, Al monumento de un poeta, Salón de baile, Losa del desconocido
Jorge Hernández Campos (1921-2004)	El Presidente, Padre, Poder, En cuál estepa, Oda a mi mano izquierda
Rubén Bonifaz Nuño (1923)	Canciones para velar su sueño, Centímetro a centímetro, Amiga la que amo, Lentamente has llegado, Algo se me ha quebrado esta mañana, Bueyes, puercos años, Tigre la sed, Mi viuda
Dolores Castro (1923)	Bajo certero golpe, Infancia, A la sombra de las palabras, Rutina, Árbol, Pozo, Elegía a Javier Peñaloza, Invocación, Medialuz
Miguel Guardia (1924-1982)	Canción, Oda al miedo, Alguien, Nomás así, Recuerdos, ¡Por Dios!, Adiós, Mi futuro
Jaime García Terrés (1924-1996)	El hermano menor, En la calle de todos, Yo mismo, Idilio, Jarcia, Los hombres ilustres, Umbral del hijo, Entreacto, Antiepitafio, Es vana la lectura, Escolio, Sazón del alba, De piedra en piedra
Rosario Castellanos (1925-1974)	Diálogos con los oficios aldeanos: Lavanderas del Grijalva, Escogedoras de café en el Soconusco, Tejedoras de Zinacanta, La oración del indio, Una palmera; Lamentación de Dido, Al pie de la letra, La velada del sapo, Canción, Encargo, Bella dama sin piedad, Elegía, La nostalgia, Memorial de Tlatelolco, Entrevista de prensa, Poesía no eres tú, Consejo de Celestina, Advertencia al que llega, Pasaporte, La Victoria de Samotracia, Proposición de la boa, Ninguneo
Jaime Sabines (1925-1999)	Lento, amargo animal, Yo no lo sé de cierto, Uno es el hombre, Los amorosos, ¿Qué putas puedo hacer?, Dentro de poco, Tu

	cuerpo está a mi lado, No es que muera de amor, Algo sobre la muerte del Mayor Sabines, Tlatelolco 68, Diario Oficial, Las montañas, Tu nombre, La cama, Me encanta Dios
Enriqueta Ochoa (1928-2008)	Retorno de Electra, Bajo el oro pequeño de los trigos, Asaltos a la memoria
Eduardo Elizalde (1929)	Retrato hablado de la fiera, Grande es el odio, Lamentación por una perra, Ojo, sectarios, A la manera de cierto Pound, Revolución, tiendo la mano, Mañana, revolucionarios, La mano en libertad, Amor, Prosa y poesía, El perro, Zona central, Charlie Brown en la loma (tango de otro viudo)
Víctor Sandoval (1929)	Duerma la virgen su pasión secreta, Montes de orégano, Cierro tu cuerpo, Fraguas: El fugitivo y sus presagios, La imagen y el recuerdo, La señal en el muro; Los otros
Marco Antonio Montes de Oca (1932-2009)	Fundación del entusiasmo, Tiempo con dos caras, Noche inmóvil, Travesía, Canción para celebrar lo que no muere, Dos estrofas para una mujer, Elegía del retorno, Ala, Escribo en ti, Soy todo lo que miro, La cura del celoso, Carta a un hombre inmóvil, A medias resucitado, Dedicatoria, En memoria de lo que vendrá
Juan Bañuelos (1932)	Oda y profecía, Relato, Visión memorable, Contra la soledad, El corazón de todos, El resentido, Anacreónica, Digo, Contra el tiempo, Pavana de los amantes, Casida de la entrega, Aquí mismo, Libro de Huehuetán
Thelma Nava (1932)	El primer animal, Irrealidad, Destino de las palabras, Recorder tape, Resonancia de Amalfi
Hugo Gutiérrez Vega (1934)	Nota roja, Al lector, “Las ineptitudes de la inepta cultura”, Suite doméstica, Panal en la noche, Para llegar a la ciudad, Dos canciones tal vez para guitarra, Una fotografía antes pensada, El canto de la sinfonola, Visita a Alberti, Para la Abuela, que hablaba con pájaros creyéndolos ángeles, Las reglas de la noche, Por favor, su currículum, Primera Elegía
Gabriel Zaid (1934)	Alba de proa, La ofrenda, Canción del seguimiento, Tumulto, Pastoral, Penumbra, Pour Marx, Laboratorio, Teofanías, Reloj de sol, práctica mortal, Alabando su manera de hacerlo, Elogio de lo mismo, Despedida
Sergio Mondragón (1935)	El aprendiz de brujo, Padmasana, El loco poema, La poesía del sol, Escritura de lluvia en los cristales, A una dama recostada en mi pecho, Bibliotecas y jardines, Plegaria, Poema salvado, Solsticio
José Carlos Becerra (1936-1970)	El otoño recorre las islas, Oscura palabra, Betania, La noche del bárbaro, El ahogado, El brindis del bohemio
Oscar Oliva (1937)	El artista (1), El sufrimiento armado (1), Para romper acosos, Génesis, Iniciación del júbilo, Hesitación, Diálogo del movimiento, Movimiento nocturno, A ras de piel, Ruinas, Decreto, Así amanece, ¿Qué pagas y enciendes?
Francisco Cervantes (1938-2005)	Generación de mis asuntos, Saudade, Advertencia, Más que presente soy pasado, Adsun revisited, Derradeira pena, Memoria del ausente, Cantado para nadie, Materia de distintos lais, Historia de la literatura, Ustedes están en estas páginas, Espejo con caras, Una pregunta sola, Heridas que se alternan
José Emilio Pacheco (1939)	Egloga octava, La materia deshecha, Presencia, Inscripciones, Homenaje a la cursilería, Alta traición, Conversación romana,

	Discurso sobre los cangrejos, Preguntas sobre los cerdos e imprecaciones de los mismos, Idilio, Contraelegía, Mar eterno, Un gorrion, Vidas de los poetas, Escrito con tinta roja, Horas altas, El equilibrista, Ecuación de primer grado con una incógnita, Caracol, Ley de extranjería, El cobrador, Chapultepec: la Calzada de los Poetas, Anversidad, La arena errante, Árbol, Tres nocturnos de la selva de la ciudad, Lumbre en el aire, Derrota de Bill Gates, El mañana, Los días que no se nombran
Jaime Labastida (1939)	El crecimiento, La realidad y el sueño, Dialecto y quemadura, Eternidad y muerte, Papel borrado, Orden, Mentira, Variación final, La palabra se llama vida, Límite
Homero Aridjis (1940)	Tercer poema de ausencia, Cuando la sombra duerme, Epitafio para un poeta, Mirándola dormir [Fragmento], Aquí entre barcas, Pájaros, El arca, La palabra, Amantes, Putas en el templo, Canción de amor del fin del mundo, Fantasmas, Asombro del tiempo, Retratos de mi padre, A los setenta, Epílogo
Max Rojas (1940)	Canciones para esperar la muerte, El turno del aullante [Fragmento], Agua sedienta, Soliloquio del suicida, Epitafio del perro, Huraño amanecer
Gloria Gervitz (1943)	Migraciones [Fragmento], Septiembre
Alejandro Aura (1944-2008)	Mi hermano mayor, Un muchacho que puede amar, Volver a casa [Fragmento], Ninón Sevilla, Vida súbita, Casa demolida, Filtrar el mar, Ruidos en el cielo, Como todas las vidas que sabemos, Soneto en el límite, Despedida
Elva Macías (1944)	El navegante, Palenque, El regreso, Martirologio, Los emigrantes, Lejos de la memoria, Regreso, Ciudad interior, Paso de aves, Paso de monte, Como la levadura, Lengua de fuego, Trazo de cielo
Elsa Cross (1946)	Amanecer, Asalto, Poema bajo un sauce, Cigarras, Voz, Cantáridas [Fragmento], Las piedras [Fragmento], Ditirambos [Fragmento], Los furros heroicos [Fragmento], Visibles y no [Fragmento], Galaxidi [Fragmento], Bomarzo [Fragmento]
Francisco Hernández (1946)	El cazador, Doce versos a la sombra de mi padre, Hecho de memoria, Hasta que el verso quede, Bajo cero, Como a un estanque, Sol de invierno, Pino seco, Bajo la lluvia, Peces de plata, No hay un pájaro, Labná, Xochicalco, Lugar de piedras, Guerra florida, La Antigua Veracruz, Calle habanera, San Andrés Tuxtla, Fruto sanguíneo, Los estertores del verano, Hacia el amanecer, Conjuro, Cuerpo presente, Mar de fondo [Fragmento]
Jorge Ruiz Dueñas (1946)	Arena, Última palabra, Sombra de eucalipto [Fragmento], Calibán [Fragmento], Las restricciones del cuerpo [Fragmento]
Carlos Montemayor (1947-2010)	Oda quinta, rota, Oda octava, Shin, Tau, Arte poética I, Arte poética II, Memoria, Pareciera, La espera, La noche (primera versión, La noche (segunda versión)
Antonio Deltoro (1947)	Papalotes, Balón, Cartas, La casa vendida, Los cielos territoriales, Umbral, Lector, Amanecer, Sueños de pies pastores, Pájaros, Un árbol, Humo
Ricardo Yáñez (1948)	Nada digo, Ventana, Poema del lunes, Elvira, Epitafio, Tú aún no usabas chanel, Su corazón es una música, He vuelto al mar, Un buen silencio, No lo que digo, Esto de la poesía, ¿Un soneto,

	Dichoso el que puede oír, A veces es el mar, Si las palabras dicen una cosa, Miro, Soy sólo el tiempo, Soplo, Soneto para un descanso
Marco Antonio Campos (1949)	Declaración de inicio, Inscripción en un ataúd, Arles 1996-Mixcoac 1966, Cefalonia, Verano en Arles, Viernes en Jerusalén, Los viejos, Los Yoses, Los poetas modernos
David Huerta (1949)	Historia escrita, Hay un fresco nivel, Extraño la minuciosa plenitud, Sátira de qué, Preceptos materiales, Plegaria, Travesía de la mano, Escribir, Literatura, Escritor en vilo, Pesadilla, Libro del mundo, Construcción del mundo, El poema, Demonios
José Luis Rivas (1950)	Tierra nativa [Fragmento], Entre dos piedras, Nocturno, Para soñar la vida abre los ojos, Río [Fragmento]
Efraín Bartolomé (1950)	Casa de los monos, Una carta, Jaguar, Cartas desde Bonampak, Bienandanza de la lluvia, Retorno al Chamenhá, Cuadernos contra el ángel, Invocación, Los dones, Inminencia.